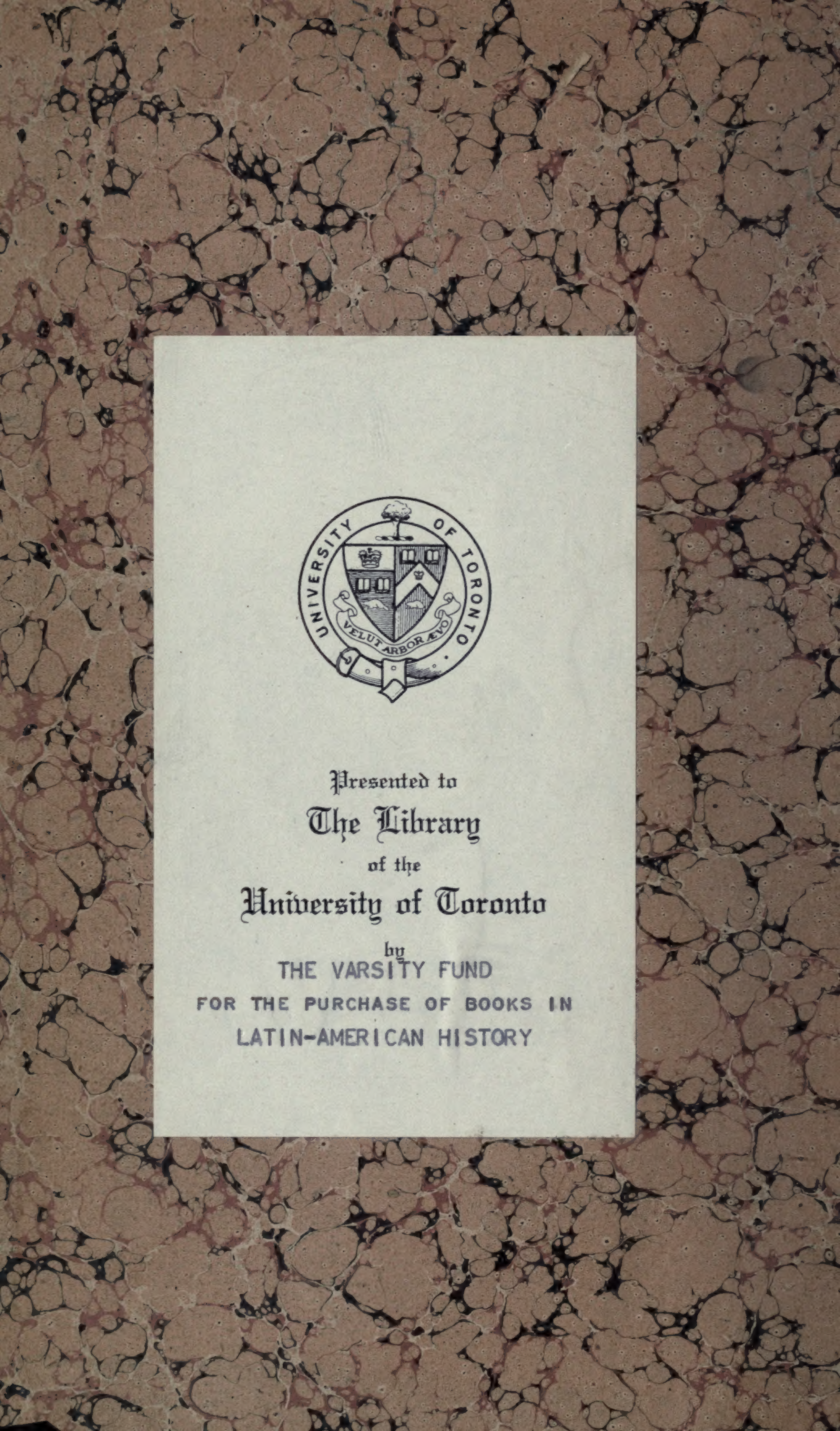

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00103943 7


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO
Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
THE VARSITY FUND
FOR THE PURCHASE OF BOOKS IN
LATIN-AMERICAN HISTORY



De Julio Zegers

OBRAS COMPLETAS

DE

DON ANDRES BELLO

Santiago, Setiembre 5 de 1872.

Por cuanto el Congreso Nacional ha discutido i aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEI

ART. 1.º En recompensa a los servicios prestados al pais por el señor don Andres Bello, como escritor, profesor i codificador, el Congreso decreta la suma de quince mil pesos, que se inscribirá por terceras partes en los presupuestos correspondientes, para que se haga la edicion completa de sus obras inéditas i publicadas.

ART. 2.º La Universidad nombrará a uno o dos comisionados que se entiendan con los de la familia del ilustre autor, para proceder a la edicion de dichas obras, haciendo las contratas con los impresores, obteniendo en virtud de recibos los fondos que se decretaren, invirtiéndolos i respondiendo de su inversion.

ART. 3.º La edicion no será de ménos de dos mil ejemplares, i de ellos se entregarán quinientos al Estado, quien no podrá venderlos a ménos de dos pesos cada volúmen. El resto de la edicion corresponderá a los herederos respectivos.

ART. 4.º El testo de esta lei irá impreso en el reverso de la primera pájina de cada volúmen.

I por cuanto, oido el Consejo de Estado, lo he aprobado i sancionado; por tanto, promúlguese i llévese a efecto como lei de la república.

FEDERICO ERRÁZURIZ.

ABDON CIFUENTES.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON ANDRES BELLO

EDICION HECHA BAJO LA DIRECCION DEL CONSEJO DE INSTRUCCION PUBLICA
EN CUMPLIMIENTO
DE LA LEI DE 5 DE SETIEMBRE DE 1872

VOLUMEN III

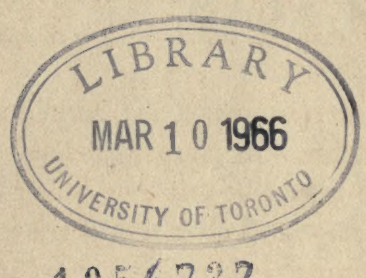
POESIAS



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESO POR PEDRO G. RAMIREZ

1883


LIBRARY
MAR 10 1966
UNIVERSITY OF TORONTO

LAS POESÍAS DE DON ANDRES BELLO

I

Don Andres Bello recibió de la naturaleza, que fué para él una madre cariñosa, algunos de los dones que forman al poeta.

Su alma no se dejaba arrebatar por los arranques de la pasion; pero era bastante sensible para deleitarse en la contemplacion de todo lo grande i de todo lo hermoso.

Tributaba un entusiasmo sin tasa a los varones preclaros, antiguos i modernos, nacionales i extranjeros, que habian sobresalido por el valor, por el injenio, por la constancia, por la virtud.

No se cansaba de admirar el cielo, el campo, las estrellas, las flores, el manso ruido del viento que menea los árboles, el apacible murmullo de los arroyos i de las fuentes, las aves, las montañas, las nubes, las armonías de la música i del canto.

Aun en los períodos mas atareados de su existencia, supo proporcionarse tiempo para ir a respirar el aire

puro de la campiña, i a solazarse con las marabillas de la vejetacion.

En sus últimos años, cuando estaba ya agobiado por el largo i vario trabajo, i quebrantado por la pérdida prematura de tantos hijos muertos en edad temprana, le vi, en mas de una ocasion, encontrar reposo para la fatiga, i alivio para el dolor, en el sublime espectáculo de la luna que aparecia majestuosa por sobre la cumbre de los Andes, o en el por otros motivos no ménos espléndido de la via láctea, esa faja luminosa, que, segun las palabras de Bello, atraviesa el cielo todo, de horizonte a horizonte, i que se compone de estrellas derramadas a millones, como una arenilla brillante sobre un fondo negro.

En dias mas felices, miéntras meditaba por la noche en silencio, i fumando un cigarro, sobre los resultados de sus estudios, i combinaba sus ideas, se complacia en pensar al son de música, haciendo que sus hijas, excelentes tocadoras, ejecutasen para él en el piano piezas selectas, i a veces óperas enteras, como, verbigracia, la *Sonámbula* de Bellini, i la *Lucrecia Borgia* de Donizzeti, las cuales eran mui de su gusto.

Hallaba sabroso entretenimiento en el trato de los niños.

Amaba con esquisita ternura a las personas de su familia.

Las calidades enumeradas le permitieron acopiar materia abundante de poesía.

La lectura razonada de los modelos literarios le enseñó el arte de expresar las ideas i los afectos en formas elegantes, coloridas, conmovedoras.

II

Don Andres Bello, desde mui jóven, fué en estremo aficionado a leer i componer versos.

Tuvo o adquirió una gran facilidad para improvisarlos.

Al empezar el siglo XIX, se notaba en la sociedad de Carácas un cierto movimiento literario.

Ya entónces ese pueblo revelaba el carácter fantástico i apasionado que ha seguido manifestando hasta ahora.

Se encantaba con la figuras pomposas i las exajeraciones enormes.

Uno de los individuos que adquirió en la sociedad caraqueña mas influencia i mas prestijio, i que mejor la personificó, fué Simon Bolívar, a quien sus compatriotas, principiando la práctica de los calificativos pomposos, apellidaron el Libertador, pero esta vez con sobrada justicia.

En este hombre, por tantos títulos extraordinario, las acciones fueron tan grandiosas, como el estilo hinchado i altisonante.

Es él quien ha empleado esta estupenda imájen:

«La posteridad representará a Sucre con un pié en el Pichincha, i el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac, i contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.»

Las frases de esta especie abundan en los escritos de Bolívar.

Un pueblo tan inclinado a figurarse las cosas abultadamente debia gustar mucho de los versos; i así sucedia efectivamente.

No habia ni matrimonio, ni bautizo, ni colacion de beneficio eclesiástico o grado universitario, ni dia de santo, ni banquete, ni fiesta pública o privada, en que no se leyeran o recitaran redondillas, décimas, octavas, sonetos i las otras estrofas autorizadas por el uso.

Habia ademas tertulias o academias destinadas a este objeto.

La sociedad caraqueña sostenia un teatro, en el cual lucian su habilidad, o mas propiamente, su torpeza, actores detestables, segun el viajero Depons, pero que era mui concurrido.

Es de presumir que Carácas fué la primera ciudad de la América Española donde se oyó ópera, puesto que don Aristídes Rojas ha publicado que una compañía lírica la visitó por los años de 1806 a 1808.

El jóven Bello, aunque solo contaba diez i ocho años, tomó puesto entre los injenios de su tierra, i alcanzó aplausos por el romance al *Anauco*, la mas antigua de sus poesías que se conoce, compuesta el año de 1800.

Atendiendo a la semejanza del estilo, puede conjeturarse que el romance a un *Saman* pertenece aproximativamente a la misma fecha.

Estas dos piezas, bastante medíocres, manifiestan que el público literato de Carácas era poco exijente, i que el estreno poético de Bello no fué en realidad ni brillante, ni prometedor de frutos mas sazonados.

La inexperiencia del autor no suministra escusa suficiente, puesto que otros en edad menor o poco mayor han sido mas felices.

Sin salir de los poetas hispano-americanos, ahí tenemos al cubano don José María Heredia, que escribió algunas composiciones buenas ántes de los quince años, i

varias ántes de los diez i seis; que escribió la titulada *A mi Caballo*, cuando no tenia diez i ocho, i la titulada *Al Huracan*, cuando no tenia diez i nueve; que escribió la mui afamada *Al Niágara*, cuando solo tenia poco mas de veinte.

Los romances al *Anauco* i a un *Saman* son, sin embargo, interesantes en la vida de Bello, porque establecen un punto de partida que deja apreciar cuántos fueron los adelantamientos que nuestro poeta alcanzó merced al cultivo intelectual i a los ejercicios literarios.

Pareceria que el autor de estas dos producciones de principiante no fuera el de la *Agricultura de la Zona Tórrida*, i el de la *Oracion por Todos*.

¡Tanta es la diferencia de mérito que se observa entre las unas i las otras!

Este ejemplo, harto expresivo, contiene una leccion provechosa, pues hace palpar, por decirlo así, las inmensas ventajas que, con un estudio perseverante, pueden reportarse.

No trascurrieron muchos años sin que Bello diera pruebas mas satisfactorias de sus aptitudes.

Los dos romances a la introduccion de la vacuna en Venezuela, elaborados en 1804, cuando el poeta rayaba en los veinte i tres años, marcan un progreso perceptible, aunque estén léjos de ser sobresalientes.

El romance a la *Nave*, i el soneto *Mis Deseos*, imitaciones de Horacio, i la égloga en octavas reales titulada *Tírsis*, imitacion de Virjilio, obras de este período, pero sin fecha bien determinada, descubren las tres el conocimiento de los clásicos latinos que tenia Bello, i las dos últimas la destreza que iba adquiriendo en el arte de la versificacion.

La influencia clásica se advierte todavía en los dos graciosos juguetes denominados *Diálogo entre Tirsi i Clori*, i *El Vino i el Amor*, escritos mas tarde con la pluma segura de un maestro.

La lectura atenta de Horacio i de Virjilio, i la admiracion que les profesaba, preservaron a Bello de ver la naturaleza por vidrio de aumento, como muchos de sus contemporáneos de Carácas, i le habituaron a no sacrificar la verdad i la exactitud a un colorido demasiado vistoso, i a figuras excesivamente engrosadas.

Los sonetos *A una Artista*, compuesto entre 1806 i 1808; *A la Victoria de Bailen*, en 1808; i *Dios me tenga en gloria*, en 1817 a 1818, suministran ejemplos de las improvisaciones numerosas que los acontecimientos públicos o privados inspiraron a Bello en su juventud.

Sin embargo, segun el literato venezolano don Arístides Rojas, que se ha empeñado con piadosa solicitud por recojer cuantas ha podido, las tres mencionadas son las únicas que merecen conservarse.

Don Andres Bello colocaba entre sus mas selectas producciones poéticas el soneto *A la Victoria de Bailen*, que retenia de memoria hasta el año de 1861, en que me lo dictó para que yo lo diese a la estampa.

No obstante lo que Bello gustaba de leer, de recitar i de componer versos; i no obstante lo que se complacia en discurrir acerca de ellos, se mostró siempre remiso para publicar, tanto esas primeras composiciones, como las posteriores.

Tiene fácil esplicacion el que nuestro autor no imprimiera desde luego sus poesías juveniles, a pesar de que fueron jeneralmente aplaudidas, puesto que a la sazon faltaban en Venezuela los medios de hacerlo.

La primera imprenta que hubo en este país fué la que trajo el caudillo de la independencia don Francisco Miranda, cuando su tentativa revolucionaria de 1806, i en la que dió a luz algunas proclamas, las cuales, rechazada la invasion de los independientes, se quemaron por mano del verdugo en la plaza de Carácas.

En 1808, dos empresarios extranjeros compraron, con permiso del gobierno, esta imprentita, que habia quedado en una de las islas inmediatas, e hicieron salir el periódico titulado *Gaceta de Carácas*, a fin de satisfacer el anhelo de todos por hallarse prontamente enterados de lo que iba sucediendo en la Península despues de la invasion de los franceses, i de la abdicacion de los reyes lejítimos.

Así, primero no habia imprenta en Carácas; i cuando la hubo, era mal provista, i estaba destinada a un objeto mui distinto de la poesía.

Don Andres Bello no habria encontrado en Venezuela un medio espedito de publicar sus versos de juventud, aun cuando lo hubiera querido.

Pero es estraño, i mucho, el que no lo ejecutara, siquiera respecto de algunos, mas tarde en Lóndres, i sobre todo en Santiago de Chile, ciudades donde dirijió periódicos, i donde, sin esto, habria tenido oportunidad de realizarlo.

Se concibe que, durante la efervescencia de la lucha entre las provincias hispano-americanas i la metrópoli, no juzgara prudente la publicacion de poesías en que se loaba a España i a los gobernantes del antiguo réjimen; pero nó que persistiera en igual propósito despues de la celebracion de la paz entre los belijerantes, i despues de la reconciliacion entre los españoles de uno i de otro continente.

Ademas, únicamente tres o cuatro de esas composiciones juveniles pertenecian a la categoría de que acabo de hablar.

La verdadera esplicacion de tal retraimiento, raro en un poeta, se encuentra en que Bello, junto con entretenerse i deleitarse vertiendo sus pensamientos en frases armoniosas i rimadas, juzgaba con desmedida severidad los frutos de su inspiracion, sin osar someterlos al fallo de la crítica seria e intelijente.

Esta desconfianza fué injustificada.

Aun en las poesías de su mocedad, hai algunas, como la imitacion de la égloga segunda de Virjilio, i el soneto *A la Victoria de Bailen*, que muchos habrian tenido a honra firmar.

Es cierto que este soneto i el titulado *Mis Deseos*, segun lo oí a Bello, aparecieron en un periódico de España, pero sin que él los hubiera enviado, i probablemente sin nombre de autor.

Fuí yo quien, en 1861, dió a conocer algunas de las composiciones pertenecientes al primer período de la vida de Bello, las cuales obtuve a fuerza de instancias.

Los distinguidos literatos hispano-americanos don Aristídes Rojas, de Carácas, i don Miguel Antonio Caro, de Bogotá, ambos fervorosos admiradores de Bello, han descubierto i publicado, despues del fallecimiento del ilustre poeta, las otras composiciones escritas en su juventud que se insertan en el presente volúmen.

Sin embargo, hai constancia fehaciente de que las de esta especie que se han recopilado no fueron entónces las únicas producciones de su injenio.

Tengo motivos para presumir que el soneto titulado *Un Recuerdo*, compuesto en 1810, es solo una de las no

escasas piezas amatorias en que Bello expresó las alegrías i los dolores de una pasion a que su alma sensible no fué ajena.

El temor de que la publicacion de ellas se tuviera por contraria a la seriedad de su carácter i de su posicion, le movió a mantenerlas mas guardadas que otras, i aun a destruirlas.

III

Don Andres Bello residió en Lóndres desde 1810 hasta 1829.

La dedicacion a las lecturas mas variadas, el trato frecuente con notables literatos ingleses i españoles, el estudio asiduo, la reflexion constante sobre cuanto veia, oia i leia, acrecentaron extraordinariamente, junto con la madurez de los años, el caudal de sus conocimientos, i depuraron su gusto.

El poeta en esperanza llegó a serlo en realidad.

El deseo de cooperar a la difusion de las luces en las provincias españolas del nuevo mundo, convertidas en repúblicas independientes, estimuló a Bello i a su amigo el neo-granadino don Juan García del Rio a fundar sucesivamente, hurtando tiempo al ocio i al recreo, i sin ningun designio de lucro, dos revistas: *La Biblioteca Americana* en 1823; i *El Repertorio Americano* en 1826.

Don Andres Bello insertó en estos periódicos dos composiciones de largo aliento, que afianzaron su reputacion de poeta en Venezuela, que la esparcieron por toda la América Española, i que la llevaron a la España misma.

La primera de ellas es la *Alocucion a la Poesía*, cuyas dos partes o fragmentos aparecieron en *La Biblioteca*

Americana; i la segunda, *La Agricultura de la Zona Tórrida,* que apareció en el tomo de *El Repertorio* correspondiente al mes de octubre de 1826.

La *Alocucion* fué una especie de prospecto poético, en que el autor indicó, con brillante estilo i con versos jeneralmente bien peinados i rotundos, los asuntos que, a su parecer, debian tratar los vates de las jóvenes naciones hispano-americanas.

Como se ve, el tema no podia ser, ni mas interesante, ni mas oportuno.

Afortunadamente para Bello, acertó a predicar con la doctrina i el ejemplo.

Se mostró juntamente maestro i poeta.

Tal es la razon por que la *Alocucion a la Poesía* ha tenido i tendrá en la historia literaria de la América Española un lugar tan prominente.

Pero, examinemos cuál era la senda que Bello señalaba a los poetas sus compatriotas.

Bello dió a la estampa en el volúmen de *El Repertorio* correspondiente al mes de enero de 1827 un *Juicio sobre las Poesías de José María Heredia.*

En este artículo, recomienda encarecidamente el estudio de los clásicos castellanos, i de los grandes modelos de la antigüedad.

Los unos, dice, castigarán la diccion, i harán desengañarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán el gusto, i enseñarán a conservar, aun entre los arrebatos del estro, la templanza de imajinacion que no pierde jamas de vista a la naturaleza, i jamas la exajera, i la violenta.

Bello, desde sus primeros años hasta el fin de sus dias, se manifestó siempre fiel a esta teoría estética.

Ya en Venezuela, se esforzó por aprender filosófica i prácticamente el idioma patrio, al cual habia de dedicar posteriormente tan prolijas i tan fructíferas investigaciones.

Así, sus poesías juveniles i las que elaboró en Lóndres están escritas en lenguaje puro i correcto.

Sin embargo, para recomendar el esmero en este punto, haré observar de paso que es tan dificultoso en materia de lenguaje, evitar los resabios provinciales o vulgares, que Bello emplea en la *Alocucion* «vagorosas» por «vagarosas»; i en *La Agricultura de la Zona Tórrida*, «erguiese» por «irguiese».

Aliquando dormitat Homerus.

Del mismo modo, don Andres Bello, desde su primera juventud, leyó i releyó a Cervántes, a Lope de Vega, a Calderon i a otros clásicos castellanos; i no solo manejó amenudo las obras de Horacio i de Virjilio, sino que tambien las tradujo i las imitó en verso.

Andando los años, aplicó estos mismos estudios a los principales poetas de otras literaturas extranjeras, como las de la Grecia Antigua, de Inglaterra, de Francia, de Italia, arrastrado por la admiracion de sus esclarecidos méritos, i ansioso de descubrir i asimilarse sus procedimientos artísticos.

Durante su permanencia en Lóndres, tradujo dos largos fragmentos de Delille, poeta a la sazon mui aplaudido: el uno del poema titulado *Los Jardines*, que publicó en *El Repertorio* correspondiente al mes de agosto de 1827; i el otro del titulado *Los tres Reinos de la Naturaleza*, que ha quedado inédito hasta el año anterior de 1882.

Vertió ademas del italiano al castellano catorce cantos del poema de Boyardo refundido por Berni: *El Orlando Enamorado*, que don Diego Barros Arana imprimió por la primera vez el año de 1862.

Pero don Andres Bello, junto con decir que los poetas hispano-americanos debian conocer las obras de los grandes escritores españoles i extranjeros, i mantener la unidad de un hermoso idioma hablado por millones de hombres, profesaba que debian ser orijinales en cuanto a las materias, i sacar sus argumentos de la naturaleza i de la historia nacionales.

Esto fué lo que recomendó i lo que ejecutó en la *Alocucion a la Poesía.*

Como era de esperar, Bello dió en esta pieza una atencion preferente i aun predominante a los personajes i a los sucesos de la reciente i gloriosa guerra de la independencia, cuyas emociones ajitaban todavía todas las almas.

Sin embargo, no olvidó ni las tradiciones de los aboríjenes, ni las hazañas de los descubridores i conquistadores, a las cuales alude.

Los hispano-americanos habitaban un continente cuyas marabillas i magnificencias no cedian a las de ningun otro.

Tenian una historia antigua i moderna en que abundaban acontecimientos tan grandiosos por sí mismos, como las invenciones mas espléndidas de los poetas épicos.

La intelijencia perspicaz de Bello comprendió perfectamente que esas eran las dos fuentes fecundas en que los escritores hispano-americanos debian buscar inspiraciones, si ambicionaban, como era justo, obtener la

aprobacion i el aplauso de los maestros del antiguo mundo.

Aquel de estos dos ricos temas de poesía a que Bello se sentía mas atraído era el de la naturaleza, a la cual siempre habia amado i admirado.

En el juicio de las poesías de Heredia, que he citado ántes, declara que las mejores del vate cubano son aquellas «en que le vemos trasladar a sus versos con felicidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada i cantada,» como las tituladas: *A mi Caballo, Al Sol, A la Noche,* i *Versos escritos en una tempestad (Al Huracan).*

Antes de expresar esta doctrina como crítico, Bello habia procurado realizarla como poeta.

Tal fué el propósito de *La Agricultura de la Zona Tórrida.*

En el primer fragmento de la *Alocucion*, se leen los versos copiados en seguida.

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algun Maron americano, ¡oh diosa!
tambien las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
i las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
i animado carmin la tuna cria,
donde tremola el algodon su nieve,
i el ananás sazona su ambrosía:
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, da azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra

de sus albos jazmines, i el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Aunque los versos que acaban de leerse estaban, como se ve, bastante bien forjados, Bello, que aspiraba a la perfeccion, no trepidó en volverlos al yunque para mejorarlos tales como aparecen al principiar *La Agricultura de la Zona Tórrida.*

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, i cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; i bebe en ellas
aromas mil el viento;
i greyes van sin cuento
paciendo tu verdura desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú, en urnas de coral, cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmin viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
i de tu añil la tinta jenerosa
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; i la hoja es tuya,

que cuando de süave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
i el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cria,
i el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca,
sus rubias pomas la patata educa;
i el algodon despliega al aura leve
las rosas de oro i el vellon de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos i franjadas flores;
i para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
i para ti el banano
desmaya al peso de su dulce carga:
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las jentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo:
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava.
Crece veloz, i cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Así como la *Alocucion* puede considerarse un prospecto poético, la parte de *La Agricultura de la Zona Tórrida* que sigue a la soberbia introduccion ántes reproducida, es un verdadero prospecto político i social.

El poeta implora la paz que ha de procurar remedio a las calamidades de una sangrienta lucha; aconseja la moralidad i el trabajo que han de traer la dicha i el bienestar; clama por la libertad i el respeto de la lei que hacen prósperas i grandes a las naciones; señala a las jóvenes repúblicas las ventajas de que prefieran el réjimen industrial al militar.

Todos estos conceptos se hallan expresados con los atavíos del mas primoroso estilo.

Don Andres Bello habia usado en la *Alocucion* algunas frases acres i violentas contra la España i sus caudillos en la América, propias de la tremenda i encarnizada lucha, aun no concluida, cuando escribió esa composicion.

La edicion de las poesías de Bello hecha en Madrid el año de 1882 ha suprimido por este motivo, a veces con perjuicio de la rima, no solo versos, sino largos trozos.

Semejante mutilacion no podria justificarse en ningun caso, i por ningun pretesto.

Ella ha sido el resultado de un patriotismo mui mal entendido.

¿Qué se diria si algun editor hispano-americano cayera en la debilidad de no publicar las composiciones en que don Andres cantó las glorias de España en la paz i en la guerra?

Un poeta no puede prescindir de los afectos que conmueven a una sociedad en un tiempo dado.

Don Andres Bello estaba mui distante de tener antipatía a nuestra antigua metrópoli.

Por lo contrario, le profesaba cariño.

Apénas terminada la lucha de la independencia, ya alzaba en *La Agricultura de la Zona Tórrida* su conmo-

vida voz para hacer fervorosos votos por la reconciliacion entre los individuos de una misma familia; para que el español de Europa alargase la diestra inerme al español de América; para que si la innata mansedumbre dormia, se despertase en el pecho americano.

Don Andres Bello era demasiado ilustrado i jeneroso para experimentar mezquina enemistad contra una nacion cualquiera, i mucho ménos contra España.

Aunque no en tanto grado, participaba hasta cierto punto de las ideas cosmopolitas de Alfonso de Lamartine, cuyos versos referentes a este tema tradujo a nuestro idioma.

¿Para qué el odio mutuo entre las jentes?
¿Para qué esas barreras,
que aborrecen los ojos del Eterno?
¿Hai acaso fronteras
en los campos del éter? ¿Vénse acaso
en el inmenso firmamento vallas,
linderos i murallas?
¡*Pueblos*, *naciones*, títulos pomposos!
¿Qué es lo que dicen? ¡Vanidad, barbarie!
Lo que a los piés ataja
no detiene al amor. Rasgad, mortales,
(Naturaleza os grita)
las funestas banderas nacionales:
el odio, el egoísmo tienen patria;
no la fraternidad.

Bello trabajó el año de 1827 una composicion en tercetos titulada *Carta escrita desde Lóndres a Paris por un americano a otro*, la cual hasta ahora se habia creído inconclusa.

La epístola a que aludo era dirijida a su amigo el poeta don José Joaquin Olmedo.

El eminente crítico, individuo de la Real Academia

Española, don Manuel Cañete, discurre como sigue acerca de ella en un mui interesante ensayo que ha insertado en la *Revista Hispano-Americana.*

«Esta composicion que Bello dejó sin concluir no aparece en la *América Poética*, ni en la *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos,* ordenada i publicada en Paris por el ministro plenipotenciario de Venezuela en España don José María Rójas, ni en la *Coleccion de poesías orijnales de Bello*, tambien impresa en Paris por los editores Rosa i Bouret, en 1870. Esta composicion, de la que han salido a luz ciento treinta i cinco versos en las *Poesías de Andres Bello* publicadas en esta corte recientemente con mui esmerado gusto, i a la que acaba de añadir diez i ocho versos mas encontrados en los borradores del gran escritor americano su dilijente i benemérito biógrafo don Miguel Luis Amunátegui, no creo yo que merezca ser preferida—a los mejores trozos de la mejor epístola del mejor de los Arjensolas—como dice Olmedo con su natural vehemencia, en un rapto de entusiasmo i de gratitud, pero sí que puede hombrearse dignamente con cualquiera otra de los buenos tiempos de la poesía castellana. Díganlo estos bellos rasgos alusivos al vate del Guáyas i honrosísimos para ambos insignes autores.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
cuando a la nueva luz recien nacido
los tiernezuelos párpados abria!

No ciega nunca el pecho embebecido
en la vision de la ideal belleza,
de incesantes contiendas el ruido.

El niño Amor la lira le adereza,

i dictanle cantares *inocentes*
virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa *jente*
desventurada, a quien la paz irrita;
i se aduerme al susurro de la *fuente;*

O por mejor decir un mundo habita
suyo, donde mas bello el suelo i rico
la edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva o pico,
i vive mansa jente en leda holgura,
vistiendo aun el pastoral pellico,

Ni halló jamas cabida la perjura
fe, la codicia o la ambicion tirana
que nacida al imperio se figura,

Ni a la plebe deslumbra, insulsa i vana,
de la extranjera seda el atavío,
con que talvez el crímen se engalana.

«Si estos hermosos conceptos, expresados con tanta fluidez i tersura, no abonasen el afan con que Olmedo suspiraba por que su amigo prosiguiese la epístola que tan bien habia empezado, bastarian para justificar el sentimiento de que el autor no la terminase, o de que se haya perdido la conclusion, no encontrada entre los papeles de Bello. El lijero defecto de aconsonatar *inocentes* con *jénte* i *fuente*, que se nota en los citados tercetos, habria sin duda desaparecido, si aquel los hubiese acabado i limado, pues son pocos los poetas españoles que, en materia de correccion i de gusto, rayan tan alto como el cantor de *La Agricultura de la Zona Tórrida*. Consuela ver con cuánta efusion i sinceridad encomia Bello las excelentes calidades de su ilustre amigo,

aunque era talvez el único de los líricos americanos que por entónces podian rivalizar con él en inspiracion i mérito. Con razon aseguraba Cervántes que el honrado da honra, sin poder hacer otra cosa.»

La acertada observacion del señor Cañete respecto a la imperfeccion de rima que señala, me impulsó a practicar una nueva i atenta rebusca en los borradores o jeroglíficos de Bello, la cual ha sido felicísima, pues me ha proporcionado el descubrimiento, no de una, sino de dos variantes que corrijen esa imperfeccion.

1.ª

El niño Amor la lira le adereza,
i díctanle cantares *inocentes*
virtud, humanidad, naturaleza.

Huye el vano bullicio de esas *jentes*
desventuradas que la paz irrita,
i se aduerme al murmullo de las *fuentes.*

Me parece que el sentido exije leer *huye,* i no *oye,* como dice la edicion de Madrid; i así está realmente en el manuscrito.

2.ª

El niño Amor la lira le adereza,
i díctanle cantares *inocentes*
virtud, humanidad, naturaleza.

Huye el loco tumulto de las *jentes;*
i a los dolores que codicia irrita,
prefiere el campo, i árboles, i *fuentes.*

Esta rebusca, debida a la observacion del señor Ca-

ñete, me ha llevado tambien a encontrar la conclusion de la epístola.

El último de los tercetos conocidos dice así:

Ya para recibirte su canoro
concepto se suspende, i la armonía
de las acordes nueve liras de oro.

Diré entre paréntesis que, segun el sentido, debe leerse *concierto*, i no *concepto*.

A este terceto, siguen las estrofas que completan la composicion, i que doi a conocer por primera vez a continuacion:

I llegas, i te sientas, i Talía,
que al áureo cinto arregazó la falda,
la copa te presenta de ambrosía.

I ciñe tu cabeza con guirnalda
de siempre verde lauro que matiza
purpúrea flor, i azul, i roja, i gualda.

I luego que las cuerdas armoniza,
el coro celestial en nuevo canto
celebra tu llegada, i solemniza.

«Alma eterna del mundo, númen santo,
tutela del Perú (cantan ahora,
i su onda Castalia enfrena en tanto),

«Envía sin cesar luz bienhechora,
que cesó de tu tierra la ruina,
i libre ves al pueblo que te adora.

«La libertad, amable peregrina,
su templo allí plantó; i allí su llama
hermosa arde otra vez, pura i divina.

«I en todos sus oráculos proclama

que al Magdalena i al Rimac turbioso
ya sobre el Tiber i el Garona ama.»

A encontrar vuela el himno melodioso,
la hueste de los vates inmortales,
el cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;

I vestida de diáfanos cendales,
ocupa el aire en torno al foco santo
bella vision de cándidos cristales
que con etérea voz repite el canto.

Como se ve, la ímproba tarea de descifrar el manuscrito de Bello ha sido bien recompensada.

Nuestro autor compuso ademas durante su permanencia en Lóndres dos piezas patrióticas en verso: *El Himno de Colombia* en 1825, i la cancion *A la Disolucion de Colombia* en 1828, las cuales permanecieron inéditas hasta 1861.

IV

Don Andres Bello, contratado por el gobierno de Chile, llegó, en los últimos dias de junio de 1829, a este país, donde iba a residir mas de treinta i cinco años, i que iba a ser su segunda patria.

Contaba cuarenta i siete años cumplidos.

Aunque en lo que le restaba de su laboriosa existencia, debia mejorar su talento, i perfeccionar i variar su instruccion, era ya un hombre en extremo ilustrado, que manejaba con destreza la pluma para escribir, tanto prosa, como verso.

El literato colombiano don Miguel Antonio Caro ha dado a conocer dos pasajes inéditos de cartas dirijidas

por Bello a su amigo el poeta don José Fernández Madrid, en los cuales comunica a éste confidencialmente la impresion que Chile habia causado en su ánimo.

«El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior a su reputacion, sobre todo en bellezas naturales.... decia en el primero fecha 20 de agosto de 1829. En recompensa, se disfruta, por ahora, de verdadera libertad; el país prospera; el pueblo aunque inmoral, es dócil; la juventud de las primeras *(¿familias?)* manifiesta mucho deseo de instruirse; las *(¿mujeres?)* son agradables, el trato es fácil... Se goza de hecho toda la tolerancia que puede apetecerse.

«Siento decir a Usted que he traído demasiados ejemplares de su coleccion de poesías. La bella literatura tiene aquí pocos admiradores.»

«La situacion de Chile en este momento no es nada lisonjera, decia en el segundo fecha 8 de octubre del mismo año: facciones llenas de animosidad, una constitucion vacilante, un gobierno débil, desórden en todos los ramos de administracion. No sabemos cuánto durará este estado, que aquí se llama de crísis, i que puede talvez prolongarse años. Por fortuna, las instituciones democráticas han perdido aquí con *.... que en todas partes su pernicioso prestijio; i los que abogan por ellas lo hacen mas bien porque no saben con qué reemplazarlas, que porque estén sinceramente adheridos a ellas...

«No sé qué hacer, amigo mio, con los ejemplares que tengo de las *Poesías* de Usted. Si se proporcionara remitir algunos al Perú, lo haré; aquí nada se lee.»

La pintura de la situacion intelectual de Chile en 1829

* Roto el papel.

que Bello hacía a Fernández Madrid era exactísima.

Este país habia sido una de las provincias españolas del nuevo continente mas desatendidas en punto a instruccion, i por lo tanto, una de las mas atrasadas.

Como lo exije el objeto de este ensayo, concretaré mis noticias i observaciones únicamente a la poesía.

Entre 1829 i 1840, no faltaron en Chile algunos poetas, nacionales i extranjeros, mas o ménos distinguidos.

Citaré desde luego a don José Joaquin de Mora, que dió a la estampa poesías de mérito serias i festivas; que uno de los primeros celebró el *Diez i Ocho de Setiembre*, aniversario de la revolucion chilena; que consagró una silva a la constitucion de 1828; que compuso el canto fúnebre a la muerte de los Carreras.

I ya que recuerdo a Mora, es preciso mencionar junto con él a su amigo don Ventura Blanco Encalada, chileno de fino gusto, educado en Madrid, que publicó tambien en aquella época algunas poesías de correccion clásica, acreedoras a la alabanza.

Estuvo ademas por entónces en Chile don Antonio José de Irisarri, escritor fecundo en prosa, que tributaba igualmente culto a las Musas.

Don Andres Bello dió lugar en *El Araucano* fecha 24 de abril de 1835 a un largo poema titulado: *En la destruccion de las provincias del Sur de Chile por el terremoto de 20 de febrero*, advirtiendo que lo hacía, «no solo por el interes del asunto, sino por el mérito de algunos rasgos que manifestaban que el autor habia estudiado el lenguaje i estilo de los mejores poetas castellanos.»

Aquella pieza era debida al arjentino don Gabriel Alejandro Real de Azúa, que imprimió en Paris por los años de 1839 i de 1840 tres volúmenes de obras poéti-

cas, i que, el de 1836, debia imprimir en Valparaíso un cuarto volúmen de prosa i verso.

En 1835, vino a nuestro país el peruano don Felipe Pardo i Aliaga, uno de los mejores discípulos de don Alberto Lista.

Pardo redactó en 1836 un periódico denominado *El Intérprete*, en que insertó excelentes poesías lijeras, las cuales, excepto dos o tres, no se incluyeron en la edicion de sus obras.

Por el mes de marzo de 1834, don Andres Bello hacía aparecer en las columnas de *El Araucano* una escena de la *Ifijenia en Aulide* de Racine, traducida al verso castellano.

«Este ensayo poético, decia Bello, nos ha parecido digno de la atencion del público por el mérito de muchos pasajes, i sobre todo por la circunstancia de ser produccion de un jóven chileno de diez i siete años de edad, que se ha formado enteramente por sí mismo en este ramo difícil de composicion literaria. A la exactitud de la medida, se junta la propiedad del lenguaje, que ciertamente es una cualidad nada comun entre nosotros; un tacto fino en variar las cesuras del metro; expresiones poéticas i sentidas, en que el jóven alumno de las Musas se acerca bastante al gran modelo que ha tenido a la vista, i en una palabra, todas las señales de un instinto poético que, cultivado, podrá desmentir la opinion desfavorable que se tiene de las disposiciones naturales de los chilenos para la mas bella i la mas difícil de las artes.»

El nuevo poeta era don Salvador Sanfuéntes i Tórres, que se habia formado en el difícil arte de las composiciones en verso, no «enteramente por sí solo,» como

Bello lo declaraba en su modestia, sino en parte por sus lecciones i consejos.

Sanfuéntes no defraudó las esperanzas de su sabio maestro.

El año de 1837, insertó en *El Araucano* unos sonetos a la muerte del ministro de estado don Diego Portáles.

Junto con esto, compuso otras poesías, que no dió a luz.

Para completar la lista de los poetas dignos de este título que hubo en Chile desde 1829 hasta 1840, es menester agregar el nombre de la señora doña Mercedes Marin del Solar, que se estrenó en 1835 por la publicacion de dos sonetos, i que consolidó su reputacion con el *Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portáles*, que Bello despues de hacerle algunas pequeñas correcciones, imprimió en *El Araucano* fecha 28 de julio de 1837.

Aludiendo a esto último, la señora Marin del Solar dijo años mas tarde, en su elejía *A la muerte de Bello:*

Yo sentí su poder; a su influencia
se alzó mi voz, i resonó mi canto,
eco de un gran dolor, voz de quebranto,
que escuchó con benévola induljencia.

Pero los que escaseaban en Chile eran, no tanto los poetas, aunque fueran pocos los que habia, i en la mayor parte extranjeros, cuanto los lectores i los aplaudidores, en una palabra, ese público sin el cual aquellos guardan silencio.

La indiferencia por lo que tocaba a la poesía era extremada.

No se tenia el menor aprecio a las composiciones en verso.

Era reducidísimo el número de los que fijaban en ellas alguna atencion.

Los mas ilustrados tenian en sus estantes las de Jovellanos, de Meléndez, de Arriaza, de los Moratines; pero comunmente solo a guisa de adorno, i para que la librería fuera algo variada, i no constara solo de obras de jurisprudencia, o de teolojía.

Las jóvenes cantaban, acompañándose con la guitarra, algunas canciones, entre otras, aquella de don Pablo de Jérica, que lleva por estribillo:

.... es eso
lo que se llama amor.

Los padres mas instruidos, como verbigracia, el mio, hacian aprender de memoria a sus hijos algunas composiciones en verso, jeneralmente fábulas de Samaniego o de Iriarte.

Mi padre me enseñó a recitar una composicion titulada *La Oracion de la Tarde*, que voi a reproducir aquí, porque no se encuentra en la edicion de las *Poesías* de su autor don José Joaquin de Mora, ejecutada en Madrid el año de 1853; i porque, como versa precisamente sobre el mismo tema de *La Oracion por Todos*, permite establecer una comparacion entre ambas composiciones, i percibir la inmensa ventaja de la segunda sobre la primera.

LA ORACION DE LA TARDE

Padre del dia, en los mares
va a sumerjirse la antorcha
que, en señal de amor, al mundo
dió tu mano bienhechora.

Nubes de esplendente nácar
circundan con varia pompa
la fuente de luz que el cielo
con pálidos rayos dora.

De oriente, lentas se esparcen
con paso incierto las sombras;
callan las aves; los vientos
cesan su trisca sonora.

Al reposo se apercibe
naturaleza: las rosas
el cáliz virjíneo inclinan,
i blandamente se doblan.

I tú, desde el encumbrado
solio que el cenit corona,
de la gran máquina rijes
la marcha majestüosa.

Tú, de los hondos abismos
pueblas la estension remota,
con lejiones esplendentes
de destellos de tu gloria.

Tú la tiniebla iluminas
con luz sideral; tú formas
esos desiguales grupos
que las esferas adornan.

Salud, bienhechor supremo;
la mente humilde te adora,
cual oríjen infinito
de esa armonía asombrosa;

De esas inmudables leyes,
de esa atraccion que eslabona
los mundos, sin que su enlace
la mano del tiempo rompa.

Salud protector divino
de la vida, no desoigas
a quien tus almos decretos
bendice, i tu amor implora.

I pues el dia fenece,
i se ennegrecen las zonas,
i en las esferas domina
la oscuridad pavorosa,

Proteje al hombre infelice,
i el fiero puñal embota,
que le apercibe implacable
la enemistad vengadora.

Duerma libre la inocencia,
sin que alcance la ponzoña
de la calumnia, al asilo
donde indefensa reposa.

Cubre con alas benignas
al justo; premien sus obras
ilusiones placenteras
de la dicha que ambiciona.

En el seno del malvado,
despierta la voz sonora
del remordimiento, i jima,
i la lei santa conozca.

La injuria que recibiera
disípese en su memoria;
la venganza que apercibe'
del seno ajitado borra.

La noche vínculo sea
de amistad i de concordia;
solo haya hermanos i amigos,
cuando renazca la aurora.

A lo mencionado estaba reducido todo el caudal poético de los chilenos en la época de que voi tratando.

El único libro de poesías que por entónces despertó la curiosidad pública fué *El Moro Expósito* de don Anjel de Saavedra, que salió a luz, como se sabe, en Paris el año de 1834.

Dada la situacion que queda descrita, se comprende que don Andres Bello no tuviera ningun estímulo para dedicarse a la poesía.

Sin embargo, era tal su aficion, que, no solo alentó, como se ha visto, a otros para que se adestraran en el difícil arte de escribir en verso, sino que él mismo, no obstante sus variadas i numerosas ocupaciones, que casi le absorbian todo el tiempo, tornó, siempre que le fué posible, a un ejercicio que habia constituido el encanto de su edad juvenil.

La primera de sus composiciones métricas que dió a luz en Chile fué un ardoroso himno al *Diez i Ocho de Setiembre*, que publicó el 24 de este mes en el año de 1830.

Habiendo fallecido el vice-presidente de la república don José Tomas Ovalle, se celebraron, el 14 de abril de 1831, solemnes exequias en la catedral de Santiago.

Como es de uso en estos casos, se erijió en la iglesia un soberbio catafalco, en el cual se leian inscripciones latinas i castellanas, que habian sido pedidas a Bello.

Voi a copiar las de la segunda clase.

Subiste Ovalle a la mansion que el cielo
a tus virtudes preparó; i envuelta
a tu patria has dejado en triste duelo.

Cese el fúnebre llanto que derrama

Chile en la losa que mi polvo cubre,
pues vivo i vuelo en alas de la fama.

———

Cubre de la tristeza el negro manto
a la patria este dia: agudo acento
de dolor i quebranto
dilata el sentimiento,
i amargura derrama i desaliento.

———

A Ovalle, al hijo de la patria amada,
al padre de los pueblos distinguido,
al mejor majistrado,
Chile llora aflijido,
i llora la esperanza que ha perdido.

———

Contrista el alma tan acerba pena,
i Chile siente tanto,
que, en su dolor, es un placer el llanto.

———

Del fuego del mas puro patriotismo
que en Ovalle ardió un dia,
ved la ceniza en esa tumba fria.

En 6 de diciembre de 1833, Bello publicó la fábula *La Cometa*, que reprodujo notablemente correjida en 26 de julio de 1846.

El vecindario de Santiago obsequió el 5 de setiembre de 1839 con un brillante sarao a los jefes i oficiales que habian peleado i ganado la batalla de Yungai.

Con este motivo don Andres Bello les dirijió el siguiente saludo:

AL EJERCITO RESTAURADOR DEL PERU

Oh Casma, Lima, Buin! miéntras los hombres
estimen de altos hechos la memoria,
escritos vuestros nombres
verá Chile en el templo de la gloria,

i dirá al repetirlos: mis guerreros,
sustentando valientes
mi libertad, i los hollados fueros
de dos pueblos hermanos,
en la tierra, en la mar, por donde quiera,
alzaron victoriosos mi bandera.

Despliega activo en una i otra cima
aguerridas lejiones el tirano.
Todo le es favorable: el suelo, el clima,
la posicion, que, a una,
arte i naturaleza fortalecen,
la copia de recursos, i la fama
de otros laureles que le dió fortuna.
Pero todo es en vano. Osada embiste
la falanje chilena, i lidia, i vence:
al chileno valor nada resiste.

Valientes que en Yungai con fuerte brazo
vengar supisteis el honor chileno,
recibid los saludos i el abrazo
con que os estrecha a su amoroso seno
la patria, por vosotros vencedora.
Fuisteis su apoyo, i sois su orgullo ahora.

A fines de 1840, llegó a manos de Bello un artículo en que el célebre novelista sir Eduardo Lytton Bulwer hace un retrato literario bastante bien trazado de su compatriota lord Byron.

Don Andres Bello leyó este artículo con mucho interes, i lo tradujo esmeradamente vertiendo en verso castellano varios del gran poeta ingles, que venian intercalados en la prosa de Bulwer.

En ese artículo, se encuentra el siguiente juicio acerca del *Marino Faliero.*

«Las trajedias de Byron ofrecen concepciones mas altas, i un pincel mas vigoroso, que sus otros poemas.

¿Qué cosa mas pura, ni mas elevada, que su Anjelina en el *Dux de Venecia (Marino Faliero)?* Yo no conozco entre todas las de Shakespeare, una mujer mas verdadera, una copia mas fiel, no digo del sexo (ese es un mérito lijero), sino de lo mas sublime i elevado de que la naturaleza mujeril es capaz. Detengámonos aquí un momento. El asunto no es trillado. Este carácter no ha sido nunca completamente entendido. Un libelo insultante contra la virtud de Anjelina, obra de Esteno, jóven patricio, aparece sobre el trono ducal. El dux Faliero pide la cabeza del ofensor de su esposa. El tribunal de los Cuarenta, tribunal de patricios, le condena solo a un mes de prision. ¿Cuáles fueron los sentimientos de Anjelina? Oigámosla:

ANJELINA

Yo no lo siento
por lo que vale en sí la temeraria
imputacion del burlador. El golpe
doloroso, fatal, que ha recibido
el alma de Faliero, es lo que siento.

. . . .

MARIANA

Seguramente el noble dux no puede
poner en duda tu virtud.

ANJELINA

¡Dudarla!
Ni Esteno pudo.

. . . .

MARIANA

La justicia pide
que gravemente castigado sea.

ANJELINA

Lo está.

MARIANA

¿Qué dices? ¿Pronunció la corte
su fallo al fin? ¿Fué Esteno condenado?

ANJELINA

No sé en verdad; mas ya Venecia sabe
que fué el autor de la calumnia Esteno.
. . . .

MARIANA

. . . . A la ofendida
virtud, es necesario un sacrificio.

ANJELINA

¿Qué es la virtud, si víctimas demanda,
o si palabras de los hombres pueden
su pureza empañar? El moribundo
romano dijo que era solo un nombre.
I un nombre fuera solo, si pudiera
darle el ser o destruirla un soplo humano.

«¡Qué profunda concepcion de la dignidad de la virtud! Anjelina no concibe que se pueda dudar de la suya, o que el insulto que se le ha hecho necesite de otro castigo que la indignacion pública. Mariana le pregunta despues, si al casarse con el dux, a pesar de la gran diferencia de años i jenios, amaba al amigo de su padre como esposo, i si ántes de este enlace habia palpitado su pecho por algun noble jóven, mas proporcionado para una edad i hermosura como la suya, o habia visto des-

pues alguno, que, si ella estuviera todavía libre, le pareciera digno de aspirar a su mano.

ANJELINA

A tu primera
pregunta respondí, cuando te dije
que me casé con él.

MARIANA

¿I la segunda?

ANJELINA

No ha menester respuesta.

«¿No es esta concepcion igual a la de la sensible i suave esposa del Moro? ¿No vemos aquí el mismo corazon puro, sereno, tierno, apénas apasionado, que ama lo ideal, no lo real, i que, como Platon, presenta a la virtud bajo una forma visible, i la hace superior a todo? I sin embargo, esta altiva mujer no es austera; perdona a Esteno, pero no es solo la elevacion de una alma pura la que le dicta el perdon. ¡Ah! (dice ella al irritado dux)

Si ese liviano detractor hubiera
por su absurda calumnia derramado
su jóven sangre, desde aquel instante
no hubiera conocido el pecho mio
hora gozosa, ni tranquilo sueño.

«Nótese con qué arte la blandura i caridad del sexo realzan i animan su etérea superioridad. ¡Qué union de las mas amables prendas que pueden adornar a una mujer! Nada mas grande, ni mas sencillo a un tiempo,

que el carácter de Anjelina: una mujer cuyo corazon jamas divaga, cuya serena órbita no es turbada nunca por un episodio de amor, sobre cuyo nombre sin mancha no hai celos que se atrevan a echar una sombra; una mujer, anjélica en todas sus cualidades, i con todo eso, verdadera mujer.

«Yo no haré mas que indicar aquí la majestad i verdad del carácter del dux; sus ardientes e impetuosas iras contra el calumniador, heladas de improviso por la mezquina reparacion que le concede la sentencia, i trasferida a los jueces que la pronunciaron; su enojo por el insulto del libelo absorbido en una pasion mas profunda contra el insulto de la sentencia; su orgullo patriótico en medio de su complicidad con los conspiradores plebeyos; su patriarcal cariño a Anjelina, exento de toda flaqueza; el decoro trájico de que aparece revestido su amor, i la habilidad consumada i sublime que, dando a la pasion igual campo, que el que se presenta en Otelo, sabe hacerla mas delicada, i mas noble.»

Este injenioso análisis fué causa de que Bello releyera el drama de Byron, i de que concibiera la idea de traducirlo libremente, i arreglarlo al teatro español.

Efectivamente, empezó a realizar el proyecto; pero, por desgracia de las letras hispano-americanas, no lo llevó a término.

Me es grato salvar del olvido lo que de esta obra dejó escrito en un borrador casi inintelijible.

ACTO PRIMERO

La cámara ducal.

ESCENA PRIMERA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero.

MARINO

¿No ha vuelto el mensajero todavía?

BERTUCCIO

No, señor; aun no ha vuelto. Congregado
la señoría de Venecia, juzga
al acusado Esteno; i en acuerdo
secreto, delibera.

MARINO

¿I tarda tanto
la deliberacion? ¡Oh, cómo angustia
esta mortal incertidumbre el pecho!

BERTUCCIO

¿Qué temeis? El senado hará justicia.

MARINO

¡Justicia!... Sí... La misma que la corte
de los abogadores, que la causa
le cometieron, porque en ella fuesen
árbitros los amigos i parciales
de mi ofensor.

BERTUCCIO

Ni aun ellos osarian
protejer al culpable. Una induljencia

tan criminal, oprobio fuera eterno
al nombre de Venecia i a las leyes.

MARINO

¿Aun no conoces a Venecia? ¿Ignoras
de sus patricios el carácter? ¿juzgas...?
Pero su fallo ha de saberse en breve.

BERTUCCIO

Sin causa, vuestra alteza desconfía.
Venecia vió el delito, i lo detesta.
No osa negarlo el reo; ni el senado
a tanto alcanza, que absolverle pueda
contra el comun sufrajio, i con desdoro
de la suprema autoridad.

MARINO

Vicencio,
¿qué nuevas traes?

ESCENA SEGUNDA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero, Vicencio.

VICENCIO

Gran señor, me manda
a avisaros la noble señoría
que ha pronunciado la sentencia; i luego
que en forma esté, será con el debido
honor i sumision notificada
a vuestra alteza.

MARINO

Ah! sí. Conmigo siempre
sumisa fué en extremo i respetuosa

la señoría. ¿Mas, por fin, el fallo
dices que pronunció?

VICENCIO

Señor, acaba
de pronunciarlo.

MARINO

I ¿qué falló?

VICENCIO

Lo ignoro:
secreto fué el acuerdo.

MARINO

Pero suele
algo de entre las sombras que rodean
a la justicia traslucirse: un sordo
murmurio, un aire grave, una mirada
a un ojo perspicaz revelar suelen
lo que la lengua calla. Los patricios
al fin son hombres... respetables, justos,
sabios, cuanto se quiera... i silenciosos
tanto como la tumba que devora
las víctimas que juzgan; mas con todo
algo pudo el aspecto revelarte,
algo los jestos i el silencio mismo.
¿Nada alcanzaste a percibir?

VICENCIO

No estuve
mas que un momento a vista del senado
ni del decreto de los jueces pude
columbrar un indicio; i mas del reo
Miguel Esteno hallándome tan cerca
que...

MARINO

Pues ¿viste al ménos el semblante
de ese Miguel Esteno? Acaba!

VICENCIO

Al verle
me pareció sereno, resignado
a la sentencia;... mas aquí la trae,
si no me engaño, el secretario.

ESCENA TERCERA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero, Vicencio, Secretario.

SECRETARIO

Al noble
Faliero de Venecia ínclito jefe,
el tribunal de los Cuarenta envía
salud, honor; i espera que se digne
su alteza echar la vista sobre el fallo
que acaba de librar contra el patricio
Miguel Esteno por la grave culpa
de que su alteza le acusó. El rescripto
hélo aquí.

MARINO

Retírate.—Tú, Vicencio,
déjame solo un breve instante.

ESCENA CUARTA

Marino Faliero, Bertuccio Faliero.

MARINO

Toma,
Bertuccio, este papel. Siento turbarse
mis ojos, i fijar en él no puedo
la vista oscurecida.

BERTUCCIO

Amado tio!
tened valor. ¿De qué temblais? ¿Qué extraño
temor es ese?

MARINO

Acaba, lee...

BERTUCCIO

Decreta
conformemente que Miguel Esteno,
que por su propia confesion la noche
del carnaval grabó sobre la silla
ducal estas palabras injuriosas...

MARINO

¿A repetirlas vas? ¿A repetirlas?
¡Tú, mi sobrino! ¿Mancharás tu labio
con la deshonra de la noble casa,
afrentada en su jefe, el primer jefe,
el duque de Venecia? Lee tan solo
de mi ofensor la pena.

BERTUCCIO

Perdonadme.
Ya os obedezco. «Un mes de arresto impone
para castigo de su culpa al reo
Miguel Esteno.»

MARINO

Sigue pues; ¿qué tardas?

BERTUCCIO

Señor, no hai mas.

MARINO

¿No hai mas? ¿Es eso todo?
¿Sueño? ¿Deliro?.. Es falso... Es imposible.
Dame el papel....«Un mes de arresto»... Amigo,
sostenme.

BERTUCCIO

Serenao. No desmaye
en tan leve ocasion vuestra constancia.
Sentaos, noble duque, miéntras llamo
la servidumbre a que os atienda i sirva.

MARINO

Detente, ya pasó.

BERTUCCIO

Negar no puedo
que es el castigo demasiado leve
para una culpa que a Venecia toda
ultrajó en vos; i que injusticia ha sido
dar a tamaño agravio tan mezquina
satisfaccion; pero un recurso os queda:
juntad de nuevo el tribunal, o tornad
a los abogadores el proceso,
que, si ántes a la causa se negaron,
al ver que se os rehusa hacer justicia,
anularán el fallo, i de las leyes
vindicarán la majestad violada.
¿No lo juzgais así?... Pero, suspenso,
¿no me escuchais? Los ojos a la tierra
teneis clavados; i a las voces mias
¿no dais oído? Noble duque!

MARINO

¡Al cielo
pluguiese que en San Marcos de Venecia

hoi los pendones turcos tremolaran!
De esta suerte, homenaje les haria.

BERTUCCIO

Por Dios, por vuestro honor, por vuestra fama,
volved en vos.

MARINO

¡Que no flotara ahora
la escuadra jenovesa en estas aguas!
¡Que no cercaran el ducal palacio
las enemigas hordas de los hunos
que en Zara derroté!

BERTUCCIO

Nó, no convienen,
señor, razones tales en los labios
del duque de Venecia.

MARINO

¿Dónde, dónde
el duque de Venecia está, que quiero
invocar su justicia? Si ya duque
de Venecia no soi, soi hombre al ménos.
Hubo en Venecia duque; ya ese nombre
es un sonido vano; vano, he dicho.
Ya es solamente un título de oprobio.
El mas desamparado, el mas humilde,
el mas vil e injuriado de los hombres,
el que mendiga de una puerta en otra
el alimento, si no le halla en esta,
puede talvez, tocando a la vecina,
ser socorrido; mas aquél que pide
justicia a los que deben ampararle
en su derecho, i no la alcanza, es pobre
mas que el mendigo que de ajena mano
recibe el pan amargo del desprecio;
es un esclavo, un abatido esclavo;

i tal soi yo; tal eres tú, Bertuccio;
tal es mi casa i mi familia toda
desde este instante. El orgulloso noble
puede escupirme el rostro, i el mas bajo
ganapan señalarme con el dedo.
I ¿a quién apelaremos?

BERTUCCIO

A las leyes.

MARINO

¡Triste recurso! Yo busqué el remedio
en la lei sola. No pedí venganza
sino a la lei. Reconocí por jueces
los que las leyes dan al injuriado.
Supremo jefe de Venecia, ocurro
como suplicante a los que darme deben,
no tan solo atencion, sino obediencia,
a los que esta corona me ciñeron,
que hoi cubren de ignominia... i ¿qué he logrado?
Puesta de su justicia en la balanza,
la avilantez de ese patricio indigno
tuvo mas peso que mi nombre ilustre,
que su propia eleccion, que los honores
de esta alta dignidad, que estos cabellos
canos, que estas honradas cicatrices,
que todas mis fatigas, ansias, penas
por la salud i gloria de la patria,
que la sangre i sudor de cincuenta años...
I ¿he de sufrirlo?

BERTUCCIO

No soi yo por cierto
el que resignacion os aconsejo.
Si se rechaza vuestra instancia, entónces
apelaremos a otros medios.

MARINO

Basta.
¿Tú me aconsejas apelar, Bertuccio?

¿Tú, mi sobrino? tú, renuevo ilustre
del tronco de Faliero, de aquel tronco
que ha dado ya tres duques a Venecia?
Pero bien dices: la humildad conviene
a mi nueva situacion.

BERTUCCIO

Señor, raya
vuestro dolor en un culpable exceso.
Torpe la afrenta ha sido, i torpe el fallo
que impune la dejó; mas esa furia
no guarda proporcion con el agravio,
ni con agravio alguno. Si os ha hecho
injuria la sentencia, reclamemos;
i si satisfaccion se nos rehusa,
busquémosla, señor, por nuestra mano;
mas con serenidad, cordura i pulso.
Silencio!... i a vengarnos. Soi mancebo.
Amo la casa vuestra; amo su lustre.
Miro éste en el apoyo de mi tio,
mi jefe, mi tutor; mas, aunque admito
en parte la razon de vuestro enojo,
el verlo me horroriza.

MARINO

¿Conque es fuerza
decirte lo que hubiera sin mis voces
entendido tu padre? ¿Solo el golpe
material que lastima al cuerpo, sientes?
¿Tienes orgullo, brios, alma, honra?

BERTUCCIO

La vez primera es esta que osó nadie
poner mi honor en duda, i la postrera
sería, si otro fuera el que dudara.

MARINO

Tú sabes de qué suerte ese patricio
osó manchar la pura honra... oh cielos!...

de mi mujer... de lo mas caro i santo,
lo mas precioso en el honor del hombre.
Pero, ¿no sabes tú, no saben todos
que fué la imputacion libelo infame?
Al honor de una esposa aun el aliento
de la sospecha i la calumnia empaña.
I si en esa inocente criatura,
yo no lavé la mancha de mi nombre,
fué porque hermosa i jóven, a un anciano
recibió por esposo.

BERTUCCIO

I ¿qué castigo
satisfaceros pudo?

MARINO

¿Cuál? La muerte!
¿No era yo soberano de Venecia,
insultado en su trono, hecho el ludibrio
de los que obedecerme deberian,
amancillado como esposo? ¡I vive!

BERTUCCIO

Antes que el sol se oculte en el ocaso,
dejará de vivir: yo os lo prometo.
Confiadme, señor, vuestra venganza;
i sosegaos.

MARINO

¡Nó, detente! Hubiera
bastado ayer ese recurso. Ahora
de nada sirve. No es Miguel Esteno
el que me ofende torpe. Ni lavara
una vida tan vil como la suya
ofensa tal. No temas: tendrás luego
una ocasion en que probar que corre
la sangre de Faliero por tus venas.

Mas no mi ofensa olvides entre tanto.
Negra en tus sueños se te muestre; negra,
cuando los ojos abras, se interponga
entre ellos i la luz, como la nube
de mal agüero enluta la mañana.

Don Andres Bello continuó la traduccion del trabajo de sir Eduardo Lytton Bulwer sobre Byron; pero no la dió a luz.

Me parece que no se tendrá a mal el que yo haga conocer la parte de este trabajo relativa a la trajedia titulada los *Dos Fóscaris*, parte que Bello vertió al castellano con tanto esmero, como la relativa al *Marino Faliero* ántes inserta.

Bello empezó por redactar la siguiente nota en que expone los antecedentes del argumento.

«La historia de los Fóscaris, que ha dado asunto a esta trajedia, es curiosa. El dux Francisco Fóscari conservaba en una edad avanzada toda la frescura de su cabeza i carácter, i gozaba de la gloria de haber extendido considerablemente los límites de la república durante su administracion. Pesares domésticos vinieron a probar su firmeza. Su hijo Jacobo Fóscari fué acusado de haber recibido presentes de ciertos príncipes o señores extranjeros, lo que, no solo era una bajeza, sino una infraccion de las leyes positivas de Venecia. El consejo de los Diez le hizo juzgar, i se le juzgó como a la persona mas oscura. El reo compareció ante los jueces, i ante el dux, que no creyó poder abstenerse de presidir el tribunal. Interrogado, sometido a la tortura, i condenado, oye de la boca de su padre la sentencia que le destina a perpetuo destierro.

«Como, embarcado en una galera para trasladarse al lugar de su destierro, enfermase en el viaje, el dux ob-

tuvo, no sin dificultad, que se le permitiese residir en Treviso, con la obligacion de permanecer en aquella ciudad so pena de muerte, i de presentarse todos los dias al gobernador. Habia estado allí cinco años, cuando uno de los Diez fué asesinado. Las sospechas recayeron sobre Jacobo Fóscari. Uno de sus criados sufrió la tortura. Los verdugos no pudieron arrancarle revelacion alguna. Se hizo entónces venir a Fóscari, se le sometió a la misma prueba; resistió a todos los tormentos, protestando constantemente su inocencia; pero se creyó que esta constancia era obstinacion, i su fortaleza, obra de hechicería. Relegado a la Canea, no cesaba de escribir desde esta tierra lejana a su padre i amigos, para que solicitaran algun alivio a la miseria de su deportacion: todo en vano. Escribe entónces al duque de Milan, que habia debido buenos oficios al supremo jefe de Venecia, implorando su mediacion a favor de un inocente, hijo del dux. Esta carta fué sorprendida por un espía, que le seguia los pasos. Puesta en manos de los Diez, se vió en ella un nuevo delito. Las leyes venecianas prohibian a todos los ciudadanos ocurrir a la intervencion de extranjeros en los negocios interiores del estado: máxima de gobierno, i máxima inflexible. El emperador Federico III, segun refiere el historiador Pablo Morosini, siendo huésped de los venecianos, habia pedido, por particular favor, la admision de un ciudadano en el gran consejo, i el indulto de un gobernador de Candía, i no pudo obtener ni uno ni otro.

«Jacobo es conducido a Venecia, sepultado en un calabozo, puesto de nuevo en el potro. Preguntado por qué habia escrito la carta, sabiendo que ella habia de caer sin duda alguna en manos de los Diez, respondió

que cabalmente lo habia hecho por eso; que se le habia cerrado todo otro camino para hacer llegar a Venecia sus reclamaciones; que estaba seguro de que, con aquella ocasion, le harian traer a su patria, i que se habia expuesto a todo por el consuelo de ver otra vez a su esposa, hijos i padres.»

Hé aquí ahora el extracto de Bulwer.

«La concepcion de *Los Dos Fóscaris*, es tan hermosa, como la de *Marino Faliero*. ¡Qué orijinal, qué tierno el amor del suelo nativo en Jacobo, griego en el diseño, italiano en el colorido! Vense allí el idéntico patriotismo del dulce i blando Sur; el corazon

Que nunca palpitó por su Venecía,
sino con el anhelo, con el ansia
de la paloma hacia el distante nido;

la idea de este patriotismo peculiar que ama el aire, el aliento de Venecia, que piensa *en la ciudad ceñida de mares,* como el amante en su querida, que arrostra la tortura, la muerte, la deshonra, por una hora sola de su vista. Nada mas orijinal, ni mas profundamente trájico. ¿Le dan la vida?—Sin la libertad, ¿qué es la vida?—¿Se le concede la libertad?—Sin Venecia, ¿de qué le sirve? Jacobo no puede separarlas.

.... Pude
sufrir mi cárcel: era al fin Venecia.
Pude sufrir constante la tortura:
respiraba a lo ménos los nativos
aires, que a el alma falleciente daban
nuevo vigor.................
....
Pero ¡ausente!
dentro del pecho el alma parecia
lánguida deshacerse.

«En vano, Marina, la enérjica, la irritada esposa, exclama:

Ese tu amor a un suelo ingrato, a un suelo
tiránico, es pasion, no patriotismo.

«En vano, le recuerda que el destierro ha sido la muerte de miles. El responde:

¿Quién puede numerar los corazones
que rompe aquel adios, aquella ausencia,
aquella triste enfermedad del alma,
la enfermedad que evoca en el abismo
de la miseria el verde campo, el suelo
natal querido?. . . . .
. . . .
¿Debilidad la llaman? Fuerza es, fuerza,
de los honrados sentimientos madre;
que nada puede amar el que a la patria
no tiene amor. . . . .

«En vano otra vez, con una lójica que, al parecer, no tiene respuesta, replica Marina:

Obedécela, pues; que es ella misma
la que te arroja de su seno.

JACOBO

Ah! cierto.
Sentencia suya es; i es en el alma
cual maldicion de madre.

«Nótese tambien cuán admirablemente contrasta con el carácter del hijo el del austero anciano padre, encallecido i empedernido por aquel sistema peculiar i desnaturalizado de la política veneciana. En ambos, es el

patriotismo la pasion dominante; pero ¡de qué diferente modo se desenvuelve!

El primero que al juzgado
concurre en esta causa dolorosa
del único i postrero de sus hijos.

«Mas, en medio de los inflexibles deberes del majistrado, ¡cuántas vislumbres revelan la angustia del padre! ¡cuán diestramente se excita nuestra simpatía a su favor; i la aversion a su severidad se convierte en admiracion de su constancia heroica!

MARINA

¿Qué mensaje llevo
de su padre a Jacobo?

DUX

Que obedezca
a la lei.

MARINA

¿Nada mas? ¿No habeis de verle
ántes de su partida? Talvez nunca
a verle volvereis.

DUX

¡Nunca!—¡Hijo mio!—
¡Ultimo de mis hijos!—Nunca acaso
volveré a verle!—Di que voi......

«Con tan profundo conocimiento de las mas puras fuentes de lo patético, suaviza Byron la austeridad del padre, como eleva la flaqueza del hijo. Jacobo no es dé-

bil ni cobarde, sino para dejar a Venecia. Los tormentos no le amedrentan: sonríe a la muerte; i ¡qué muerte tan trájica!

OFICIAL

Señor, el bote aguarda; el viento sopla;
i para acompañaros estoi pronto.

JACOBO

Ya os sigo.—Vuestra mano otra vez, padre.

DUX

Toma.—Cielos! temblando está la tuya.

JACOBO

Nó, nó. La vuestra, padre, es la que tiembla.
¡Adios!

DUX

¿Deseas algo mas?

JACOBO

Nó, nada.
Dadme, señor, por vida vuestra el brazo.
(Al oficial.)

OFICIAL

Pálido estais. Dejadme sosteneros.
¡Mas pálido!—¿Qué miro?—Socorredle.
Agua al instante.

MARINA

Esposo!—Se desmaya.—
Fallece.

JACOBO

Ya estoi pronto.—Extraña sombra
mi vista ofusca.—A dirijir no acierto
los piés.

MARINA

Quitad.—Tendréle yo.—Bien mio!—
¡Cuán débilmente el corazon le late!—
¡Qué helada mano!

JACOBO

¡Luz!—¿La luz es esta?
Me desvanezco.

OFICIAL

El aire podrá acaso
mejorarle.

JACOBO

Sin duda.—Padre.—Esposa.—
¡Adios! *(Da la mano al dux i abraza a Marina.)*

MARINA

En ese rostro húmedo, yerto,
hai algo de mortal.—¡Esposo mio!—
¡Mi Fóscari! ¿qué sientes?

JACOBO

Nada.—Nada. *(Muere.)*

«Muere; pero ¿dónde? En Venecia; a la luz de aquel cielo amado; en el aire de aquel clima delicioso. Muere en el momento de dejar aquel clima i aquel cielo para siempre. Pudiera haber dicho como otro ménos afamado

patriota de una edad mas moderna:—A lo ménos mi cadáver no caerá entre brazos extranjeros, i mis huesos descansarán en la tierra de mis padres.—El dolor de los sobrevivientes aumenta lo patético de la situacion.

OFICIAL

Espiró.

DUX

Ya está libre.

MARINA

Nó, no ha muerto.
En ese pecho hai vida aun.—No pudo
dejarme así.

DUX

¡Querida hija!

MARINA

Anciano,
cesa. Tu hija no soi.—No tienes hijo.
¡Oh Fóscari! . . . .

«Toda la fuerza de la catástrofe se reduce a pocas palabras, algunos versos mas adelante, cuando entre los lamentos de la desconsolada madre, el viejo dux exclama:

¡Míseros hijos mios!

MARINA

¡Qué! ¿Sentiste,
sentiste tú por fin! ¿Dónde está ahora
aquel patriota estoico? . . . .

«Este escarnio de los sentimientos de un padre es feroz; i sin embargo, naturalísimo en la situacion, i hace estremecer. Se ven el súbito arranque i la amarga sonrisa; se oyen los sentidos reproches. ¡I cuán completamente se revela el carácter del dux en aquella sola palabra suya que sigue i pone el colmo a la agonía de la escena!

EL DUX *(arrojándose sobre el cadáver)*

Aquí!

«I con esta palabra debió terminar la trajedia. La venganza de Loredano, en cuyo complemento ha querido hacerse estribar la catástrofe, no es una terminacion tan grandiosa, como el proscrito que muere de dolor en el momento de salir de su patria; i la afliccion paternal que triunfa de la severidad del majistrado.»

Don Andres Bello, tan admirador de Virjilio, como de Byron, imprimió en junio de 1850, la traduccion en verso castellano de un largo trozo de la trajedia *Sardanapalo,* en el cual ha logrado resumir el carácter, contrario al de la tradicion, que el poeta ingles dió a este extraño personaje.

V

Diez años despues de la llegada de Bello a Chile, la situacion intelectual de este país habia variado ventajosamente.

No se necesitaban muchas observaciones para advertirlo.

Bastaba para ello recorrer a la lijera la lista de las

publicaciones que habian salido de las prensas nacionales.

Antes de esa fecha, solo se daban a la estampa por año, salvo rarísimas excepciones, uno o dos textos, i unos pocos folletos políticos o jurídicos.

Desde 1841, se notó un gran progreso en esta materia.

Aunque el comercio de libros se habia aumentado considerablemente, las imprentas chilenas empezaron a reproducir algunas obras europeas, tales como el *Fígaro* de don Mariano José de Larra, las poesías de don José Espronceda i de don José Zorrilla, las *Cartas sobre Inglaterra* dirijidas a don Alberto Lista por don José María Blanco White, i continuadas por don José Joaquin de Mora, *Los Misterios de Paris, El Judío Errante* i otras novelas de Eujenio Sue, *La Esclavitud Moderna* de Lamennais, i otros libros.

Juntamente se multiplicaron las obras literarias de autores chilenos, entre quienes sobresalió desde luego por el mérito i la fecundidad don José Victorino Lastarria, que tanto influjo habia de seguir ejerciendo en nuestro desenvolvimiento intelectual.

No fué ajeno al adelantamiento mencionado el famoso tipógrafo español don Manuel Rivadeneira, perfeccionando entre nosotros la industria de la imprenta, i facilitando así los medios de publicacion.

Rivadeneira estableció ademas el primero en Chile de un modo formal el negocio de la edicion de libros por cuenta del impresor.

Como aquel de que voi tratando fué un hombre benéfico para nuestro país, merece que se le concedan algunas líneas en este lugar.

Era sumamente emprendedor i constante en sus propósitos.

Habiendo concebido a la edad de treinta i dos años la idea de publicar una gran coleccion de las obras mas selectas escritas en lengua castellana, resolvió venir a Chile a fin de ganar el dinero que habia menester para realizar su proyecto.

Solo traia doce onzas de oro, i un cajon de fósforos, que se le mojó, i que, en consecuencia, no pudo vender con el provecho que se habia prometido.

Cuando llegó a Santiago, en julio de 1838, por la via de Buenos Aires, habia agotado en un largo i trajedioso viaje sus exiguos recursos.

Para procurarse medios de subsistencia, se fué a pedir trabajo en la *única* tipografía que por entónces existia en la capital de la república, dice su hijo don Adolfo en una biografía inserta en el tomo 71 de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Hai en esto una noticia inexacta.

Santiago de Chile se hallaba a la sazon bastante atrasada, pero no hasta el extremo de tener solo una imprenta.

Habia seis, aunque mal provistas, i no bien dirijidas.

Don Manuel Rivadeneira empezó, pues, por ser simple cajista.

Sin embargo, «a fines del año 40, poseia ya una imprenta en Santiago, i otra en Valparaíso. Pero no le bastaba haber dado en aquel país gran impulso al arte tipográfico, como lo atestiguan periódicos de la época; *creó* tambien *El Mercurio*, diario que aun hoi subsiste, publicando simultáneamente obras de varios injenios españoles, con lo cual, a mas de popularizarlas, alcan-

zaba crecidos rendimientos, de manera que, el año 42, merced a su enerjía i tacto, se vió rico, i considerado aun por las personas mas distinguidas de la república.»

En esto, hai otro error que me parece conveniente rectificar.

Don Manuel Rivadeneira adquirió la propiedad de *El Mercurio* el 1.° de abril de 1841; pero no lo creó, puesto que fué fundado el 12 de setiembre de 1827 por el jeneral don José Ignacio Zenteno.

El 2 de octubre de 1842, Rivadeneira regresó a España.

«Al entrar en el buque que debia alejarle de la escarpada costa chilena, refiere su hijo, lloró, rendido por el agradecimiento que le infundia el recuerdo de la mísera situacion en que vino al mundo, i la próspera en que se hallaba.»

El año de 1846, logró hacer salir el primer tomo de la *Biblioteca*.

Sin embargo, no fué afortunado en su patria, i tuvo motivos para recordar a Chile, como lo manifiestan los siguientes pasajes de carta escrita a Bello, con quien tuvo amistad.

«Madrid, 9 de octubre de 1847.

«Mui señor mio i de mi aprecio.

«He tenido un particular placer en recibir su estimada de 2 de abril de este año, i me felicito de que todavía tendré el gusto de ponerme a sus órdenes.

«Sentí no poder tener la satisfaccion de ver a su señor hijo en Paris; pero le prometo que, ántes de marchar para Chile, lo haré.

«Estoi todavía organizando este grande establecimiento, que no va tan bien como yo deseo. Tengo que luchar con el atraso del país, que es increíble.

«Mi grande obra, que estoi publicando, i de la cual han salido cuatro tomos, no tiene mucha salida. Asómbrese Usted: ¡no tengo seiscientos suscriptores! Pierdo en cada tomo mil quinientos pesos. Sin embargo, las esperanzas, i el amor propio, me impiden desistir de mi empresa.

«La política aquí cada vez peor.....

«¡Dichosos ustedes que gozan de paz, i prosperan!

«Mi amigo don Juan Eujenio Hartzenbusch, que acaba de salir de aquí, i a quien he dicho escribia a Usted, me encarga mui particularmente de saludarle en su nombre...»

Rivadeneira vino a Chile una segunda vez el año de 1848 en solicitud de suscriptores para la *Biblioteca de Autores Españoles.*

Terminada esta digresion, vuelvo a mi asunto principal.

Se sabe que don Andres Bello habia contribuido mucho con su enseñanza, con su ejemplo, con sus estímulos a ese progreso intelectual que principió a fructificar en 1841, i que, por fortuna, ha ido creciendo rápidamente desde entónces hasta ahora.

Cuando tuvo el gusto de observar que se habia formado un público literato, no quedó inactivo, a pesar de sus años, i sobre todo, a pesar de sus graves i numerosas ocupaciones.

Sin desatender los estudios científicos i filosóficos, supo proporcionarse tiempo que dedicar a labores mas amenas.

El teatro habia sido desde la independencia uno de los espectáculos mas favorecidos por la jente ilustrada.

Bello, por su parte, lo habia fomentado cuanto habia podido.

Esa aficion al jénero dramático cobró mayor fuerza, como era natural, desde 1841.

Algunos de los jóvenes que se estrenaban en las letras hicieron buenas traducciones de piezas francesas.

Don Cárlos Bello, hijo primojénito de don Andres, trabajó una orijinal.

Don Rafael Minvielle ejecutó otro tanto.

Don José Victorino Lastarria refundió una de Federico Soulié, trasladando la accion a Chile.

Los periódicos destinaron en sus columnas un lugar a la crítica teatral, en la que los nuevos escritores se ejercitaron, sosteniendo a veces controversias interesantes i bastante apasionadas.

Don Andres Bello, a quien agradaban sobre manera las composiciones dramáticas, i que, aun ántes de esta fecha, como se ha visto, se habia propuesto recorrer con detenimiento las trajedias de Byron, dirijió con mas empeño, por causa de lo referido, su consideracion a esta clase de estudios.

Como era mui inclinado a conocer los oríjenes de las cosas, se aplicó a leer, con la prolijidad que acostumbraba hacerlo, las comedias de Plauto i de Terencio.

Bello preferia el segundo al primero.

Voi a resumir lo que pensaba acerca de ambos poetas, valiéndome de expresiones suyas, que tomo de un escrito inédito.

El desenlace en las piezas de Terencio consiste siempre en un inesperado reconocimiento, lo que da sin duda un tinte de casualidad a las fábulas; pero este defecto, de que tambien adolecia Plauto, era inevitable en un

centro donde no se permitian amores entre personas libres de condicion honesta.

Terencio es el poeta de la sociedad fina, como Plauto lo es del pueblo.

No pinta, es verdad, las costumbres romanas; pero pinta al hombre.

Ni Shakespeare, ni Molière interesan por lo que tienen de sus respectivos países, sino por el uso que hacen del fondo comun de la naturaleza humana.

Terencio puede decir de sí mismo lo que uno de sus personajes en aquel verso tan aplaudido del auditorio romano:

Homo sum: humanum nihil a me alienum puto.

La preferencia que Bello concedia a Terencio no impedia que reconociese los méritos de Plauto, i que los admirase.

Apénas hai pieza de Plauto, decia, que no tenga cuadros de una viveza admirable, que han excitado la atencion de los poetas dramáticos i de los críticos juiciosos, no abanderizados a un sistema.

Sabido es que Molière le tomó su *Anfitrion* i su *Avaro*, fuera de una infinidad de rasgos que él llamaba *suyos*.

Una de las cosas que mas interesa en las producciones de Plauto es lo exactamente que reflejan a su país i a su época.

En vano pone la escena en ciudades griegas, da nombres griegos a los interlocutores, i admira en su interior a los poetas griegos; porque su modo de pensar es latino, vive en el alma de su auditorio, saca de ella sus mejores inspiraciones.

Plauto es un romano de su siglo, como Calderon es un español del suyo, cualesquiera que sean la edad i el país de los personajes.

Pero, si retrata las costumbres de su siglo, no es para hacerlas amar, porque pega a diestro i siniestro a los grandes i los pequeños, a los preceptores i los discípulos, a los mercaderes i los militares; entra en las intimidades de la vida, i ni aun perdona al culto oficial lleno de artificios absurdos i repugnantes.

A todo esto añade el mérito de haber contribuido poderosamente a fijar el idioma.

Su lengua, lengua popular, si jamas la hubo, adquirió una preponderancia, cuyo secreto nadie pudo explicar entónces, i que la aristocracia misma reconoció.

No es esto decir que la comedia de Plauto presente un modelo perfecto.

El incurre a veces en una locuacidad que fatiga; cae en chocarrerías i extravagancias; i tiene pasajes excesivamente desnudos.

Para la exposicion, se sirve amenudo de prólogos, como los de Eurípides; i quebranta de cuando en cuando la ilusion teatral, hablando por boca de personas griegas a los espectadores romanos (circunstancia que casi se le perdona, aunque así quita al actor la máscara), i dirijiendo la palabra al público para reírse de sí mismo, i aun de todo.

Es preciso convenir con Horacio, cuando censura la irregularidad de los versos de Plauto; pero el cortesano de Augusto anduvo sin duda demasiado severo, negándole el donaire de buen gusto, que los romanos llamaban *urbanitas*.

Bello, que investigaba con incansable actividad todo

lo que concernia a sus autores favoritos, publicó una traduccion de la *Biografía de Lord Byron* por Villemain.

Por el mismo motivo, compuso varias, mas o ménos estensas, de los autores romanos, de que era grande apreciador, las cuales han quedado inéditas.

Creo oportuno dar a conocer aquí la de Plauto.

«Marco Accio Plauto nació en la Ombría hacia el año 260 ántes de Jesucristo. De su juventud, nada se sabe. Se le vió llegar a Roma en la edad de buenas aventuras, i de abrirse una carrera. Inclinado a la vida activa, i dotado al mismo tiempo de inspiracion poética, se hizo cabeza de una compañía de actores, que medró bajo su administracion, i por sus trabajos de composicion. Concurria con sus socios a las grandes fiestas populares que solemnizaban los triunfos de los Marcelos i Escipiones; pero el buen suceso de estas primeras especulaciones le aficionó al comercio, por el cual dejó el teatro, i se arruinó. Reducido a la indijencia, se puso al servicio de un molinero; pero tuvo la filosofía de no dejar estinguir su jenio en un desaliento inútil; i en los ratos que le dejaba la tahona, recurrió de nuevo a la poesía, i escribió comedias que le dieron una celebridad brillante. Restituido a su vocacion natural, no pensó en abandonarla otra vez. Se le atribuye gran número de piezas, de que solo quedan veinte que los críticos modernos reconocen como indubitablemente auténticas. Murió en una edad avanzada, en perfecta posesion de sus facultades intelectuales, hacia el año 184 ántes de Jesucristo.

«Todo caminaba aceleradamente en Roma: la civilizacion, las letras, los goces delicados, adelantaban como la conquista exterior; i Plauto pudo ya levantarse a la verdadera comedia, es decir, a una de las mas acabadas

formas del pensamiento humano, sin que, por eso, dejara de comprenderle, i admirarle la mayoría del público. Plauto tiene el gran mérito de expresar la fisonomía de Roma, i de hablar la lengua nacional. Así es que su teatro se mantuvo mas allá de los límites conocidos de la popularidad. Sus piezas se veian con gusto bajo el reinado de Dioclesiano. El supo dar colorido, movimiento i variedad a la vida real. No echó a su jenio cadenas aristocráticas; no trabajó para los conocedores; fué derecho al pueblo. Plauto retrata con los mas vivos colores la disipacion; i se burla de todas las ridiculeces i extravíos.»

Plauto, segun decia Bello, imitó principalmente a Filemon, de cuyo nombre hubo dos escritores en la comedia nueva de Aténas.

Cita ademas a Difilo, que se distinguió en ella, i a un Demofilo, a quien no conocemos.

Bello se propuso enseñar prácticamente a los modernos que no traqueasen mucho a los autores latinos, lo que fué Plauto.

Con tal designio, tradujo en verso castellano el *Rudens*, o sea *El Cable del Navío*, que era, en su concepto, «la primera de las comedias de Plauto, i una de las mejores que se han compuesto.»

Tengo a la vista un manojo de papeles de todos tamaños, i escrito con borrones, en vez de letras, en los cuales está consignada esa traduccion.

No podria por ahora decir si esa traduccion está o no completa.

Me temo mucho que alguna parte de ella se haya extraviado a causa de las peregrinaciones a que estos borradores han estado sujetos.

Despues de gran trabajo, he logrado descifrar el prólogo de la comedia a que aludo.

Se sabe que los autores dramáticos griegos i latinos acostumbraban que un dios, u otro personaje, saliera a exponer los antecedentes de la accion, ántes de que ésta empezara.

En nuestro caso, el encargado por Plauto de esta comision fué Arturo, una de las mas brillantes estrellas del cielo, precursora o causante, segun se creia, de la lluvia i de la tempestad.

Este sér, a quien se tenia por divino, se presentaba en la escena, rodeado de nubes, i con la frente ceñida por una aureola de estrellas.

Si se quiere apreciar como corresponde el mérito del trozo que va a insertarse, es preciso no olvidar que pertenece a una poesía relativamente antigua.

Dadas estas explicaciones, léase ahora la traduccion del prólogo del *Rudens*, o sea de *El Cable del Navío*, como dice Bello.

En la ciudad celeste de los dioses,
conciudadano soi de aquel que mueve
mares i tierras i las jentes todas,
pues soi, cual veis, la blanca estrella fúljida,
astro que nace a la debida hora
en cielo i tierra. Arturo me apellidan,
que de noche en el cielo entre los dioses
brillo, i de dia entre los hombres ando,
como tambien acá los otros bajan
lucientes astros, pues aquel que impera
a dioses i a mortales rei supremo
por partes diferentes nos envía
a observar de los hombres las costumbres,
la fe i piedad, i de qué modo llegue
a la fortuna cada cual; si falsa
lítis con falsos testimonios mueva,

o si sus deudas perjurando niegue;
i de los tales luego el nombre escrito
llevamos al Tonante. Así conoce
al que busca lo malo, o con perjurios
triunfar del adversario solicita,
o recabar del juez inicuo fallo
con malas artes. El lo ya juzgado
juzga de nuevo; i les impone multa
que al valor de la causa en que vencieron
excede en mucho. De los buenos lleva
tambien rejistro en su estrellado trono;
que no, como el malvado se imajina,
aplaca al dios con víctimas o dones;
ántes el gasto i el trabajo pierde,
porque de las ofrendas del perjuro
no acepta nada Jove; i del bueno,
induljente i benigno oye la súplica.
Parad mientes, por tanto, a lo que digo,
vosotros que buscais derechamente
el bien, i vida franca, honrada i pía.
Seguid así, i os holgareis un dia.

Pero decir me cumple a lo que vengo.
Difilo, autor de esta comedia, quiso
que esta ciudad Cirene fuese; i mora
Démones en la misma, en esta granja
que veis a orilla de la mar, anciano
que desterrado vino aquí de Aténas,
hombre de buena pasta. Ni carece
de sus patrios hogares por delito;
ántes sirviendo a los demas, hallóse
embarazado, i empeñado, i pobre,
de puro liberal; i para colmo
de desgracia, una niña de edad tierna,
hija suya, robáronle piratas,
a quienes un bribon de cierta cuenta,
que habia aquí tambien, compróla. Un dia,
que de tañer la flauta en la vecina
escuela, la niña, jóven ya, tornaba a casa,
un mozo hubo de verla, compatriota
del dueño de la granja que os he dicho,

ateniense tambien; i al mismo punto,
enamoróse; ve al rufian; contrata
con él que se la venda como esclava
por treinta minas. Dióle el jóven prenda;
i el trato confirmó con juramento
aquel follon que de la fe jurada
se burla, i miente, i se le da una higa
de lo que mas sagrado hai en el mundo.
El caso fué que vino de Agrijento
un viejo fementido i alevoso.
Hospedóle el rufian; i como viera
aqueste viejo a la doncella, empieza
a ponderar su gracia i jentileza.
Celébrale asimismo la hermosura
de otras mujeres que el rufian tenia
para una abominable granjería.
Dícele que a Sicilia
se vaya, donde abunda
la juventud alegre i licenciosa;
i deja inmenso lucro aquel comercio
de mujercillas, que fortuna grande
habia de darle en breve. Persuadióle.
Un bajel se fletó secretamente;
i de noche se lleva
todo el ajuar a bordo. Al pobre amante
dice el rufian que va a cumplir un voto
en el templo de Vénus,
que veis allí vecino a la ribera;
i que despues del sacrificio espera
le acompañe a comer. Tras esto vase
traidoramente al mar. El siciliano
i las mujeres i el rufian se embarcan.
Se cuenta al jóven lo que pasa. Al puerto
apresurado corre. A gran distancia
iba la nave ya. Pues yo que miro
que así se va con la infeliz doncella,
quise al rufian perder; salvarle a ella.

Bramé tempestüoso;
olas levanté al cielo
altísimas, horrendas; que, si suelo

embravecerme en el nacer, mas bravo
mi usado jiro en occidente acabo.
La nave dió al traves. Los malandrines
viejo i rufian arrojo, que se amparan
de un pelado arrecife;
i la niña al esquife,
con otra jóven tierna,
sobrecojida de pavor se lanza.
Se lanzan temerosas,
i a la playa vecina
la alta marea me las encamina
no léjos de do mora
Démones, de su patria desterrado,
como os he dicho ya, cuyo tejado
hizo pedazos esta noche el viento.
Este que sale, esclavo es suyo. Al jóven
enamorado que compró a la niña
presto vereis. I concluyóse el cuento.
Resta que os diga mi palabra extrema:
vivid, medrad; i el enemigo os tema.

Como se ve, Arturo lleva su relacion hasta el momento en que los actores empiezan a aparecer en la escena.

Las dos náufragas se asilan en el templo de Vénus, donde son recojidas i amparadas por una anciana sacerdotisa.

El rufian, que tambien se ha salvado, va a reclamarlas, i quiere arrancarlas por la fuerza.

Al saberlo, Démones, que habita en una heredad vecina, acude con sus sirvientes para protejer la inocencia i reprimir el sacrilejio.

Miéntras tanto, uno de los esclavos de este buen anciano, sale a pescar, i saca en las redes una maleta.

Otro esclavo, que ha visto lo que ha sucedido, pretende tener parte en el hallazgo.

A fin de decidir la contencion, convienen en someterla al fallo de Démones.

Aquella maleta era la del rufian.

La heroína encuentra dentro de ella un cofre en que guardaba cuidadosamente ciertos objetos que podian servir para reconocer a sus padres.

Así se descubre ser hija de Démones.

Tal es el argumento i la disposicion del *Rudens*, o *El Cable del Navío,* título tomado del cable con que se saca la maleta.

Don Andres Bello tradujo ademas del frances arreglándolas dos piezas modernas: *Clemencia* de madama Ancelot, i *Teresa* de Alejandro Dumas, padre.

Compuso tambien dos comedias orijinales: una en prosa, i otra en verso.

La primera se conserva mas completa que la segunda, de que solo quedan unos pocos trozos.

Ofrezco como muestra el que se copia a continuacion:

FLORELO

Os lo he dicho muchas veces:
Lucinda es el mas extraño
jenio de mujer que he visto.
De carácter dulce i manso,
es verdad, pero indolente,
tibio, desapasionado.
Por el galan mas rendido,
no se le dan dos ochavos.
Es una estatua sin alma
para quien es un trabajo
el sentir. Ella quisiera
que sin penas, ni cuidados,
sin temores, sin deseos,
fuera la vida un letargo.
I ¿os prometeis que una dama
de este temple pueda amaros,
i de un amoroso enredo

se entregue a los embarazos?
Eso la fatigaría.
¡Cuerpo de tal! ni pensarlo.

DON MARCELO

Hace ya un mes que la adoro,
Florelo; i ¿en eso estamos?

FLORELO

Ella gusta de los versos
que vos nos habeis enviado,
i que compone al intento
vuestro amigo. Solo aguardo
que una ocasion se presente
de decirle que son parto
de vuestro injenio.

DON MARCELO

¿Qué dices?
¿Quieres tenga yo descaro
para mentir de ese modo?

FLORELO

Eso dejadlo a mi cargo,
que con esta mentirilla,
podemos irla inclinando
a vuestro amor.

DON MARCELO

I en un siglo
podrá mui bien a ese paso
de su ternura amorosa
recibir mi pecho el lauro.
¿Con que en resumidas cuentas
ella aun no sabe que la amo?

FLORELO

No lo sabe, nó, señor.

DON MARCELO

¡Vaya que has hecho milagros!
¿Por qué en esos versos mismos
no has introducido un rasgo
que mis afectos le pinte?

FLORELO

¡Eso sí que fuera errarlo!
De la indolencia al amor
no va el corazon de un salto.
Poco a poco se anda léjos,
dice el refran castellano;
i no siempre por meter
las espuelas al caballo
al término que apetece
llega el viajero temprano.
Preparemos a Lucinda.
Si ve de flores sembrado
el jardin de amor, es fácil
se agache a cojer un ramo.
Dejadla que se divierta
en esos finjidos cuadros
de pastores distraídos
i zagales desvelados
que vuestro amigo le pinta.
Oiga a la márjen del Tajo,
en sus melifluos idilios,
suspirar al fiel Belardo,
i de la bella Dorila
encarecer los encantos.
Escuche rendidas quejas
i acentos apasionados
en que amores a la antigua
exhalen sus arrebatos.

A la música de amor
vaya el oído formando;
i piense que este lenguaje
nuevo, pero dulce i grato,
sois vos el que lo pronuncia,
que el trecho no será largo
del verso de los pastores
a vuestra prosa, i al cabo
de la jornada, sereis
Dorila ella, i tú Belardo.

El trozo siguiente permite conjeturar el carácter de uno de los personajes que figuran en la pieza.

Porque, señor, la mujer
es, en cuanto material,
una especie de animal,
difícil de conocer;
i pues de la propia suerte
la bonita que la fea,
es necesario que sea
animal hasta la muerte.
La mujer, segun infiero
de lo que probado está,
es hembra, i hembra será,
aunque viva un siglo entero.
Por lo cual dijo Avicena
que la mujer parecia
sirena que se movia...
como se mueve la arena.
Porque (ruego a Usted que fije
la atencion) del mismo modo
que vemos que al cuerpo todo
la cabeza manda i rije,
i que un cuerpo sin cabeza...
(me parece que me explico)
es lo mismo que un borrico,
que donde no cae tropieza.
I en tan ciego laberinto,
todo sin concierto va:

él dice así, i ella asá;
él pide blanco, ella tinto.
Por eso, debió de ser
que dijo cierto poeta
que era como una veleta
el alma de una mujer.
I Aristóteles, señor,
que fué un hombre singular,
la compara con la mar,
que es muchísimo peor.
I puesto que a la virtud
de una buena conclusion
sirve la comparacion,
esto es, la similitud,
quiero, señor don Lorenzo,
usar de un símil o dos.
Escúcheme usted por Dios,
i verá si le convenzo.
Como cuando un torbellino
pone el mar en movimiento,
i empieza a soplar el viento,
i la nave pierde el tino,
todo es bulla i desgobierno,
onda combate con onda,
i se arma una trapisonda,
que parece aquello infierno;
así, cuando se le atasca
a la mujer la razon,
se levanta un ventarron,
a manera de borrasca,
que ocasiona bataholas
en que como frenesí
alza, por decirlo así,
un mar de ajitadas olas,
las que (no sé lo que me hablo)...
entre la arena i la espuma...
la mujer, señor, en suma,
es peor que el mismo diablo.

El movimiento literario de 1841 comprendió, no solo las obras dramáticas, sino igualmente las líricas.

Aparecieron entónces diez o doce poetas chilenos, entre los cuales hubo algunos que consolidaron mas tarde su reputacion.

Don Andres Bello fué quien dió el primer ejemplo con la publicacion del canto al *Incendio de la Compañía*, impreso por Rivadeneira en julio de 1841.

Ese mismo año trabajó la pieza titulada *En el Album de la Señora Doña Enriqueta Pinto de Búlnes*, la cual, sin embargo, no fué publicada hasta 1861, i la excelente oda al *Diez i Ocho de Setiembre*, distinta de la que compuso sobre el mismo tema en 1830, e inserta en *El Araucano* de 24 de setiembre de 1841.

Don Juan García del Rio, el antiguo amigo de Bello, fundó el año siguiente en Valparaíso una revista denominada *El Museo de Ambas Américas*.

A este propósito, tuvo la buena idea de escribir a Bello la carta que va a leerse.

«Señor Don Andres Bello.

«Valparaíso, 26 de mayo de 1842.

«¿Qué es esto, mi querido Bello? ¿Por qué me abandona Usted? ¿Cómo no me ha enviado nada para *El Museo?* ¡Vaya que esa es mucha indolencia! Si yo le pidiese a Usted trabajos nuevos sabiendo que le falta tiempo para sus ocupaciones, sería una imprudencia en cierto modo, a pesar de que sé que no le costaria mucho esfuerzo el mandarme algo mui nuevo i mui interesante; pero cuando Usted tiene tanto material en su cajon o en sus carteras, no auxiliarme con algo, no querer que sus producciones hermoseen i rescaten los defectos de mi publicacion, es una indiferencia que no esperaba de un antiguo colaborador i amigo. Venga, pues, un rasgo, i venga pronto, mi querido, pues, segun van las cosas,

temo que *El Museo* no viva mucho mas tiempo; i en verdad, que lo siento, porque ademas de que es entretenimiento mui de mi gusto, pienso que hai mucho que decir que sea de alguna utilidad a nuestra pobre América.

«Necesito las poesías de nuestro buen amigo Madrid; i juzgando que Usted debe tenerlas, le suplico me las envíe por unos pocos dias. Puede Usted mandarlas por el correo, porque me urje ver el libro; i yo se lo devolveré con toda seguridad.

«Sírvase Usted manifestar a don Francisco (el hijo segundo de Bello) que le agradecí mucho su artículo sobre Hermosilla; i que deseo que no se quede en tan buen camino, sino ántes bien me proporcione algun otro rasgo suyo.

«Saludo afectuosamente a madama Bello i a toda la familia de Usted, al jeneral Pinto i demas amigos; i me repito su afectísimo de corazon.

«J. García del Rio.

«Posdata.—Pienso reimprimir en *El Museo* las poesías de Usted publicadas en la *Biblioteca* i en el *Repertorio*, i nuestro artículo sobre la ortografía. Si quiere Usted añadir algo a esos trabajos, lo esperaré.»

A fin de complacer a su amigo, Bello le envió las dos imitaciones de Víctor Hugo tituladas *Las Fantasmas*, i *A Olimpio*.

Paso a presentar una lista de las restantes poesías líricas de Bello, enumeradas preferentemente, hasta donde es posible conjeturarlo, en el órden de las fechas de su composicion, mas bien que en el de la publicacion.

Los Duendes, imitacion de Víctor Hugo, publicada el 19 de julio de 1843.

La Oracion por Todos, imitacion del mismo, publicada el 1.° de octubre de 1843.

Moises salvado de las aguas, imitacion del mismo, publicada el 1.° de enero de 1844.

La Moda, compuesta probablemente en 1846, pero no publicada hasta 1882.

Diálogo entre la amable Isidora i un poeta del siglo pasado, compuesta probablemente en 1846, pero no publicada hasta el 10 de julio de 1849.

A Peñalolen, publicada el 1.° de enero de 1848.

En el Album de la Señorita Doña Mercedes Muñoz, publicada en la misma fecha.

El Cóndor i el Poeta, compuesta en 1848, pero no publicada hasta 1866.

El Tabaco, charada publicada el 17 de julio de 1849.

Al Biobío.—En el Album de la Señora Doña Delfina Pinto de Rosas, compuesta anteriormente, pero no publicada hasta el 28 de octubre de 1849.

Sardanapalo, trozo traducido de lord Byron, publicado en junio de 1850.

En el Album de la cantatriz italiana Doña Teresa Rossi, pieza publicada en junio de 1850.

A la Señora Doña Julia Codecido de Mora, compuesta el año de 1851, pero no publicada hasta el 18 de setiembre de 1881.

A la Vírjen de las Mercedes, traduccion de una *sequentia* o himno eclesiástico, publicada en 1852.

En el Album de la Señora Doña Josefa Reyes de Garmendia, poesía compuesta anteriormente, pero no publicada hasta el 11 de junio de 1853.

La Ardilla, el Dogo i el Zorro, traduccion libre de Florian, publicada el 21 de agosto de 1858.

El Hombre, el Caballo i el Toro, fábula publicada en 1861.

Las Ovejas, fábula publicada en la misma fecha.

La Corte de Amor, traduccion del poeta italiano Gherardo de Rossi, terminada i publicada en 1861.

Miserere, traduccion del salmo 50, publicada en 1861.

Nuestro autor emprendió allá por los años de 1844 o 1845 la composicion de un poema narrativo titulado *El Proscrito*, que, por desgracia, dejó solo principiado.

El presente volúmen contiene cinco cantos terminados, i hasta ahora inéditos, de ese poema.

Aunque don Andres Bello fué mui remiso para dar a luz sus poesías, no lo fué de ninguna manera para correjirlas i mejorarlas.

Ya he manifestado como convirtió un trozo de la *Alocucion a la Poesía* en la magnífica introduccion de *La Agricultura de la Zona Tórrida.*

La forma primitiva de la fábula *La Cometa* publicada en 1833 apareció enteramente refundida en 1846.

Bello escribió dos conclusiones diferentes para la fábula *Las Ovejas.*

Los tres casos mencionados no son los únicos ejemplos del rigor con que Bello practicaba respecto de las composiciones en verso aquel precepto de Horacio: *saepe stylum vertas.*

Voi a citar otro mui notable e ignorado.

Don Andres Bello habia dado orijinariamente a la hermosa composicion dedicada *A la Señora Doña Josefa Reyes de Garmendia* una forma diferente de la que conocemos, con la cual no quedó contento, aunque ella estaba mui distante de ser indigna de su pluma.

Léase la pieza a que aludo.

Amable Pepa, en esa edad florida,
risueña, encantadora,
es la vida
una aurora
en que cubre de galas Primavera
la montaña
i pradera,
i su esplendor ninguna nube empaña.
¿Qué pensar no es entónces fantasía?
¿Qué jemir no es amor? ¿Qué lontananza
no dora en el futuro la esperanza?
¿Dónde no hallan los ojos poesía?

Mas ¡ai! al que la ve desde el opuesto
lado del horizonte, consumida
en dolores i acerbos desengaños,
cuando es un breve resto
lo que falta a la suma de los años,
¿qué es la vida?
Sombra de lo que fué; vislumbre aciaga
de una antorcha que trémula se apaga.
Ya el luto se desvuelve que atavía
a la naturaleza
viuda del sol: aun no fenece el dia,
i ya el imperio de la noche empieza.

¿Qué musa alienta al ánimo cobarde
que ante sus ojos mira
esta fugaz descolorida tarde
de que el último rayo se retira?
¿Qué inspirador acento
lleva a su oído el viento?
¿Qué escucha en la aspereza
de la escarpada roca,
morada del invierno, o en la boca
que lóbrega bosteza
de apagado volcan; en el sombrío
seno de hondo valle; en la llanura
do se desliza solitario el rio
que a perderse en las ondas se apresura
del inmenso oceáno?

Algun rumor de música lejano
que se transforma en eco dolorido,
o un esquilon que llora la agonía
del moribundo dia;
el jemir de la tórtola que llama,
i llama sin cesar, i llama en vano,
la prole implume que arrancó del nido
un cazador tirano;
o del ave nocturna que derrama
por el mustio boscaje
funesta cantilena,
fatídico mensaje
que de medroso horror el aire llena.

Tales, amiga mia,
son mis inspiraciones, tal la escena
que a ver en torno alcanza
esta edad, la mas sorda a la armonía,
difunta a la esperanza,
esta vida, preludio de la muerte.
¿Cómo, pues, ofrecerte
versos dignos de ti? Tiembla dudosa
la cuerda en la vihuela;
i contra la rugosa,
entumecida mano se rebela.

Alentada, fogosa,
juvenil fantasía
mereces que tú escuches, no la mia.

Estos ejemplos de la perseverancia infatigable con que los grandes poetas procuran alcanzar la perfeccion contiene una enseñanza mui provechosa, como uno de los actuales maestros de la literatura española, don Aureliano Fernández Guerra i Orbe, acaba de manifestarlo en el artículo de la *Revista Hispano-Americana*, titulado *Una Leccion Poética*.

He recojido con afan prolijo, con el afan de un discípulo estusiasta, todas las composiciones poéticas traba-

jadas por don Andres Bello, de que he tenido noticia, aun las que éste habia olvidado o desechado, para tejerle esa guirnalda de laurel matizada con flores purpúreas, azules, rojas, gualdas que, segun él, forman la corona del poeta.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.



EL ANAUCO

Irrite la codicia
por rumbos ignorados
a la sonante Tétis
i bramadores austros;
el pino que habitaba
del Bétis fortunado
las márjenes amenas
vestidas de amaranto,
impunemente admire
los deliciosos campos
del Gánjes caudaloso,
de aromas coronado.
Tú, verde i apacible
ribera del Anauco,
para mí mas alegre,
que los bosques idalios
i las vegas hermosas
de la plácida Páfos,
resonarás continuo
con mis humildes cantos;
i cuando ya mi sombra
sobre el funesto barco
visite del Erebo
los valles solitarios,
en tus umbrías selvas
i retirados antros

erraré cual un dia,
talvez abandonando
la silenciosa márjen
de los estijios lagos.
La turba dolorida
de los pueblos cercanos
evocará mis manes
con lastimero llanto;
i ante la triste tumba,
de funerales ramos
vestida, i olorosa
con perfumes indianos,
dirá llorando Fílis:
«Aquí descansa Fabio.»
¡Mil veces venturoso!
Pero, tú, desdichado,
por bárbaras naciones
léjos del clima patrio
débilmente vaciles
al peso de los años.
Devoren tu cadáver
los canes sanguinarios
que apacienta Caríbdis
en sus rudos peñascos;
ni aplaque tus cenizas
con ayes lastimados
la pérfida consorte
ceñida de otros brazos.

A LA VACUNA

POEMA EN ACCION DE GRACIAS AL REI DE LAS ESPAÑAS POR LA PROPAGACION DE LA VACUNA EN SUS DOMINIOS,

DEDICADO AL SEÑOR DON MANUEL DE GUEVARA VASCONCÉLOS,
PRESIDENTE GOBERNADOR
I CAPITAN JENERAL DE LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA.

Vasconcélos ilustre, en cuyas mános
el gran monarca del imperio ibero
las peligrosas riendas deposita
de una parte preciosa de sus pueblos;
tú que, de la corona asegurando
en tus vastas provincias los derechos,
nuestra paz estableces, nuestra dicha
sobre inmobles i sólidos cimientos;
íris afortunado que las negras
nubes que oscurecian nuestro cielo
con sabias providencias ahuyentaste,
el órden, la quietud restituyendo;
órgano respetable, que al remoto
habitador de este ignorado suelo
con largueza benéfica trasmites
el influjo feliz del solio rejio;
digno representante del gran Cárlos,
recibe en nombre suyo el justo incienso
de gratitud, que a su persona augusta,
tributa la ternura de los pueblos:

i pueda por tu medio levantarse
nuestra unánime voz al trono excelso,
donde, cual númen bienhechor, derrama
toda especie de bien sobre su imperio:
sí, Venezuela exenta del horrible
azote destructor, que, en otro tiempo
sus hijos devoraba, es quien te envía
por mi tímido labio sus acentos.

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran
desde la costa donde el mar soberbio
de Magallánes brama enfurecido,
hasta el lejano polo contrapuesto;
i desde aquellas islas venturosas
que ven precipitarse al rubio Febo
sobre las ondas, hasta las opuestas
Filipinas, que ven su nacimiento,
de ternura igualmente poseídos,
sé que unirán gustosos a los ecos
de mi musa los suyos, pregonando
beneficencia tanta al universo.
Tal siempre ha sido del monarca hispano
el cuidadoso paternal desvelo
desde que las riberas de ambas Indias
la española bandera conocieron.

Muchas regiones, bajo los auspicios
españoles produce el hondo seno
del mar; i en breve tiempo, las adornan
leyes, industrias, poblacion, comercio.
El piloto que un tiempo las hercúleas
columnas vió con relijioso miedo,
aprende nuevas rutas, i las artes
del antiguo traslada al mundo nuevo.
Este mar vasto, donde vela alguna
no vieron nunca flamear los vientos;
este mar, donde solas tantos siglos
las borrascas reinaron o el silencio,
vino a ser el canal que, trasladando
los dones de la tierra i los efectos

de la fértil industria, mil riquezas
derramó sobre entrambos hemisferios.

Un pueblo intelijente i numeroso
el lugar ocupó de los desiertos,
i los verjeles de Pomona i Flora
a las zarzas incultas sucedieron.
No mas allí con sanguinarios ritos
el nombre se ultrajó del Sér Supremo,
ni las inanimadas producciones
del cincel, le usurparon nuestro incienso:
con el nombre español, por todas partes,
la luz se difundió del evanjelio,
i fué con los pendones de Castilla
la cruz plantada en el indiano suelo.
Parecia completa la grande obra
de la real ternura: en lisonjero
descanso, las nacientes poblaciones
bendecian la mano de su dueño,
cuando aquel fiero azote, aquella horrible
plaga exterminadora que, del centro
de la abrasada Etiopia trasmitida,
funestó los confines europeos,
a las nuevas colonias trajo el llanto
i la desolacion: en breve tiempo,
todo se daña i vicia; un gas impuro
la rejion misma inficionó del viento;
respirar no se pudo impunemente;
i este diáfano fluido en que elementos
de salud i existencia hallaron siempre
el hombre, el bruto, el ave i el insecto,
en cuyo seno bienhechor extrae
la planta misma diario nutrimento,
corrompióse, i en vez de dones tales,
nos trasmitió mortífero veneno.
Viéronse de repente señalados
de hedionda lepra los humanos cuerpos,
i las ciudades todas i los campos
de deformes cadáveres cubiertos.
Nó: la muerte a sus víctimas infaustas

jamas grabó tan horroroso sello;
jamas tan degradados de su noble
belleza primitiva, descendieron
al oscuro recinto del sepulcro,
Humanidad, tus venerables restos:
la tierra las entrañas parecia
con repugnancia abrir para esconderlos.
De la marina costa a las ciudades,
de los poblados pasa a los desiertos
la mortandad; i con fatal presteza,
devora hogares, aniquila pueblos.

El palacio igualmente que la choza
se ve de luto fúnebre cubierto;
perece con la madre el tierno niño;
con el caduco anciano, los mancebos.
Las civiles funciones se interrumpen;
el ciudadano deja los infectos
muros; nada se ve, nada se escucha,
sino terror, tristeza, ayes, lamentos.
¡Qué de despojos lleva ante su carro
Tisífone! ¡Qué número estupendo
de víctimas arrastran a las hoyas
la desesperacion i el desaliento!
¡Cuántos a manos mueren del mas duro
desamparo! Los nudos mas estrechos
se rompen ya: la esposa huye al esposo,
el hijo al padre i el esclavo al dueño.
¡Qué mucho si las leyes autorizan
tan dura division!.... Tristes degredos,
hablad vosotros; sed a las edades
futuras asombroso monumento,
del mayor sacrificio que las leyes
por la pública dicha prescribieron;
vosotros, que, en desórden espantoso,
mezclados presentais helados cuerpos,
i vivientes que luchan con la Parca,
en cuyo seno oscuro, digno asiento
hallaron la miseria i los jemidos;
mal segura prision, donde el esfuerzo

humano, encarcelar quiso el contajio,
donde es delito el santo ministerio
de la piedad, i culpa el acercarse
a recojer los últimos alientos
de un labio moribundo, donde falta
al enfermo infelice hasta el consuelo
de esperar que a los huesos de sus padres,
se junten en el túmulo sus huesos.
Tú tambien contemplaste horrorizada
de aquella fiera plaga los efectos;
tú, mar devoradora, donde ejercen
la tempestad i los airados Euros
imperio tan atroz, donde amenaza,
aliado con los otros tu elemento,
cada instante un naufrajio; entónces diste
nuevo asunto al pavor del marinero;
entónces diste a la severa Parca
duplicados tributos. De su seno,
las apestadas naves vomitaron
asquerosos cadáveres cubiertos
de contajiosa podre. El desamparo
hizo allí mas terrible, mas acerbo
el mortal golpe: en vano solicita
evitar en la tierra tan funesto
azote el navegante: en vano pide
el saludable asilo de los puertos,
i reclamando va por todas partes
de la hospitalidad los santos fueros:
las asustadas costas le rechazan.
Pero corramos finalmente el velo
a tan tristes objetos, i su imájen
del polvo del olvido no saquemos,
sino para que, en cánticos perennes,
bendigan nuestros labios al Eterno,
que ya nos ve propicio, i al gran Cárlos,
de sus beneficencias instrumento.

Suprema Providencia, al fin llegaron
a tu morada los llorosos ecos
del hombre consternado, i levantaste

de su cerviz tu brazo justiciero:
admirable i pasmosa en tus recursos,
tú diste al hombre medicina, hiriendo
de contajiosa plaga los rebaños;
tú nos abriste manantiales nuevos
de salud en las llagas, i estampaste
en nuestra carne un milagroso sello
que las negras viruelas respetaron.
Gésner es quien encuentra bajo el techo
de los pastores tan precioso hallazgo.
El publicó gozoso al universo
la feliz nueva, i Cárlos distribuye
a la tierra la dádiva del cielo.

Cárlos manda; i al punto una gloriosa
expedicion difunde en sus inmensos
dominios el salubre beneficio
de aquel grande i feliz descubrimiento.
El abre de su erario los tesoros;
i estimulado con el alto ejemplo
de la rejia piedad, se vigoriza
de los cuerpos patrióticos el celo.
El escoje ilustrados profesores
i un sabio director, que, al desempeño
de tan honroso cargo, contribuyen
con sus afanes, luces i talento.
¡Ilustre expedicion! La mas ilustre
de cuantas al asombro de los tiempos
guardó la humanidad reconocida;
i cuyos salutíferos efectos,
a la edad mas remota propagados,
medirá con guarismos el injenio,
cuando pueda del Ponto las arenas,
o las estrellas numerar del cielo.
Que de polvo se cubran para siempre
estos tristes anales, donde advierto
sobre humanas cenizas erijidos
de una bárbara gloria los trofeos.

Expedicion famosa, tú desluces,

tú sepultas en lóbrego silencio
aquellas melancólicas hazañas,
que la ambicion i el fausto sujirieron;
tú, miéntras que guerreros batallones
en sangre van sus pasos imprimiendo,
i sobre estragos i ruina corren
a coronarse de un laurel funesto,
ahuyentas a la Parca de nosotros
a costa de fatigas i desvelos;
i en galardon recibes de tus penas
el llanto agradecido de los pueblos.
Con destruccion, cadáveres i luto,
marcan su infausta huella los guerreros;
i tú, bajo tus piés, por todas partes,
la alegría derramas i el consuelo.
A tu vista, los hórridos sepulcros
cierran sus negras fauces; i sintiendo
tus influjos, vivientes nuevos brota
con abundancia inagotable el suelo.
Tú, miéntras la ambicion cruza las aguas
para llevar su nombre a los estremos
de nuestro globo, sin pavor arrostras
la cólera del mar i de los vientos,
por llevar a los pueblos mas lejanos
que el sol alumbra, los favores rejios,
i la carga mas rica nos conduces
que jamas nuestras costas recibieron.
La agricultura ya de nuevos brazos
los beneficios siente, i a los bellos
dias del siglo de oro, nos traslada:
ya no teme esta tierra que el comercio
entre sus ricos dones le conduzca
el mayor de los males europeos;
i a los bajeles extranjeros, abre
con presuroso júbilo sus puertos.
Ya no temen, en cambio de sus frutos,
llevar los labradores hasta el centro
de sus chozas pacíficas la peste,
ni el aire ciudadano les da miedo.
Ya con seguridad la madre amante

la tierna prole aprieta contra el pecho,
sin temer que le roben las viruelas
de su solicitud el caro objeto.
Ya la hermosura goza el homenaje
que el amor le tributa, sin recelo
de que el contajio destructor, ajando
sus atractivos, le arrebate el cetro.
Reconocidos a tan altas muestras
de la rejia bondad, nuestros acentos
de gratitud a los remotos dias
de la posteridad trasmitiremos.
Entónces, cuando el viejo a quien agobia
el peso de la edad pinte a sus nietos
aquel terrible mal de las viruelas,
i en su frente arrugada, muestre impresos
con señal indeleble los estragos
de tan fiero contajio, dirán ellos:
«Las virüelas, cuyo solo nombre
con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?»
I le responderá con las mejillas
inundadas en lágrimas de afecto:
«Cárlos el Bienhechor, aquella plaga
desterró para siempre de sus pueblos.»
¡Sí, Cárlos Bienhechor! Este es el nombre
con que ha de conocerte el universo,
el que te da Carácas, i el que un dia
sancionará la humanidad i el tiempo.
De nuestro labio, acéptale gustoso
con la expresion unánime que hacemos
a tu persona i a la augusta Luisa
de eterna fe, de amor i rendimiento.
I tú que del ejército dispones
en admirables leyes el arreglo,
i el complicado cuerpo organizando
de la milicia, adquieres nombre eterno;
tú, por quien de la paz los beneficios
disfruta alegre el español imperio,
i a cuya frente vencedora, honroso
lauro los cuerpos lusitanos dieron;
tú, que, teniendo ya derechos tantos

a nuestro amor, al público respeto
i a la futura admiracion, añades
a tu gloriosa fama timbres nuevos,
protejiendo, animando la perpetua
propagacion de aquel descubrimiento,
grande i sabio Godoi, tú tambien tienes
un lugar distinguido en nuestro pecho.
I a ti, Bálmis, a ti que, abandonando
el clima patrio, vienes como jenio,
tutelar, de salud, sobre tus pasos,
una vital semilla difundiendo,
¿qué recompensa mas preciosa i dulce
podemos darte? ¿Qué mas digno premio
a tus nobles tareas que la tierna
aclamacion de agradecidos pueblos
que a ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena
en sus bocas tu nombre!... ¡Quiera el cielo,
de cuyas gracias eres a los hombres
dispensador, cumplir tan justos ruegos;
tus años igualar a tantas vidas,
como a la Parca, roban tus desvelos;
i sobre ti sus bienes derramando
con largueza, colmar nuestros deseos!

VENEZUELA CONSOLADA

PERSONAS

VENEZUELA—EL TIEMPO—NEPTUNO

El teatro representa un bosque de árboles del país.

ESCENA PRIMERA

Venezuela aparece en actitud de tristeza.

VENEZUELA

Errante pasajero,
dime ¿en qué triste sitio
contemplaron tus ojos
un dolor semejante al dolor mio?
Tú, que en mejores dias
viste el hermoso brillo
còn que Naturaleza
ostentó su poder en mis dominios,
Hoi a los dolorosos
acentos con que explico
al universo todo
mis desventuras, une tus jemidos...
Afortunados dias
de gozo i regocijo,
estacion de abundancia,
alegre imájen del dorado siglo,

¡Qué pronto en noche oscura
os habeis convertido!
¡Qué tenebrosa sombra
sucede a vuestro lustre primitivo!

ESCENA II

Dicha, el Tiempo.

EL TIEMPO

Desusados clamores
en el feliz recinto
de Venezuela escucho:
ántes todo era cánticos festivos;
Mas ya no se percibe
el acorde sonido
de gratos instrumentos,
ni de danzas alegres el bullicio.
Por todas partes, oigo
solo quejosos gritos
i lastimeros ayes;
pavor, tristeza, anuncia cuanto miro.
Deliciosas provincias,
frondoso i verde hospicio
de la rica Amaltea,
¿qué se hicieron, decidme, los corrillos
De zagalas, alcores
de pastores festivos,
que hacian a la tierra
envidiar vuestro júbilo continuo?
Pero sobre la alfombra
de este prado mullido,
a Venezuela misma,
si no me engaña la aprehension, diviso.
Venezuela es sin duda...
i su rostro abatido,
sus inmóviles ojos
de profunda tristeza dan indicios.

Diosa de estos confines,
¿qué funestos motivos
a tan fatal extremo
de afliccion i dolor te han compelido?
¿No eres tú Venezuela?
¿Falta acaso a tus hijos
del español monarca
la amorosa tutela i patrocinio?

VENEZUELA

Si por ventura guardas
¡oh Tiempo! en tus archivos
la historia de infortunios
que puedan compararse con los mios;
Si tan lúgubre escena
vieron jamas los siglos,
condena entónces, Tiempo,
el extremo de angustia en que me miro.
Las atroces viruelas,
azote vengativo
de los cielos airados,
ejercen su furor sobre mis hijos.
La atmósfera preñada
de vapores malignos,
propaga a todas partes
con presteza terrible el exterminio.
En las casas i calles,
i sobre el sacro quicio
de los templos, se miran
cadáveres sin número esparcidos.
Del enfermo infelice,
huyen despavoridos
cuantos en su semblante
ven de la peste el negro distintivo.
¡Qué lúgubres objetos!
Aquél deja al recinto
de sus lares impuros
una familia, i busca en los pajizos

Campesinos albergues
un saludable asilo;
mas allá, separado
del seno de la madre el tierno niño,
I al degredo por manos
extrañas conducido,
el maternal socorro
implora en vano con agudos gritos.
Aquí espira el anciano
sin el pequeño alivio
de que cierre siquiera
sus fallecientes párpados el hijo.
Allí noto que arrojan
al hoyo confundidos
en espantosa mezcla
con cadáveres yertos cuerpos vivos.
Pues ¿cómo, cuando escenas
tan tristes examino,
te admiras de que acuda
llanto a los ojos i a la voz quejido?

EL TIEMPO

No, Venezuela, nunca
mas fundado motivo
las lágrimas tuvieron,
que el que tienen las tuyas: desde el sitio
De brillantez i gloria
a que los beneficios
del trono te ensalzaron,
hoi te despeña al mas profundo abismo
De horrores i miserias,
ese contajio impío
que tus hijos devora,
esas viruelas cuyo agudo filo
Por todas partes lleva
el luto, el exterminio,
i en soledades vastas
deja tus territorios convertidos.

Llora, pues, tu miseria,
llora tu lustre antiguo
i tus pasadas glorias,
de que estaba envidioso el cielo mismo.
Laméntate en buen hora;
a tu dolor crecido,
Venezuela, no puedo
yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio,
I así.... Pero ¿qué escucho?
(*Se oye música alegre.*)

VENEZUELA

¿Sueño, cielos?

EL TIEMPO

¿Deliro?

VENEZUELA

¿No siento alegres voces?

EL TIEMPO

¿Regocijados sones no percibo?

CORO

Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Cárlos vela.

UNA VOZ

¡A las próbidas leyes
del mejor de los reyes
debias la riqueza, la cultura,
la paz apetecida!
Hoi la salud, la vida,
dádivas son tambien de su ternura.

CORO

Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Cárlos vela.

VENEZUELA

¿No sabremos decir de dónde vienen
tan gozosos acentos?

EL TIEMPO

Apartando
los enramados árboles, camina
hacia nosotros, con lijero paso,
un incógnito númen. Su cabello
húmedas gotas vierte, i coronado
está de algas marinas; pero juzgo
reconocerle ya, pues en las manos
conduce el gran tridente.

ESCENA III

Dichos, Neptuno.

NEPTUNO

Mi venida
es a daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soi el númen
a quien presta obediencia el mar salado;
Neptuno soi, que....

VENEZUELA (*con espanto.*)

Vete de mis ojos;
para siempre, retírate. El amargo
conflicto en que me miras, ¿de quién vino,
sino de ti? Mi doloroso estado

otra causa no tiene que tú solo;
al dulce abrigo del monarca hispano,
venturosa i pacífica vivia,
las plagas i los males ignorando
que al resto de la tierra desolaban.
Su nombre augusto en inmortales cantos
bendecir, celebrar sus beneficios,
era la ocupacion, era el cuidado
que el cielo me imponia. Los favores
gozaba alegre de su rejia mano,
cuando en infaustas naves me trajiste
de las viruelas el atroz contajio.
¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela
sin turbacion te mire i sin espanto?

NEPTUNO

Tus lágrimas enjuga, Venezuela:
los cielos de tu pena se apiadaron:
ya no verás a tus dichosos hijos
con tan horrenda plaga señalados;
ya Cárlos de tus pueblos la destierra
para siempre.

VENEZUELA

¡Qué dices! ¿Puede acaso
el humano poder?....

NEPTUNO

Escucha atenta
los beneficios de tu augusto Cárlos.
I tú, Tiempo, conserva en tus archivos
para siempre el mas grande i señalado
suceso que jamas vieron los siglos
desde que su carrera comenzaron.
En la fértil provincia de Glocéster,
a la orilla del Támesis britano,
aparecieron de repente heridos

de contajiosa plaga los rebaños.
A los cuerpos pasó de los pastores
el nuevo mal; i cuando los humanos
el número juzgaban de las pestes
por la divina cólera aumentado,
notaron con asombro que venía
en aquel salutífero contajio
encubierto un feliz preservativo
que las negras viruelas respetaron.
Gésner tuvo la dicha de observarle;
i de su territorio en pocos años,
desterró felizmente las viruelas,
el contajio vacuno propagando.
¿Qué acojida imajinas que daria
la ternura benévola de Cárlos
al gran descubrimiento que liberta
a sus queridos pueblos del estrago
de las negras viruelas? Al momento
escoje profesores ilustrados
i un sabio director cuyas fatigas
llevan hasta los puertos mas lejanos
de sus dominios el precioso fluido
que de viruela libra a los humanos.
Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
reciben hoi el venturoso hallazgo
de Gésner, que te envía, como muestra
de su rejia bondad, tu soberano.
Hallazgo que tus hijos te asegura,
que de vivientes llena los poblados,
que libra de temores la belleza;
i, dando a la cultura nuevos brazos
para que en tus confines amanezcan
dias alegres, puros, sin nublados,
el gozo te dará con la abundancia,
i la felicidad con el descanso.

VENEZUELA

¡Oh gran Dios! ¿Con que al fin las tristes quejas
de Venezuela a tu mansion llegaron?

¿Con que nos miras ya compadecido?
Al Eterno cantad regocijados
himnos, ¡oh pueblos! que debeis la vida
i la salud a su potente brazo:
que resuene su nombre en las eternas
bóvedas; i despues que el holocausto
de gratitud ante su trono excelso
hayais humildemente tributado,
haced tambien sinceras espresiones
de reconocimiento al soberano.
Del mas cumplido gozo dad señales,
i publicad en otro alegre canto
la gran ventura de que sois deudores
a su paterno, cuidadoso amparo.

EL TIEMPO

¿I nosotros qué hacemos, que en tal dia
todos nuestros esfuerzos no juntamos
para solemnizar el beneficio
que recibe este pueblo de sus manos?
A ti, Neptuno, el cetro de los mares
los supremos destinos entregaron.
Pomona enriqueció de bellos frutos,
Venezuela, tu clima afortunado;
i yo, que soi el Tiempo, a mi capricho
rijo las estaciones i los años.
¿Por qué, nuestras funciones reuniendo,
suceso tan feliz no celebramos?

NEPTUNO

Tienes razon: aguarda. Roncos vientos
que sublevais con vuestro soplo airado
las bramadoras ondas, tempestades,
furiosos huracanes, sosegaos,
i en el imperio todo de las aguas,
la dulce calma reine i el descanso:
respetad este dia venturoso;
i donde quiera que mireis las naos

de la dichosa expedicion que trae
tantos bienes al suelo americano,
callad i respetadla.— Habitadoras
de los marinos, húmedos palacios,
rubias Nereidas, que de frescas ovas
llevais vuestro cabello coronado,
formad alegres danzas; i vosotras,
blancas Sirenas, que adormís cantando
al navegante, haciendo que le sea
grato el morir, dulcísimo el naufrajio,
entonad himnos nuevos, i acompañen
los roncos caracoles vuestro canto,
los móviles Tritones difundiendo
alegres ecos por el vasto espacio.

CORO DE NEREIDAS

El reino de Anfitrite
con júbilo repite
el nombre siempre amado
de Cárlos Bienhechor.

CORO DE TRITONES

I luego que le escucha
se aplaca el Ponto undoso,
i el austro proceloso
refrena su furor.

EL TIEMPO

Yo de notables hechos la memoria
a las edades venideras guardo,
i fama doi gloriosa al buen monarca,
al gran guerrero i al ministro sabio;
mas a los beneficios distinguidos
que la suerte del hombre mejoraron,
doi un lugar brillante en mis anales,
i en inmortalizarlos me complazco.
Por mí suena en la tierra todavía

el nombre de los Titos i Trajanos,
i sonará miéntras de blandas fibras
tenga el hombre su pecho organizado.
Yo daré, pues, a tu feliz memoria,
Cárlos augusto, un eminente rango;
i al lado de las tuyas las acciones
de los Césares, Pirros i Alejandros,
quedarán para siempre oscurecidas....
Siglos futuros, a vosotros llamo:
salid del hondo seno en que os oculta
a la penetracion de los humanos
el velo del destino; i a presencia
de Venezuela, pronunciad los cantos
con que hareis resonar en algun tiempo
el claro nombre del augusto Cárlos.

Celebre con eterna
aclamacion el hombre
el siempre claro nombre
de Cárlos Bienhechor.
Jamas el merecido
título que le damos
sepulte en el olvido
el tiempo destructor.

VENEZUELA

I yo que el testimonio mas brillante
debo hacer de ternura al soberano,
¿qué mejor alabanza puedo darle,
qué monumento mas precioso i grato
levantar a sus ojos, que su nombre
con indelebles letras estampado
en los amantes pechos de mis hijos?
Sí, yo te ofrezco, yo te juro, Cárlos,
que guardarán los pueblos tu memoria,
miéntras peces abrigue el mar salado,
cuadrúpedos la tierra, aves el aire,
i el firmamento luminosos astros.
Yo te ofrezco cubrir estos dominios
de celosos i dóciles vasallos,

que funden su ventura i su alegría
en prestar obediencia a tus mandatos.
Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,
que tus leyes respetan prosternados,
fecundidad, riqueza i lozanía,
dorados frutos, nutritivos granos.
Yo te juro tambien que con perenne
aclamacion repetirán sus labios:
«¡Viva el digno monarca que nos libra
de las viruelas! ¡Viva el cuarto Cárlos!»

Hombre, mujer, infante,
todo mortal que pise
estos confines, canto
a Cárlos Bienhechor.

Publique Venezuela
que quien de nuestro clima
lanzó la atroz viruela,
fué su paterno amor. *(Se repite.)*

EGLOGA

IMITACION DE VIRJILIO

Tírsis, habitador del Tajo umbrío,
con el mas vivo fuego a Clori amaba;
a Clori, que, con rústico desvío,
las tiernas ánsias del pastor pagaba.
La verde márjen del ameno rio,
talvez buscando alivio, visitaba;
i a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

«No huye tanto, pastora, el corderillo
del tigre atroz, como de mí te alejas,
ni teme tanto al buitre el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas:
por ti olvido las rústicas labores,
por ti fábula soi de los pastores.

«Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
ingratitud me causará la muerte:
mi historia en esos árboles grabada
dirá entónces que muero por quererte:
tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte:
nadie entónces querrá decirte amores,
i execrarán tu nombre los pastores.

«Ya la sombra del bosque entrelazado
los animales mismos apetecen;
bajo el césped que tapiza el prado,
los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
si la viña los pájaros guarnecen,
yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

«Tú mi amor menosprecias insensata,
i no falta pastora en esta aldea
que, si el nudo en que jimo, un dios desata,
con Tírsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,
mis obsequios rendir a Galatea,
o admitir los halagos de Tirrena,
aunque rosada tú, i ella morena?

«¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
a la menor injuria se amortece.
La pálida violeta es apreciada,
i lánguido el jazmin talvez fallece,
sin que del ramo, que adornaba ufano,
las ninfas le desprendan con su mano.

«Mi amor i tu belleza maldecia,
tendido una ocasion sobre la arena,
i Tirrena, que acaso me veia,
—¡oh Vénus, dijo, de injusticias llena;
léjos de unir las almas, diosa impía,
las divide i separa tu cadena!....
De Clori sufres tú las esquiveces,
i yo te adoro a ti que me aborreces.—

«¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino,
escucha mis tonadas envidioso.

¿No cubre estas praderas de contino
mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado i tierno?

«Ni tampoco es horrible mi figura,
si no me engaño al verme retratado
en el cristal de esa corriente pura;
i a fe que a ese pastor afortunado
que supo dominar alma tan dura,
si a competir conmigo fuese osado,
en jentileza, talle i bizarría,
siendo tú misma juez, le excederia.

«Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven! mira las Drïadas, que te ofrecen
en canastos la esencia de la rosa,
i para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
con el clavel, la viola i el jacinto.

«Acuérdate del tiempo en que solias,
cuando niña, venir a mi cercado,
i las tiernas manzanas me pedias
aun cubiertas del vello delicado.
Desde la tierra entónces no podias
alcanzar el racimo colorado;
i despues que tus medios apurabas,
mi socorro solícita implorabas.

«Entónces era yo vuestro caudillo,
mi tercer lustro apénas comenzado,
sobresaliendo en el pueril corrillo,
como en la alfombra del ameno prado
descuella entre las yerbas el tomillo.
Desde entónces Amor, Amor malvado,
me asestaste traidor la flecha impía
que me atormenta i hiere noche i dia.

«¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
guarda Jove al mortal ingrato i duro:
hai destinado solo a su tormento
en el lóbrego Averno un antro oscuro:
en su carne cebado, un buitre hambriento
le despedaza con el pico impuro,
i el corazon viviente devorado
padece a cada instante renovado.

«Mas, ¡ai de mí! que en vano, en vano envio
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mio?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo i detener el rio.
I miéntras lo imposible loco intento,
tengo en casa la vid medio podada,
i en el bosque la grei abandonada.

«¿Qué fruto saco de elevar al cielo
esta continua lúgubre querella?
Ni encender puedo un corazon de hielo,
ni torcer el influjo de mi estrella.
Si Clori desestima mi desvelo,
sabrá premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al occidente frio;
vuelve, vuelve al redil, ganado mio.»

A UN SAMAN

Arbol bello, ¿quién te trajo
a estas campiñas risueñas
que con tu copa decoras
i tu sombra placentera?
Dicen que el dulce Dalmiro,
Dalmiro aquel que las selvas
i de estos campos los hijos
no sin lágrimas recuerdan,
compró de un agreste jóven
tu amenazada existencia:
en este alcor, estos valles,
viva su memoria eterna.
Del huérfano desvalido,
de la infeliz zagaleja,
del menesteroso anciano
él consolaba las penas.
Extiende, saman, tus ramas
sin temor al hado fiero,
i que tu sombra amigable
al caminante proteja.
Ya vendrán otras edades
que mas lozano te vean,
i otros pastores i otros
que huyan cual sombra lijera;
mas del virtuoso Dalmiro
el dulce nombre conserva,

i dilo a los que pisaren
estas hermosas riberas.
Di, ¿de tu jigante padre,
que en otros campos se eleva,
testigo que el tiempo guarda
de mil historias funestas,
viste en el valle la copa
desafiando las tormentas?
¿Los caros nombres acaso
de los zagales conservas
que en siglos de paz dichosos
poblaron estas riberas,
i que la horrorosa muerte,
extendiendo el ala inmensa,
a las cabañas robara
que dejó su aliento yermas?...
Contempló tu padre un dia
las envidiables escenas:
viólas en luto tornadas,
tintas en sangre las vegas:
desde entónces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña el pié de Valencia.
Agradábale en las aguas
ver flotar su sombra bella,
miéntras besaban su planta
al jugar por las praderas.
Del puro Catuche al márjen,
propicios los cielos quieran
que, mas felice, no escuches
tristes lamentos de guerra;
ántes, de alegres zagales
las canciones placenteras,
i cuando mas sus suspiros
i sus celosas querellas.

A LA NAVE

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO *O navis, referent.*

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te llevan? Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costa.

Aun ves de la pasada
tormenta mil memorias,
¿i ya a correr fortuna
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota,
do tarde los peligros
avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,
miéntras el mar las conchas
de la ribera halaga
con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,
vendrá a batir las rocas,
i náufragas reliquias
hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
la presumida pompa
no arredra los insultos
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
tirano de las ondas,
las barras i leones
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
en reinos de la aurora,
i donde al sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante proa;

I ya padron infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo,
está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
no tuerces? ¿Orgullosa
descojes nuevas velas,
i sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!
que ya el cielo se entolda,
i las nubes bramando
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta
que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
de mi inquietud ansiosa;
vuelve a la amiga playa,
ántes que el sol se esconda!

MIS DESEOS

Hoc erat in votis.

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito
cuando de ofrendas cubro los altares?
No ricos muebles, no soberbios lares,
ni una mesa que adule al apetito.

De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles manjares,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un arroyito.

Para acojerme en el calor estivo,
que tenga una arboleda tambien quiero,
do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue muero;
i al exhalar mi aliento fujitivo,
sello en tus labios el adios postrero!

A UNA ARTISTA

Nunca mas bella iluminó la aurora
de los montes el ápice eminente,
ni el aura suspiró mas blandamente,
ni mas rica esmaltó los campos Flora.

Cuanta riqueza i galas atesora,
hoi la Naturaleza hace patente,
tributando homenaje reverente
a la deidad que el corazon adora.

¿Quién no escucha la célica armonía
que con alegre estrépito resuena
del abrasado sur al frio norte?

¡Oh Juana! gritan todos a porfía:
jamas la Parca triste, de ira llena,
de tu preciosa vida el hilo corte.

A LA VICTORIA DE BAILEN

Rompe el leon soberbio la cadena
con que atarle pensó la felonía,
i sacude con noble bizarría
sobre el robusto cuello la melena:

La espuma del furor sus labios llena,
i a los rujidos que indignado envía,
el tigre tiembla en la caverna umbría,
i todo el bosque atónito resuena.

El leon despertó; temblad, traidores!
lo que vejez creisteis, fué descanso;
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
a la tímida liebre, al ciervo manso;
¡no insulteis al monarca de las fieras!

RECUERDO

Tiempo fué en que la dulce Poesía
el eco de mi voz hermoseaba,
i amor, virtud i libertad cantaba
entre los brazos de la amada mia;

Ella mis versos con placer oia,
con sus tiernas caricias me pagaba;
i al puro beso que mi frente hollaba,
mui mas sublime inspiracion seguia.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste,
me deja Apolo; i de mi mustia frente,
el sacro fuego i su esplendor retira.

¡Adios, oh Musa, que mi encanto fuiste!
¡Adios, amiga de mi edad ardiente!
La mano del dolor quebró mi lira.

DIOS ME TENGA EN GLORIA

A LA FALSA NOTICIA DE LA MUERTE DE MAC-GREGOR

Lleno de susto un pobre cabecílla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hai lugar que no someta
el poder invencible de Castilla.

De insurjentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
i el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fué batido, preso i muerto,
i cómo me le hicieron picadillo,
dos i tres veces repasó la historia;

Tanto, que, al fin, teniéndolo por cierto,
exclamó compunjido el pobrecillo:
—¿Con que es así?—Pues Dios me tenga en gloria.

ALOCUCION A LA POESIA

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO «AMÉRICA»

I

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fué morada,
i el eco de los montes compañía:
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
i dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colon su grande escena.
Tambien propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas:
tambien allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo rio,
colores mil a tus pinceles brindan;
i Céfiro revuela entre las rosas;
i fúljidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
i el rei del cielo entre cortinas bellas

de nacaradas nubes se levanta;
i la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?
¿A tributar tambien irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus mas bellos dias,
cuando en la infancia de la jente humana,
maestra de los pueblos i los reyes,
cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, oh diosa,
esta rejion de luz i de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto:
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie i crímen:
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupcion cultura se apellida.
Descuelga de la encina carcomida
tu dulce lira de oro, con que un tiempo,
los prados i las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar del arroyo trasparente,
las gracias atractivas
de Natura inocente,
a los hombres cantaste embelesados;
i sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagorosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otra jente te encamina,
do viste aun su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apénas;
i las riquezas de los climas todos
América, del sol jóven esposa,

del antiguo oceano hija postrera,
en su seno feraz cria i esmera.

¿Qué morada te aguarda? qué alta cumbre,
qué prado ameno, qué repuesto bosque
harás tu domicilio? en qué felice
playa, estampada tu sandalia de oro,
será primero? dónde el claro rio
que de Albion los héroes vió humillados,
los azules pendones reverbera
de Buenos Aires, i orgulloso arrastra
de cien potentes aguas los tributos
al atónito mar? o dónde emboza
su doble cima el Avila[1] entre nubes,
i la ciudad renace de Losada?[2]
¿O mas te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen
rubias cosechas, i süaves frutos;
do la inocencia i el candor injenuo
i la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor i el patriotismo habitan?
¿O la ciudad[3] que el águila posada
sobre el nopal mostró al azteca[4] errante,
i el suelo de inexhaustas venas rico,
que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
a cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitacion te brinda
bajo su blando cielo, que no turban
lluvias jamas, ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
harás tu albergue, que, entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
bajo sus piés, i etéreas auras bebe
a tu celeste inspiracion propicias?

1 Monte vecino a Carácas.—*(El autor.)*
2 Fundador de Carácas.—*(El autor.)*
3 Méjico.—*(El autor.)*
4 Nacion americana, fundadora de Méjico.—*(El autor.)*

Mas oye do tronando se abre paso
entre murallas de peinada roca,
i envuelto en blanca nube de vapores,
de vacilantes íris matizada,
los valles va a buscar del Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos dias
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
i nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dió a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; ántes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aun no aguzado la ambicion habia
el hierro atroz; aun no dejenerado,
buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas i florestas
saludable le daban i seguro,
sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecia,
todo era paz, contento i alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca bella,[1] de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerje el valle.
De la jente infeliz parte pequeña
asilo halló en los montes:
el abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del sol; que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña, i a las ondas abre calle:
el Bogotá, que inmenso lago un dia
de cumbre a cumbre dilató su imperio,
de las ya estrechas márjenes, que asalta

1 Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, lejislador de los muiscas.—V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I.—*(El autor.)*

con vana furia, la prision desdeña,
i por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas jentes
Nenqueteba piadoso leyes i artes
i culto dió; despues que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
i de la luna por la vez primera
surcó el Olimpo el arjentado coche.

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
del ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragon del norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil,
que el rumbo al marinero audaz señala,
i la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los mas ricos mueles,
i tomas el mejor de tus pinceles,
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan jenital primero
con que la voz omnipotente, oída
del hondo caos, hinchió la tierra, apénas
sobre su informe faz aparecida,
i de verdura la cubrió i de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
i en varias formas i estatura i galas
hacer parece alarde de sí mismo,
poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
bejucos, vides, gramas:
las ramas a las ramas,
pugnando por gozar de las felices
auras i de la luz, perpetua guerra
hacen, i a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
i el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció i su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márjenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
o del cucui las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
i del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví amoroso![1]

Tiempo vendrá, cuando de ti inspirado
algun Maron americano, oh diosa!
tambien las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
i las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona:
donde cándida miel llevan las cañas,
i animado carmin la tuna cria,
donde tremola el algodon su nieve,
i el ananas sazona su ambrosía:
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, da azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra

1 Tonada triste del Perú, i de los llanos de Colombia.—*(El autor.)*

de sus albos jazmines, i el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.
. . . .

Mas ah! ¿prefieres de la guerra impía
los horrores decir, i al son del parche
que los maternos pechos estremece,
pintar las huestes que furiosas corren
a destruccion, i el suelo hinchen de luto?
¡Oh si ofrecieses ménos fértil tema
a bélicos cantares, patria mia!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
la sangre de tus hijos i la ibera?
¿Qué páramo no dió en humanos miembros
pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares
salvar su oscuridad pudo a las furias
de la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodijio tanto
el amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia jenerosa;
ni de la historia da pájina alguna,
Musa, mas altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
o a qué varon tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
que, vencedor de cien sangrientas lides,
muriendo el suelo consagró de Talca;
i la memoria eternizar desea
de aquellos granaderos de a caballo
que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
para que en tus cantares se repita,
de campeones cuya frente adorna
el verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Buéras,
que con sus caballeros denodados
rompió del enemigo las hileras;
i donde el rejimiento de Coquimbo

tantos héroes contó como soldados.

. . . .

¿De Buenos Aires la gallarda jente
no ves que el premio del valor te pide?
Casteli osado, que las fuerzas mide
con aquel monstruo que la cara esconde
sobre las nubes i a los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
de los opresos pueblos la querella;
i tú que de Suipacha en las llanuras
diste a tu causa agüero de venturas,
Balcarce; i tú, Belgrano, i otros ciento
que la tierra natal de glorias rica
hicísteis con la espada o con la pluma,
si el justo galardon se os adjudica,
no temereis que el tiempo lè consuma.

. . . .

Ni sepultada quedará en olvido
la Paz que tantos claros hijos llora,
ni Santacruz, ni ménos Chuquisaca,
ni Cochabamba, que de patrio celo
ejemplos memorables atesora,
ni Potosí de minas no tan rico
como de nobles pechos, ni Arequipa
que de Vizcardo con razon se alaba,
ni a la que el Rímac las murallas lava,
que *de los reyes* fué, ya de sí propia,
ni la ciudad que dió a los Incas cuna,
leyes al sur, i que si aun jime esclava,
virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
que la ensangrientan, cada vez mas brava,
mas indomable, nuevos cuellos hiergue,
que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
del sol la hispana jente advenedíza,
ni al ver su trono en tanto vituperio
de Manco Cápac jemirán los manes.

De Angulo i Pumacagua la ceniza
nuevos i mas felices capitanes
vengarán, i a los hados de su pueblo
abrirán vencedores el camino.
Huid, dias de afan, dias de luto,
i acelerad los tiempos que adivino.
. . . .

Diosa de la memoria, himnos te pide
el imperio tambien de Motezuma,
que, rota la coyunda de Iturbide,
entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nacion bizarra mejicana,
de tu poder i de tu ejemplo espera
la libertad; ni su esperanza es vana,
si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
i no en un mar te engolfas que sembrado
de los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un dia
los héroes cantarás a que se debe
del arresto primero la osadía;
que a veteranas filas rostro hicieron
con pobre, inculta, desarmada plebe,
excepto de valor, de todo escasa;
i el coloso de bronce sacudieron,
a que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo mas feliz, no mas robusto,
poderlo derrocar dieron los cielos,
de Hidalgo, no por eso, i de Morélos
eclipsará la gloria olvido ingrato,
ni el nombre callarán de Guanajuato
los claros fastos de tu heroica lucha,
ni de tanta ciudad, que, reducida
a triste yermo, a un enemigo infama
que, vencedor, sus pactos solo olvida;
que hace esterminio, i sumision lo llama.
. . . .

Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte
algun sublime injenio, que levante

el vuelo a tan espléndido sujeto,
i que de Popayan los hechos cante
i de la no inferior Barquisimeto,
i del pueblo[1] tambien, cuyos hogares
a sus orillas mira el Manzanáres;
no el de ondas pobre i de verdura exhausto,
que de la rejia corte sufre el fausto,
i de su servidumbre está orgulloso,
mas el que de aguas bellas abundoso,
como su jente lo es de bellas almas,
del cielo, en su cristal sereno, pinta
el puro azul, corriendo entre las palmas
de esta i aquella deliciosa quinta:
que de Angostura las proezas cante,
de libertad inexpugnable asilo,
donde la tempestad desoladora
vino a estrellarse; i con suave estilo
de Bogotá los timbres diga al mundo,
de Guayaquil, de Maracaibo (ahora
agobiada de bárbara cadena)
i de cuantas provincias Cauca baña,
Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
i cuantas bajo el nombre colombiano
con fraternal union se dan la mano.

. . . .

Mira donde contrasta sin murallas
mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refujio
de la arrestada, aunque pequeña, tropa
que la defiende: en torno el enemigo,
cuantos conoce el fiero Marte, acopia
medios de destruccion; ya por cien partes
cede al batir de las tonantes bocas
el débil muro, i superior en armas
a cada brecha una lejion se agolpa.
Cuanto el valor i el patriotismo pueden,

1 Cumaná.—(*El autor.*)

el patriotismo i el valor agotan;
mas ai! sin fruto. Tú de aquella escena
pintarás el horror, tú que a las sombras
belleza das, i al cuadro de la muerte
sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso,
que ni al anciano trémulo perdona,
ni a la inocente edad, i en el regazo
de la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro:
su rabia insana en los demas desfoga
un enemigo que hacer siempre supo,
mas que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlen el triste,
pero glorioso fin. La tierna esposa
herido va a buscar; el débil cuerpo
sobre el acero ensangrentado apoya:
estréchala a su seno. «Libertarme
de un cadalso afrentoso puede sola
la muerte (dice): este postrero abrazo
me la hará dulce: adios!» Cuando con pronta
herida va a matarse, ella, atajando
el brazo, alzado ya, «¿tú a la deshonra,
tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
mas que la muerte horribles, me abandonas?
Para sufrir la afrenta, falta (dice)
valor en mí: para imitarte, sobra.
Muramos ambos.» Hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos; abrazados mueren.
. . . .

Pero ¿al de Margarita qué otro nombre
deslucirá? donde hasta el sexo blando
con los varones las fatigas duras
i los peligros de la guerra parte:
donde a los defensores de la patria
forzoso fué, para lidiar, las armas
al enemigo arrebatar lidiando:
donde el caudillo, a quien armó Fernando

de su poder i de su fuerzas todas
para que de venganzas le saciara,
al inexperto campesino vulgo
que sus falanjes denodado acosa,
el campo deja en fuga ignominiosa?

. . . .

Ni menor prez los tiempos venideros
a la virtud darán de Cartajena.
No la domó el valor: no al hambre cede,
que sus guerreros ciento a ciento siega.
Nadie a partidos viles presta oidos:
cuantos un resto de vigor conservan,
lánzanse al mar, i la enemiga flota
en mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
ni a la desgracia la cerviz doblegan;
i si una orilla dejan, que profana
la usurpacion, i las venganzas yerman,
ya a verla volverán bajo estandartes
que a coronar el patriotismo fuerzan
a la fortuna, i les darán los cielos
a indignas manos arrancar la presa.
En tanto, por las calles silenciosas,
acaudillando armada soldadesca,
entre infectos cadáveres, i vivos
en que la estampa de la Parca impresa
se mira ya, su abominable triunfo
la restaurada inquisicion pasea:
con sacrílegos himnos los altares
haciendo resonar, a su honda cueva
desciende embravecida, i en las ansias
de atormentados mártires se ceba.

. . . .

¿I qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,

turbio Catuche,[1] tu camino usado!
¿Por qué en tu márjen el rumor festivo
calló? ¿Dó está la torre bulliciosa
que pregonar solia,
de antorchas coronada,
la pompa augusta del solemne dia?[2]
Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, i en la sala que gozosos
banquetes vió i amores, hoi sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero mas bella i grande resplandeces
en tu desolacion, ¡oh patria de héroes!
tú que, lidiando altiva en la vanguardia
de la familia de Colon, la diste
de fe constante no excedido ejemplo;
i si en tu suelo desgarrado al choque
de destructivos terremotos, pudo
tremolarse algun tiempo la bandera
de los tiranos, en tus nobles hijos
viviste inexpugnable, de los hombres
i de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora:
florecerán la paz i la abundancia
en tus talados campos: las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
i cubrirán de rosas tus ruinas.
. . . .

II

¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera,
qué playa inhospital, donde ántes solo

1 Riachuelo que corre por la parte de Carácas en que hizo mas estragos el terremoto de 1812.—*(El autor.)*

2 Cercano al Anauco están las ruinas de San Lázaro, asilo en un tiempo de pobres lázaros, i palacio, despues, de los capitanes jenerales de Venezuela, donde obsequiaban éstos, con fausto, a los célebres extranjeros que visitaban a Carácas.—*(Don Arístides Rójas.)*

por el furor se vió de la pantera
o del caiman el suelo en sangre tinto:
cuál selva tan oscura, en tu recinto,
cuál queda ya tan solitaria cima,
que horror no ponga i grima,
de humanas osamentas hoi sembrada,
feo padron del sanguinario instinto
que tambien contra el hombre al hombre anima?
Tu libertad ¡cuán caro
compraste! cuánta tierra devastada!
¡cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien adquirido al precio excede.
¿I cuánto nombre claro
no das tambien al templo de memoria?

Con los de Codro i Curcio el de Ricaurte
vivirá, miéntras hagan el humano
pecho latir la libertad, la gloria.
Vióle en sangrientas lides el Aragua
dar a su patria lustre, a España miedo:
el despotismo sus falanjes dobla,
i aun no sucumbe al número el denuedo.
A sorprender se acerca una columna
el almacen que con Ricaurte guarda
escasa tropa: él, dando de los suyos
a la salud lo que a la propia niega,
aléjalos de sí: con ledo rostro
su intento oculta. I ya de espeso polvo
se cubre el aire, i cerca se oye el trueno
del hueco bronce, entre dolientes ayes
de inerme vulgo, que a los golpes cae
del vencedor: mas nó, no impunemente:
Ricaurte aguarda de una antorcha armado.
I cuando el puesto que defiende mira,
de la contraria hueste rodeado,
que, ebria de sangre, a fácil presa avanza;
cuando el punto fatal, no a la venganza,
(que indigna juzga), al alto sacrificio
con que llenar el cargo honroso anhela,

llegado ve, ¡Viva la patria! clama;
la antorcha aplica; el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien vió victorioso Niquitao,
Horcónes, Ocumare, Vijirima,
i, dejando otros nombres, que no ménos
dignos de loa Venezuela estima,
Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroica lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Bóves,
monstruo de atrocidad mas que española.
¿Qué, si de Ribas a los altos hechos
dió la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué, si cautivo el español le insulta?
¿Si perecer en el suplicio le hace
a vista de los suyos? ¿si su yerta
cabeza expone en afrentoso palo?
Dispensa a su placer la tiranía
la muerte, no la gloria, que acompaña
al héroe de la patria en sus cadenas,
i su cadalso en luz divina baña.

Así espiró tambien, de honor cubierto,
entre víctimas mil, Baraya, a manos
de tus viles satélites, Morillo,
ni el duro fallo a mitigar fué parte
de la mísera hermana el desamparo,
que, lutos arrastrando, acompañada
de cien matronas, tu clemencia implora.
«Muera (respondes) el traidor Baraya,
i que a destierro su familia vaya.»
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
de libertad en tantas almas grandes?
Del Cotopaxi ve a extinguir la hoguera
que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
a quien lamentan Mérida i Pamplona;
i la de Fréites derramada mira,

el constante adalid de Barcelona:
Ortiz, García de Toledo espira;
Granádos, Amador, Castillo muere;
yace Cabal, de Popayan llorado,
llorado de las ciencias; fiera bala
el pecho de Camilo Tórres hiere;
Gutiérrez el postrero aliento exhala;
perece Pombo, que, en el banco infausto,
el porvenir glorioso de su patria
con profético acento te revela:
no la íntegra virtud salva a Toríces;
no la modestia, no el injenio a Cáldas...
De luto está cubierta Venezuela,
Cundinamarca desolada jime,
Quito sus hijos mas ilustres llora.
Pero ¿cuál es de tu crueldad el fruto?
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
¿Méjico a su visir postrada adora?
¿El antiguo tributo
de un hemisferio esclavo a España llevas?
¿Puebla la inquisicion sus calabozos
de americanos; o españolas cortes
dan a la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos, graves
la avara Cádiz ve volver sus naves?
Colombia vence: libertad los vanos
cálculos de los déspotas engaña:
i fecundos tus triunfos inhumanos,
mas que a ti de oro, son de oprobio a España.
Pudo a un Cortes, pudo a un Pizarro el mundo
la sangre perdonar que derramaron:
imperios con la espada conquistaron;
mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
sombra, que llama gloria
el vulgo adorador de la fortuna,
adorna: aquella efímera victoria
que de inermes provincias te hizo dueño,
como la aérea fábrica de un sueño,
desvanecióse, i nada deja, nada
a tu nacion, excepto la vergüenza

de los delitos con que fué comprada.
Quien te pone con Alba en paralelo,
¡oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo
de Batavia el ministro de Felipe;
pero si fué crüel i sanguinario,
bajo no fué; no acomodando al vario
semblante de los tiempos su semblante,
ya desertor del uno,
ya del otro partido,
solo el de su interes siguió constante;
no alternativamente
fué soldado feroz, patriota falso:
no dió a la inquisicion su espada un dia,
i por la libertad lidió el siguiente;
ni traficante infame del cadalso,
hizo de los indultos granjería.

Musa, cuando las artes españolas
a los futuros tiempos recordares,
víctimas inmoladas a millares;
pueblos en soledades convertidos;
la hospitalaria mesa, los altares
con sangre fraternal enrojecidos;
de exánimes cabezas decoradas
las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
doquiera que se envainan las espadas,
entronizado el tribunal de espanto,
que llama a cuentas el silencio, el llanto,
i el pensamiento a su presencia cita,
que premia al delator con la sustancia
de la familia mísera proscrita,
i a peso de oro, en nombre de Fernando,
vende el permiso de vivir temblando:
puede ser que parezcan tus verdades
delirios de estragada fantasía
que se deleita en figurar horrores;
mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!
¡oh de Valencia abominable jura!
¿será jamas que lleguen tus colores,
oh Musa, a realidad tan espantosa?

A la hostia consagrada, en relijiosa
solemnidad expuesta, hace testigo
del alevoso pacto el jefe ibero;[1]
i entre devotas preces, que dirije
al cielo, autor de la concordia, el clero,
en nombre del presente Dios, en nombre
de su monarca i de su honor, a vista
de entrambos bandos i del pueblo entero,
a los que tiene puestos ya en la lista
de proscripcion, fraternidad promete.
Celébrase en espléndido banquete
la paz; los bríndis con risueña cara
recibe.... i ya en silencio se prepara
el desenlace de este drama infando:
el mismo sol que vió jurar las paces,
Colombia, a tus patriotas vió espirando.

A ti tambien, Javier Ustáriz, cupo
mísero fin: atravesado fuiste
de hierro atroz a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
a tu verdugo, de piedad desnudo:
en la tuya i la sangre de sus hijos
a un tiempo la infeliz se vió bañada.
¡Oh Maturin! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh dia de afliccion a Venezuela,
que aun hoi, de tanta pérdida preciosa,
apénas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
debido a tus fatigas, a tu celo
de bajos intereses desprendido;
alma incontaminada, noble, pura,
de elevados espíritus modelo,
aun en la edad oscura
en que el premio de honor se dispensaba
solo al que a precio vil su honor vendia,

1 Bóves.—*(El autor.)*

i en que el rubor de la virtud, altivo
desden i rebelion se interpretaba.
La música, la dulce poesía
¿son tu delicia, ahora como un dia?
¿O a mas altos objetos das la mente,
i con los héroes, con las almas bellas
de la pasada edad i la presente,
conversas, i el gran libro desarrollas
de los destinos del linaje humano,
i los futuros casos de la grande
lucha de libertad, que empieza, lees,
i su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,
cuantos inmortaliza Aténas libre,
cuantos Esparta i el romano Tibre;
los que el bátavo suelo i el helvecio
muriendo consagraron, i el britano;
Padilla, honor del nombre castellano;
Caupolican[1] i Guacaipuro[2] altivo,
i España osado;[3] con risueña frente
Guatimozin te muestra el lecho ardiente;
muéstrate Gual[4] la copa del veneno;
Luisa[5] el crüento azote;
i tú, en el blanco seno,
las rojas muestras de homicidas balas,
heroica Policarpa,[6] le señalas,
tú que viste espirar al caro amante

1 Véase el poema de Ercilla, i particularmente su canto XXXIV.—*(El autor.)*

2 Cacique de una de las tribus caraqueñas, que, por no entregarse a los españoles, consintió ser abrasado vivo en su choza.—*(El autor.)*

3 Uno de los jefes de la conspiracion tramada en Carácas i la Guaira a fines del siglo pasado: véase el *Viaje* de Depons, cap. 3 t. I.—*(El autor.)*

4 Compañero de España; envenenado en la isla de Trinidad por un ajente del gobierno español.—*(El autor.)*

5 Luisa Cáceres de Arismendi, la jóven esposa del jefe republicano de la isla Margarita.—*(Don José Aristides Rójas.)*

6 Policarpa Salvatierra, heroína de Cundinamarca sacrificada en las aras de la libertad.—*(Don José Aristides Rójas.)*

con firme pecho, i por ajenas vidas
diste la tuya, en el albor temprano
de juventud, a un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloría
tambien Colombia; defensor constante
de sus derechos; de las santas leyes,
de la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco a tu ceniza
este humilde tributo, i la sagrada
rama a tu efijie venerable ciño,
patriota ilustre, que, proscrito, errante,
no olvidaste el cariño
del dulce hogar, que vió mecer tu cuna;
i ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto, i tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
a los tiranos de tu tierra amada;
i desde las orillas de Inglaterra,
diste aliento al clarin, que el largo sueño
disipó de la América, arrullada
por la supersticion. Al noble empeño
de sus patricios, no faltó tu espada;
i si, de contratiempos asaltado
que a humanos medios resistir no es dado,
te fué el ceder forzoso, i en cadena
a manos perecer de una perfidia,
tu espíritu no ha muerto, nó; resuena,
resuena aun el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, i en su triunfo tienes parte.

Tu nombre, Girardot, tambien la fama
hará sonar con inmortales cantos,
que del Santo Domingo en las orillas
dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre

cortó de tus hazañas la fortuna?
Caíste, sí; mas vencedor caíste;
i de la patria el pabellon triunfante,
sombra te dió al morir, enarbolado
sobre las conquistadas baterías,
de los usurpadores sepultura.
Puerto Cabello vió acabar tus días,
mas tu memoria nó, que eterna dura.

Ni ménos estimada la de Roscio
será en la mas remota edad futura.
Sabio lejislador le vió el senado,
el pueblo, incorruptible majistrado,
honesto ciudadano, amante esposo,
amigo fiel, i de las prendas todas
que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca,
el alma supo mantener serena;
con rostro igual vió la sonrisa aleve
de la fortuna, i arrastró cadena;
i cuando del baldon la copa amarga
el canario soez [1] pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
de la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
de sangre i llanto está su sien desnuda,
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad, no solo
fué defensor, sino maestro i padre.

No negará su voz divina Apolo
a tu virtud, ¡oh Piar!, su voz divina,
que la memoria de alentados hechos
redime al tiempo i a la Parca avara.
Bien tus proezas Maturin declara,
i Cumaná con Guiria i Barcelona,
i del Juncal el memorable dia,

1 Monteverde.—(*El autor.*)

i el campo de San Félix las pregona
que con denuedo tanto i bizarría
las enemigas filas disputaron,
pues aun postradas por la muerte guardan
el órden triple en que a la lid marcharon.
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera
cortado hubiera allí, si tanta gloria
algun fatal desliz no oscureciera!

Pero ¿adónde la vista se dirije
que monumentos no halle de heroismo?
¿La retirada que Mac Gregor rije
diré, i aquel puñado de valientes,
que rompe osado por el centro mismo
del poder español, i a cada huella
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias
que Anzoátegui lidiando gana en ella,
o las que de Carúpano en los valles,
o en las campañas del Apure, han dado
tanto lustre a su nombre, o como experto
caudillo, o como intrépido soldado?
¿El batallon diré que, en la reñida
funcion de Bomboná, las bayonetas
en los pendientes precipicios clava,
osa escalar por ellos la alta cima,
i de la fortaleza se hace dueño
que a las armas patricias desafiaba?
¿Diré de Várgas el combate insigne,
en que Rondon, de bocas mil, que muerte
vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
el puente fuerza, sus guerreros guia
sobre erizados riscos que aquel dia
oyeron de hombres la primer pisada,
i al español sorprende, ataca, postra?
¿O citaré la célebre jornada
en que miró a Cedeño el anchuroso
Caura, i a sus bizarros compañeros,
llevados los caballos de la rienda,
fiados a la boca los aceros,
su honda corriente atravesar a nado,

i de las contrapuestas baterías
hacer huir al español pasmado?
Como en aquel jardin que han adornado
naturaleza i arte a competencia,
con vago revolar la abeja activa
la mas sutil i delicada esencia
de las mas olorosas flores liba;
la demas turba deja, aunque de galas
brillante, i de süave aroma llena,
i torna, fatigadas ya la alas
de la dulce tarea, a la colmena;
así el que osare con tan rico asunto
medir las fuerzas, dudará qué nombre
cante primero, qué virtud, qué hazaña;
i a quien la lira en él i la voz pruebe,
solo dado será dejar vencida
de tanto empeño alguna parte breve.

¿Pues qué, si a los que vivos todavía
la patria goza (i plegue a Dios que el dia
en que los llore viuda, tarde sea)
no se arredrare de elevar la idea?
¿Si audaz cantare al que la helada cima
superó de los Andes, i de Chile
despedazó los hierros, i de Lima?
. . . .
¿O al que de Cartajena el gran baluarte
hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿O al que en funciones mil pavor i espanto
puso, con su marcial lejion llanera,
al español; i a Marte lo pusiera?
¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto
su frente adorna, ántes de tiempo cana,
que en Cúcuta domó, i en San Mateo,
i en el Araure la soberbia hispana;
a quien los campos que el Arauca riega
nombre darán, que para siempre dure,
i los que el Cauca, i los que el ancho Apure;
que en Gámeza triunfó, i en Carabobo,
i en Boyacá, donde un imperio entero

fué arrebatado al despotismo ibero?
Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar compete:
a injenio mas feliz, mas docta pluma,
su grata patria encargo tal comete:
pues como aquel saman[1] que siglos cuenta,
de las vecinas jentes venerado,
que vió en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
i vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
i culta historia al tiempo mas lejano.

1 Especie ajigantada del jénero *Mimosa*, comun en Venezuela.—*(El autor.)*

EL HIMNO DE COLOMBIA

CANCION MILITAR

DEDICADA A S. E. EL PRESIDENTE LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

I

Otra vez con cadenas i muerte
amenaza el tirano español;
colombianos, volad a las armas,
repeled, repeled la opresion.
Suene ya la trompeta guerrera,
i responda tronando el cañon;
de la patria seguid la divisa,
que os señala el camino de honor.

CORO

Suena ya la trompeta guerrera,
i responde tronando el cañon;
ya la patria arboló su divisa,
que nos muestra el camino de honor.

II

¿Qué patriota de nobles ideas
apetece la torpe inaccion?

¿Quién aprecia el reposo entre grillos?
Ciudadanos, morir es mejor.
Libertad, haz que dulce resuene
de Colombia a los hijos tu voz;
que jamas uno solo se afrente
prefiriendo la vida al honor.

CORO

Libertad, ¡oh cuán dulce resuena
de Colombia a los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
prefiriendo la vida al honor.

III

De la patria es la luz que miramos,
de la patria la vida es un don;
verterémos por ella la sangre,
por un bárbaro déspota nó.
Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varon;
defender a un tirano es oprobio;
perecer por la patria es honor.

CORO

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varon;
defender a un tirano es oprobio;
perecer por la patria es honor.

IV

Defended este suelo sagrado,
que crecer vuestra infancia miró;
en que yacen cenizas heroicas,
en que reina una libre nacion.

Recordad tantas prendas queridas,
de la esposa el abrazo de amor,
de los hijos el beso inocente,
de los padres la herencia de honor.

CORO

Defendamos la patria querida,
que nos guarda las prendas de amor;
defendamos los caros hogares;
conservemos la herencia de honor.

V

Recordad los patriotas ilustres
que cobarde crueldad inmoló;
¿no escuchais que apellidan venganza?...
Embestid a esa turba feroz.
Recordad del Araure los campos,
que el valor colombiano ilustró;
a Junin, Boyacá i Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

CORO

Recordemos de Araure los campos,
que el valor colombiano ilustró;
a Junin, Boyacá i Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

VI

¿Veis llegar las lejiones venales
que conduce a la lid la ambicion?
Contra pechos de libres patriotas,
impotente será su furor.
Atacad: una fe mercenaria
poco da que temer al valor.
Por victoria hallarán escarmiento,
por botin llevarán deshonor.

CORO

Avanzad, oh lejiones venales,
que conduce a la lid la ambicion;
por victoria hallareis escarmiento,
por botin llevareis deshonor.

LA AGRICULTURA

DE LA ZONA TÓRRIDA

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, i cuanto sér se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; i bebe en ellas
aromas mil el viento;
i greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú, en urnas de coral, cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmin viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
i de tu añil la tinta jenerosa
émula es de la lumbre del zafiro.

El vino es tuyo, que la herida agave[1]
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; i la hoja es tuya,
que, cuando de süave
humo en espiras vagarosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tu vistes de jazmines
el arbusto sabeo,[2]
i el perfume le das, que, en los festines,
la fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma[3]
su vario feudo cría,
i el ananas sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;[4]
sus rubias pomas la patata educa;
i el algodon despliega al aura leve
las rosas de oro i el vellon de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha[5]
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos i franjadas flores;
i para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
i para ti el banano[6]

---

1 Maguei o pita *(Agave americana L.)* que da el pulque.—*(El autor.)*

2 El café es orijinario de Arabia, i el mas estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yémen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoi está Moka.—*(El autor.)*

3 Ninguna familia de vejetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.—*(El autor.)*

4 No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande i merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manihot* de Linneo, conocida ya jeneralmente en castellano bajo el nombre de *yuca)* con la *yucca* de los botánicos.—*(El autor.)*

5 Este nombre se da en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias*, jénero abundantísimo en especies, todas bellas, i algunas de suavísimos frutos.—*(El autor.)*

6 El banano es el vejetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, i de que sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, i casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es

desmaya al peso de su dulce carga:
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las jentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo:
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo:
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava:
crece veloz, i cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
i como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz ruido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
léjos del necio i vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusion funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra i pingüe i varia,
al cuidado abandonan
i a la fe mercenaria
las patrias heredades,
i en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambicion proterva
sopla la llama de civiles bandos,

que el bananal no solo da, a proporcion del terreno que ocupa, mas cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vejetales alimenticios, éste es el que pide ménos trabajo i ménos cuidado.—*(El autor.)*

o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
i combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amador fácil oído
da la consorte: crece
en la materna escuela
de la disipacion i el galanteo
la tierna vírjen, i al delito espuela
es ántes el ejemplo que el deseo.
¿I será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan i sustentan los estados?
¿De la algazara del festin beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, i esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa lei rejir el freno;
brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
o animoso hará frente al jenio altivo
del engreído mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, i se unje, i se atavía
con femenil esmero,
i en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?

No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz i de la guerra;
ántes fió las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol i encalleció el arado;
i bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
habeis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros i atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo i del honor ruidoso,
la grei de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos:
el campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amais la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
i de la moda, universal señora,
va la razon al triunfal carro atada,
i a la fortuna la insensata plebe,
i el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amais? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
¿Buscais durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
i a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, i siempre, ¡ah! siempre

donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
i el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
i el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud i al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
i el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí ménos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O ménos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
i afeites impostores no se cura?
¿O el corazon escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,
i a la intencion ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el jesto;
ni falta allí carmin al rostro honesto
que la modestia i la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperareis que forme
mas venturosos lazos himeneo,
do el interes barata,
tirano del deseo,
ajena mano i fe por nombre o plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
i eleccion libre, i mutuo ardor los ata?

Allí tambien deberes

hai que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra: el fértil suelo,
áspero ahora i bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, i le tribute esclavo.
Del obstruído estanque i del molino,
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,
consuma el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana i la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare;[1]
aquí el verjel, allá la huerta ría....
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las jentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca: oigo las voces,
siento el rumor confuso: el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; jime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga:
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, i rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, i otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente....

1 El cacao *(Theobroma cacao L.)* suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*.—*(El autor.)*

¿Qué miro? Alto torrente
de sonorosa llama
corre, i sobre las áridas ruïnas
de la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
i el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya, de lo que ántes era
verdor hermoso i fresca lozanía,
solo difuntos troncos,
solo cenizas quedan: monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de la tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
i a los rollizos tallos hurta el dia:
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza:
a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
i allá a lo léjos el opimo fruto,
i la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, i con la falda en cinta,
i bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced i a compasion te mueva
la jente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
i tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastacion i militar insulto,
aun mas que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,

halle a tus ojos gracia: no el risueño
porvenir que las penas le alijera,
cual de dorado sueño
vision falaz, desvanecido llore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrion; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
I pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
erguiese al cielo el hombre americano,
bendecida de ti se arraigue i medre
su libertad; en el mas hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
i el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre i los estados;
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa i Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz ante la lumbre de tu frente,
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana jente),
el ánjel nos envía,

el ánjel de la paz, que al crudo ibero
haga olvidar la antigua tiranía,
i acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar le haga al injuriado hermano,
(¡ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
i si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazon lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late,
i codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldon estime solo i vituperio
el prez que de la patria no reciba,
la libertad mas dulce que el imperio,
i mas hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea:
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
i sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entónces, Patria mia,
verá la paz el suspirado dia;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma serenidad i regocijo:
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
i no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzais sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, i su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,

i freno la ambicion, i la lei templo.
Las jentes a la senda
de la inmortalidad, ardua i fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; i nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
«hijos son estos, hijos
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima:
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, i en Junin, i en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al leon de España.»

LA LUZ

TRADUCCION DE UN FRAGMENTO DEL POEMA DE DELILLE, TITULADO
Los Tres Reinos de la Naturaleza.

La ciudad por el campo dejé un dia;
i recorriendo vagaroso el bello
distrito que a la vista se me ofrece,
el prado cruzo, i la montaña trepo.
Llevé por la espesura de la selva
de mi libre vagar el rumbo incierto;
del arroyuelo el tortüoso jiro,
seguí; pasé el torrente; oí el estruendo
de la cascada; contemplé la tierra;
i osé curioso interrogar al cielo.
El sol se puso; i envolvió la noche
la creacion; mas por su triple imperio,
discurre aun la mente vagarosa.
Descendió de los astros el silencio,
derramando en mi sér sabrosa calma;
i de mil formas peregrinas veo
el májico prestijio todavía,
i aun no da tregua a la memoria el sueño.
Parecióme mirar al Jenio augusto
de la naturaleza, entre severo
i apacible el semblante, en luminosa
ropa velados los divinos miembros.

De sus siete matices, Iris bella
bordóle el manto. Urania el rubio pelo
le coronó de estrellas. Doce signos
el cinto le divisan. Arma el fuego
de Júpiter su diestra; i su mirada
meteoros de luz esparce al viento.
Bajo sus huellas, brota el campo rosas.
Abrense a su mandado mil veneros
de cristalinas ondas. Las fragantes
alas Favonio ajita; o silba el Euro,
acaudillando procelosas nubes.
Se inflama el aire; i ronco estalla el trueno.
Puéblase el ancho suelo de vivientes,
i el hondo mar. En derredor, el tiempo
con mano infatigable alza, derriba,
cria, destruye. Sus despojos yertos
la tumba reanima; i da la Parca
eterna juventud al universo.
Cuanto le miro mas, mayor parece.
—Mirad! me dice al fin. Si hasta aquí tierno
las formas esteriores que este globo
muestra a tu vista, a tu pincel someto,
a empresa superior, la fantasía
levanta ya. Sus íntimos cimientos
cala, i de su escondida arquitectura
revela a los humanos los misterios:
los primitivos elementos canta,
su mutua lid, sus treguas i concierto;
mide con huella audaz la escala inmensa
que sube desde el polvo hasta el Eterno;
haz que en sus vetas el metal se cuaje;
desarrolla la flor; somete al carro
del hombre el bruto; eleva a Dios el hombre.
Yo a tu pintura infundiré mi aliento;
i durará cuanto yo dure.—Dijo;
i a obedecerle voi; mas léjos, léjos
de mí, sistemas vanos, parto espurio
de la razon, que demasiado tiempo
pusísteis en cadenas afrentosas,
de sí mismo olvidado, el pensamiento.

Sobre apoyos aéreos erijido,
obra de presuntuosa fantasía
que desprecia el exámen, un sistema
hasta los cielos la cabeza empina;
i de los hombres usurpando el culto,
reina siglos talvez; mas no bien brilla
la clara luz de un hecho inesperado,
la hueca mole en humo se disipa.
Los vórtices pasaron de Cartesio.
Pasaron las esferas cristalinas
de Ptolomeo; i con flamantes alas,
en torno al sol la grave tierra jira.
De sus frájiles basas derrocados,
así tambien vendrán abajo un dia
tantos sueños famosos, como aquella
estatua del monarca de la Asiria,
que, de oro, plata i bronce fabricada,
se sustentaba en flacos piés de arcilla;
i desprendida de una cumbre, apénas
el tosco barro hirió menuda guija,
se estremece el coloso, i desplomado
cubre en torno la tierra de ruïnas.
Sigamos, pues, de la esperiencia sola
el seguro fanal. Ella me dicta.
Yo escribo. A sus oráculos atento,
celebro ya la luz. A la luz rinda
su homenaje primero el canto mio,
a la sutil esencia preregrina
que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;
que el verde tallo de la planta anima;
su pureza vital conserva al aire;
llena el espacio inmenso en que caminan
los mundos; i en su rápida carrera,
a la mirada del Eterno imita,
a cuya voz rasgó su primer rayo
el hondo seno de la noche antigua:
fuente de la beldad, pincel del mundo,
de la naturaleza espejo i vida.

A la celeste bóveda, mi vuelo

dirije tú, Delambre, que combinas
gusto i saber, i la elegancia amable
con el severo cálculo maridas.
I pues Newton de su potente mano
a la tuya pasó, no ménos digna,
las riendas de los orbes luminosos,
tiende a tu admirador la diestra amiga.
Subir me da sobre tu carro alado,
i la hueste de esferas infinitas
que en raudo curso surcan golfos de oro,
o equilibradas penden de sí mismas,
veré contigo, i su dïurna vuelta,
i su anuo jiro, i de qué lei rejidas,
ora se buscan con amante ansia,
ora el consorcio apetecido esquivan.
No te conduce allá la gloria solo
de interpretar ocultas maravillas,
ni en la rejion te engolfas de la duda
en que sistemas con sistemas lidian;
mas del Gran Sér la soberana idea
i el parto eterno esploras que armoniza
ese de luz imperio portentoso,
donde al órden comun todo conspira;
donde el cometa mismo, que, la roja
melena desgreñando, pone grima,
guarda en su vasta fuga el señalado
rumbo, i el patrio hogar jamas olvida.
Pura es allí de la verdad la fuente,
cuyo ideal modelo te cautiva;
mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes
do el ánjel de la luz con ojos mira
de piedad este cieno que habitamos,
do te ofrece un abismo cada línea,
cada astro, un punto, i cada punto, un mundo,
no es posible, Delambre, que te siga
en pos de objetos, que a Virjilio mismo
dieron pavor, no vuelo ya. Campiñas,
i prados, i boscajes me enamoran.
Ellos, como al mantuano, me convidan.
A gozar voi su asilo venturoso;

i miéntras tú con alas atrevidas
corres tu reino etéreo, i pides cuenta
de su prestado resplandor a Cintia,
o del soberbio carro del Tonante
contemplas la lumbrosa comitiva,
te veré yo, desde mi fuente amada,
en los astros dejar tu fama escrita;
i ménos animoso, a cantar solo
la bella luz acordaré mi lira.

A cada sér su colorida ropa
viste la luz. Si toda le penetra,
oscuro luto; si refleja toda,
pura le cubre i cándida librea.
Rompe tambien a veces i divide
su trama de oro en separadas hebras;
i reflejada en parte, en parte al seno
osando descender de la materia,
visos le da i matices diferentes.
Mas otras veces rápida atraviesa
el interior tejido; i lo mas duro,
variamente doblada, trasparenta.
Ora a la superficie en que resurte,
con ángulos iguales busca i deja;
ora a diverso medio trasmitida,
segun es denso, así los rayos quiebra.

Antes que de Newton el alto injenio
de la luz los prodijios descubriera,
mostróse siempre en haces concentrada.
El descojió la espléndida madeja,
i de la majia de su prisma armado,
del íris desplegó la cinta etérea.
Mas, a las maravillas de tu prisma,
precedió, ingles profundo, la ampolluela
de jabon, con que el niño, sin saberlo,
desenvolviendo los colores, juega.
Lo que inocente pasatiempo al niño,

fué a ti leccion: así Naturaleza
fia al atento estudio sus arcanos,
o un acaso felice los revela.

De los siete colores la familia,
si toda se reune, el brillo enjendra
de la radiante luz; i si con varia
asociacion sus varios tintes mezcla,
ya del metal el esplendor produce,
ya el oro de la mies que el viento ondea,
ya los matices que a la flor adornan,
ya los celajes que la nube ostenta,
i de los campos el verdor alegre,
i el velo azul de la celeste esfera.
Su púrpura el racimo, i su vistosa
cuna de nácar le debió la perla.
I ¿quién los dones de la luz no sabe?
Triste la planta i lánguida sin ella,
niega a la flor colores, niega al fruto
dulce sabor, i a donde alcanza a verla,
allá los ojos i los tiernos ramos
descolorida tiende i macilenta.
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse
la endibia en la honda estancia prisionera?
¿Ves en la zona do a torrentes de oro
derrama el sol su luz, cuál hermosea
florida pompa el oloroso bosque?
Empapadas allí de blanda esencia,
bate las alas céfiro lascivo;
dorada pluma el avecilla peina;
abril florece sin cultura eterno;
i toda es vida i júbilo la selva;
miéntras del norte la rejion sombría
de funeral horror yace cubierta.
Pero ¿qué digo? allá en el norte helado,
es do mejor sus maravillas muestra
la bella luz. Brillantes meteoros
el largo imperio de la noche alegran;
i la atezada oscuridad en llamas
rompe de celestial magnificencia,

con quien el alba misma no compite
en el clima feliz que la despierta.
Ora la lumbre boreal el aire
cautiva tiene en tenebrosa niebla;
ora le da salida, i la derrama
en fúljidas vislumbres; ora vuela
en rayos dividida; ora se tiende
en ancha zona. Aquí relampaguea
bruñida plata; allá con el zafiro,
el amatiste i el topacio alternan;
i del rubí la ensangrentada llama
ya un alterado piélago semeja,
que, de furiosa ráfaga al embate,
montes lanza de fuego a las estrellas.
Ya estandartes tremola luminosos;
bóvedas alza; en carros de oro rueda.
Columnas finje; o risco sobre risco,
fábrica de jigantes, aglomera,
i hace el horror de la estacion sombría
de maravillas variada escena.

Creyólas la ignorancia largo tiempo
ígneas exhalaciones, que, en la densa
nieve del septentrion reverberadas,
a las naciones presajiaban guerra,
iras, tumulto; i vacilar hacian
al tirano en la frente la diadema.
Otros el polo helado imajinaron
ver envuelto en el limbo de la inmensa
atmósfera solar, cuyos reflejos
denso el aire o sutil, rechaza, alberga,
difunde en modos varios, o acumula,
i su luz tiñe, i formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura
elegantes intérpretes) que Jove
a dos bellas hermanas hizo reinas,
una del rico oriente, otra del norte.
La Boreal Aurora cierto dia
(añaden), viendo que su hermana el goce

de la divinidad obtiene sola,
i el incienso le usurpa de los hombres,
al Sol, su padre, va a quejarse; i miéntras
que de sus ojos tierno llanto corre:
—¡Oh eterno rei del dia! ¡Oh padre! esclama,
¿hasta cuándo será que me deshonren
los que hija de la tierra me apellidan,
i parto vil de fríjidos vapores?
¿Hasta cuándo querrás que oprobio tanto
infame tu linaje? El manto rompe
de púrpura que visto; i de mis galas
la inútil pompa en luto se trasforme.
Arranca de mis sienes la corona,
si por hija ¡ai de mí! me desconoces.
¡Oh cuánto es mas feliz la hermana mia!
La hospeda el cielo, i la bendice el orbe;
conságranle sus cánticos tus Musas;
i en blando coro, la saluda el bosque.
¿I a qué beldad honores tales debe?
¿Por qué la adora el mundo, i de mi nombre
se acuerda apénas? ¿Vale tanto acaso
el falso lustre de caducas flores
que a un leve soplo el ábrego deshoja?
Siempre descoloridos arreboles
la ven nacer; i de abalorios vanos,
las trenzas orna que a tu luz descoje.
Mas yo, de oro, i de púrpura i diamantes
recamo el cielo. Yo, a la parda noche,
hago dejar sus lúgubres capuces,
i alas de luz vestir. Por mí, depone
su sobrecejo la arrugada bruma.
Por mí, Naturaleza, en medio el torpe
letargo del invierno, abre los ojos,
i tu brillante imperio reconoce.
Mi hermana, dicen, a servirte atenta,
madruga cada dia, i tus veloces
caballos unce, i a la tierra el velo
de la tiniebla fúnebre descorre.
Sí, sábelo el Olimpo, que, dejando
la cama de Triton, va con el jóven

Céfalo a solazarse, i no se cura
de que a la tarda luz el mundo invoque.
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mia
única en tu cariño i tus favores?
¿Por qué, si hija soi tuya, no me es dado
beber contigo el néctar de los dioses?—
—Cese tu duelo, cese, ¡oh sangre mia!
tus lágrimas enjuga (el Sol responde).
Yo vengaré tu largo vituperio.
Un mortal he elejido que pregone
la alteza de tu cuna, i a su cargo
con noble empeño tu defensa tome.
El diga tu linaje; i las estrellas,
cual hija de su rei, de hoi mas te adoren.—
Dice. Ella parte. El rei del cielo un rayo
de su frente inmortal desprende entónces
(de aquellos con que a espíritus felices
de estro divino inflama, i lleva a donde
los haces de tus obras confidentes,
Naturaleza, i tus arcanos oyen).
El nombre en él grabó de su hija amada,
i la estirpe, i las gracias; i lanzóle
al ilustre Mairan. El dardo vuela;
hiérele; i ya inspirado, los blasones
de la hiperbórea diosa canta el sabio.
La Aurora de los climas de Boótes,
como la del oriente, es ensalzada,
i adoradores tiene, imperio i corte.

Así cantaron las divinas Musas.
Otros la vasta atmósfera suponen
de eléctricos principios ajitada,
que en intestina lid hierven discordes;
i el cielo hinchiendo de tumulto i guerra,
alzan sobre el atónito horizonte
lúcidos meteoros; mas, en medio
de encontradas hipótesis, esconde
su lumbre la verdad; i el juicio ignora
donde la planta mal segura apoye.

CARTA

ESCRITA DE LONDRES A PARIS POR UN AMERICANO A OTRO

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
que del dulce solaz destituïdo
de tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese Paris tan divertido,
i todas sus famosas fruslerías,
que a soledad me tienen reducido!

¡Mal rayo abrase, amen, sus Tullerías,
i mala peste en sus teatros haga
sonar, en vez de amores, letanías!

I, cual suele el palacio de una maga,
a la virtud de superior conjuro,
toda esa pompa en humo se deshaga.

I tú, al abrir los ojos, no en oscuro
aposento, entre sábanas fragantes,
te encuentres, blando alumno de Epicuro;

Sino, cual paladin de los que errantes
de yermo en yermo, abandonando el nido
patrio, iban a cazar jigantes.

Te halles al raso, a tu sabor tendido,
rodeado de cardos i de jaras,
cantándote una rana a cada oído.

I suspirando entónces por las caras
ondas del Guáyas (Guayaquil un dia,
ántes que al héroe de Junin cantaras),

Digas:—¡Oh! venturosa patria mia,
¿quién me trajo a vivir do todo es hecho
de antojos, de embeleco i de falsía?

A Lóndres de esta vez, me voi derecho,
donde, aunque no me aguarda el beso amante
de mi Virjinia, ni el paterno techo,

Me aguarda una alma fiel, veraz, constante,
que al verme sentirá mas alegría,
de la que me descubra en el semblante.

Con él esperaré que llegue el dia
de dar la vuelta a mi nativo suelo,
i a los abrazos de la esposa mia;

I miéntras tanto bien me otorga el cielo,
¡oh Musas! oh amistad! a mis pesares
en vuestros goces hallaré consuelo.

Ven, ven, ¡ingrato Olmedo! Así los mares
favorables te allanen su ancha espalda,
cuando a tu bella patria retornares;

I cuanta fresca rosa la esmeralda
matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja a tu guirnalda;

I a recibirte salgan los queridos
amigos con cantares de alegría,
por cien bocas i ciento repetidos!

Ven, i de nuestra dulce poesía
al apacible i delicioso culto,
vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
de la batalla i la sangrienta gloria,
a la llorosa humanidad insulto;

Otro encomiende a la tenaz memoria
de antiguos i modernos la doctrina,
de absurdos i verdades pepitoria;

Miéntras otro que ciego se imajina
en sólidos objetos ocupado,
i tambien a su modo desatina,

Intereses calcule desvelado,
i por telas del Támesis o el Indo,
cambie el metal de nuestro suelo amado.

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
trasplantes a los climas de occidente,
do crece el ananas i el tamarindo;

Do en nieves rebozada alza la frente
el jayan de los Andes, i la via
abre ya a nuevos hados nueva jente.

¡Feliz, oh Musa, al que miraste pia
cuando a la nueva luz recien nacido
los tiernezuelos párpados abria!

No llega nunca al pecho embebecido
en la vision de la ideal belleza
de insensatas contiendas el ruido.

El Niño Amor la lira le adereza;
i díctanle cantares inocentes
virtud, humanidad, naturaleza.

Huye el vano bullicio de esa jente
desventurada, a quien la paz irrita;
i se aduerme al susurro de la fuente;

O por mejor decir, un mundo habita
suyo, donde mas bello suelo i rico
la edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva o pico,
i vive mansa jente en leda holgura,
vistiendo aun el pastoral pellico;

Ni halló jamas cabida la perjura
fe, la codicia o la ambicion tirana,
que nacida al imperio se figura;

Ni a la plebe deslumbra, insulsa i vana,
de la estranjera seda el atavío,
con que talvez el crímen se engalana;

Ni se obedece intruso poderío,
que, ora promulga leyes, i ora anula,
siendo la lei suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interes simula,
que hoi a la libertad himnos entona,
i mañana al poder, sumiso, adula;

Ni victorioso capitan pregona
lides que por la patria ha sustentado,
i en galardon le pide la corona.

¡Oh! cuánto de este mundo afortunado
el fango inmundo en que yacemos dista,
para destierro a la virtud criado!

Huyamos dél, huyamos do a la vista
no ponga horror i asombro tanta escena
que al bien nacido corazon contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
sus furias la ambicion, i al cuello exento
forjando está otra vez servil cadena?

¿No jimes de mirar cuál lleva el viento
tantos ardientes votos, sangre tanta,
cuatro lustros de horror i asolamiento,

Campos de destruccion que al orbe espanta,
miseria i luto i orfandad llorosa,
que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente, que la hermosa
fábrica ve del íris, que a la esfera
sube, esmaltado de jacinto i rosa,

I en su demanda va por la pradera,
i cuando cree llegar, i a la encantada
aparicion poner la mano espera,

Huye el prestijio aéreo, i la burlada
vista le busca por el aire puro,
i su error reconoce avergonzada;

Así yo a nuestra patria me figuro
que, en pos del bien que imajinó, se lanza,
i cuando cree que aquel feliz futuro

De paz i gloria i libertad alcanza,
la ilusion se deshace en un momento,
i ve que es un delirio su esperanza;

Finjido bien que ansioso el pensamiento
pensaba asir, i aéreo espectro apaña,
luz a los ojos i a las manos viento.

Huyamos, pues, a do las auras baña
de alma serenidad lumbre dichosa,
que, si ella engaña, dulcemente engaña;

I este triste velar por la sabrosa
ilusion permutemos, que se sueña
en los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; i sobre la ardua peña
donde el sagrado alcázar se sublima,
podrán dejar mis piés alguna seña;

Mas ¡ai! en vano mi flaqueza anima
tu vuelo audaz, que, al fatigado aliento,
pone pavor la levantada cima.

Sigue con jeneroso atrevimiento
a do te aguarda, en medio el alto coro
de las alegres Musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
concepto se suspende, i la armonía
de las acordes nueve liras de oro.

. . . .
. . . .
. . . .

LOS JARDINES

TRADUCCION DE UN FRAGMENTO DEL POEMA DE DELILLE QUE TIENE ESTE TÍTULO

Ya de la primavera el blando aliento
a rejuvenecer el mundo torna,
trayendo alegre música a la selva,
flores al campo, i a Favonio aromas.
¿A qué nuevo cantar templo la lira?
¡Ah! cuando el largo luto se despoja
la tierra; cuando el valle i la montaña,
el prado humilde i la floresta hojosa,
todo de amor i de esperanza rie,
mi voz tambien tu imperio reconozca,
¡jenial abril! Cante otro las batallas,
i abra al valor los fastos de la gloria;
pinte el fulmíneo carro de Mavorte,
o ensangriente sus manos con la copa
del fratricida Atreo; los jardines
prefiero yo, las dádivas de Flora.
Yo diré cómo el arte gracias nuevas
da al césped, a la flor, la áspera roca,
el parlero cristal; i en la animada
tabla del suelo luces mezcla i sombras;
sabe sitio elejir, i perspectiva;

uno el designio i varia hace la forma;
llama al hábil cincel, llama a la noble
arquitectura; i con sus bellas obras,
decora la mansion del hombre, i hace
a la naturaleza mas hermosa.

Tú que con el vigor juntas la gracia,
cuando el verso didáctico sazonas,
¡Musa! si de Lucrecio en los acentos,
de las lecciones áridas la tosca
austeridad puliste; si su ilustre
rival, merced a ti, supo al idioma
del cielo hacer la esteva i el cayado
digna materia; ven, i un tema adorna
ménos severo, i que a Virjilio mismo
pudo tentar;[1] mas no la vana pompa
busquemos de prestados ornamentos:
ven, i teje a mi frente con mis propias
flores guirnalda, i cual temprano rayo
que el horizonte de celajes dora,
alguna parte alcanzará a mi estilo
de los colores que a mi asunto sobran.

Vió del arte inocente que celebro,
el antiguo universo la primera
infancia; i desde el tiempo que al colono
el duro suelo avasalló la reja,
fué a la recreacion dada una parte
feliz de su dominio, estancia amena
de plantas escojidas, que halagaban
los ojos i el olfato a competencia.
En rústicos verjeles, se complace
el simple lujo de Feacia;[2] eleva
al aire Babilonia sus pensiles;
i cuando Roma al orbe dió cadenas,

1 Alusion a los versos 116 i siguientes del libro 4 de *Las Jeórjicas*.—(*El autor.*)

2 Isla en que reinaba Alcinoo, cuyos jardines describe Homero en la *Odisea*, libro 7.—(*El autor.*)

en parques que cautivas adornaban
las maravillas de las artes griegas,
iban los orgullosos vencedores
a deponer el rayo de la guerra.
El saber habitaba los jardines
un dia; i entre verdes alamedas,
pudo con sobrecejo ménos grave
comunicarse a la pulida Aténas.
El venturoso Eden i el Eliseo,
que el cielo dió por cuna a la inocencia,
i a la virtud por premio, ¿eran acaso
jaspeados palacios? Bosques eran,
lozanos bosques, i risueñas fuentes,
i alegres prados de mullida yerba,
do inaccesible el hombre a los cuidados
en paz vivia i bienandanza eterna.

Tú que a Natura pides que en el campo
simple se muestre, a par que amable i bella,
no a gran precio le insultes, que el injenio
te manda prodigar, no la riqueza.
Elegante un jardin, mas que ostentoso,
un ancho cuadro a nuestra vista ofrezca.
Sé pintor: la campiña i sus matices,
la luz del sol, las sombras de la selva,
el jiro de los cielos que varía
de las horas i meses la librea,
de las colinas el ropaje verde,
la alfombra del abril en la pradera,
musgosas rocas, i árboles copados,
i fujitivas aguas, tal la tela,
tales son tus pinceles, tus colores.
Naturaleza es tuya, i a tu experta
mano, para que formas nuevas críes,
todas las formas da de la materia.

Mas ántes de plantar, ántes que toque
el corvo arado el seno de la tierra,
a la naturaleza observa, estudia,
por modelo la toma, i por maestra.

¿No ves aparecer vagando acaso
por apartado sitio inculta escena
que te hace el paso suspender, i el alma
en blandas fantasías embelesa?
Copie el pincel, si puede, sus aspectos;
a hermosear el campo, el campo enseña.

Tambien los sitios notarás, que el gusto
intelijente ornó, i en lo escojido,
escojerás de nuevo. Ya la noble
pompa de Chantillí, que favorito
albergue fué a cien héroes, te convida;
Bel-Œil, que a lo campestre une lo rico;
Navarra, en que la sombra se complace
del grande Enrique, i Tívoli florido,
cuyas amables formas a la Francia
hicieron divisar de un nuevo estilo
el modelo primero, como suele
tímido recatando el botoncillo
su delicado seno todavía,
dar de la alegre primavera aviso.
Chanteloup, que te ufanas del destierro
de tu señor; Montreuil, cuyo recinto
las Gracias solazándose trazaron;
Auteuil, Rincy, Limours, ¡qué de atractivos
a la vista ofreceis! ¡Cuán dulcemente
me pierdo en vuestros verdes laberintos!

De aguas rico i de prados i de selvas,
ostenta el aleman nuevos prodijios.
¿Quién a Rhinberg ignora, en que reposo
halla el valor, las artes domicilio;
Rhinberg, que se retrata en los cristales
de un lago inmenso? ¿A quién no es conocido
Postdam, que, ya en la paz, i ya en la guerra,
dominó de la Europa los destinos,
mansion de la victoria; Bellavista,
por do las ondas corren sin ruido
del rio que, a la juncia de sus trenzas,
supo enlazar el ramo de Gradivo;

Casel, de sus cascadas orgulloso,
de sus llanos Gosow? Jamas han visto
campiñas, montes, valles, aguas, bosques,
tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman,
donde te muestra bajo mil aspectos
la señora del mundo su ruina,
i entre despedazados monumentos,
engañada la vista, se figura,
en lugar de un jardin, ver un museo.
Piramidales árboles alternan
con mármoles, palacios, bronces, templos,
sepulcros, urnas, en que errar parece
de Roma antigua el imperial espectro.

De su Aranjuez ufana está la Iberia,
i del lujo real de San Lorenzo.
¿I quién no ama tu fresca lozanía,
fastuoso Prado? No el mezquino juego
ostentas tú de contrahechas fuentes
que solaz a la vista pasajero
muestran, i brevemente fatigadas
triste dejan la selva, i mudo el eco;
mas sin cesar las aguas resonando,
vivifican tus parques altaneros,
i en bóvedas, en arcos, en columnas,
lanzándose animosas, dan al viento
frescura eterna, i de las patrias cumbres
igualan el nivel: sitio soberbio,
en que un Borbon la Francia reprodujo,
i emuló la grandeza de su abuelo.

El bátavo a su vez, hijo del arte,
en vistosos jardines mudó el cieno
de su anegada patria; mas produce
hastío allí a la vista el nimio esmero
en peregrinas flores: i esparcidos
boscajes dan insípido ornamento
a uniformes llanuras, en que el rudo

ceño de las montañas echo ménos.
Empero tus canales, la abundancia
de tus orillas, los movibles léjos
en que el ganado anima la dehesa,
la barca el agua, i el molino el viento;
tus cabañas, Batavia, tus cortijos,
tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta
verdura de los pinos, vencedora
de los hielos polares, casi solos
el largo invierno al moscovita adornan.
¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves
el erizado polo en vano acopia:
el fuego vence al aire, i da Vulcano
en templos de cristal hospicio a Flora.

Fantásticas bellezas ama el chino,
contrastes pintorescos ambiciona:
de porcelana sus paredes cubre;
matices vivos, peregrinas formas
complácese en juntar; pero las gracias
de lo sencillo i natural ignora.

¿Diré de los jardines otomanos
el voluptuoso lujo, en que se gozan
las hijas del Oriente? Allí prodigan
las rosas el amor i los aromas;
en mármoles i jaspes bulle el agua,
i toldos de jazmines le hacen sombra;
el céfiro suspira entre azahares,
i pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, a tus orillas vuelo,
a quien Bacon, a quien los dulces cantos
de Milton i de Pope el no sabido
arte de los jardines enseñaron.
Cayeron a su voz los terraplenes
de viejos parques: del nivel esclavos,
no fueron ya mas tiempo los jardines;

que, como al pueblo, hiciste libre al campo;
i con la libertad, un nuevo estilo
apareció en tus bosques i en tus prados.
¡Qué leda muchedumbre de verjeles,
de hermosas vistas, de hechiceros cuadros,
en su camino tortüoso mira
aquel altivo rio, que, en mil naos
acarreando sin cesar a Lóndres
el tributo del mundo, al oceano
leyes parece dar, rei del comercio,
i por urna tener la de los hados!

Park-Place, ¿a quién no agradan tus boscajes,
mas que el vano esplendor de los palacios?
¡I los tuyos, Leasow, dulce morada
de Shénston, que aun respiras los encantos
de amor i de las Musas! Lo elegante
de tus rurales gracias, Hayley, ¡cuánto
enamora la vista! Bówton, Foxley,
que sois, a vuestros dueños imitando,
amigos i diversos, el buen gusto
de sí mismo hizo alarde al dibujaros.
Ni a ti tampoco olvidarán mis versos,
Chiswick, que unidos gozan los milagros
de la naturaleza, i de las artes;
en quien no sé si mas deleita el blando
verdor de la floresta, o si la noble
arquitectura que trazó Paladio,
o los vivientes lienzos, que a tu sala
dió el flamenco pincel i el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:
tambien peligros hai que cauto evites;
no de servil imitacion llevado,
al suelo quieras dar lo que resiste;
obsérvale ántes bien; consulta al jenio
que mora en él, i adoracion le rinde.
No impunemente violará sus leyes
el que sin gusto mezcle, alce, derribe;
que, por desatender osado artista

lo que el local rehusa i lo que pide
fantástico parece en las del Sena
lo que es bello en las márjenes del Tibre.
Descubre perspicaz, i diestro adopta
lo que el terreno de su grado admite.
El arte entónces, miéntras copia, inventa:
es la naturaleza, i la corrije.
Así Berghem, así creó el Pusino:
sus diseños estudia i sus matices;
i lo que debe al campo la pintura,
vuélvalo agradecida a los jardines.

Contempla, pues, el vario aspecto i varia
índole de la tierra, ya sublime,
ya entre rudos contrastes caprichosa,
ya con modestas gracias bella i simple.
Hubo un tiempo funesto, en que tirano
violentó el arte al suelo, i el declive
que en blandas lomas recreó la vista,
cambiar osó por esplanadas tristes.
Hoi no ménos despótico presume
montes crear i valles do no existen.
Ambos estremos huye. En ancho llano,
hacer reír la montañuela humilde
que a pintoresca aspira, i de alta sierra
combatir la aspereza, ¿de qué sirve?

¿Quieres lugar propicio a tus trabajos?
No anivelado campo solicites,
no fragosa montaña, mas la leve
desigualdad que sin orgullo ríe,
do sin rudeza se levanta el suelo,
sin uniformidad es apacible.
¿Andas? El horizonte ande contigo:
ora se alce la tierra, ora se humille;
aquí se estreche, i mas allá se extienda;
i a cada paso, un nuevo aspecto admires.

Oscuro agrimensor, en el retiro
del gabinete, helados trozos forme,

i jardines jeométricos describa;
tú al sitio mismo ve. Valles i montes,
sombras i léjos al papel traslada:
obstáculos prevé, medios escoje:
de la dificultad nace el milagro,
i da belleza el arte a lo disforme.
¿Cuál tan áspero suelo i tan esquivo
su divino poder no reconoce?
¿Desnudo está? Frondosos bosques cubran
su desnudez. ¿Tupido acaso? Dome
la inútil pompa de la tierra el hacha.
¿Húmedo? En vasto lago se trasforme,
o en limpio estanque las impuras ondas,
o el campo bulliciosas alborocen.
¿Arido en fin? Explora, tienta, excava,
no desesperes: ya el cristal que esconden
secretas venas, va a brotar. Al modo
que, cuando a largo afan mi injenio pobre
se rinde exhausto, i la difícil rima
fatiga en balde ingratos pormenores,
brilla un feliz concepto de improviso,
i numeroso el verso i fácil corre.

Nuevos cuidados restan, arte nuevo,
empeño superior. Poco es que logres
embelesar los ojos: habla al alma.
¿Los misteriosos vínculos conoces
entre lo inanimado i lo sensible?
¿Percibes de las aguas, de las flores,
de los boscajes la elocuencia oculta?
¿La muda voz de los desiertos oyes?
Repite sus acentos. En tus obras,
lo bello hechice, i lo sublime asombre:
pasa de lo risueño a lo severo:
muéstrate fuerte i dulce, simple i noble,
triste i alegre; i variado el tono,
al variar del gusto se acomode.
Haz que vaya el pintor a su paleta
bajo tus mirtos a buscar colores:
allí, de sacra inspiracion turbado

cante el poeta, el sabio filosofe:
i en sus dulces memorias, el dichoso,
i en su llorar, el infeliz se goce.

. . . .
. . . .

CANCION

A LA DISOLUCION DE COLOMBIA

Deja, Discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colon a servidumbre
redimió vencedor; i allá vomita,
aborrecida furia, tu veneno,
i esa tu tea, a cuya triste lumbre
el tierno pecho maternal palpita,
allá tan solo ajita,
donde jamas fué oído
de libertad el nombre,
i donde el cuello dobla, encallecido
bajo indigna cadena, el hombre al hombre.

El que la lei ató sagrado nudo
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica lid desde los llanos
que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, ¿romperán celos
indignos de patriotas i de hermanos?
¿De labios colombianos
saldrá la voz impía:
Colombia fué? ¿I el santo
título abjuraremos que alegría
al nuevo mundo dió, i a Iberia espanto?

¡Ah! no será, ni en corazones cabe
que enamoró la gloria, tanta mengua;
o si pudo el valor desatentado
culpa, un momento, consentir tan grave,
honor lo contradijo, i de la lengua
volvió la voz al pecho horrorizado;
que no en vano regado
con la sangre habrá sido
de víctimas sin cuento
el altar do, en mil votos repetido,
se oyó de union eterna el juramento.

¿Qué acento pudo a la postrada España
mas alegre sonar? Miradla el luto
mudar gozosa en púrpura fuljente.
Ya en su delirio, la vision apaña
del cetro antiguo, i el servil tributo
demanda con usura al Occidente.
Brilla en la cana frente
el orgullo altanero,
cual súbito revive,
cuando iba el rayo a despedir postrero,
la tibia luz que pábulo recibe.

«¿Es este el pueblo desdeñoso, esquivo
(con irrision dirá) que oprobio estima
mis leyes, i mi nombre vituperio?
No de tener el corazon altivo
de sus padres blasone: no le anima
alma capaz de libertad e imperio.
En largo cautiverio,
dejeneraron: falta
para llevar a cabo
una empresa tan alta
jenerosa virtud al que fué esclavo.

«¿Veislos violar el pacto, fementidos,
jurado apénas? ¿Veislos ya la espada
contra sí revolver? El ebrio sueño
desvanecióse: en breve, en breve uncidos

pedirán ser a la coyunda usada,
i de la voz se acordarán del dueño.»
—¡Ciego error! ¡vano empeño!
Si dejada el torrente
su natural costumbre,
arrastrare sus ondas a la fuente,
querrá volver el libre a servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros! ¿dejareis que infame
la causa que os unió, maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No haï tirano
que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Vengóse ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvidó del oceano
el pabellon hispano?...
¿Qué digo? A vuestra vista,
las barras i leones
en arreo desplega de conquista,
i guia a nueva lid nuevas lejiones.

Sí, que, de Cuba en la vecina playa,
(merced a los furores parricidas
que en comun daño alimentais, i afrenta)
os amenaza Iberia, os atalaya,
i de combates mil las esparcidas
reliquias apellida, i junta, i cuenta.
De allí la seña ostenta
a la traicion aleve,
que callada vijila
entre vosotros, i las tramas mueve
de oculto fraude, i ya el puñal afila.

I en míseras contiendas distraídos
¿la pública salud teneis en nada?
¿Quereis que, de humo i polvo en nube densa,
el bronce tronador dé a los oídos
súbito aviso de enemiga entrada,
para acudir a la comun defensa?
¡Cuán otro el que así piensa
de los que libertaron

de los incas la cuna,
i al carro de Colombia encadenaron
en distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál congoja i duelo
a la Patria sumís, que la union santa
con voz llorosa invoca i suplicante.
La dulce Patria, en que la luz del cielo
visteis primera, i do la débil planta
estampó el primer paso vacilante;
la que os sustenta, amante
i liberal nodriza;
la que en su seno encierra
de tanto ilustre mártir la ceniza,
¿teatro hareis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
do el valor frenesí, do la lid crímen,
i aun el vencer ignominioso fuera!
¡Ah, nó! volved en vos; i aquel que un dia
amor de patria, aquellas os animen
con que humillasteis la arrogancia ibera,
virtud sublime, austera,
i ardiente sed de fama,
i fe de limpio brillo;
una es la senda a que la Patria os llama,
uno el intento sea, uno el caudillo.

DIALOGO

TIRSI

Quisiera amarte, pero....

CLORI

¿Pero qué?

TIRSI

¿Quieres que te lo diga?

CLORI

¿Por qué nó?

TIRSI

¿I si te enojas?

CLORI

No me enojaré.

TIRSI

Pues bien, te lo diré...

CLORI

Acaba, dimeló.

TIRSI

Quisiera amarte, Clori, pero sé...

CLORI

¿Qué sabes, Tirsi?

TIRSI

Que a otro enamorado
el domingo pasado
juraste eterna fe.

CLORI

No importa; a ti tambien la juraré.

EL VINO I EL AMOR

—Hijo alado
de Dione,
no me riñas,
no te enojes,
si te digo
que los goces
no me tientan
de esos pobres
que mantienes
en prisiones.

Hechiceros,
¿quién lo niega?
son los ojos
de Filena;
pero mira
cómo el néctar
delicioso
de Madera
en la copa
centellea.

Tú prometes
bienandanza;
mas, ¿lo cumples?
¡Buena alhaja!

De los necios
que sonsacas,
unos llevan
calabazas;
otros viven
de esperanzas;
cuál se queja
de inconstancia;
cuál en celos
¡ai! se abrasa.
Baco alegre,
tú no engañas.

Hace el vino
maravillas;
esperanzas
vivifica;
da al cobarde
valentía;
a los rudos,
¡cómo inspira!
Aunque gruña
la avaricia,
tú le rompes
la alcancía.
I otra cosa,
que a tu lima
no hai secretos
que resistan.

Los amantes
infelices
por las selvas
i jardines
andan siempre
de escondite;
cabizbajos
lloran, jimen;
mas, ¡cuán otro
quien te sirve!

dios amable
de las vides.
Compañeros
apercibe
que en su gozo
participen.
Cantan, beben,
bullen, ríen.—

—Mas, Filena,
¿no te mueve?—
—Niño alado,
vete, vete.—
—Sus miradas
inocentes,
sus amables
esquiveces....—
—¿No te marchas,
alcahuete?...—
—Sus mejillas,
que parecen
frescas rosas
entre nieves....—
—Cupidillo,
no me tientes.—

—Sola ahora
por la calle
se pasea
de los sauces,
i las sombras
de la tarde
van cundiendo
por el valle.
I la sigue
cierto amante
que maquina
desbancarte.

—¿Tirsi acaso?—

—Tú lo has dicho.—
—Oye, aguarda,
ya te sigo.
Compañeros,
me retiro.
Vuelo a verte,
dueño mio.



LA BURLA DEL AMOR

No dudes, hermosa Elvira,
que eres mi bien, mi tesoro,
que te idolatro i adoro;
... porque es la pura mentira.

¡Ah! lo que estoi padeciendo
no puede ser ponderado,
pues de puro enamorado,
paso las noches... durmiendo.

I si tu mirar me avisa
que te ofende mi ternura,
tanto mi dolor me apura
que me echo a morir de... risa.

AL DIEZ I OCHO DE SETIEMBRE *

EN 1830

Celebra, ¡oh patria! el venturoso dia
en que tus fueros vindicar osaste,
i el yugo que oprimia
tu cuello, destrozaste,
i el canto de los libres entonaste.

A tu voz, cual incendio que violento
cunde por vasta selva i se derrama,
así, en alas del viento,
de libertad la llama
voló del Biobio al Atacama.

Atravesó la ajigantada cima
de tus montañas el alegre canto;
corrió de clima en clima;
i entre furor i espanto,
rasgó Iberia indignada el rejio manto.

«Volarán, dice, a la remota arena
de las playas del Sur mis campeones;
jemirás en cadena;
verás a mis lejiones
arbolar los castillos i leones.»

* Este es el dia en que, el año de 1810, empezó la revolucion de la independencia de Chile.

¡Vano error! Cuando el rápido torrente
que arrastra al mar su propia pesadumbre,
en busca de la fuente
retroceda a la cumbre,
volverá el que fué libre a servidumbre.

Cumplió la patria el jeneroso voto
en Maipú, en Chacabuco; por su mano
fué el férreo cetro roto;
i del mar araucano,
huyó vencido el pabellon hispano.

¡Oh dia de ventura! ¡Oh fausto dia!
tú de la gloria abriste la carrera.
Cantares de alegría
hasta la edad postrera,
Chile te entonará, la tierra entera.

¡Oh! vuelva veces mil tu luz hermosa
a ver a Chile libre; i en su frente,
la palma victoriosa
que corona al valiente
mires reverdecer eternamente;

I halles siempre feliz, bajo el amparo
de la justicia i de la lei severa,
el suelo de Lautaro,
i la discordia fiera
en sempiternos hierros prisionera.

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA *

I

Santa casa de oracion,
templo de la Compañía,
que a plegaria i a sermon
llamas de noche i de dia
la devota poblacion:

¿Qué esplendor, qué luz es esta
que sobre ti se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
es devastadora llama;
es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
el que por los aires corre:
ayes son esos que envía
envuelta en humo su torre:
son jemidos de agonía.[1]

Jamas con furor tan ciego,
prendió escondida centella:
vióse breve lumbre; i luego

---

* Un incendio consumió, en la noche del 31 de mayo de 1841, el antiguo templo de los jesuitas en Santiago de Chile.

1 El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada.—(*El autor.*)

a grande altura descuella
una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja,
que aglomera nube a nube
de humareda parda i roja,
i ya hasta los cielos sube,
i encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
descuidada presa hambriento,
tal, encrespado se eriza,
tal ruje el fiero elemento,
que te reduce a ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
a socorrerte anhelante,
rápido el incendio cunde,
i hasta el cerro mas distante
terrífica luz difunde;

I en cuanto la vista abraza,
tiñen medrosos reflejos
toda calle i toda plaza,
i aun contemplados de léjos
espanto son i amenaza.

Una vision jigantea
que negras alas ajita,
en lo alto revolotea:
soplando, el incendio irrita;
i sacude humosa tea.

¿Será aquel ánjel, al pozo
de perdicion derrocado,
a quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado,
vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema

de fuego, lluvia desciende
ardiente, que alumbra i quema
la vasta nave, i se extiende
con voracidad extrema.

¡Vírjen! si compadecida
te halló siempre el ruego humano,
detén la fiera avenida:
tiende el manto soberano
sobre tu mansion querida;

Sobre tu bella morada,
donde con ardientes votos
has sido siempre invocada;
donde mil labios devotos
te llamaron abogada.

I tú, ¿puedes tolerar
que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcánjel titular?[1]
¿Se cebarán en tu imájen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor:
la destruccion es completa:
arde todo en derredor:
aun a su Dios no respeta
el fuego consumidor.

II

I a ti tambien te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
a la ciudad, hora a hora.

1 La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcánjel.—*(El autor.)*

Diste las nueve, i prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a espirar tu vida:
¡fué aquella tu voz postrera,
tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatídico acento,
¿quién imajinó perderte,
i que en las alas del viento
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decias:
«¡Adios, patria! El cielo ordena
que no mas las notas mias
desenvuelvan la cadena
de tus horas i tus dias.

«Mil i mil formas miré
nacer al aura del mundo,
i florecer a mi pié,
i descender al profundo
abismo de lo que fué.

«Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

«I te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
i oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño.

«Vi sobre el pendon hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos i flores;
i al esclavo el ciudadano.

«¡Santiago, adios! Ya no mas
el aviso dilijente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das.

«¡Adios! Llegó mi hora aciaga,
como llegará la tuya.
No hai cosa que no deshaga
el tiempo, i no la destruya:
aun a los imperios traga.»

III

El ánjel que guarda i vela
a nuestra patria naciente,
ya que el incendio encarcela,
mustio, la mano en la frente,
al empíreo coro vuela.

Saciése en el templo santo
el fuego; cesó el bullicio;
duerme la ciudad; i en tanto
en torno al trunco edificio,
reina silencioso espanto.

Realza una opaca i fea
lumbre el horror i el asombro;
frio norte el humo ondea;
algun denegrido escombro
acá i allá centellea.

Entre la vasta ruina,
talvez despierta i se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
i todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece;
i solamente la luna,

cuando entre nubes parece,
sobre el arco i la coluna
luminosa resplandece.

I con pasmado estupor,
reciben nave i capilla
este tan nuevo esplendor,
lámpara sola que brilla
ante el Arca del Señor.

I ya, si no es el graznido
de infelice ave nocturna
que busca en vano su nido,
o del aura taciturna
algun lánguido jemido,

O las alertas vecinas,
o anunciadora campana
de las preces matutinas,
o la llùvia que profana
las venerables ruīnas,

I bate la alta muralla,
i los sacros pavimentos,
triste campo de batalla
de encontrados elementos;
todo duerme, todo calla.

IV

Cuando, a vista de un estrago,
dolorido el pecho vibra,
¿hai un sentimiento vago
que nos alienta, una fibra
que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
que, cuando rompe i cancela
la fortuna un peregrino

monumento, nos revela
mas elevado destino?

¿O con no usada enerjía,
despierta en tu seno el alma
i bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea
lo que entónces la trasporta:
absorbida en una idea,
los terrenos lazos corta,
i libremente vaguea.

I no es un descolorido
bosquejo lo que elabora,
que, al pensamiento embebido,
el *ántes* se vuelve *ahora*,
i la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
toman colores reales,
i quebrantan las prisiones
de las arcas sepulcrales
difuntas jeneraciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
el silencio secular
de ese asilo de la muerte?

En sus lechos, se incorporan
las heladas osamentas;
de los nichos en que moran
bajan sombras macilentas:
negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro

la procesion, que la grada
monta del hondo retiro,
i en dos filas ordenada,
hace en torno un lento jiro.

Va a su cabeza un anciano[1]
(una blanca mitra deja
asomar su pelo cano).
Cantan, i el canto semeja
sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, i despues
desmayados ecos jimen:
la luna pasa al traves
de sus cuerpos; i no imprimen
huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,
ni es lustre de ojos humanos,
el de aquel mirar profundo:
sendas hachas en sus manos
dan un brillo moribundo.

I cuando atender se quiere
a lo que en el aire zumba,
i en tristes cadencias muere,
se oye el cantar de la tumba,
el lúgubre *Miserere*.

«El brazo airado detén,
muestra benigno el semblante,
¡Sumo Autor de todo bien!
para que otra vez levante
sus muros Jerusalen.[2]

---

1 El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.—(*El autor.*)

2 Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri, Jerusalem. (Psalm. 50, v. 19.)—(*El autor.*)

V

Pero ya rayó la aurora,
i a su luz, cada vez mas
la vision se descolora,
i al fin, como un leve gas,
por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera,
sube el primer sol de junio,
i apresura (cual si huyera
de ver tamaño infortunio)
entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecía
fábrica eterna, ¿quién pudo
adivinar que hoi sería
tostados leños, desnudo
paredon, ceniza fria?

Entre el pavor i el respeto,
contempla el vulgo curioso
(¡horrible i mísero objeto!)
de lo que fué templo hermoso
el mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;
no arde el incienso süave;
polvo inmundo afea el ara....
mas ¿por qué en lo ménos grave
el pensamiento se para?

El tabernáculo santo....
tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalen! rasga el manto;
por tu pálida mejilla
hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
el Señor; i dió al olvido
la fiesta de la semana;
i su tienda ha demolido,
i desechó su peana.[1]

Callan, ¡ai! eternamente
la iglesia, la torre, el coro:
calló el rezo penitente;
calló el repique sonoro;
calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado:
duelo cubre i confusion
al sagrario desolado;
i la hija de Sïon
es un cadáver tiznado.

1 Non est recordatus scabelli pedum suorum, etc. (Jerem., *Thren.*, II, 1, 2, 3, 6.)—*(El autor.)*

AL DIEZ I OCHO DE SETIEMBRE

EN 1841

I

Diez i ocho de Setiembre, hermosa fiesta
de Chile, alegre dia,
que nos viste lanzar el grave yugo
de antigua tiranía,

Cánticos te celebren de victoria,
que blanda el aura lleve
desde la verde playa hasta las cumbres
coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta
viven, i solo suena
la voz del viento, que silbando empuja
vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan
islas mil, de la dura
humana lei exentas, paraísos
de virjinal verdura,

El *Diez i ocho* se cante *de Setiembre;*
i en la choza pajiza,
en el taller, en la estucada sala
que la seda tapiza,

A su loor alborozados himnos
canora fama siembre,
i bulliciosos ecos le respondan:
Diez i ocho de Setiembre.

II

Cual águila caudal, no bien la pluma
juvenil ha vestido,
sufre impaciente la prision estrecha
de su materno nido,

I dócil al instinto vagaroso
que a elevarse atrevida
sobre la tierra, i a explorar los reinos
etéreos la convida,

Las inexpertas alas mueve inquieta,
i enderezada al cielo
la vista, al fin sè lanza, i ya por golfos
de luz remonta el vuelo;

Así el pecho sentiste, patria mia,
latir con denodados
brios de libertad, i te arrojaste
a mas brillantes hados;

Así el dia inmortal, de que hoi tus hijos
bendicen la memoria,
intrépida te vió, sublime, altiva,
campos buscar de gloria.

III

«No mas, dijiste, un jeneroso pueblo
dormite en ocio muelle:
ser libre jure; i con su sangre el voto,
si es necesario, selle.

«Bramarán los tiranos; guerra i luto
decretarán traeros,
i convertir en servidumbre eterna
los recobrados fueros.

«Pero ¿cuándo en las lides la victoria
no ha coronado al fuerte,
que a la ignominia de servil cadena
antepuso la muerte?

«Que si al tirano alguna vez sonríe
la fortuna indecisa,
múdase presto en afrentoso escarnio
la halagüeña sonrisa;

«I semejante al pueblo poderoso
que sojuzgó la tierra,
perdió la libertad muchas batallas,
pero ninguna guerra.»

Dijiste, i el sagrado juramento
en simultáneo grito
sonó, i en los chilenos corazones
fué para siempre escrito.

IV

¡Dia feliz! Cuando asomó la aurora
sobre la ajigantada
cabeza de los Andes, i la diuca[1]
te cantó la alborada,

Dime, ¿qué nuevas hojas en el libro
que de pueblos i jentes
contiene en caracteres inefables,
destinos diferentes,

1 *Fringilla Diuca*. Ave pequeña de color turquí, segun el abate Molina: «su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo alrededor de las casas.....»—*(El autor.)*

Qué nuevas hojas desvolvió la mano
eterna? ¿Qué guardadas
eras del porvenir chileno, abrieron
sus pájinas doradas?

¿Qué nobles hechos de alentado arrojo,
o de valor sereno,
de patrio amor i de virtud constante,
llevabas en tu seno?

Los innatos derechos proclamados,
del hombre; la española
corona hollada, i concedido el cetro
a la lei santa sola;

De dos pueblos nacientes, en el brío
i en la esperanza grandes,
al choque impetüoso quebrantada
la valla de los Andes;

Los campales trofeos, que decoran
allá el monte, acá el llano,
i los que, hendido de chilenas quillas,
vió absorto el oceano,

I los que, cuando nada en Chile resta
que no ceda i sucumba,
dos veces vindicaron de los Incas
la profanada tumba:

Tales ejemplos de valor tu seno
fecundo contenia,
¡*Diez i ocho de Setiembre*, memorable
i bienhadado dia!

Como la colosal futura palma
tierno jérmen oculta,
que será de los campos ornamento
cuando descuelle adulta,

I contrastar sabrá de procelosos
huracanes la guerra,
i dará fruto sazonado, i sombra
tutelar a la tierra.

V

Crece así tú ¡querida patria! crece,
i tu cabeza altiva
levanta, ornada de laurel guerrero,
i fructüosa oliva.

I florezca a tu sombra la fe santa
de tus padres; i eterna
la libertad prospere; i se afiance
la dulce paz fraterna;

I en tu salud i bienestar i gloria,
con la mente i la mano,
trabajen a porfía el rico, el pobre,
el jóven, el anciano;

El que con el arado te alimenta,
o tus leyes explana,
o en el sendero de las ciencias guia
tu juventud lozana;

O con las armas en la lid sangrienta
defiende tus hogares,
o al infinito Sér devoto incienso
ofrece en tus altares.

VI

Pero del rumbo en que te engolfas mira
los aleves bajíos
que infaman los despojos miserables
¡ai! de tantos navíos.

Aquella que de léjos verde orilla.
a la vista parece,
es edificio aéreo de celajes,
que un soplo desvanece.

Oye el bramido de alterados vientos
i de la mar, que un blanco
monte levanta de rizada espuma
sobre el oculto banco;

I de las naves, las amigas naves,
que soltaron a una
contigo al viento las flamantes velas,
contempla la fortuna.

¿Las ves, arrebatadas de las olas,
al caso extremo i triste
apercibirse ya?.... Tú misma, cerca
de zozobrar te viste.

VII

A tus consejos, a tu pueblo, sabia
moderacion presida;
i a la insidiosa furia, cuyo aliento
emponzoña la vida,

Que de la libertad bajo el augusto
velo esconde su fea
lívida forma, i el puñal sangriento,
i la prendida tea,

No confundas, incauta, con la vírjen
hermosa, pudibunda,
a quien el íris viste, a quien la frente
fúljida luz circunda,

Nodriza del injenio i de las artes,
de la justicia hermana,

que fecunda i alegra i ennoblece
la sociedad humana.

Así florecerás, patria querida:
tus timbres venideros
así responderán a los ensayos
de tu virtud primeros.

I, del héroe a quien dió del Santa undoso
la enrojecida orilla
eterno lauro, el héroe que hoi ensalzas
a la suprema silla,

Pasando el grave cargo, en gloriosa
serie, de mano en mano,
madre serás de jentes que tu suelo,
ántes fecundo en vano,

Densas habitarán, libres, felices;
i con mas alegría,
cantarán cada nuevo aniversario
de este solemne dia.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA PINTO DE BÚLNES

A plantar mis versos van
en este bello jardin
una flor; no es tulipan,
no es diamela, es un jazmin:
el jazmin del Tucuman;

El que su tapiz ameno
tendió a Enriqueta en su cuna,
i vino de aromas lleno,
imájen de su fortuna,
al suelo feliz chileno.

Me encanta, flor peregrina,
esa tu actitud modesta;
el que te ve se imajina
ver una jóven honesta,
que el rostro a la tierra inclina.

Bella flor, i ¿a qué pincel
debiste tu nieve hermosa?
A tu lado, en el verjel,
vulgar parece la rosa,
i presumido el clavel.

Esa nitída blancura
con que la vista recreas,
sin duda te dió natura
para que símbolo seas
de una alma inocente i pura;

De una alma en cuyo recinto
no ardió peligrosa llama,
i que, por nativo instinto,
solo nobles hechos ama,
cual la de Enriqueta Pinto...

Mas, Enriqueta, tú quieres
la verdad en un ropaje
mas natural, i prefieres
sus acentos al lenguaje
de que gustan las mujeres.

Te enfadan alegorías;
desprecias vanas ficciones;
niña aun, te divertias
en instructivas lecciones,
no en frívolas poesías.

Dejemos los oropeles
a labios engañadores
de almibarados donceles:
otras niñas buscan flores;
a ti te agradan laureles.

Oye, pues, querida mia,
la voz injenua i sincera,
que en fe de su amor te envía
una alma que considera
suya propia tu alegría.

¡Con qué júbilo afectuoso
contemplo esa union felice,
nudo santo i amoroso,
que tantos bienes predice
a la esposa i al esposo!

¡Quiera fecundarla el cielo
con renuevos que den gloria
i grandeza al patrio suelo,
i le acuerden la memoria
o del padre, o del abuelo!

I cual corre fuente pura
entre lirios i azahares,
así corra la ventura,
siempre exenta de pesares,
de tu existencia futura.

O si la dicha terrena
tasa el Autor soberano
de la vida; si él ordena
que des al destino humano
tu contribucion de pena,

Hija, esposa i madre, amor
en ti consuelos derrame,
i te vuelva la interior
serenidad, i embalsame
las heridas del dolor.

I perdona, niña, a un viejo,
que, como triste graznido
de buho, en nupcial festejo,
te hace oir el desabrido
duro acento del consejo.

Vanidad i afectacion
jamas tu candor empañen,
i en toda voz, toda accion,
como suelen, te acompañen
cordura i moderacion;

Que en la fortuna mas alta
es el mérito modesto
oro que a la seda esmalta;
i en un envidiado puesto,
con mas esplendor resalta.

LAS FANTASMAS

IMITACION DE VÍCTOR HUGO

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares i jazmines;

Que, huyendo de valle en valle,
sus ondas la fuente apure;
i que el relámpago estalle,
i un solo momento dure;
i el vendaval que perdonó a la zarza
la fresca pompa del almendro esparza.

El jiro fatal no cesa:
la aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso:
unos apénas gustan, i ya salen:
pocos hai que en el postre se regalen.

II

¡Murieron, murieron mil!
la rosada i la morena;
la de la forma jentil;
la de la voz de sirena;
la que ufana brilló; la que otro ornato
no usó jamas que el virjinal recato.

Una, apoyada la frente
en la macilenta palma,
mira al suelo tristemente;
i al fin, rompe al cuerpo el alma,
como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra, en un nombre querido,
con loca fiebre delira;
otra acaba, cual jemido
lânguido de eolia lira,
que el viento pulsa; o plácida fallece,
cual sonrïendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apénas,
i ya cadáveres frios!....
palomas, de mimos llenas,
i de hechiceros desvíos:
primavera del mundo, apetecida
gala de amor, encanto de la vida.

¿I nada dejó la huesa?
¿ni una voz? ¿ni una mirada?
¿Tanta llama, hecha pavesa?

¿i tanta flor, deshojada?
¡Adios! huyamos a la amiga sombra
de anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan
bajo mi pié vagaroso....
Fantasmas se me dibujan
entre el ramaje frondoso:
a incierta luz siguiendo voi su huella,
i de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
i mi sombra despertó?
Como ellas, ¿estoi yo muerto?
¿O ellas vivas, como yo?
Yo la mano les doi entre las ralas
calles del bosque, ellas a mí sus alas;

I a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda....
A do, meciendo funérea
colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
i en baja voz, me dicen: ¡ven!... i danzan.

Vanse luego paso a paso
por la selva, i de repente
desparecen.... Yo repaso
la vision acá en mi mente,
i lo que entre los hombres ver solia,
reproduce otra vez la fantasía.

III

¡Una entre todas!.... tan clara
la bella efijie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita
con inocentes suspiros;
ojos, que el júbilo ajita,
azules como zafiros;
i la celeste diáfana aureola
que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto cupo:
no supo jamas de amor,
aunque inspirarlo sí supo.
I si cuantos la ven, la llaman bella,
nadie al oido se lo dice a ella.

El baile fué su pasion,
i costóle caro asaz:
deslumbradora ilusion,
que pasatiempo i solaz
a todo pecho juvenil ofrece;
pero el de Lola embriaga i enloquece.

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
nube de cándida gasa,
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza, i se estremece.

La circular se le envía,
que para el baile la empeña;
i si piensa en él de dia,
en él a la noche sueña:
vuélanle en derredor regocijadas
visiones de danzantes, silfos i hadas;

I la cercan plumas, blondas,
canastillas i bandejas,
mué de caprichosas ondas,
crespon, de que las abejas
pudieran hacerse alas, cintas, flores,
tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega.... los elegantes
le hacen rueda; luce el rico
bordado; en los albos guantes,
se abre i cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
i sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ájil salta, o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
crencha del pelo dorado,
brillan, como dos astros en la ceja
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
juego, donaire, alegría,
inocencia.... En una oscura,
solitaria galería,
yo, que los grupos móviles miraba,
a Lola pensativo contemplaba....

Pensativo.... caviloso....
i triste no sé si diga:
en el baile bullicioso,
el loco placer hostiga:
enturbia el tedio la delicia, i rueda
impuro polvo en túnicas de seda.

Lola, en la festiva tropa,
va, viene, revuelve, jira:
valse! cuadrilla! galopa!
no descansa, no respira;
seguir no es dado el fujitivo vuelo
del lindo pió, que apénas toca el suelo.

Flautas, violines, violones;
alegre canto, reflejos

de arañas i de blandones,
de lámparas i de espejos;
flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
grato rumor de voces i de pasos,

Todo la exalta; la sala
multiplica los sentidos.
No sabe el pié si resbala
sobre cristales pulidos,
o sobre nube rápida se empine,
o en ajitadas olas remoline.

V

¡De dia ya!.... ¿Cuándo tarda
la hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
por la capa de satin;
i bajo la delgada mantellina,
cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
Risas, placeres, ¡adios!
¡Adios, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
al baile, ardor febril que la desvela,
dolor que punza, i respirar que anhela;

I a la fresca tez rosada,
la cárdena sigue luego;
i la pupila empañada
a la pupila de fuego.
Murió.... ¡la alegre! ¡la jentil! ¡la pura!
¡la amada!... el baile abrió su sepultura.

Murió.... la muerte la arranca
del abrazo maternal—
último abrazo!—i la blanca
vestidura funeral

le pone, en vez del traje de la fiesta,
i es en un ataud donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
guarda la escojida flor,
que prendida llevó al seno;
i aun conserva su color:
cojióla en el jardin su mano hermosa,
i se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡qué distante
de adivinar su fortuna,
cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
i con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?.... Su amor, su Lola,
cebo del gusano inmundo,
amarilla, muda, sola,
en un retrete profundo
duerme; i si en clara noche del hibierno,
interrumpe la luna el sueño eterno,

I a solemnizar la queda
los difuntos se levantan,
i en la apartada arboleda
fúnebres endechas cantan;
en vez de madre, un descarnado i triste
espectro al tocador de Lola asiste.

«Hora es, dice, date prisa;
i abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa,
pasa los dedos nudosos
de la descomunal mano de hielo
sobre las ondas del dorado pelo;

I luego la besa ufano;
i de mustia adormidera,

la enguirnalda; i de la mano,
la conduce a do la espera,
saltando entre las tumbas, coro aerio,
a la pálida luz del cementerio,

I tras un alto laurel
la luna su faz recata,
sirviéndole de dosel
nubes con franjas de plata,
que el íris de la noche en torno ciñe,
i de colores opalinos tiñe.

VI

¡Niñas! no el placer os tiente
que víctima tanta inmola:
mas tened, tened presente
a la malograda Lola:
la compañera hermosa, amable, honesta,
arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
gracia, beldad, lozanía,
i de todas estas flores
una guirnalda tejia;
i cuando en matizarla se divierte,
a esta dulce labor da fin la muerte.

A OLIMPIO*

IMITACION DE VÍCTOR HUGO

I

¿Recuerdas, Olimpio, aquella
única amistad constante,
que no copió en su semblante
las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
que en la miseria ha dejado
a tu corazon llagado
por último bien el cielo?

Testigo de los azares
de la encarnizada lidia
en que te postró la envidia,
que hoi te abruma de pesares,

* *Olimpio* es un patriota eminente denigrado por la calumnia, i que se consuela de la desgracia en las meditaciones de una filosofía induljente i magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Víctor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas, no han faltado *Olimpios.—(El autor.)*

Así te dijo:—i en tanto,
una luz serena i clara
desarrugaba tu cara,
mojando la suya el llanto:

II

«¿Eres tú aquel cuya gloria
ensalzaron nobles plumas,
i miraban de reojo
mil envidias taciturnas?

«Acatábante en silencio
las jentes: la infancia ruda
a escucharte se paraba,
como la vejez caduca.

«Eras meteoro ardiente
que, en una noche profunda,
se lleva tras sí los ojos,
cuando por el cielo cruza.

«I ahora, arrancada palma,
doblas tu cabeza mustia:
no te da apoyo la tierra,
no das al aire verdura.

«¡Cuántas frentes a la sombra
acostumbraba la tuya!
I ahora, ¡qué de sonrisas
irónicas te saludan!

«Ajado está el bello lustre
de tu blanca vestidura;
los que galan te adoraron,
andrajoso, te hacen burla.

«La detraccion en tu vida
clavó sus garras impuras;

es texto a malignas glosas
tu reputacion difunta;

«I como helado cadáver,
desfigurada, insepulta,
sabandijas asquerosas
por todas partes la surcan.

«Revelada por la llama
que a tu memoria circunda,
tu existencia es un terrero
que cuantos pasan insultan;

«I cien silbadoras flechas
vienen a herirla una a una,
que, en tu corazon inerme,
hondas encarnan la punta.

«I con festivos aplausos,
cuenta el vulgo las agudas
heridas, i los dolores,
i las ansias moribundas;

«Como suelen bandoleros,
al ver la presa segura,
contar monedas i joyas
que reciente sangre enturbia.

«El alma, que de lo recto
era un tiempo norma augusta,
es ya como la taberna
que por la noche relumbra;

«A cuya reja se apiñan
curiosos, por si se escucha
el canto de locas órjias,
o de las riñas la bulla.

«Cortaron tus esperanzas,
flor de que nadie se cura,

manos crüeles, i al suelo
las dan en trizas menudas.

«Nadie te llora; tu suerte
ningun corazon enluta;
tu nombre es un epitafio
de desmoronada tumba;

«I el que con dolor finjido
alguna vez lo pronuncia,
es como el que muestra escombros
de arruinada arquitectura,

«Que un tiempo adornaron jaspes,
i sustentaron columnas,
i ya malezas la cubren,
i vientos i aguas la injurian.

III

«Mas ¿qué digo? En la miseria,
mas elevado i sublime
te muestras a quien la altura
de tus pensamientos mide.

«Tu existencia, combatiendo
a los contrapuestos diques,
suena como el oceáno
que asalta los arrecifes.

«Los que observaron de cerca
la lucha, vuelven i dicen
que, inclinándose a la márjen,
vieron tremenda Caríbdis;

«Mas puede ser que la vista,
calando ese abismo horrible,
la perla de la inocencia
en lo mas hondo divise.

«Turba los ojos la niebla
de que pareces vestirte;
mas sobre ella un claro cielo
serenas lumbres despide.

«¿Qué importa al cabo que el mundo
contra tu entereza lidie,
alzando nubes de polvo,
que cualquier soplo dirije?

«Para juzgar, ¿qué derecho,
qué título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
para los ojos mas linces?

«¿La certidumbre?... ¡Insensatos,
que imajinais tierra firme
la que celajes vistosos
en vuestro discurso finjen!

«Así puede asirla el juicio
del hombre, como es posible
a la mano asir el agua
sin que presta se deslice.

«Moja apénas, i al instante
huye; i al pecho que jime,
i al ardiente labio, nada
deja que la sed mitigue.

«¿Es dia? ¿Es noche? Los ojos
nada absoluto distinguen:
toda raíz lleva frutos;
i todo fruto raíces.

«Apariencias nos fascinan,
ya sombras densas contristen
la vista, o ya luminosos
colores la regocijen.

«Un objeto mismo a visos
diferentes llora i ríe:
por un lado, terso lustre;
por el otro, oscuro tizne.

«La nube en que el marinero
ve rota nave irse a pique,
para el colono es un campo
que doradas mieses rinde.

«¿Quién habrá que los misterios
del pecho humano escudriñe?
¿Quién, que las trasformaciones
varias de una alma adivine?

Larva informe surca el lodo;
i talvez mañana, libre
mariposa, alas de seda
despliegue, i aromas libe.

IV

«Pero tú penas; i ¿cómo
pudo ser que no penaras,
oh víctima sin ventura
de persecucion villana?

«¿Tú, a quien la calumnia muerde
lo mas sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
sus flechas enherboladas?

«Herido leon, huiste
a la selva solitaria;
i allí memorias acerbas
te hacen mas honda la llaga.

«A ellas entregado vives;
i ¡cuántas veces, ai, te halla

la noche en la actitud misma
en que te halló la mañana!

«¡Dichoso, cuando a la sombra
en que tu pecho dencansa,
la sombra, de los que piensan
favorecida morada;

«Desde el alba hasta el ocaso,
desde el ocaso hasta el alba,
contemplando las facciones
del valle i de la montaña;

«Atento al tapiz musgoso
que las rocas engalana,
al sosiego de los campos,
o al tumulto de las aguas;

«A la lozana verdura
de yerbas jamas holladas,
o a la nieve que los montes
empinados amortaja;

«A la bostezante gruta
de tenebrosa garganta,
i de verde cabellera,
con florecida guirnalda;

«O a la mar, do las antorchas
del mundo su curso acaban,
que, como un pecho viviente
respirando, sube i baja;

«O siguiendo con los ojos
desde la arenosa playa,
al lijero esquife, alegre
depósito de esperanzas,

«Que las velas tiende i huye,
huye, i rompe la delgada

hebra que ata el duro pecho
del marinero a la patria;

«Sobre el risco, donde tantos
dispersos rumores vagan;
bajo la espesura umbrosa,
donde ni el silencio calla;

«A los ecos das un eco;
a las confusas palabras
de místicas armonías,
vibra tu mente inspirada;

«I concurres al inmenso
coro que todo lo abraza,
lo que remontado vuela,
i lo que humilde se arrastra:

«¡Coro de infinitas voces
que suspende i arrebata,
i en que la naturaleza
a todos los seres habla!

V

«Consuélate, que algun dia,
i no distante quizas,
el imperio de las almas
a la tuya volverá;

«I ha de verse, ante los ojos
mas obcecados, brillar
con nueva luz, de tu frente
la nativa majestad:

«Como joyel, a que el polvo
deslustró la tersa faz,
nuevamente acicalado
para fiesta nupcial.

«En vano tus enemigos,
de la sátira mordaz
contra tu pecho inocente
aguzaron el puñal;

«I divulgaron secretos
fiados a la amistad,
como quien derrama el agua
sobre el camino real.

«En vano, en vano su furia
humillada lanzarán
contra tu nombre, a manera
de enhambrecido chacal,

«Que, para saciar la rabia
de su apetito voraz,
desgarra la última carne
del hueso roído ya.

«Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar,
i de asechanzas te cercan,
nó, no prevalecerán.

«Pasarán, como vislumbres
entre espeso matorral,
que, a merced del viento, corren,
i no dejan huella atras.

«Te detestarán, sin duda,
con el rencor infernal
que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanas;

«Pero las voces de muerte,
que, como ardiente raudal,
salen de su boca impía,
leve soplo extinguirá.

«Mira entre tanto con ojos
de jenerosa piedad
a los que de un bajo instinto
arrastra el poder fatal;

«A los que, en densa ignorancia
sumidos, no ven rayar
celeste albor, que ilumine
su mísera ceguedad;

«Que llaman luz a la sombra,
i bonanza al huracan,
i andan a tientas, sin rumbo,
sin lei, sin fe, sin altar;

«Al soberbio que levanta
contra el débil el procaz
estrépito del torrente,
demolido el valladar;

«A la mujer seductora,
desamorada beldad,
a quien la sonrisa, estudio,
a quien es arte el mirar,

«I en cuyo ropaje, suelto
a los vientos, redes hai,
redes que prenden las almas
en dura cautividad;

«Al ambicioso que trepa
sobre el ambicioso, a par
de la hiedra, que a sí misma
entretejiéndose va;

«A la turba lisonjera
que rinde a cada deidad
efímera el torpe incienso
de su adoracion venal;

«I a declamadores vanos,
que hacen ruïdo, i no mas,
oráculos que atestiguan
la insensatez jeneral.

«¿Qué son contigo esos hombres
de un dia, enjambre fugaz
de insectos que vió la aurora,
i la tarde no verá?

«Ellos son viles, tú grande,
es el interes su iman,
la gloria el tuyo: la guerra
apetecen, tú la paz.

«Nada hai comun a la suya,
i a tu carrera inmortal;
ni se puede su alegría
a tu dolor igualar;

«Que es sublime i grandïoso
espectáculo el que da
la mano dispensadora
que reparte el bien i el mal,

«I alejando al jenio el cebo
de lo vano i lo falaz,
lo labra con el arado
que se llama adversidad.»

VI

¡Olimpio! un amigo fiel
entónces te hablaba así,
queriendo apartar de ti
la henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
que antes te halagó perjura,

quiso de la desventura
alijerarte la carga.

I tú, si en tono mas grave,
no de metal diferente,
como el gran rio a la fuente,
como al esquife la nave,

Le hablaste; (i cruzó veloz
una sombra tu semblante);
i un tierno afecto un instante
hizo vacilar tu voz:

VII

«¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo
pacífico i sereno,
que solo miro al mundo de las almas,
no a ese mundo terreno.

«Ni es tan perverso el hombre: la fortuna,
liberal o mezquina,
tiñe en puro licor, o en turbias heces,
la copa cristalina.

«Del estrecho teatro, que aprisiona
tu pensamiento, el mio
oye a lo léjos el rumor, i vuela
a su libre albedrío.

«Si murmura la fuente, o solitaria
bulle una verde orilla,
o viene a mis oídos el arrullo
de amante tortolilla;

«O el esquilon de las exequias llora
en la torre sublime,
o de los sauces la colgante rama
sobre las cruces jime;

«Paréceme que huello excelsa cumbre,
a do conduce el viento,
de cuanto sér criado habita el orbe
una voz de lamento.

«Allí la pequeñez a la grandeza,
el barro al oro igualo;
i exploro los arcanos del abismo,
i el firmamento escalo.

«Cuando el humo lejano se levanta
de humilde choza, pienso
que en el ara se exhala, do se quema
a Dios devoto incienso;

«I de dispersas luces por la noche
sembrada la llanura,
el infinito espacio tachonado
de soles me figura.

«Contemplo allí de léjos cuanto puebla
la tierra, el mar profundo,
i miro al hombre, misterioso mago,
atravesar el mundo.

«I como suele el pájaro a su pluma,
me entrego al pensamiento;
i entiendo qué es la vida, i lo que dice
aquel doliente acento.

«¿I quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, dime,
a quien, parcial el cielo, de la carga
universal exime?

«Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
en mi denso horizonte
conservo, cual rosada luz, que deja
la tarde en alto monte,

«La llama del honor, divina lumbre,
que, en apacible calma,
todavía ilumina lo mas alto,
lo mas puro del alma.

«Sin duda un tiempo (¿qué razon temprana
de este modo no yerra?)
sueños dorados vi, cuales el hombre
suele ver en la tierra.

«Ví alzarse mi existencia coronada
de visiones hermosas;
mas ¡qué! ¿debí juzgar que fuese eterna
la vida de las rosas?

«Las ilusiones que tocar pensaban
mis infantiles manos,
disipó la razon, como disipa
la aurora espectros vanos.

«I digo ya a la dicha lo que dice
navegante que deja
el suelo patrio, a la querida orilla
que mas i mas se aleja.

«Señala Dios a todo ser que nace
su herencia de dolores,
como, a la aurora, un amo a sus obreros
reparte las labores.

«¡Animo, pues! ¿Qué importa a un alma grande,
destello peregrino
de antorcha celestial, eso que el hombre
suele llamar destino?

«Ni elacion en la frente jenerosa,
ni aparezca desmayo,
ora brille a los ojos la serena
luz del dia, ora el rayo.

«Brame allá abajo la preñada nube
que tempestades mueve,
i su tranquilidad conserve el alma,
cual la cumbre su nieve.

«Forceja en vano el rebelado orgullo
contra la lei severa
(necesidad o expiacion se llame)
que al universo impera;

«Rueda fatal, que a todo lo criado
en movimiento eterno
jirando abruma, i de una mano sola
reconoce el gobierno.»

LOS DUENDES*

IMITACION DE VÍCTOR HUGO

I

No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
Las luces
postreras
despiden
apénas
destellos,
que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
la alcoba,
que arrean
cristales
i sedas;
al sueño
se entregan.

---

* La idea jeneral, algunos pensamientos, i el progresivo ascenso i descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del orijinal. La composicion francesa se titula *Les Djinns*.—(*El autor.*)

Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!
¡Oh vida
suspensa!
La muerte
remedas.

II

¿Qué ruïdo
sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
i en menuda
nieve caen
deshojados
azahares.
¿Es el soplo
de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra,
que, en sus bases
de granito,
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes,
que ya salen.

III

Por allá vienen:
¡qué batahola!
ora se apiñan
en densa tropa,

que hiende rápida
la parda atmósfera;
i ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
devastadora.
Si chillan éstos,
aquellos roznan.
Si trotan unos,
otros galopan.
De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabriola.
I un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
i no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?
Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
i luego reculan
con ronco murmullo,
i otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma:
así van i vienen,
i silban i zumban,
i gritan que aturden:
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retiñe;
los montes retumban.

V

A casa me recojo:
echemos el cerrojo.
¡Qué triste i amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Vírjen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ánjeles enemigos;
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
i te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo i lirio;
i haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

VI

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡i lo que silba la puerta!
Es un turbion deshecho.
De léjos oigo estallar
los árboles de la huerta,
como el pino en el hogar.
Si dura mas el tropel,
no amanecerá mañana
un cristal en la ventana,
ni una hoja en el verjel.

VII

San Anton, no soi tu devoto,
si no le pones luego coto
a este diabólico alboroto.

¡Motin semeja, o terremoto,
o hinchado torrente que ha roto
los diques, i todo lo inunda!
¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué barahunda!...
¿Qué significa, raza inmunda,
esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
i otra vez os pele i os tunda,
i en la caverna mas profunda
del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por esas. Parece que arroja
el infierno otro denso nublado,
o que el diablo al oírme se enoja;
i empujando el ejército alado,
el asalto acrecienta i aviva.
El tejado va a ser una criba;
cada envion que recibe mi choza,
yo no sé como no la destroza;
a tamaña batalla no es mucho
que retiemble, i que toda se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre...
¿Es el miedo? o ¿quién anda en la sala?
Vade retro, perverso avechucho...
¡Ai! matóme la luz con el ala...

IX

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!...
Amedrentado al corazon palpita...
i la lejion de Lucifer en tanto,
reforzando la trápala i la bulla,
a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla;
i asorda estrepitosa los oídos,
mezclando carcajadas i alaridos,
voz de ira, voz de horror, i voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas i cornetas!

¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrio de carretas!...
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
i segun es el huracan, parece
que a la casa i a mí nos lleva al vuelo...
Perdido soi... ¡Misericordia, cielo!

X

¡Ah! Por fin, en la iglesia vecina
a sonar comenzó la campana...
Al furor, a la loca jarana,
turbacion sucedió repentina.
El tañido de aquella campana
a la hueste infernal amohina,
sobrecoje, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
una luz de esperanza divina;
como el sol en la densa neblina,
de los montes rizada melena;
el tañido de aquella campana,
que tan alto i sonoro domina,
i se pierde en la selva lejana,
el tumulto en el aire serena.

XI

¡Partieron! La sonante nota
a la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, excita,
estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa:
no trota ya, sino galopa;
no galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
una sombra mas atezada
los montes i los valles vela,
i el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
que en el hogar chisporrotea;

de mil pupilas culebrea
rojiza luz intermitente,
que va señalando la ruta
de Satanas i de su jente.

XII

Cesó, cesó la zozobra.
A escape va la pandilla;
i la tierra se recobra
de la grave pesadilla
de esta visita importuna;
i la perezosa luna
sale al fin, i el campo alegra.
Allá va la sombra negra;
distante suena la grita
de la canalla maldita;
como cuando ciñe un monte
de nubes el horizonte,
i desde su oscuro seno
rezonga lejano trueno;
como cuando primavera
tus nieves ha derretido,
jigantesca cordillera,
i a lo léjos se oye el ruido
de impetüosa corriente
que arrastra una selva entera,
cubre el llano i corta el puente.

XIII

Mas a ti, ¿qué fortuna,
huerta mia, te cabe?
¿Respiras ya del grave
afan? ¿Injuria alguna
sufriste?... ¡Cuánta asoma,
entreabierta a la luna,
nueva flor! ¡Cuánto aroma
de rosas i alelies
el ambiente embalsama!

No hai una mustia rama;
no hai un doblado arbusto.
Parece que te ries
de tu pasado susto.

XIV

Sobre aquellos boldos
que a un pelado risco
guarnecen la falda,
al amortecido
rayo de la luna,
van haciendo jiros.
Enjambre parecen
de avispas, que el nido
materno abandona,
despojo de niños
traviesos, i vuela
errante i proscripto.

XV

¡Desventurados!
Del patrio albergue
tambien vosotros
jemís ausentes:
vagar proscriptos
os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!...
¡i eterno!.. ¡Pesen
mis maldiciones,
blandas i leves,
sobre vosotros,
míseros duendes!

XVI

Hacia el cerro
que distingue
lo sombrio

de su tizne
(padron negro
de hechos tristes)
vagarosas
ondas finje,
parda nube,
con matices
colorados,
como el tinte
que a la luna
da el eclipse;
i en la espira
que describe,
rastros deja
carmesíes...
¿En qué abismos,
infelice
nubecilla,
vas a hundirte?...
Ya los ojos
no la siguen;
ya es un punto;
ya no existe.

XVII

¡Qué calma
tranquila!
Tras leve
cortina
de gasa
pajiza,
la luna
dormita.
Al sueño
rendidas,
las flores
se inclinan.
El viento
no silba,

ni el aura
suspira.
Tú sola
vijilas;
tú siempre
caminas,
i al centro
gravitas,
¡oh fuente
querida!
ya turbia;
ya limpia;
ya en calles,
que lilas
i adelfas
tapizan;
ya en zarzas
i espinas.
¡Tal corre
la vida!

LA ORACION POR TODOS

IMITACION DE VÍCTOR HUGO

I

Ve a rezar, hija mia. Ya es la hora
de la conciencia i del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, i al mundo
la sombra va a colgar su pabellon.
Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; i en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreon.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar
el occidente mas i mas angosta;
i enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado,
brilla el albergue rústico; i la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúljido diamante;
i ya apénas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.

Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
i la iglesia, i la choza, i la alquería;
i a los destellos últimos del dia,
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda jime: el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
i la oveja en su trémulo balido,
i el arroyuelo en su correr fugaz.
El dia es para el mal i los afanes.
¡Hé aquí la noche plácida i serena!
El hombre, tras la cuita i la faena,
quiere descanso i oracion i paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
i los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, i los piés desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

I luego dormirán; i en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
I ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena i al clavel.

Como, para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oracion sencilla
adormece su mente virjinal.
¡Oh dulce devocion que reza i rie!
¡de natural piedad primer aviso!
¡fragancia de la flor del paraíso!
¡preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mia. I ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dió el sér, i la mitad mas bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu jóven alma,
de una llama celeste desprendida;
i haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar i te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre
lo necesito yo... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
i devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, a nadie envidia,
la vi tener en mi fortuna escasa.
Como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ¡ni lo sean
a ti jamas!... los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo, i sé su alevosía;
i talvez de mi boca oirás un dia
lo que valen las dichas que nos da.
I sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas i poder, la urna aleatoria,
i que talvez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
i cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataud.
La tentacion seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino, deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mia, a rezar por mí, i al cielo
pocas palabras dirijir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdon!»
I Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que lo vió nacer;
i la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
i la oracion en alas de paloma
a la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soi como el fatigado peregrino,
que su carga a la orilla del camino
deposita i se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso a mi existencia amarga,
i quita de mis hombros esta carga,
que me agobia de culpa i de pesar.

Ruega por mí, i alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ánjel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.

I pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada dia,
arda en sagrado fuego el alma mia,
como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
i un mismo seno exprimieron,
i un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
el favor del cielo implores:
por justos i pecadores,
Cristo en la cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
i en su dorada librea,
funda insensata altivez;
i por el mendigo humilde,
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
por que le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturno bacanal;
i por la velada vírjen
que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar i a la afliccion;

que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caido,
ni da a la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
i por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
i en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
i por su duro señor;
por la razon que leyendo
en el gran libro, vijila;
por la razon que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan i trabajan;
i de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita:
nada agota su caudal.

IV

¡Hija! reza tambien por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:

abismo en que se mezcla polvo a polvo,
i pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro i otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de anjélica aureola;
do helado duerme cuanto fué mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su sér primero,
i purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija! cuando tú duermes, te sonríes,
i cien apariciones peregrinas,
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador.
I otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre tambien sus párpados de rosa,
i da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras
qué sueño duermen!... su almohada es fria;
duro su lecho; anjélica armonía
no regocija nunca su prision.
No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hai albor temprano;
i la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
i que de luz celeste un rayo tibio
logre a su oscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
i del aire, i el agua, i la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves, que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
i del ocaso el tinte carmesí:
en las quejas del aura i de la fuente
¿no te parece que una voz retiña?
una doliente voz que dice: «Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcánjel, i florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ai! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas
árbol funesto enreda la raiz.

I yo tambien (no dista mucho el dia)
huésped seré de la morada oscura,
i el ruego invocaré de un alma pura,
que a mi largo penar consuelo dé.
I dulce entónces me será que vengas,
i para mí la eterna paz implores,
i en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; i mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro,
i haga mi helado polvo rebullir.

MOISES SALVADO DE LAS AGUAS

IMITACION DE VÍCTOR HUGO

«¡Compañeras, al baño! alumbra el dia
la cúpula lejana:
duerme en su choza el segador, i enfria
las ondas la mañana.

«Ménfis apénas bulle; hospedadora
nos da la selva abrigo:
i tendremos, amigas, a la aurora
por único testigo.

«De Faraon, mi padre, el jaspeado
palacio al mundo asombra:
a mí del bosque el pabellon, del prado
me agrada mas la alfombra.

«¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
i el mármol de colores,
a par del Nilo, i de esta verde orilla
esmaltada de flores?

«No es tan grato el incienso que consume
en el altar la llama,
como entre los aromos el perfume
que el céfiro derrama.

«Ni en el festin real me gozo tanto,
como en oir la orquesta
alada, que, esparciendo dulce canto,
anima la floresta.

«¿Veís cuál se pinta en la corriente clara
el puro azul del cielo?
El cinto desatadme, i la tīara,
i el importuno velo.

«¿Veis en aquel remanso trasparente
zabullirse la garza?
Las ropas deponed; i al blando ambiente,
el cabello se esparza.

«¡Ea! trisquemos en el fresco baño,
alzando blanca espuma...
Mas ¿qué objeto descubre tan estraño
la fujitiva bruma?

«Mirad: enfrente al sicamor sombrío,
que verdes arcos tiende
sobre la playa, un bulto por el rio
lentamente desciende.

«No temais: de una palma el tronco anciano,
que en demanda navega
de las altas Pirámides, liviano
sobre las ondas juega.

«¿O es de Hérmes por ventura el carro leve?
¿o es la concha divina
de Isis, que con suave aliento mueve
la brisa matutina?

«¿Qué digo? es tierno niño, que en lijera
barca duerme al sereno
arrullo de las olas, cual pudiera
en el materno seno.

«Arrastra el Nilo la flotante cama,
 cual nido de avecilla
que arrebatado hubiese a la retama
 de su silvestre orilla.

«¡Qué de peligros corre a un tiempo mismo!
 ¿Cuál puerto de salud
le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo
 su cuna o su ataud?

«¡Los ojos abre, hijas de Ménfis! llora...
 ¿Pudo una madre, ¡oh cielo!
al agua abandonar devoradora
 el hijo pequeñuelo?

«Tiende los brazos, ¡ai! cual si supiera
 su malhadada suerte;
i son frájiles cañas la barrera
 que presenta a la muerte.

«Es de la raza de Israel, sin duda,
 que mi padre sentencia
a proscripcion... pero ¿qué lei sañuda
 proscribe a la inocencia?

«¡Pobre niño! su llanto me conduele;
 a su madre aflijida,
sucederá otra madre; salvarcle;
 me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, jóven princesa;
 i dócil al consejo
de la piedad, acometió la empresa;
 i el juvenil cortejo

A la virjen, que presta se adelanta,
 de confianza llena,
sigue, estampando con lijera planta
 la movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
revolando las blondas
madejas por el hombro alabastrino,
la hija de las ondas.

El blanco pié con círculos de plata
el espumoso rio
le ciñe; i ya a las olas arrebata
el pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,
alegre i orgullosa;
i en sus mejillas el color se enciende
de la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita,
i la presa reclama,
el peso que la agobia deposita
sobre la verde grama;

I del recien nacido alegremente
cercan todas la cuna;
i sonriendo, la asustada frente
le besan una a una.

Mas ¡oh tú, que de léjos a tu hijo
por la playa desierta
seguiste desolada, el rostro fijo
en su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno da al infante:
tu llanto ni su risa
revelarán en ti la madre amante,
pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
con lágrimas de duelo
i de gozo a la par, dulce cuidado
de la tierra i del cielo,

El pequeño Moises iba seguro:
de Faraon crüel
hospeda el rejio alcázar al futuro
caudillo de Israel.

I ante el trono de Dios, la faz velada
con las alas, el coro
que ve a sus piés la bóveda estrellada,
pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob, en el asilo
de tu destierro, (el canto
así sonaba); i no al impuro Nilo,
se mezcle mas tu llanto.

«El Jordan a sus campos te convida:
te oyó el Señor: Ejipto
marchar verá a la tierra prometida
tu linaje proscripto.

«Ese niño que vírjen inocente
salvó de olas i vientos,
es el profeta del Horeb ardiente,
rei de los elementos.

«Humillaos, mortales insensatos,
que al Eterno haceis guerra:
hé ahí el lejislador, que sus mandatos
promulgará a la tierra.

«Cuna humilde, baldon de la fortuna,
juguete del profundo,
ha salvado a Israel: humilde cuna
ha de salvar al mundo.»

LA COMETA*

Por la rejion del viento,
una bella Cometa se encumbraba;
i ufana de mirarse a tanta altura
sobre el terreno asiento,
que habita el hombre i el servil jumento,
de esta manera entre sí misma hablaba:

—¿Por qué la libertad i la soltura,
dada a toda volátil criatura
esta cuerda maldita,
tan sin razon me quita?

---

* El señor don Andres Bello publicó el año de 1833 esta misma fábula en la forma que va a leerse:

LA COMETA (Volantin).

Una bella Cometa se encumbraba
tanto, que ya de vista se perdia,
Reina se imajinaba
de la rejion del viento;
i no cabiendo en sí de la alegría,
i el envanecimiento,
i orgullo que sentía,
al mirarse tan alta,
ora danza, ora salta,
ora se contonea,
la larga cola ondea;

¡Ah, qué feliz estado fuera el mio,
si espaciarme pudiese a mi albedrío
por esa esfera luminosa i vaga
del aire, imprescriptible patrimonio
de lo volante, en brazos de Favonio,
que amoroso me halaga;
i ya, a guisa del águila altanera,
al sol me remontase, ya rastrera
jirase, como suelto pajarillo,
de jardin en jardin, de prado en prado,
entre el nardo, la rosa i el tomillo!
¿A qué el instinto volador me es dado,
si he de vivir encadenada al suelo,
juguete de un imbécil tiranuelo,
que, segun se le antoja,
o me tira la rienda, o me la afloja?

---

i en susurro parlero,
su dicha esprime... ¿Pero qué fortuna,
qué estado venturoso i placentero
no empalaga por fin, i no importuna?
¿Quién es aquel que dice:
—*A mí, nada me falta; soi felice?*
A madama Cometa,
asalta un pensamiento,
que la turba, i la inquieta,
i acibara su gozo en un momento.
Viendo que su carrera un hilo ataja,
i que, al arbitrio ajeno, sube i baja,
con voces tales entre sí murmura:

—¿Por qué razon me quita
esta cuerda maldita
la dulce libertad i la soltura
dada a toda volátil criatura?
¿Por qué el hombre se ha hecho,
contra todo derecho,
dueño de mi albedrío,
sagrado, imprescriptible patrimonio
de lo viviente?... ¡Oh qué destino el mio,
si pudiese correr esenta i vaga
por ese mundo, en brazos de Favonio,
que amoroso me halaga;
i ya, a guisa del águila altanera,

¡Pluguiese a Dios viniera
una ráfaga fiera
que os hiciese pedazos,
ignominiosos lazos!»—

Oyó el Tonante el temerario voto.
Viene bufando el Noto.
La cuerda silba, estalla... ¡Adios, Cometa!
La pobrecilla da una voltereta;
cabecea, ya a un lado,
ya al otro; i mal su grado,
entre las risotadas i clamores
de los espectadores,
que celebran su mísero destino,
de cabeza fué a dar en un espino.

De esta pandorga, tu, vulgo insensato,

---

remontarme a las nubes; ya rastrera,
andar de prado en prado,
cual suelto pajarillo,
picando aquí la rosa, allá el tomillo!
¿A qué el instinto volador me es dado,
si he de vivir encadenada al suelo,
juguete de ese imbécil tiranuelo,
que, segun se le antoja,
o me tira la rienda, o me la afloja?
¡Pluguiese a Dios viniera
una ráfaga fiera
que os hiciese pedazos,
ignominiosos lazos!—

Escuchó Jove el temerario voto.
Viene bufando el Noto.
La cuerda silba, estalla... ¡Adios, Cometa!
La sin ventura de una voltereta;
cabecea ya a un lado,
ya al otro; al fin trabuca; i mal su grado,
entre las risotadas i clamores
de los espectadores,
que celebran su mísero destino,
fué de cabeza a dar en un espino.

Eres vivo retrato

eres vivo retrato,
cuando a la santa lei, que al vicio enfrena,
llamas servil cadena;
i en licenciosa libertad, venturas
i glorias te figuras.

---

de esta pandorga, tú, pueblo insensato,
que llamas a la lei servil cadena;
i en licenciosa libertad, venturas
í glorias te figuras.
Eso mismo te ensalza, que te enfrena.

El año de 1846, el señor Bello tornó a publicar esta composicion correjida tal como aparece en el texto.

A PEÑALOLEN*

Boscajes apacibles de la Hermita,
¡oh cuánto a vuestra sombra me recreo,
i con qué encanto celestial poseo
lo que en vano se busca i solicita
en el bullicio corruptor del mundo:
el sosiego profundo,
la deliciosa calma,
la dulce paz!... Que al alma
de sí propia contenta,
i de cuidados míseros esenta,
le hace el silencio plácida armonía,
i hasta la soledad le es compañía.
Ni enteramente solitario vivo;
que cuando, embelesado i pensativo,
en vuestro grato asilo, me paseo,
la cara imájen veo
de aquel que lo formó, de aquel que un dia
de la insana inquietud del vulgo vano,
móvil veleta con que juega el viento,
a vosotros huia,
i de su propia mano
elevó este sencillo monumento
a la sola veraz filosofía.

---

* Peñalolen, o la Hermita, es un fundo vecino a la ciudad de Santiago, que perteneció al señor don Mariano de Egaña, quien, siendo plenipotenciario en Lóndres, contrató el año de 1829 al señor don Andres Bello para que viniera a Chile.

Sí: que en este retiro
que amaste, inseparable me acompaña
tu venerada sombra, ilustre Egaña;
i en tu semblante miro,
como cuando la vida lo animaba,
de la virtud la estampa i el talento;
i escucho aquel acento,
que, miéntras los oídos halagaba
abundoso vertia
provechosas lecciones de experiencia,
concordia, universal filantropía,
política sensata, gusto i ciencia.

Yo que de ellas saqué no escaso fruto
oso ofrecerte, Egaña,
este humilde tributo
de amor i admiracion. Tú lo recibe,
ya que no puede ser por lo que vale,
porque de un pecho agradecido sale,
en que indeleble tu memoria vive.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA MERCÉDES MUÑOZ

La jóven beldad que quiera
ceñir su frente de flores,
pídalas a la pradera,
cuando de varios colores
la esmalta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto
que el crudo invierno despoja,
árido i triste desierto,
do apénas de mustia hoja
está algun ramo cubierto.

¿Ves aquel árbol que escrita
lleva en sí la edad inerte
que lo postra i debilita?
¿Qué don pudiera ofrecerte?...
Una guirnalda marchita.

Pero en ese tronco exhausto
que sin sombra i sin verdor
es del tiempo estrago infausto,
puede talvez el amor
encender un holocausto;

No aquel amor, niño ciego,
que de centellas armado,

para turbar el sosiego
de un corazon descuidado
prende en tus ojos su fuego;

Sino aquel que en poesía
pintan sin alas ni redes,
misteriosa simpatía,
blando cariño, Mercédes,
que arrastra a tu alma la mia;

Que, con poder halagüeño,
me aficiona a la dulzura
de ese humor jovial, risueño,
que trasparenta la pura
felicidad de su dueño.

Sí: me arrastra, i me enamora
la hija tierna, i tierna hermana,
i la amiga encantadora,
que, en su juventud temprana,
tantas prendas atesora.

No te ha dado el cielo en vano
ese admirado talento
que vierte, bajo tu mano,
alma, vida i sentimiento
sobre las teclas del piano;

Porque cuando con la grata
majia de acordados sones
los sentidos arrebata,
las amables emociones
de tu alma bella retrata.

Mas al estro que me excita,
debo ya tener la rienda...
Falta el papel, Mercedita...
Acepta la humilde ofrenda
de esta guirnalda marchita.

EL CÓNDOR I EL POETA*

POETA

Escucha, amigo Cóndor, mi exorcismo;
obedece a la voz del mago Mitre,
que ha convertido en trípode el pupitre:
apréstate a una espléndida mision.

CONDOR

¡Poeta audaz, que de mi aéreo nido
en el silencio lóbrego derramas
cántico misterioso! ¿a qué me llamas?
Vo sostengo de Chile el paladion.

---

* El distinguido poeta arjentino señor don Bartolomé Mitre, que a la sazon residia en Santiago de Chile, leyó en las fiestas cívicas de setiembre de 1848, la siguiente composicion, la cual dió orijen a la de Bello inserta en el texto.

AL CONDOR DE CHILE

I

Tú. que en las nubes tienes aéreo nido,
tiende tu vuelo, Cóndor atrevido,
que sustentas de Chile el paladion;
sigue del sol la luminosa huella;
roba, cual Prometeo. una centella
para incendiar con ella a la nacion.

POETA

No importa: es caso urjente, es una empresa
digna de ti, de tu encumbrado vuelo,
i de tus uñas: subirás al cielo,
escalarás la vasta esfera azul.

CONDOR

¿I qué será del paladion en tanto,
cuya custodia la nacion me fia?

POETA

Puedes encomendarlo por un dia
a las fieles pezuñas del Huemul.

CONDOR

Pero el camino del Olimpo ignoro...

POETA

Mientes: tú hurtaste al cielo, ave altanera,

II

Para incendiarla en alto patriotismo,
para animar la antorcha del civismo,
para encender al pueblo en la virtud,
para templar los tibios corazones,
para quemar los últimos jirones
del manto de la torpe esclavitud.

III

Extiende, extiende pronto el ala grave,
como la parda vela de la nave
cuando siente bramar la tempestad;
vuela i trae en los ojos la centella
que, en ochocientos diez, fuljente i bella,
la antorcha reanimó de libertad.

en pro de nuestros padres, la primera
chispa de libertad que en Chile ardió.

CONDOR

¡Falaz leyenda! ¡apócrifa patraña!
Robaba entónces yo por valle i cumbre,
segun mi antigua natural costumbre;
monarca de los buitres era yo.
Años despues, llamáronme, i conmigo
vino esa pobre, tímida alimaña,
de los andinos valles ermitaña;
i el paladion nos dieron a guardar.
Mal concertada yunta, que, algun dia,
recordando los hábitos de marras,
estuve a punto de esgrimir las garras,
i atroz huemulicidio ejecutar.

POETA

¡Oh mente de los hombres adivina!
¡Oh inspiracion profética! No sabes,
alado monstruo, espanto de las aves,
el oculto misterio de esa union.
¡Junto a la mansa paz, atroz instinto

IV

Tú sabes ya el camino, ave altanera:
fuiste de nuestros padres mensajera
para pedir a Dios chispa inmortal
con que incendiar de alarma los cañones,
i derretir los férreos eslabones
de la dura cadena colonial.

V

Tú los viste lanzarse a la pelea,
blandir la espada, sacudir la tea,
vencer, morir, lanzarse como el leon;
miéntras que tú, cruzando las esferas,
dabas aire, de Chile a las banderas,
i fuego, del patriota al corazon,

de pillaje i de sangre! Incauto el uno,
audaz el otro en tentador ayuno,
i de la Patria en medio el paladion!
Tremendo porvenir, yo te adivino,
pero no tiemblo. Es fuerza te abras paso
de la ilustrada Europa al rudo ocaso;
está en el libro del destino así.
Sus últimos destellos da la antorcha
que el hijo de Japeto trajo al mundo:
sucede al viejo faro moribundo
jóven tizon, ardiente, baladí.

CONDOR

No sé, poeta, interpretar enigmas;
no entiendo de tizones ni de faro.
Deja los circunloquios, i habla claro:
¿de qué se trata? Explícate una vez.

POETA

De aquel fuego sagrado que trajiste
(niégaslo en vano) a un ínclito caudillo,
apénas queda agonizante brillo:
nos viene encima infausta lobreguez.

VI

Tú los viste en la noche tempestuosa,
guiados por tu pupila luminosa,
cual por la estrella el navegante audaz,
escalar de los Andes las montañas,
esculpiendo en su cima las hazañas
que realizaron con vigor tenaz.

VII

Allí tambien reverberó tu lumbre,
cuando bajó rodando de la cumbre
desmelenado el iracundo leon,
a par que retumbaba en la eminencia
el grito atronador de independencia,
que repetia el mundo de Colon.

Renovarlo es preciso.

CONDOR

¿Cómo?

POETA

Debes
seguir del sol la luminosa huella,
sorprenderle, robarle una centella,
metértela en los ojos, i escapar.

CONDOR

Mui bien; me guardo el fuego en las pupilas,
cual si fueran volcánicas cavernas.
¿I que haré luego de mis dos linternas?

POETA

Quiero a Chile con ellas incendiar.

CONDOR

¿Incendiarlo? ¿Estás loco? ¿De eso tratas?

VIII

Desde entónces, tu lumbre se ha eclipsado;
el corazon del pueblo se ha enfriado;
i ha muerto el patrio fuego en el altar.
¡Fuego necesitamos! Danos fuego,
que nuestros ojos abundante riego
de libertad al árbol sabrán dar.

IX

Haz por los hijos lo que en otros dias
hiciste por sus padres, cuando hendias
las esferas con ímpetu veloz,
para traer la centella salvadora
que de ese sol, que el universo adora,
brotó; i en tus pupilas, puso Dios.

POETA

Incendiarlo pretendo en patriotismo;
abrasarlo, molondro, no es lo mismo:
quiero hacer una inmensa fundicion.
Quiero llamas que cundan pavorosas,
descomunales llamas, llamas grandes,
que derritan la nieve de los Andes
i la de tanto helado corazon.
¿Abrasar? ¡Linda flema!—¿Es tiempo ahora
de contentarse con mezquinas brasas
que den pálida luz, chispas escasas,
como para el abrigo de un desvan?
Nó, señor: vasto incendio, llamas, llamas,
que unas sobre las otras se encaramen,
i levantando rojas crestas bramen,
i les sirva de fuelle un huracan.
Despacha, pues; arranca; desarrolla
el raudo vuelo; tiende el ala grave,
como la parda vela de la nave,
cuando silba en la jarcia el vendaval.
Vuela, vuela, plumífero pirata;
recuerda tu nativa felonía;
asalta de improviso al rei del dia
en su carroza de oro i de cristal.

X

Las alas tiende, i sube hasta los cielos,
cual si fueras a traer a tus hijuelos
el alimento que la vida da;
i miéntras bajas desde el alta esfera,
nuestra voz, de setiembre a la bandera,
con himno popular, saludará.

XI

I cuando traigas la centella ardiente
que del cobarde el corazon caliente,
i nos llene de aliento varonil,
¡oh Cóndor! danos sombra con tus alas,
miéntras que, en el espíritu que exhalas,
impregnemos la túnica viril,

CONDOR

Ya te obedezco, i tiendo, como mandas,
el ala; aunque eso de tenerla un ave
no lijera ni leve, sino grave,
para tanto volar no es lo mejor.
I si de mas a mas tenderla debo,
como la parda vela el navegante
cuando oye la tormenta resonante
que amenazando silba, peor que peor.
Que no desplega entónces el velámen,
ántes amaina el cauto marinero,
i aguanta, a palo seco, el choque fiero,
si salvar piensa al mísero bajel.
Así lo vi mil veces, revolando
entre las nubes negras, cuando hinchaba
la mar del Sur sus ondas, i bregaba
contra la tempestad el timonel.

POETA

No lo entiendes: la nave del estado
es la que yo pintaba; i la maniobra
a que apelamos hoi, cuando zozobra,
no es amainar, estúpido ladron.

CONDOR

¿Pues qué ha de hacer entónces el piloto?

XII

Condúcenos despues a la victoria:
traza con luz la senda de la gloria
que nos lleve sin sangre a la igualdad;
toma luego en tu pico oliva i palma,
i arrancando la chispa de nuestra alma,
vuélvesela a ese sol de libertad.

POETA

Segun doctrina de moderna escuela,
debe correr fortuna a toda vela,
sin bitácora, sonda ni timon.
Si tú leyeras, avechucho idiota,
gacetas nacionales i extranjeras,
la ignorancia en que vives conocieras:
todo ha cambiado entre los hombres ya.
Altos descubrimientos reservados
tuvo el destino al siglo diez i nueve:
hoi en cualquiera charco un niño bebe
mas que en un hondo rio su papá.
¡Oh siglo de los siglos! ¡cuál machacas
en tu almirez decrépitas ideas!
¡qué de fantasmagorías coloreas
en el vapor del vino i del café!
¡No era lástima ver encandilarse
los hombres estudiándose a sí mismos;
i tras mil embrollados silojismos,
salir con *solo sé que nada sé!*
¡Ea, pues! ¡a la empresa! bate el ala,
i apercibe tambien las corvas uñas,
i guárdate de mí si refunfuñas,
lobo rapaz, injerto de avestruz.

CONDOR *(volando).*

Ama aun el buitre robador su nido;
Chile, a traerte voi, no la centella
que incendiando devora, sino aquella
que da calor vital i hermosa luz.

LA MODA

Quise mas de una vez, en mala hora,
escribir una pájina, Isidora,
que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
me pasé (te lo juro) esta mañana,
hilando coplas con tenaz porfía.
—Musa, son para el álbum, le decia,
de una jóven beldad.—¡Plegaria vana!
No me salió una sola ni mediana.
—Para este bello altar que se atavía
con tanta flor de amena poesía,
entretejer una guirnalda quiero,
digna de la deidad que en él venero.
Es (tú lo sabes) cosa
de obligacion forzosa.
Si agradable te fué mi culto un dia,
te ruego, te conjuro, te requiero,
amada Musa mia,
que lo muestres ahora; i si ya cesas
de mirarme propicia, este postrero
favor te pido solo.—¡Ni por esas!

Despechado, el papel hice pavesas;
al tintero, la pluma consignaba;
i ofrecerle pensaba,
por único tributo, humilde escusa,
la culpa echando a la inocente Musa,
como es costumbre en semejantes casos;

cuando acercarse miro a lentos pasos
una, no sé si diga ninfa, diosa,
aparicion, fantasma: caprichosa
forma que cada instante
de color, de semblante,
i de tocados, i de ropas muda:
ora triste, ora alegre, ora sañuda;
ya pálida, ya rubia, ya morena.
Tan presto por el cuello i las espaldas
derrama en ondas de oro la melena;
tan presto en trenzas de ébano cojida,
adórnala de joyas i guirnaldas;
i tan presto ¡qué horror! encanecida
la lleva; o sin piedad la troncha i tala,
i de prestados rizos hace gala.
Ora el ropaje en anchuroso vuelo
despliega; i va arrastrando luenga falda
verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
de gasa, de tisú, de terciopelo.
Señala luego en mórbido relieve
su figura jentil basquiña leve.
Sus ojos aprisiona en blanco velo,
pudibunda beata,
que hace de mas valor lo que recata.
I un momento despues, traviesa niña,
rie, retoza, guiña;
no sabe tener quieta
su pupila de fuego;
busca i rehuye luego:
cuanto mas melindrosa, mas coqueta.

Suspenso, absorto estaba yo pensando
si era ilusion aquello; i lo estuviera,
sabe Dios hasta cuándo,
si ella misma por fin no me dijera:
—Nadie puede sacarte del empeño
en que te ves, sino mi númen solo.
El arte de agradar yo sola enseño.
Ríete de las Musas i de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,

i ante los ojos de las damas brilla,
i con el loro, el gato i la perrilla,
divide los honores del sofá,
débelo todo a mí, que, cuando tomo
esta májica vara, lo mas pobre
hago rico, i trasmuto el oro en cobre.
Sea su entendimiento agudo o romo,
tosco o pulido, vista larga o corta,
injenio estéril o feraz, no importa,
todo aquel que se viste mi librea,
altivo, ufano, espléndido campea.
I a mas de cuatro orates
coronas di tempranas,
que, a despecho de críticos embates,
durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte mas, yo soi la Moda.
Oye; i aprenderás mi ciencia toda.
En tres o cuatro prácticas lecciones,
voi a especificar mis opiniones;
i podrás expedirte en el presente
caso, i en los demas, gallardamente.

¿Una leyenda o cuento
es a lo que dedicas el intento?
Manos a la labor: o da principio
con gran proemio de elegante ripio;
o si te place, empieza
con esa *nonchalance* de buen tono,
con ese aire de lánguido abandono
de quien al despertar se despereza,
como si del lector no hicieses caso,
ni de la historia: i cuando paso a paso,
por entre mil rodeos,
ambajes i floreos,
llegue al fin el momento de contarla;
i ya el lector dé al diablo tanta charla;
allá como a la octava ciento i cuatro,
mudarás de teatro,
i en una digresion... (importa un pucho
que no tenga que ver poco, ni mucho,

con el sujeto, porque, amigo, hoi dia
¿qué es para un escritor de fantasía,
en resumidas cuentas, el sujeto?
Es una percha cómoda, de donde
cuanto en su seno tu cartera esconde:
estudio, ensayo, informe mamotreto,
puedes colgar sin el menor empacho.
Uno de mis pupilos,
excelente muchacho,
ha escrito en diversísimos estilos
composiciones vastas, panteísticas,
escépticas, católicas i místicas,
patrióticas, i báquicas, i eróticas,
miríficas i exóticas;
i se propone hacer una leyenda
en que bonitamente las ensarte
todas, sin que aparezca en nada el arte
(que es lo que mas a un jenio recomienda),
dando en ella a lectores eruditos,
que tengan razonables apetitos,
una merienda monstruo, una merienda
con variedad de platos estupenda.
Pues, como digo, en una
digresion... (cuanto ménos oportuna
mejor); produces de esa
suerte mayor sorpresa,
que es en el arte un mérito sublime,
a que debe aspirar todo el que rime.
Era una transicion obra de suma
dificultad para la inhábil pluma
de aquellos escritores desdichados
de los tiempos pasados.
Era, como ponerlos en un potro,
el tener que pasar de un tema a otro,
de modo que el lector intelijente,
con movimiento el mas süave i blando,
se hallara, sin saber cómo, ni cuándo,
arrebatado a un mundo diferente.
En esto, como en todo,
los modernos han dado

un paso ajigantado.
Hácese de este modo:
¿hai que pasar de un baile, por ejemplo,
a una batalla, de un meson a un templo,
de una choza a un palacio soberano?
Se pone en medio un número romano.
Por tan sencillo arbitrio, como ese,
al discreto lector, mal que le pese,
en ménos de un segundo,
se le dispara a donde tú le mandes,
desde los Pirineos a los Andes,
desde la tierra al Tártaro profundo,
o al bañado de luz coro seráfico,
con mas velocidad que va un aviso
por el alambre electro-telegráfico;
i sin que de antemano, o al proviso,
se tome la fatiga
de preparar la cosa;
i gruña cuanto quiera i lo maldiga
el bueno de Martínez de la Rosa;
i hágalo con el clásico areopágo.
Pero yo mismo sin pensar divago:
de uno en otro paréntesis, me pierdo.
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
es que la línea recta, cuanto puedas,
evites: tortüosas las veredas
son que prefiere el consumado artista
para el placer del alma o de la vista.
Como sobre un terreno,
de matorrales i malezas lleno,
un raudal serpentino
va abriéndose camino
lenta i difícilmente;
i aquí desaparece de repente
bajo el tupido monte;
i en lejano horizonte,
vuelve a mostrar su clara o turbia onda
para que, a poco trecho,
cuando algunos pantanos haya hecho,
bosque denso otra vez su curso esconda;

no de modo distinto,
aunque el fino lector se desanime,
el sujeto camine,
i por entre el espeso laberinto
de las enmarañadas digresiones,
se hunda, reaparezca, se zabulla
de nuevo, i nuevamente salga i bulla
hasta llegar al fin que te propones.
Mas ora en filosóficos zigzagues
teolójicos, políticos, divagues,
o en un rocin aprietes los talones,
lanzándote a remotas escursiones,
o via recta el argumento vaya,
i la locomotiva,
potencia de no fútil inventiva,
quieras tener a raya,
(lo que, si mis preceptos obedeces,
harás mui pocas veces)
haya sin falta alguna
en tus poemas luna,
que esplendorosa o pálida riele.
¡Oh de la noche solitaria reina!
¿cuál hai que a ti no apele,
vate que canas peina,
o que rubio mostacho apénas hila?
Pero tan socorrida como ahora
nunca fuiste. Vijila
todo autor, toda autora
que a veces ahulla o canta, rie o llora,
porque la bella luz con que plateas
el universo, irradie sus ideas,
desde el que hijo mimado de la fama
ciñe a su frente inmarcesible rama,
hasta el que dice *veya* por *veía*
en tosca jerigonza todavía.
No deje, pues, de rielar la luna,
o en el cristal de límpida laguna
que el aura arrulle i que entre sauces duerma,
o en el follaje oscuro de una yerma
cumbre, recien mojada de rocío,

o en bullicioso rio
que al voraz oceáno,
en que se abismará, corre anhelante,
¡imájen, ai, del existir humano!

Un *ai* de cuando en cuando es importante.
Por lo pronto, hará ver que tienes hecho
de hebras delicadísimas el pecho,
blandas en sumo grado i sensitivas;
i no será preciso que te afanes,
i los sesos que tengas los devanes,
buscando frases nuevas, expresivas
con que secretos íntimos reveles
del corazon. Atente a tus *rïeles;*
i pon de trecho en trecho uno o dos ayes,
cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
en que retrates lúbricos amores,
encaja bellamente una homilía
contra la corrupcion social; i luego
que a la ya inaguantable tiranía
de este gobierno jesüita, godo,
que lo inficiona i lo agangrena todo,
lances una filípica de fuego,
llora la servidumbre de la prensa,
que prohibe decir lo que se piensa,
i por ninguna hendrija
permite que respire uno siquiera
(sábenlo los lectores demasiado),
útil verdad, de tantas que cobija
en sus profundidades tu mollera;
es el cuadro encantado
que se descubre en mas dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
habrá mil que suspiren por el dia
en que eches a volar la fantasía
que tu medúla cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,

conviene que derrames
profusamente aromas,
i que todas las voces embalsames
de azahares, jazmines i azucenas,
i que de olores la nariz abrumes.
«Sacudir las alillas pueda apénas
el céfiro, agobiadas de perfumes».
Bello concepto, a que echarás el guante,
aunque no faltará talvez pedante
que a Byron lo atribuya.
¡Necios! como si fuera culpa tuya
que, cuando para ti del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores
alguna pobre niña arrebatada
en verdes años ¡ai! a los amores.
Su imájen adorada
de tu memoria un punto no se aparte;
i para mas desgracia atormentarte,
i de esas penas aguzar la punta,
dirás que la difunta
era un ánjel de amor, era un modelo
de perfeccion, en que vació natura
toda virtud, i gracia, i hermosura;
divina joya, incomparable perla,
que, para tu regalo i tu consuelo,
quiso envïar expresamente el cielo
a un mundo vil, indigno de tenerla;
i con estos elojios, i otros tales,
conocerán las damas lo que vales,
i el tuyo propio harás sin que te cueste
una sola palabra
que tu modestia en lo menor moleste.
¡Solo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
de ensueños tu paleta.
Nada mas de mi gusto, ni mas propio.
Cual suele de abejillas tropa inquieta

volar entre el tomillo i la violeta,
así acudir se ve lejion alada
de ensueños en la silla o la almohada
de todo aquel que el inspirado pecho
a su pupitre arrima,
o se desvela en solitario lecho,
dándole caza a la difícil rima.

Pero lo que en el dia
logra aplauso mayor, es una cosa
que se suele llamar misantropía.
Huye a la selva umbrosa,
o mas bien a la selva que desnuda
de su follaje la estacion sañuda;
oculta allí el hastío que devora
tu gastada existencia; el negro tinte
que los odios fantásticos colora,
de cada objeto al rededor se pinte.
Huye a donde jamas hiera tu oído
el eco envenenado, aborrecido,
de humana voz; allí donde la roca
amortaja de nieves su cabeza
titánica; o allí donde bosteza
de apagado volcan lóbrega boca.
¿Ves como ya el postrero
rayo del sol espira en el otero,
i al entreabrirse cárdenos nublados,
de tempestad preñados,
lámpara sepulcral arde el lucero
sobre la tierra que la sombra enluta?
Huye al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila;
i de tu pecho el negro humor destila
sobre todos los seres gota a gota;
i llama al mundo en que naciste, infierno,
de que fué a Lucifer dado el gobierno
para jugar con él a la pelota,
i con este menguado, pobre, triste,
infinitesimal átomo humano,
discorde union de espíritu i materia,

que monarca se cree de cuanto existe,
porque le cupo el privilejio vano
de conocer él mismo su miseria.
Todo allí muerte, esplin, hondo fastidio,
no el que con el champaña se disipa,
o con el humo de cigarro o pipa,
sino el que pensamientos de suicidio
enjendra; i logren solo distraerte
impresiones de horror, de duelo i muerte.
O el ronco trueno música te sea,
i de encontrados vientos la pelea,
i de natura atormentada el grito
cuando sobre sus bases de granito
el bosque secular se bambolea;
o el esquilon distante
que llora la agonía
del moribundo dia,
aunque de plajio se te queje el Dante;
o del buho el fatídico graznido,
que por la soledad pavor derrama;
o el jemir de la tórtola que llama,
i llama sin cesar... i llama en vano,
en el desierto nido,
al esposo querido,
que presa fué de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores
en silvestres i rústicas escenas,
que huelen a la edad de los pastores,
cuando andaban Belardos i Filenas
cantando a las orillas de los rios
insulsos inocentes amoríos.
¿Inocencias ahora? Nada de eso
en un siglo de luz i de progreso.
Loca algazara aturda
en infernal zahurda,
do el adusto Timon, medio beodo,
haga de todo befa, insulte a todo;
i brillen entre copas las espadas,
i se mate, i se ria a carcajadas;

i retumbe en satánicos cantares
audaz blasfemia, horrífica, inaudita,
que es para ejercitados paladares
una salsa esquisita.—

Mucho mas dijo la parlera Diosa,
sin que de tanto embrollo
de lindos disparates, otra cosa
enjendrarse pudiera en mi meollo,
que confusion, i vértigo, i mareo.
En el estado que me vi, me veo:
impotente la voz, el alma seca,
i por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
que eres un ánjel que la tierra adora,
que sabes ser honesta i ser amable,
¿ha de ser necesario que me empeñe
por selvas i por riscos, que me ensueñe,
que me arome, i por último, me endiable?
Antes seguro estoi de que sería
imperdonable insulto
el ofrecerte semejante culto.
Si ya no soi ni aquello que solia,
pues de la frente que la edad despoja,
huye, como el amor, la poesía,
puedo hablar a lo ménos el lenguaje
de la verdad, que, ni al pudor sonroja,
ni hacer procura a la razon ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
que al jenio vivifica, una centella
en mi verso no luzca, ni lo esmalte
rica facundia, i todo en fin le falte
cuanto en la poesía al gusto halaga,
lo compone benigna una alma bella
que de lo injenuo i lo veraz se paga.

DIALOGO

ENTRE LA AMABLE ISIDORA I UN POETA DEL SIGLO PASADO

POETA

Aquel tributo que mi pobre injenio
ha ofrecido, Isidora, consagrarte...

ISIDORA

Me lo has hecho aguardar todo un trienio,
i pudiera mandarte
que fueras con tu música a otra parte;
pero con una condicion lo admito,
que tenga de lo nuevo i lo bonito.

POETA

¿De lo bonito i de lo nuevo solo?
A tus influjos me encomiendo, Apolo,
para salir de tan terrible aprieto:
inspírame un soneto,
que el fino gusto de Isidora apruebe.

ISIDORA

¿Sonetos en el siglo diez i nueve?

POETA

Un romancito, pues, en asonante...

ISIDORA

Es cosa de poeta principiante,
que el oído desgarra,
i merece cantarse con guitarra.

POETA

Pero si no sé mas, querida mia.
¿Cómo de tan estéril fantasía
creaciones hermosas
podrán salir? No da el espino rosas.

ISIDORA

Todo cuanto me digas es en vano.
En estas hojas, con tu propia mano,
algo que a los lectores interese,
algo que de ponerse digno sea,
despues de estas dos *emes* i esta *ese*,[1]
has de escribir: lo exijo.

POETA

¡Fuerte empeño!
Mas aguarda: una idea
me ocurre de improviso.
Finjiré que, adormido en blando sueño,
se presenta a mi vista un paraíso,
donde...

---

1 Esta composicion fué escrita en el álbum de la señora Zégers, a continuacion de otra de la sobresaliente poetisa chilena doña Mercédes Marin de Solar, firmada con las iniciales M. M. de S.

ISIDORA

Toma la pluma, pues, i al caso.

EL POETA (*escribiendo i declamando*).

«Sobre la verde falda
del erguido Parnaso,
guiaba yo mi vacilante paso,
tejiéndote, Isidora, una guirnalda,
cuando de ninfas majestuoso coro,
sueltos sobre la espalda
alabastrina, los cabellos de oro
coronados de flores,
con ropas que robaron sus colores
a la primera luz de la mañana,
con cítaras de etérea melodía,
que arroba en dulce rapto el alma humana...»

ISIDORA

¡Jesus! ¡Qué altisonante algarabía!
Amigo mio, en lengua castellana,
esa se llama entrada de pavana.
¿No ves que tus poéticos primores
son estrujadas flores
de que cualquiera nene
en este siglo innovador se mofa?
Apostaré que en la siguiente estrofa,
vas a beber las aguas de Hipocrene.
Guia, por Dios, tu vacilante paso
lo mas léjos que puedas del Parnaso.

POETA

Eso yo lo sabré, sin que lo mandes.
Mas, si te place, hagamos una cosa.
Dame un asunto tú, no de los grandes
que pidan alto injenio, estilo fuerte,

inspiracion fogosa,
sino sencillo, fácil; en que acierte,
no a idealizar anjélica armonía,
(eso a tu voz divina solo es dado),
no a contentar tu gusto delicado,
a que dan cuatro idiomas alimento,
(¿cupiera en mí tan alto pensamiento?),
sino a probar lo que conmigo vales;
pues dócil a tu imperio soberano,
tomo otra vez con atrevida mano
la lira, que en las ramas funerales
de sauces lloradores, monumento
de una temprana tumba,[1] colgué un dia.
Juré que nunca mas la tocaria;
quebrantaré por ti mi juramento.
En suma, solo pido
que tú me des el tema.

ISIDORA

Concedido.

POETA

¿Cuál es?

ISIDORA

Amor.

POETA

¡Jesus!

ISIDORA

¿Qué es lo que temes?
¿Pido yo por ventura que en las aras
del ciego dios, profano incienso quemes?
¿Pido que a lo Petrarca o lo Macías
le entones quejumbrosas elejías?

---

1 Alusion al fallecimiento de su hijo don Francisco Bello, que ocurrió el 13 de junio de 1845.

Comprendo bien que ajeno lo estimaras
de ti i de mí; mas dime, ¿qué tendria
la propuesta materia
de impropia ni de ingrata
para la cosquillosa fantasía
de la mas zahareña mojigata
que allí vertida viese alguna seria
máxima de moral filosofía?

POETA

¿Con que un sermon en verso?... ¡Linda cosa
por cierto para el álbum de una hermosa!

ISIDORA

Sai che là corre il mondo, ove più versi
di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
e che 'l vero condito in molli versi
i più schivi, allettando, ha persüaso.[1]

POETA

¡Basta! Me rindo al Tasso;
me rindo a ti. Permite solamente
que hurtada inspiracion mi verso aliente.

El poeta traduciendo del italiano.

LA CORTE DE AMOR

Solemne audiencia un dia
daba el Amor: servia
Capricho de portero,

1 Tásso.—*La Jerusalem Libertada,* canto I, octava 3.

Sabes que allá va el mundo do se estima
el licor lisonjero del Parnaso,
cuando en sonora i deleitosa rima,
mejora al hombre de virtud escaso.
(Traduccion de Juan Sedeño.)

i a dama o caballero
que de su gusto era
fácil entrada abria;
con los demas hacía
de diversa manera.
Vestida entró de gala
Juventud en la sala,
i ocupó la testera.
Entraron Risa i Juego,
i se salieron luego.
La Gracia a la Hermosura
llevaba de la mano,
i le alcanzó Ventura.
Llega con jesto ufano
Necedad, i se engríe,
porque el Amor se rie.
Mas ya del Chisme aleve
se oye el susurro leve,
i van tras él llegando
en bullicioso bando
Sospechas i Recelos
i pendencieros Celos.
La Lisonja apercibe
su mas melíflua charla,
i gran placer recibe
Amor al escucharla.
Triscaban la Alegría
i la Coquetería,
i con semblante huraño
acecha el Desengaño.
Va el Rendimiento tímido,
que aun del desden se paga,
i la Traicion que pérfida
a los que vende halaga.
Fe, Modestia, Inocencia,
lograron corta audiencia,
i avergonzadas salen
de ver cuán poco valen.
La Locura no falta,
que de Cupido era

antigua consejera,
i tiene allí vara alta.
Querellas i Suspiros
hacen variados jiros,
i mézclanse en la danza
Consuelo i Esperanza.

Falta entre tanta jente
la Razon solamente,
porque el ujier Capricho,
que era un perverso bicho,
no estaba en armonía
con la señora mia,
i anunciarla rehusa
con una i otra escusa.
Al cabo fué preciso:
«la Razon allá afuera;
(dice) su turno espera;
i si le dais permiso,
hablar con vos querria
ántes que se haga tarde.»
Responde Amor: «Que aguarde,
o que vuelva otro dia.»[1]

1 *L'Anticamera d'Amore* de Gherardo de Rossi.

EL TABACO

Epigrama me titulo;
no soi enigma, ni quiero;
no me precio de difícil,
porque repugna a mi jenio.

Tres partes iguales forman
mi todo, ni mas ni ménos;
i de dos en dos unidas,
hacen seis pares completos.

Es el un par de gallinas;
otro un divertido juego;
al otro el celeste Olimpo
le dió lugar en su seno.

Otro es cómplice inocente
del estrago carnicero
que al hombre mas fuerte postra,
i alcanza al ave en su vuelo.

Otro en edades pasadas
fué defensivo ornamento
que el feudal baron llevaba
al combate i al torneo.

El otro, en fin, elegante,
estrafalario i modesto,

es gala del tocador
i atavío del enfermo.

I con todo lo que digo,
soi un tirano hechicero,
un encanto indefinible,
un delicioso embeleso.

Me buscan ricos i pobres,
eclesiásticos i legos,
el que huelga, el que trabaja,
el estudiante, el zopenco.

Solo (¡ai triste!) las hermosas
me miran con vilipendio,
si bien algunas conmigo
se solazan en secreto.

¡Oh! tú que contemplas
con ojo sereno,
hollado, insepulto,
mi frio esqueleto,

Llévale te pido
a su mausoleo
de metal dorado,
o de vidrio terso;

I por epitafio,
ponle este letrero,
en grata memoria
de dichas que fueron:

«¡Me dió el ser la tierra,
me da vida el fuego,
i entre vagos jiros,
en el aire muero!»

AL BIOBÍO

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA DELFINA PINTO DE RÓSAS

¡Quién pudiera, Biobío,
pasar la existencia entera
en un boscaje sombrío
de tu encantada ribera!

Una cabaña pajiza,
donde viese tu onda pura,
que callada se desliza
entre frondosa verdura,

Donde, en vez del movimiento
de políticos vaivenes,
susurrar oyese el viento,
entre robles i maitenes,

I escuchase la alborada
que en no aprendida armonía,
canta el ave en la enramada
saludando al nuevo dia;

Una pajiza cabaña,
en que gozase el reposo

de la paz que nunca engaña,
ni envidiado ni envidioso;

Mas grata, en verdad, me fuera
que una confusa Babel,
donde en pos de una quimera
corren todos en tropel,

Do deslealtad i falsía
cercan el trémulo altar
que a los ídolos de un dia
alza el aura popular.

¡Oh feliz, oh dulce calma,
paraíso de la tierra!
¿vale mas que tú la palma
del saber o de la guerra?

Verdad, no lisonja, quiero:
verdad sencilla, desnuda;
no el aplauso vocinglero,
que a la fortuna saluda;

Quiero en mis postreros años
decir a ese bien finjido:
¡Adíos! no mas desengaños;
a los que olvidan, olvido.

Otros en loco tumulto
llamen dicha al frenesí;
yo en el rincon mas oculto
quiero vivir para mí.

Pero ¿a dónde en arrebato
impensado me extravío?
Para otro asunto mas grato
te invocaba, Biobío.

Por tus verdes campos jira
una amable forastera,

i los aromas respira
que embalsaman tu ribera.

Cerca de ti su mansion
tiene la bella Delfina;
la de noble corazon,
la de gracia peregrina.

Yo la vi, pimpollo hermoso,
que, con su beldad temprana,
tuvo a Santiago orgulloso,
en su primera mañana.

Vila en cerrado verjel
jóven planta, que atesora
lozano brillo, i con él
a los vientos enamora.

Vino tormenta sañuda,
como la que en duro embate
al verde bosque desnuda,
i hermosa arboleda abate.

Casi (¡ai Dios!) su primavera
la vió morir, i agostada
la tuvo la Parca fiera,
i la lloré malograda.

Pero al modo que se eleva,
cuando el huracan se calma,
con vigor i vida nueva,
una destrozada palma,

Volvió mi Delfina así,
a beber el aura pura;
i correr las Gracias vi
a retocar su hermosura.

Hija la he visto amorosa
en la morada paterna,

lu ego adorada esposa,
i madre ya, dulce i tierna;

I siempre cabal modelo
de amabilidad serena,
ánjel bajado del cielo
a nuestra mansion terrena.

Tal es la beldad que ahora
gozas, orgulloso rio,
i la que Mapocho llora
en ajeno poderío.

Que te desveles por ella
te ruego: en diario tributo
ríndele la flor mas bella,
i el mas sazonado fruto.

Al llevarla el blando ambiente
del jazmin i el azahar,
de su viejo amigo ausente
hazla el nombre recordar.

Pero no con lazo eterno
presumas que la encadenes:
la llama el hogar paterno;
prestado tesoro tienes.

I harás de la deuda pago,
i volveremos a verla,
i se gozará Santiago
en su enajenada perla.

EL SARDANAPALO*

DE LORD BYRON

SARDANAPALO

Que se corone el pabellon de estío
de olorosas guirnaldas: un banquete
opíparo se sirva; a media noche
cenaremos allí: no falte nada;
reúnase la orquesta... I miéntras sigue
el sol su lento jiro hacia el ocaso,
aprovechemos el süave soplo
que las ondas enriza del Eufrátes.

---

* El *Sardanapalo* es una de las mas bellas trajedias de lord Byron. El carácter del protagonista es una concepcion orijinal, en que el poeta se propuso rehabilitar este personaje, tratado con demasiada severidad por la historia. El Sardanapalo de lord Byron mira el placer como el primer objeto de la vida; pero no es el príncipe muelle i cobarde, cuya disolucion i afeminacion se han hecho proverbiales, bien que en esta parte la historia se convence a sí misma de preocupacion e injusticia. Segun ella, Sardanapalo peleó con valor contra el rebelde Arbáces, que capitaneaba un ejército formidable, i estaba de intelijencia con los sacerdotes caldeos i algunos de los gobernadores de las provincias. Vencióle tres veces; i en la tercera batalla, mostró no ménos habilidad, que denuedo. Arbáces herido se refujió con los restos de su ejército a los montes de la Caldea. La insurreccion pareció sofocada, i Sardanapalo asegurado en el trono, con la llegada de las tropas bactrianas, que acudian desde el fondo del Oriente a la defensa de su rei. Pero Belésis, sacerdote caldeo, que era el alma de la insurreccion, sedujo a los jefes bactrianos, i persuadió a sus confederados a tentar por la cuarta vez la fortuna. Sardanapalo, sorprendido i derrotado, no desmayó por eso. Sitiado en Nínive,

¡El esquife!... ¡A embarcarnos!... Bellas damas,
las que os dignais a mis alegres horas
dar compañía: en la mas dulce i grata
de todas, cuando al orbe cubre el manto
de las tinieblas, al placer propicias,
nos juntaremos otra vez, al modo
que en la azulada bóveda los astros,
i haremos otro cielo tan brillante
i hermoso como el suyo. De su tiempo
hasta entónces disponga, como guste,
cada cual de vosotras. I tú, hija
de Grecia, Mirra de mis ojos, ¿piensas
acompañarlas, o venir conmigo?

MIRRA

¡Señor...!

SARDANAPALO

¡Señor! bien mio! ¿Cómo puedes
darme ese triste nombre, ese dictado

preparó una vigorosa defensa, miéntras que Salaménes, a la cabeza de las reliquias de su ejército, hacía frente a los enemigos fuera de las murallas de Nínive. Su derrota i muerte acarrearon el levantamiento de las provincias del imperio que aun permanecian fieles a la antigua dinastía. Sardanapalo, reducido al recinto de su capital, resistió tres años enteros. En el tercer año, una inundacion del Tígris echó por tierra una parte de las murallas de la ciudad, i abrió ancha brecha a los sitiadores. Sardanapalo hizo entónces levantar una alta pira, colocó en ella sus insignias reales, sus tesoros, sus mujeres, i sus eunucos; le puso fuego él mismo, i se lanzó a las llamas (el año 817 ántes de J. C.). Tal es el verdadero Sardanapalo, rehabilitado por Byron, despues de dos mil años de prescripcion.

La muestra que presentamos podrá dar alguna idea del estilo trájico de Byron, i de la intelijencia superior con que ha trazado su Sardanapalo i su Salaménes. Mirra, la esclava griega, que solo se deja ver aquí unos pocos momentos, presenta el tipo de casi todas las mujeres de Byron; ternura, desprendimiento, consagracion al objeto amado, pero con los accidentes característicos de una hija de la Grecia.

El metro adoptado en la traduccion es el mismo del orijinal. Las personas que hablan son: *Sardanapalo*, rei de Asiria; *Salaménes*, hermano de la reina; *Mirra*, cautiva griega, concubina de Sardanapalo. Comparsa de damas.—*(El autor.)*

de maldicion, de los monarcas? Regla
tus horas, como quieras, i las mias.

MIRRA

¡Ordene vuestra alteza!

SARDANAPALO

¡Vuestra alteza!
¡Ah! por tu cara vida, que es la mia,
olvide ya tu labio ese lenguaje.
Por el primero de mis goces tengo
que tú te goces; i me atrevo apénas
a exhalar un deseo, recelando
que talvez con alguno de los tuyos
cruzarse pueda; porque ¿cuándo duda
Mirra sacrificar a los ajenos
sus pensamientos?

MIRRA

Es mi dicha sola
mirar la tuya; mas...

SARDANAPALO

¿Qué *mas?* Barrera
no habrá ninguna entre tu amor i el mio,
sino tu gusto.

MIRRA

Pienso que es ya hora
de que el consejo se reuna, i debo
retirarme de aquí.

SALAMÉNES

La esclava griega

dice mui bien: retírese.

SARDANAPALO

¿Quién osa
alzar la voz? ¿Qué es esto, hermano?

SALAMÉNES

Hermano
de la reina, señor; vasallo vuestro.

SARDANAPALO

Vosotras, idos. Cada cual disponga
del tiempo, como dije, a su talante,
hasta la hora del banquete.[1] Mirra,
¿tambien te vas? Tus ojos me dijeron,
tus griegos ojos, cuya dulce lengua
habla tan claro al corazon, tus ojos
¿no me dijeron que partirte ahora
no pensabas de mí?

MIRRA

¡Gran rei!... Tu hermano...

SALAMÉNES

Hermano de la reina, de su esposa:
barragana de Grecia, ¿osas mentarme
sin rubor?

SARDANAPALO

¿Sin rubor? Eres tan ciego
como insensible, que no ves bañado
su rostro en el carmin de la nevada

---

1 Vanse las damas.

caucásea cumbre, cuando el sol se pone;
i de tu yerta ceguedad la acusas...
¿Tú lloras, Mirra?

SALAMÉNES

Tiempo es ya que corra,
siendo tan justa la ocasion, su llanto.
Harto hai mas que llorar, de lo que piensas;
i de mas triste lloro es ella causa.

SARDANAPALO

¡Maldicion sobre el bárbaro que pudo
hacerla así llorar!

SALAMÉNES

No te maldigas;
que demasiadas, demasiadas voces
ya te maldicen.

SARDANAPALO

Olvidar pareces
quién eres i quién soi. ¿Forzarme intentas
a recordar que soi monarca?

SALAMÉNES

¡Al cielo
pluguiese que una vez lo recordaras!

MIRRA

Augusto soberano de la Asiria,
i tú, príncipe ilustre, permitidme
que me retire.

SARDANAPALO

Pues que tú lo quieres,
i herir tan despiadadamente pudo
rústica avilantez tu manso pecho,
ve; pero ten presente que te aguardo.
La corona de Asiria vale ménos,
que tu vista a mis ojos.[1]

SALAMÉNES

Una i otra
vas a perder... i para siempre acaso.

SARDANAPALO

Este paciente oido que a tus voces
me ves dar, manifiesta que a lo ménos
sé vencerme a mí mismo. Pero baste:
no apures mas mi natural templanza.

SALAMÉNES

¡Templanza muelle, afeminada, torpe,
indigna! ¡Oh si apurarla al fin pudiese
i despertar tu adormecido brio,
aunque contra mí mismo lo emplearas!

SARDANAPALO

¡Por vida de Baal! este hombre quiere
hacer de mí un tirano.

SALAMÉNES

¿I qué otra cosa
has sido i eres que un tirano? ¿Juzgas

1 Vasc Mirra.

que hai solo tiranía de cadenas,
de sangre i muerte? El mudo despotismo
del vicio, el débil depravado lujo,
la floja neglijencia, la apatía,
la sensual pereza, enjendran miles
i miles de tiranos delegados,
cuya crueldad excede a los peores
actos de un amo enérjico, por duro,
áspero, atroz, que en su conducta sea.
De tu lujuria el seductivo ejemplo
corrompe tanto como oprime, i mina
a un tiempo mismo el vano simulacro
de tu poder, i sus apoyos. Ora
fuerza enemiga invada, ora en el reino
civil tumulto estalle, igual miseria
amaga: a la primera, en tus vasallos
no hai valor que resista; i al segundo,
ántes auxilio harán, que resistencia.

SARDANAPALO

¿Quién te hizo a ti vocero de la plebe?

SALAMÉNES

El perdon de la injuria de mi hermana,
el natural cariño a tus infantes
hijos, en que circula sangre mia,
la fe que debo al rei, la fe que presto
has de necesitar, i no en palabras,
el respeto a la estirpe esclarecida
de Nemrod; i otra cosa de que nunca
alcanzaste noticia.

SARDANAPALO

¿Cuál?

SALAMÉNES

Un nombre

que nunca oíste articular.

SARDANAPALO

¿Qué nombre?

SALAMÉNES

Virtud.

SARDANÁPALO

¡Oh cuánto yerras! No hai acento
que haya sonado tanto en mis oídos.
Peor es para mí que gritería
de alborotada plebe, o son guerrero
de aturdidora trompa. ¿El nombre, dices,
de la virtud? Jamas oí que hablase
tu hermana de otra cosa.

SALAMÉNES

Pues al ménos,
para mudar tan enojoso tema,
oirás hablar del vicio.

SARDANAPALO

¿A quién?

SALAMÉNES

¿No escuchas
el eco de las quejas nacionales
que va doquiera derramando el viento?

SARDANAPALO

¡Ménos exaltacion i mas cordura!
Sufrido soi, lo sabes. Tienes hartas

pruebas de mi paciencia. Habla. ¿Qué temes?
¿Qué es lo que así te inquieta?

SALAMÉNES

Tu peligro.

SARDANAPALO

Acaba de una vez.

SALAMÉNES

Los pueblos todos,
cuantos de tus abuelos heredaste,
levantan contra ti la voz al cielo.

SARDANAPALO

¿Contra mí? ¿Mis esclavos? ¿Qué les falta?

SALAMÉNES

Un rei!

SARDANAPALO

Pues yo ¿qué soi?

SALAMÉNES

Nada a sus ojos:
la fantasma de un hombre que pudiera
ser algo, si quisiese.

SARDANAPALO

¡Temerarios!
¿Qué puedo darles mas de lo que tienen,
cuando en la paz i la abundancia viven?

SALAMÉNES

Tienen de la primera, demasiado
para el honor; de la segunda, ménos
de lo que piensa el rei.

SARDANAPALO

Si alguna cosa
al bienestar de las provincias falta,
¿no es culpa de los sátrapas?

SALAMÉNES

Es tuya,
tuya, que aletargado en el deleite,
no tiendes mas allá de esos jardines
la vista, sino el dia que trasladas
tu corte a otro palacio en la alta sierra,
hasta que los calores templa otoño.
¡Oh gran Baal, que en otro tiempo fuiste
el fundador, i hoi eres dios de Asiria,
o como un dios, al ménos, en la larga
carrera de los siglos resplandeces!
Este, que descender de ti presume,
jamas ha visto como un rei los reinos
que como un héroe conquistar supiste.
¿I para qué? Para que fuese un dia
el sudor de los pueblos devorado
en nocturnos festines, i cebase
la pública sustancia una ramera.

SARDANAPALO

¡Ah! ya lo entiendo. ¿Tú quisieras verme
salir a conquistar? Por esos astros,
en que la ciencia lee de los caldeos,
bien a ese inquieto vulgo le estaria
que yo por maldicion su gusto hiciese,
i los llevase a la victoria.

SALAMÉNES

Hicieras
lo que la gran Semíramis, que solo
fué una mujer, i las asirias huestes
llevó al remoto Gánjes.

SARDANAPALO

I del Gánjes,
¿cómo volvió?

SALAMÉNES

Con veinte guardias solo:
rechazada, es verdad, mas no vencida.

SARDANAPALO

¿I cuántos, dime, míseros asirios
quedaron en la India prisioneros,
o muertos?

SALAMÉNES

No lo dicen los anales.

SARDANAPALO

Pues yo por ellos digo que harto fuera
mejor para Semíramis, que dentro
de las alcobas de palacio hubiese
veinte o cuarenta túnicas tejido,
que el haberse salvado, abandonando,
para presa de cuervos i de lobos
i de hombres (que es peor), miles i miles
de súbditos amantes. ¿Gloria es esa?
Prefiero a tales glorias la ignominia.

SALAMÉNES

No todas las empresas lograr pueden
suceso igual. Semíramis augusta,
madre de cien monarcas, venturosa
no fué en la India, pero a Persia i Media
i Bactria incorporó con los dominios
de sus antepasados, que podrias
como ella gobernar.

SARDANAPALO

Yo los gobierno:
ella no supo mas que desolarlos.

SALAMÉNES

Tiempo vendrá talvez, i no distante,
que menester habrás, mas que tu cetro,
la espada de Semíramis. Razones
vanas dejemos. El intento mio
fué arrancarte del ocio vergonzoso
en que dormitas. Lo que yo no pude,
la rebelion podrá.

SARDANAPALO

¿Quién se rebela?
¿Por qué? ¿Con cuál pretexto? Soi monarca
lejítimo, i desciendo de una línea
de reyes, que en el solio no tuvieron
predecesores. ¿Cuál mi culpa ha sido
contigo o con el pueblo?

SALAMÉNES

De tu culpa
conmigo, nada he dicho.

SARDANAPALO

Pero piensas
que a la reina hago injuria.

SALAMÉNES

No lo pienso:
le haces injuria.

SARDANAPALO

Salaménes, oye.
El poder, la tutela de sus hijos
mis herederos, la real grandeza,
el aparato, el público homenaje,
que al trono pertenece de la Asiria,
todo lo tiene. Me casé con ella,
como los reyes, por razon de estado.
Améla, como suelen los maridos
amar a sus esposas. Si creíste,
i si creyó tu hermana, que amoroso,
rendido, fiel, como un pastor caldeo
a su zagala, iba a tenerme siempre,
digo que no supiste, ni ella supo,
lo que soi yo, lo que es un rei, i un hombre.

SALAMÉNES

Mudemos de sujeto. De la queja
desconozco el idioma; i la que tiene
sangre de Salaménes en el pecho,
no pide (aunque el del rei de Asiria sea)
forzado amor, con griegas prostitutas
i extranjeras comblezas repartido.
La reina calla.

SARDANAPALO

¿I por qué no su hermano?

SALAMÉNES

Esta voz es la voz de los imperios,
i desoírla es abdicarlos.

SARDANAPALO

¡Vulgo
desconocido! De su rei murmura,
porque no quise derramar su sangre;
porque no quise que sus huesos fueran
a rodar insepultos por la orilla
del Gánjes, o aumentar desmoronados
el polvo del desierto; porque leyes
feroces no dicté que los diezmasen;
porque con el sudor de mis vasallos,
no levanté pirámides ejipcias
ni babilonios muros.

SALAMÉNES

A lo ménos
fueran trofeos tales mas honrosos
para tu pueblo i para ti, que bailes
i cantos i festines i rameras,
i entronizados vicios, i tesoros
desperdiciados.

SARDANAPALO

Yo tambien trofeos
al mundo dejaré: las dos ciudades
de Anquíalo i de Tarso, edificadas
en pocas horas. ¿Qué mas pudo, dime,
esa marcial Semíramis, mi *casta*,
mi heroica abuela, excepto destruirlas?

SALAMÉNES

Te labraste por cierto gloria eterna

fundando por capricho dos ciudades,
i haciendo de esta accion memoria, en versos
que las infamarán perpetuamente,
i a ti con ellas.

SARDANAPALO

¡Infamarme! Juro
a mi projenitor Baal, que hermosas
como son ellas, valen mas mis versos.
Escucha: «El hijo de Anacindaráxes,
Sardanapalo, edificó en un dia
las ciudades de Anquíalo i de Tarso:
comed, bebed, gozad de amor los bienes,
que todo lo demas no importa un bledo.»

SALAMÉNES

¡Sabia moral, seguramente, i digna
de que para memoria de las jentes
la grabe un rei en mármoles i bronces!

SARDANAPALO

A lo que entiendo, hermano, tú querrías
que yo hablase a mis pueblos de este modo:
«Obedeced al rei; pagad impuestos
a su tesoro; reclutad sus huestes;
derramad a su antojo vuestra sangre;
postraos i adorad»... O de este modo:
«El rei Sardanapalo en este sitio
mató cincuenta mil de sus contrarios:
esas las tumbas son, i este el trofeo.»
Yo dejo, hermano, semejantes glorias
a los conquistadores; i me basta
para la mia, alijerar un tanto
a mis vasallos, si es posible, el peso
de la miseria humana, i que desciendan
sin jemir al sepulcro. Los placeres
que me permito a mí, se los permito
a los demas, que somos todos hombres.

SALAMÉNES

¡Nínive! está sellada tu ruina.
¡Ai, ai de ti, señora de las jentes,
ciudad sin par!

SARDANAPALO

¿Qué temes?

SALAMÉNES

Los que guardan
tu persona i tu trono i tu familia,
tus enemigos son; i su carrera
no habrá el sol de mañana terminado,
cuando verá su fin la de tu raza.

SARDANAPALO

¿Qué es lo que a tus temores da motivo?

SALAMÉNES

Alevosa ambicion, que tiende en torno
de ti sus redes. Mas aun hai remedio.
Dame el sello real, i de la oculta
conspiracion trastorno el plan, i pongo
a tus piés las cabezas enemigas.

SARDANAPALO

¿Cabezas? ¿cuántas?

SALAMÉNES

Cuando está en peligro
la tuya propia, ¿para qué contarlas?
Dame tu sello, i lo restante deja
a mi cuidado.

SARDANAPALO

Yo no doi a nadie
tan gran poder.

SALAMÉNES

¿Respetarás las vidas
de fementidos, que a la tuya amagan?

SARDANAPALO

¡Ardua cuestion! Mas di que nó. ¿Forzoso
será remedio tal? ¿De quién sospechas?
Arresta a los culpables.

SALAMÉNES

No querria
tener que responderte. En un momento
referirá sus nombres la liviana
charla de cortesanos; ni en palacio
serán sabidos solamente; i todo
se frustrará. Confía en mí.

SARDANAPALO

Tu celo
conozco bien. Recibé el sello.

SALAMÉNES

Pido
otra cosa ademas.

SARDANAPALO

¿Cuál es?

SALAMÉNES

Que omitas
la preparada fiesta.

SARDANAPALO

Nó!, por cuantos
conspiradores sacudir un reino
osaron. Vengan: sobre mí descarguen
toda su furia. Demudarme un punto
no me verán; no dejaré la copa;
no perderé por ellos un instante
de placer, ni una sola rosa ménos
coronará mi frente. No me inspiran
ningun temor.

SALAMÉNES

Si la ocasion se ofrece,
¿las armas tomarás?

SARDANAPALO

Dado que importe
para hacer de malvados escarmiento,
esgrimiré la espada hasta que mansos
pidan que la trasforme en rueca.

SALAMÉNES

Dicen
que en eso el cetro has convertido.

SARDANAPALO

Mienten!
Mas díganlo en buenhora. La calumnia
es privilejio de la plebe antiguo
contra los soberanos.

SALAMÉNES

A tus padres
no calumniaron nunca de esa suerte.

SARDANAPALO

Porque, en perpetuo afan, pasaban solo
del grave arnes a la servil coyunda.
Ahora en paz i holganza triscar pueden
i murmurar. Murmuren: no me pesa.
No doi de un bello rostro la sonrisa
por cuantos ecos populares hinchen
el grito de la fama. Las procaces
lenguas de esa vîl grei, que la abundancia
insolentó, ¿qué son, para que ofendan
o halaguen mis oídos las ruidosas
voces de su censura o su alabanza?

SALAMÉNES

Si te desdeñas de ser rei, no es mucho
digan que no naciste para serlo.

SARDANAPALO

Mienten! Por mi desgracia solo sirvo
para ser rei. Si así no fuera, el trono
al mas vil de los medos cederia.

SALAMÉNES

Pues hai un medo que ocuparlo intenta.

SARDANAPALO

¿Qué me quieres decir? Mas tu secreto
guarda: no soi curioso. Haz lo que importe
a la paz: yo te apoyo. Jamas hubo

quien mas que yo la desease; pero
si hai quien la turbe i mi furor despierte,
harto mejor seria que evocase
del polvo helado de la tumba, al fiero
Nemrod, el cazador: haré la Asiria
un vasto yermo de silvestre caza,
donde a los que hombres eran, como brutos
acosaré. Si lo que soi calumnian,
para lo que seré los desafio
a que dictado tan odioso encuentren,
que me calumnie.

SALAMÉNES

¿Al fin sentiste?

SARDANAPALO

¿Qué alma
pudo a la ingratitud no ser sensible?

EN EL ALBUM

DE LA CANTATRIZ DOÑA TERESA ROSSI *

Hai una majia en tu cantar, Teresa,
que deliciosamente me embelesa.
¿Jimes? traspasa el alma tu jemido;
¿lloras? me arranca lágrimas tu llanto.
No sé decir si alegre o dolorido
tiene en mi pecho mas poder tu canto.
Cuando injenua aldeana
te burlas del amor i de la vana
charla que hechizos vende
i avasallar la voluntad pretende,
que tú sola lo tienes imajino
el elíxir que busca Nemorino.
Si amorosa Lucía,
víctima triste de ambicion impía,
te exhalas en acentos moribundos;
o si Julieta arrodillada invocas
la paternal piedad, ¡oh, cómo tocas
del corazon los pliegues mas profundos!
¿I qué diré de ti, sensible Amina?
Yo tambien al oirte, en vago sueño

* El señor Bello escribió esta composicion a solicitud de su hija la señora doña Luisa Bello de Vial, i para que fuese firmada por ella.

me pierdo, i un fantástico diseño
de ilusion peregrina
me arroba, i de mí misma me enajena...
¿Pero qué alegre música resuena?
¿Quién es la que cantando se engalana?
¡Cómo tu voz me hechiza i me trasporta,
Elvira, encantadora puritana!
¿*Vezzosa* te llamaste? Quedas corta;
llámate de las almas soberana.
Oyéndote, diviso
solitario encantado paraíso,
donde ninfa celeste al aura envía
cánticos de inocencia i de alegría.

Mas no pienses que solo con prestadas
formas, Teresa, agradas,
ni que hablo solo a la admirable artista
que los afectos con su voz conquista:
hablo a la amiga; i declararle quiero
el cariño sincero
de una alma fiel. ¡Jamas con pena alguna
acibare tus dichas la fortuna!
¡Dondequiera que mores,
a manos llenas sobre ti las flores
de la felicidad derrame el cielo!
I si talvez pisando extraño suelo,
o atravesando dilatados mares
de Chile te acordares,
i a mi memoria un breve instante dieres,
una amable sonrisa
te merezcan los rudos caractéres
que traza en estas pájinas tu Luisa!

A LA SEÑORA

DOÑA JULIA CODECIDO DE MORA

SUPLICA EL AUTOR
SE SIRVA ESCRIBIR ESTOS VERSOS EN SU ALBUM

Si es humilde homenaje, si es tardío,
encantadora Julia, el que te envío,
perdona a la afliccion, perdona al duelo
en que abrumó mi corazon el cielo.

Tú supiste la causa de mi lloro,[1]
i tambien la lloraste, lo aseguro,
que, de cuanto es amable, i tierno, i puro,
tu pecho es el santuario i el tesoro.

Como tu padre en ti se goza i place,
tal me gozaba yo, tal me placia
en la que ahora helado polvo yace,
presa inmatura de la Parca impía.

Tú sabes qué celajes de esperanza,
talvez a un padre el porvenir figura;

1 El autor alude al fallecimiento de su hija la señora doña Ana Bello de Valdes, el cual ocurrió el 9 de mayo de 1851.

celajes ¡ai! de aérea lontananza,
que vi tornarse luego en sombra oscura.

Pues, en ese horizonte arrebolado,
hoi a mis ojos, noche opaca i triste,
verte me parecia, i a tu lado,
la que para su padre ya no exíste.

Creíla a conocerte destinada;
i si permites, Julia, que lo diga,
creíla de tus prendas adornada,
merecedora de llamarte amiga.

No quiso que lo fuese, concederme
el cielo; a mi ternura arrebatóla,
i a tu cariño; muda, yerta, sola,
mi hija querida en el sepulcro duerme.

Que así tu tierno corazon lastime,
perdona. ¿Puede dar dulces acentos
un alma que, en dolor profundo, jime?
De ayes solo es capaz, i de lamentos.

Colgué en un árbol mustio de la selva
mi destemplada lira envuelta en luto;
i si me pides que a pulsarla vuelva,
¿cómo negarte, Julia, este tributo?

¡Feliz, si la memoria que grabada
llevo, le vale, i Julia lo recibe,
i el nombre de mi Anita malograda,
que pongo en él, su bella mano escribe;

I en este libro, en que, con larga vena,
derrama sus halagos, Poesía,
le da lugar, i lúgubre elejía
entre armoniosos cantos, no disuena!

Sí, le darás lugar; no el que se debe
al noble injenio, al inspirado númen

(tanto mis toscos versos no presumen),
sino, en secreta hoja, espacio breve.

Así talvez en un recinto ameno,
brillan a competencia Arte i Natura;
el aire está de mil aromas lleno;
onda arjentina acá i allá murmura.

Entre marmóreos arcos, se divisa
bello pensil de espléndidos colores;
i en torno de la ninfa que lo pisa,
brotan del suelo enamoradas flores;

I en una parte solitaria, inculta,
dó apénas lleva el aura silenciosa
ecos lejanos, débiles, oculta
un sauce llorador funérea losa.

A LA VÍRJEN DE LAS MERCEDES

TRADUCCION DE UNA SEQUENTIA, O HIMNO ECLESIÁSTICO

Saludad, pobres cautivos,
a la Vírjen redentora;
alce cánticos festivos
la devota cristiandad;
¡oh, qué hermoso brilla el dia
en que el mundo su bandera,
que a los cielos da alegría,
tremoló la caridad!

Oyó el cielo vuestros votos;
cese el mísero jemido;
vuestros hierros serán rotos;
libertados vais a ser.
¡Vírjen Madre! tú a la vida,
tú a la fe, que desfallece
de peligros combatida,
te dignaste socorrer.

Llegó a ti la queja triste
del esclavo encadenado,
i apiadándote quisiste
poner fin a su dolor;

coronada de luz bella
de los cielos descendiste,
i la noche vió la huella
del celeste resplandor.

Abrasado en santo celo
se desvela el gran Nolasco,
i postrado ruega al cielo
por la opresa humanidad,
cuando ve tu faz serena,
i tu dulce voz le envía
al que yace en vil cadena
para darle libertad.

Orden nueva, en honra tuya,
i de tu Hijo soberano,
le has mandado que instituya,
i le ofreces ayudar:
órden santa que socorra
al cautivo, i le conforte
en la lóbrega mazmorra,
i le vuelva al patrio hogar.

Vírjen Santa, tú proclamas
la embajada bienhechora;
en las almas tú derramas
de piedad heroico ardor;
a tus hijos se encomienda
afanar por el cautivo,
i aun dejar la vida en prenda
a su bárbaro señor.

Siempre pia, enjuga el llanto
del que jime en cárcel dura;
dale alivio en su quebranto;
fortalece en él la fe;
mueve el pecho compasivo
de la grei cristiana toda,
i los medios, al cautivo,
de romper sus grillos dé.

En la órden que fundaste,
alimenta la encendida
caridad con que abrasaste
de Nolasco el corazon;
i en el lance pavoroso
de la hora postrimera,
danos ver tu rostro hermoso,
prenda fiel de salvacion.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARMENDIA

Amable Pepa, en esa edad florida,
risueña, encantadora,
es la vida
una aurora
cuyo esplendor ninguna nube empaña.
Cuando todo es verdor de primavera
en montaña
i pradera,
i todo alrededor es poesía,
i todo pensamiento, fantasía,
todo suspiro, amor, bellos reflejos
de esperanzas alegres a lo léjos
doran el porvenir; el alma crea
de la belleza la divina idea
en los objetos que la mente acopia,
i hace del mundo una encantada utopia.

Mas para aquel que como yo la vea
desde el confin opuesto
del opaco horizonte, consumida
en afanes, dolores, desengaños,
cuando es un breve resto
lo que falta a la suma de los años,

es una sombra pálida la vida,
una tarde fugaz, descolorida,
do del pasado entre la niebla oscura,
lo que esperanza fué, placer, ventura,
todo ya se deslustra i desencanta,
i en lívidos espectros se levanta.

Soi como el caminante fatigado
que va cruzando con medrosa planta
el bosque, verde ayer, hoi deshojado,
cuando el lucero su fanal suspende
entre nublados, i la noche tiende
su negro manto. ¡Qué de penas graves
mi corazon aquejan,
qué de pérdidas lloro, tú lo sabes,
i la huella profunda ves que dejan
el dolor i los años juntamente
en mi marchita frente!
¿Será, pues, Pepa hermosa, lo que escribe
el que esta vida de amargura vive,
digno de ti, poético homenaje?
¿Dará el sauce que cuelga su ramaje
sobre las tumbas, bella flor ni fruto,
o canto alegre la mansion del luto?

Pero aun en este mísero desierto,
a la alegría, a la esperanza muerto,
halaga entre malezas i entre abrojos
algun objeto los cansados ojos,
alguna rosa que embalsama el aura
i el falleciente espíritu restaura:
la tierna madre, la leal esposa,
que guarda su entereza jenerosa,
i en este siglo de licencia i crímen
en que las leyes conculcadas jimen
i el modesto pudor se vitupera
como tosco resabio de otra era,
del vicio la influencia pestilente
no contamina su virtud severa,
como la sombra de la nube oscura

pasa veloz sobre la fuente pura,
i no le enturbia su onda trasparente.
Esa madre i esposa,
de que yo admiro en ti noble modelo,
es del desierto la nativa rosa
con que embellece alguna vez el cielo,
para ejemplo fecundo
i para adorno de tu sexo, al mundo.

LA ARDILLA, EL DOGO

I EL ZORRO

TRADUCCION LIBRE DE FLORIAN

Madama Ardilla con un Dogo fiero,
compadre antiguo suyo i compañero,
salió al campo una tarde a solazarse.
Entretenidos iban en gustosa
conversacion, i hubieron de alejarse
tanto, que encapotada i tempestuosa
los sorprendió la noche a gran distancia
de su comun estancia.
Otra posada no se les presenta
que una alta encina, añosa, corpulenta:
el hueco tronco ofrece albergue i cama
a nuestro Dogo: la lijera Ardilla
se sube de tres brincos a una rama,
i lo mejor que puede se acuclilla.
Danse las buenas noches, i dormidos
quedaron luego. A lo que yo barrunto,
eran las doce en punto,
hora propicia al robo i al pillaje,
cuando aportaba por aquel paraje
uno de los ladrones forajidos
de mas renombre. Un Zorro veterano,

terror de todo el campo comarcano
en leguas veinte o treinta a la redonda,
en torno al árbol ronda,
alza el hocico hambriento
de palpitante carne, atisba, husmea,
i ve a la Ardilla en su elevado asiento:
ya en su imajinacion la saborea,
i la boca se lame,
i la cola menea;
mas ¿cómo podrá ser que a tanta altura,
si no le nacen alas, se encarame?
Iba casi a decir: «No está madura»,
cuando le ocurre una famosa idea.
—«Bella señora mia,
vuesa merced perdone (le decia)
si interrumpo su plácido reposo.
Despues de tanto afan, cuando el consuelo
de hallarla me concede al fin el cielo,
no puedo contener el delicioso
júbilo que de mi alma se apodera.
¿No me conoce usted? Su buena madre
hermana fué de mi difunto padre.
Tengo el honor de ser su primo hermano.
¡Ai! en su hora postrera
el venerable anciano
me encomendó que luego en busca fuera
de su sobrina, i la mitad le diera
de la hacenduela escasa
que al salir de esta vida
nos ha dejado. A mi paterna casa
sea usted, pues, mil veces bien venida,
i déjeme servirla en el viaje
de escudero i de paje.
¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,
que de una vez no viene
a colmar mi ventura, en lazo estrecho
juntando el suyo a mi amoroso pecho?»
Ella, que por lo visto era ladina,
a par que vivaracha i pizpireta,
i al instante adivina

la artificiosa treta,
así responde al elocuente Zorro:
—«Fineza tanta, mi querido primo,
i el liberal socorro
del piadoso difunto,
que en paz descanse, como debo, estimo.
Bajar quisiera al punto;
pero, ya veis... ¡Mi sexo!... A la entrevista
es menester que asista,
si lo teneis a bien, un deudo caro,
que de mis años tiernos fué el amparo;
es persona discreta,
a quien podeis tratar sin etiqueta,
i que holgará de conoceros. Vive
en ese cuarto bajo;
llamadle.»—Don Marrajo,
dándose el parabien de su fortuna,
que le depara, segun él concibe,
dos presas en vez de una,
con la mayor frescura i desahogo
fué en efecto, i llamó. Pero la suerte
se vuelve azar. Despierta airado el Dogo,
se abalanza, le atrapa i le da muerte.

—

Esta sencilla historia nos advierte
a un tiempo, hija querida,
tres importantes cosas:
de un seductor las artes alevosas,
de la maldad el triste paradero,
i lo que vale en lances de la vida
la acertada eleccion de un compañero.

EL HOMBRE, EL CABALLO

I EL TORO

A un Caballo dió un Toro tal cornada,
que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido i fuerte,
quiere vengar su afrenta con la muerte
de su enemigo; pero como duda
si contra el asta fiera, puntiaguda,
arma serán sus cascos poderosa,
al Hombre pide ayuda.

«De mil amores, dice el Hombre. ¿Hai cosa
mas noble i digna del valor humano,
que defender al flaco i desvalido,
i dar castigo a un ofensor villano?
Llévame a cuestas tú, que eres fornido;
yo le mato, i negocio concluido.»

Apercibidos van a maravilla
los aliados; lleva el Hombre lanza;
riendas el buen rocin, i freno, i silla,
i en el bruto feroz toman venganza.

«Gracias por tu benévola asistencia,
dice el corcel: me vuelvo a mi querencia;
desátame la cincha, i Dios te guarde.»
—«¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio

pagas así?»—«Yo no pensé...»—«Ya es tarde
para pensar; estás a mi servicio;
i quieras o no quieras,
en él has de servir hasta que mueras.»

Pueblos americanos,
si jamas olvidais que sois hermanos,
i a la patria comun, madre querida,
ensangrentais en duelo fratricida,
¡ah! no invoqueis, por Dios, de jente extraña
el costoso favor, falaz, precario,
mas de temer que la enemiga saña.
¿Ignorais cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
tributo eterno i dura servidumbre.

LAS OVEJAS

Líbranos de la fiera tiranía
de los humanos, Jove omnipotente
(una oveja decía,
entregando el vellon a la tijera);
que en nuestra pobre jente
hace el pastor mas daño
en la semana, que en el mes o el año
la garra de los tigres nos hiciera.
Vengan, padre comun de los vivientes,
los veranos ardientes;
venga el invierno frio;
i danos por albergue el bosque umbrío,
dejándonos vivir independientes,
donde jamas oigamos la zampoña
aborrecida, que nos da la roña,
ni veamos armado
del maldito cayado
al hombre destructor que nos maltrata,
i nos trasquila, i ciento a ciento mata.
Suelta la liebre pace
de lo que gusta, i va donde le place,
sin zagal, sin redil i sin cencerro;
i las tristes ovejas (¡duro caso!),
si hemos de dar un paso,
tenemos que pedir licencia al perro.
Viste i abriga al hombre nuestra lana;
el carnero es su vianda cuotidiana;

i cuando airado envías a la tierra,
por sus delitos, hambre, peste o guerra,
¿quién ha visto que corra sangre humana
en tus altares? Nó: la oveja sola
para aplacar tu cólera se inmola.
El lo peca, i nosotras lo pagamos.
¿I es razon que sujetas al gobierno
de esta malvada raza, Dios eterno,
para siempre vivamos?
¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
que fuésemos esclavas,
ménos crüeles amos?
que matanza a matanza i robo a robo,
harto mas fiera es el pastor que el lobo.»

Miéntras que así se queja
la sin ventura oveja
la monda piel fregándose en la grama,
i el vulgo de inocentes baladores
¡vivan los lobos! clama
i *¡mueran los pastores!*
i en súbito rebato
cunde el pronunciamiento de hato en hato,
el senado ovejuno
«¡ah! dice: todo es uno.»[1]

1 Orijinariamente el autor puso a esta fábula el siguiente final:

...de hato en hato,
un carnero de enhiesta cornamenta,
que hace mui poca cuenta
del bochinche ovejuno,
«callad, molondros, dice, todo es uno.»
¿Cual es la moraleja
de ésa ficcion? quizas pregunte alguno.
América querida, a ti se deja.

MISERERE

TRADUCCION DEL SALMO 50

¡Piedad, piedad, Dios mio!
¡que tu misericordia me socorra!
Segun la muchedumbre
de tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
lávame mas i mas; mi depravado
corazon quede limpio
de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
toda la fealdad de mi delito,
i mi conciencia propia
me acusa, i contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
a tu vista obré el mal, para que brille
tu justicia, i vencido
el que te juzgue, tiemble i se arrodille.

Objeto de tus iras
nací, de iniquidades mancillado;
i en el materno seno,
cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
i para mas rubor i afrenta mia,
tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
me rociarás, i ni una mancha leve
tendré ya; lavarásme,
i quedaré mas blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
de consuelo i de paz en mis oídos,
i celeste alegria
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
i en mi pecho no dejes
rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cria
un corazon que con ardiente afecto
te busque; un alma pura,
enamorada de lo justo i recto.

De tu dulce presencia,
en que al lloroso pecador recibes,
no me arrojes airado,
ni de tu santa inspiracion me prives.

Restáurame en tu gracia,
que es del alma salud, vida i contento;
i al débil pecho infunde
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
de su razon conozca el estravío;
le mostraré tu senda,
i a tu lei santa volverá el impío.

Mas librame de sangre,
¡mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
de piedad! i mi lengua
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
si tanto un pecador que llora alcanza,
i gozosa a las jentes
anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
gratas a ti, las inmolara luego;
pero no es sacrificio
que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazon doliente
es la expiacion que a tu justicia agrada:
la víctima que aceptas
es un alma contrita i humillada.

Vuelve a Sion tu benigno
rostro primero i tu piedad amante,
i sus muros la humilde
Jerusalen, Señor, al fin levante.

I de puras ofrendas
se colmarán tus aras, i propicio
recibirás un dia
el grande inmaculado sacrificio.



ORLANDO ENAMORADO

TRADUCCION

DEL POEMA DE BOYARDO REFUNDIDO POR BERNI



ORLANDO ENAMORADO

CANTO I.

ANJÉLICA

Yo siento a par del alma que no hubiera
el gran cabalgador de Rocinante
resucitado la dichosa era
de la caballeresca órden andante;
que a ser él venturoso, no se viera,
como se ve, la iniquidad triunfante,
ni viciara la sórdida codicia
la humana sociedad, como la vicia.
Porque hoi al interes todo se postra:
¿dó se ve ahora aquel heroico aliento
que los peligros i la muerte arrostra
para dar cima a un jeneroso intento?
Nuestra ufana cultura es una costra
que esconde pestilente hondo fermento:
espléndido sepulcro, por defuera
pulido jaspe, adentro gusanera.
¿Qué es de aquellos valientes paladines
que en el campo, en el yermo, en rejia corte,
daban contra alevosos malandrines
al débil sexo i la orfandad conorte,
llevando hasta los últimos confines
del mundo en su tizona el pasaporte,
i una dama jentil talvez al anca,
i todo sin costarles una blanca?

¡Feliz edad! mil veces te bendigo,
no a la presente, en que si alguno piensa
(i al buen manchego apelo por testigo)
salir de la justicia a la defensa,
sepa que ha de tener por enemigo
al mundo, que le guarda en recompensa
la Peña Pobre de Amadís de Gaula,
el hospital, la cárcel o una jaula.
Un bravo capitan con eficacia
por una buena causa se apersona,
i os demanda despues con mucha gracia
i con mucha modestia una corona;
i si orejea la nacion rehacia,
i el monarca novel la desazona,
¡pobre de aquel que un poco recio chista!
¡viva Su Majestad! i penca lista.
Esotro, demagogo vocinglero,
¡gloria, dice, *a la santa democracia!*
i añade en baja voz: *un cargo quiero;*
de ministro de estado, verbigracia.
Así vivieras tú, noble Rujero,
i tú, Roldan, i Cironjil de Tracia;
que ya ajustar sabríades la cuenta
a tanto perillan que nos revienta.
Mas, aunque en el sepulcro te has hundido,
jeneracion poética dichosa,
i está el jénero humano reducido
por sus pecados a vivir en prosa,
no por eso tu fama en el olvido
se hunda tambien bajo la misma losa,
ántes perennemente clara i bella
luzca, i el alma se solace en ella.
Ya a los Reináldos i Ricártes veo
salir armados de la huesa oscura,
i disputarse en justa o en torneo
el prez de la destreza o la bravura:
en cada campo algun marcial trofeo;
en cada encrucijada una aventura:
¡qué de castillos, torres, hadas, magos,
jayanes, i vestiglos, i endriagos!

Pues banquetes i zambras no se diga,
i alegre danza i música gozosa;
donde el valor depone la loriga,
i se enguirnalda de jazmin i rosa,
i la infanta heredera, que en la liga
de amor cayó, discreta a par que hermosa,
la fe recibe de su caro andante,
i se le rinde a todo su talante.
Como el cautivo su dolor serena,
cuando la desvelada fantasía
le finje en torno la campiña amena
en que suelto i feliz vagaba un dia,
i en tanto ni le escuece la cadena,
ni ve el horror de su mazmorra umbría;
con el ausente amigo tiene fiesta,
i la voz de su amada oye i contesta;
Tal se calma mi espíritu doliente,
cuando de lo que fué la sombra evoco,
i corro la cortina a lo presente,
i otro mundo mas bello miro i toco.
¿A quién de cuando en cuando este inocente,
este dulce soñar, no agrada un poco?
Respira en tanto el alma i hurta al ceño
de la fortuna lo que dura el sueño.
De estas, pues, tradiciones venerables,
señores mios, tejeré mi cuento,
si mi rudo cantar quereis afables
acojer i le dais oído atento.
Diré de Orlando hazañas memorables
en que igualó al peligro el ardimiento,
cuando por lejas tierras iba errante,
de una ingrata beldad perdido amante.
Caso parecerá sin duda extraño
que a un hombre como Orlando [1] Amor inquiete;
pero ¿cuál es el pecho tan huráño,
que a su tirana lei no se sujete?
I de sus tiros no minora el daño
hadado arnes ni fino capacete;
ántes a quien de mas valor blasona
con mas duras cadenas aprisiona.

Ni porque de este amor hasta el presente
ninguno hablase, es ménos verdadero;
i si porque de Orlando era pariente
se lo dejó Turpin en el tintero
temiendo dar escándalo a la jente,
a mí me cumple, historiador severo,
sacarlo a luz, i nuevamente os pido
que licencia me deis i atento oído.

De Sericana la rejion distante,
segun antigua crónica razona,
señoreaba el rei mas arrogante
que en el mundo jamas ciñó corona:
jactábase de ser, sola, bastante
a conquistar el mundo su persona.
Gradaso se llamó; tan bravo i fiero,
como leal i franco caballero.

I siendo propio de ánimos reales
no poner nunca a los antojos dique,
i acometer empresas colosales
por ambicion, codicia, amor, despique,
haciendo desatinos garrafales
en que estados i fama echan a pique,
antójasele al rei de Sericana
que señor ha de ser de Durindana;

De Durindana, aquella cortadora
espada, que ántes era del troyano
Héctor; i en mil combates vencedora,
como pasase de una en otra mano,
se encuentra en las del conde Orlando ahora,
que con ella el poder de Carlomano
defiende i de la Cruz la enseña santa,
i a la morisma bárbara quebranta.

I para que el caballo conviniera
a espada tal, ganar tambien queria
a Bayardo, el corcel que entónces era
del paladin Reináldos, i tenia
de marcial brio i de veloz carrera
i bella estampa insigne nombradía;
i aun añaden que tuvo entendimiento
racional, i que fué su padre el viento.

No tiene que envidiar el rei Gradaso
en estados, riquezas, armas, jente:
la fortuna le dió colmado el vaso
de sus favores: tiémblale el Oriente;
i de tanta grandeza no hace caso:
no hai gloria ni poder que le contente:
desvélase, los sesos se devana
pensando en el corcel i en Durindana.

I despues de encontrados pareceres,
viendo no ser posible que haya trato,
pues se las há con unos mercaderes
que no venden lo suyo mui baráto,
manda dejar campiñas i talleres,
manda armas aprestar; toca a rebato:
a Francia determina hacer jornada,
i lidiando ganar corcel i espada.

Pero miéntras dispone el sericano
lo que a tan ardua empresa corresponde,
pasemos a Paris i a Carlomano,
que una gran justa proclamaba, adonde
todo rei, todo príncipe cristiano,
todo duque, baron, marques i conde,
que al franco emperador reconocia,
uno en pos de otro a mas andar venia.

De famosos en armas caballeros
toda la gran Paris estaba llena,
de varios climas, lenguas, trajes, fueros,
ya de cristiana lei, ya sarracena;
pues naturales llama i forasteros
el hijo de Pipino a corte plena,
do cada cual en salvedad viniese,
como traidor o apóstata no fuese.

Por eso de marlota i de turbante
no es de admirar que tanta jente asista:
Grandonio, que es valiente i es jigante,
i Ferraguto el de la torva vista,
i el pariente de Cárlos Balugante,
Espinel, Isolero, Matalista,
con otros muchos españoles claros,
segun despues la historia ha de contaros.

Resonaba la corte de instrumentos...
trompas, tambores, pífanos, campanas:
vense con peregrinos paramentos
palafrenes correr, correr alfanas:
descójense vistosas a los vientos
banderas, ya moriscas, ya cristianas:
mas finas armas no es posible verlas,
ni mas diamantes, i oro, i plata, i perlas.

Llegado de la fiesta el primer dia,
Cárlos, con imperial grandeza i gala,
ardiendo en relumbrante pedrería,
a reyes i magnates hizo sala.
Ilustre i numerosa compañía
en opíparas mesas se regala.
Fueron (dice Turpin, que hizo la cuenta)
los convidados cuatro mil i ochenta.

A la tabla redonda está sentado
Cárlos con sus valientes paladines;
i sobre el pavimento, aderezado
de alcatifas persianas, i cojines
cubiertos de velludo i de brocado,
echáronse a comer, como mastines,
los sarracenos, jente que tenia
por mesa el suelo a fuer de paganía.[2]

De espaciosos salones larga hilera
ocupa el gran concurso: mano a mano
llenan cuatro monarcas la testera;
el ingles, el lombardo, el asturiano,
i el de la encanecida cabellera,
Salomon, de Bretaña soberano.
I los demas, segun su estirpe i jente,
se van sentando sucesivamente.

Seguíase a los duques i marqueses
el conde Galalon; i mas abajo
la turba de traidores maganceses,
que honra grande reciben i agasajo,
i triscan, i se burlan descorteses
del paladin Reinaldos, porque trajo
ménos lucido tren del que debia
en tan festivo i tan solemne dia.

Reináldos, que lo nota, se amostaza,
i finjiendo jugar con la vajilla,
«villanos condes, fementida raza,
(decia en baja voz a la pandilla)
yo os veré, si os encuentro por la plaza,
cómo sabeis teneros en la silla.»
A solapa reian los ribaldos,
i monta en ira mas i mas Reináldos.

Balugante, que atento le miraba,
leíale en la cara el pensamiento,
i por un trujaman le preguntaba,
si en Paris mas honroso acojimiento
a la riqueza que al valor se daba,
porque, siendo español de nacimiento,
de cristianos estilos no sabia,[3]
i dar lo suyo a cada cual queria.

Riyó Reinaldo, i sosegado el pecho,
a Balugante así tornó el recado:
«decidle de mi parte que en el lecho
suele darse a la dama el mejor lado,
i en la mesa el gloton tiene derecho
a que le sirvan el mejor bocado;
mas que cuando la espada usar se ofrece
lleva la honra aquel que la merece.»

Regocijado, en tanto, i dulce coro
de música por una i otra banda
se oye sonar, i grandes fuentes de oro,
entran henchidas de esquisita vianda.
Con la afabilidad templa el decoro
Cárlos, i en torno envía a quién la banda,
a quién la copa, a quién la espada rica,
que su real agrado significa.

Doble aliciente a la abundancia opima
presta el rumor de plática sabrosa.
Cárlos, que de la gloria la alta cima
piensa hollar, i de júbilo rebosa,
inconmovible su grandeza estima
a los vaivenes de la instable diosa,
cuando un suceso a todos de repente
arrebató los ojos i la mente.

Entran jayanes cuatro, a cual mas fiero,
con sosegada marcha i jesto ufano,
escoltando a un armado caballero,
que conduce a una dama de la mano.
No a las pupilas matinal lucero,
no a la tez de la dama albor temprano,
ni al carmin de sus labios la corola
iguala del clavel o la amapola.
Alda la linda, la del conde Orlando,
estaba allí, i Clarisa, i Galïana,[4]
con otras varias que al silencio mando,
flor de la gracïa i jentileza humana;
i todas ellas parecieron, cuando
se alzó el velo la incógnita pagana,
lo que junto al lucero es una estrella,
o lirio humilde junto a rosa bella.
Deja el plato el gloton, i el ebrio el vaso:
todo quedó en silencio a la improvisa
aparicion, si no es que se oiga acaso
el pié jentil que las alfombras pisa.
Acércase ella a Cárlos paso a paso;
luego con un mirar i una sonrisa
que de todas las almas se apodera,
en dulce voz habló de esta manera:
«Inclito rei, de tu virtud la fama
i el nombre de tus bravos caballeros
que por toda la tierra se derrama
i llega ya a sus últimos linderos,
es lo que el pecho jeneroso inflama
de estos que ves humildes forasteros,
ansiosos de tentar difícil prueba
a que codicia de alto honor los lleva.
«El que hoi en tus estados halla puerto
es, como su divisa manifiesta,
el caballero del Leon, Uberto;
i cúbrese la negra sobrevesta,
porque fué de su casa echado a tuerto.
Yo Anjélica su hermana soi, que en esta
errante vida bajo cielo estraño,
huérfana desgraciada, le acompaño.

«Allende el Tana (donde el patrio nido
tuvo nuestra familia, ántes que injusta
se le mostrase la fortuna) oído
fué el llamamiento a tu solemne justa;
i gran parte del mundo hemos corrido
hasta llegar a tu presencia augusta,
de valor i nobleza espejo claro,
i de los desvalidos firme amparo,
«En donde (protestándote primero
que designio siniestro no le guia,
sino la profesion de caballero)
Uberto, con tu venia, desafía,
segun caballeresca usanza i fuero,
a toda la presente compañía:
de punta en blanco i a caballo espera
a todo el que con él medirse quiera.
«Mas una condicion poner desea,
contra la cual ninguna escusa valga,
que de su vencedor esclavo sea
todo el que en esta lid vencido salga;
i si es acaso Uberto el que flaquea,
i alguno en el justar le descabalga,
sea yo, si le place, esclava suya,
i Uberto al Asia en paz se restituya.»
Dice, i humildemente se arrodilla.
Todos la están suspensos contemplando,
i con mayor placer i marabilla
que los demas el paladin Orlando.
El corazon un dardo le aportilla,
i ya por lo mas hondo le va entrando;
si bien procura la intestina guerra
disimular, i el rostro inclina a tierra.
El primer punto fué de su ruina,
la de Francia i de Cárlos, aquel punto:
a el alma incauta un tósigo camina
que halaga, punza, inflama, todo junto.
Se pone a discurrir, i desatina:
el rostro, ya encendido, ya difunto,
bien claro al que le observa patentiza
que una extraña pasion le tiraniza.

Mas como hallar alivio se figura,
i late ménos la amorosa llaga,
cuando pone la vista en la hermosura
que le enajena i la razon le estraga,
alza los ojos i el veneno apura
que todos los sentidos le embriaga;
como el enfermo, de la sed vencido,
osa empinar el vaso prohibido.

Cavilando, allá dentro se decia:
«¡Ah loco Orlando! ¿Qué delirio es ese?
¿Consientes que una torpe fantasía
que ofende a Dios, te turbe i te embelese?
¿Dó está el valor, dó está la bizarría
que única al mundo hiciste se dijese?
Por el orbe no dabas un ochavo,
i aquí de una mujer te has hecho esclavo.

«¿Mas de qué sirve que mi yerro vea,
si a mi flaca razon no está sujeto?
¿Qué espera el alma en desigual pelea
contra un tirano irresistible afeto?
Vana ilusion u oculto hechizo sea,
maligna estrella o superior decreto,
miro mi perdicion en mi extravío,
i arrastrado me siento a pesar mio.»

Así con el harpon en el costado
se quejaba Roldan míseramente;
pero el cabello a Naimo han plateado
los años, i de amor la herida siente.
El mismo Carlomagno fué atrapado,
aunqne tan sabio príncipe i prudente.
¡Tan grande es el poder de una hermosura
sobre la verde edad i la madura!

Estaba todo el mundo embebecido;
i entre el comun asombro i embeleso,
el moro Ferragú, que siempre ha sido,
aunque español, de atolondrado seso,
casi a romper sintióse decidido
por entre todos i a llevarse en peso
la dama; i ya en un tris de hacerlo estuvo;
pero el respeto a Cárlos le contuvo.

Maljesí, nigromante caballero,
miraba atento aquel extraño grupo,
i un buen porqué del tósigo hechicero
que allí difunde Amor, tambien le cupo.
Pero como un fullero a otro fullero
sus tretas ocultar no siempre supo,
vió que se estaba urdiendo alguna trama,
i de su propio oficio era la dama.
Irresoluto Cárlos no sabia
qué responder a la jentil doncella,
i de pretextos varios se valia
por platicar a su sabor con ella:
saciarse de mirarla no podia,
i le parece cada vez mas bella:
al fin forzosamente la despide,
otorgándola todo lo que pide.
Luego que en parte se creyó segura,
del seno Maljesí saca un cuaderno,
i una fórmula májica murmura,
a que en baladros respondió el infierno.
Negra vision de fea catadura,
larga la cola i el testuz de cuerno,
aparece, i en voces de ira llenas
dice: «frances maldito, ¿qué me ordenas?»
«Saber de ti lo que se fragua quiero
(responde el mago), i qué mujer es esta.»
—«Anjélica, es su nombre verdadero,
(Belcebú de este modo le contesta).
Su padre Galafron, que en lo hechicero
con el de mas saber se las apuesta,
es del Catai señor; i ese lozano
mancebo es de la dama único hermano.
«No Uberto del Leon, mas Argalía
se llama; oculta el nombre por cautela.
Cordura en verdes años i osadía
i jeneroso espíritu revela;
i cabalga un corcel que desafía
al viento mismo, i mas que corre, vuela:
Bayardo en la carrera no le alcanza.
Dióselo el rei su padre, i una lanza,

«Una lanza le dió maravillosa,
que ya en torneo, i ya en funcion de guerra,
sale de todo encuentro victoriosa,
i no hai cabalgador que no eche a tierra:
hurtarle el cuerpo es imposible cosa,
i el que imajine resistirle yerra,
que ni Reináldos, ni Roldan, ni el mundo,
si les da un tiento, aguardarán segundo.
«De un encantado arnes, desde la greba
hasta el morrion, el jóven va provisto,
i de repuesto una sortija lleva,
obra del ejipciaco Trismejisto:
si se la pone, está de encanto a prueba;
si en la boca la trae, de nadie es visto.
Pero el astuto rei no tanto fía
en el brazo i las armas de Argalía,
«Como en la gran beldad de la princesa,
que a cuantos hoi la rejia corte aduna,
por la codicia de tan alta presa
hará que salgan a probar fortuna
en esta a humanos brios vana empresa,
do romperán sus lanzas una a una,
i llevados serán forzosamente
a eterna servidumbre en el Oriente.
«Mas ella, sin contar con el tirano
poder de su belleza encantadora,
las artes aprendió del padre anciano,
i en tan temprana edad ninguno ignora
de los secretos que el saber humano
en sus mas hondos senos atesora
para hacer obedientes instrumentos,
de la ciencia a la voz, los elementos.»
Maljesí, que esto ha oído, no se tarda:
hace de Belcebú caballería,
i vuela a destruir la zalagarda
que aderezada Galafron tenia.
Señoreaba ya la sombra parda
el orbe, i reposaba el Argalía,
sobre muelles alfombras acostado,
bajo un gran pabellon iluminado.

Duerme distante la doncella hermosa,
tendido por la yerba el rubio pelo,
bajo la copa de un laurel frondosa
a cuyo pié serpea un arroyuelo.
Nadie dijera al verla que era cosa
terrena ni mortal, sino del cielo.
La májica sortija tiene puesta
que todos los encantos contrarresta.

Montado el mago en su demonio vuela:
un buho por los aires parecia.
Desmontó al fin, i vió a la damisela,
que entre copados árboles yacia.
Servíala un jayan de centinela;
los otros rondan la ribera umbría:
miéntras dormia el valeroso hermano,
velaban todos ellos, clava en mano.

Rióse el mago, i quiso, al punto mismo,
jugar a los jigantes una pieza:
sacando su cuaderno, un exorcismo
en bajo acento i temeroso reza:
de todos cuatro un blando parasismo
apoderóse; cada cual bosteza,
i dejando caer la herrada porra
se tiende largo a largo i se amodorra.

Leyendo estaba el mago, a los reflejos
de la tienda, en su libro fementido,
i atisba a los jigantes desde léjos,
que el conjuro fatal ha adormecido.
Del sabio Galafron los aparejos
juzga haber trastornado i destruido;
i para no dejar la cosa en duda,
pone mano a la espada i la desnuda.

A la dormida niña asió del pelo,
i a matarla iba ya, cuando la cara
a mejor luz le vió; cabal modelo
de belleza, que a un tigre enamorara.
Siente en el alma un repentino hielo,
cual si en ella una voz así le hablara:
«¿A tan bella mujer, bárbaro, hieres?
No eres tú caballero; un zafio eres.»

Mudó de intento, al suelo echó la espada,
i de asesino vuélvese en amante:
en el cándido seno la turbada
vista cebó, suspenso i palpitante.
Vióla en profundo sueño sepultada,
i resolvió robársela al instante:
por imposible juzga que resista:
ya tiene Belcebú la espalda lista.

Pensaba con aquel encantamento
haberla adormecido de manera
que si se desplomase el firmamento,
en su sentido ni aun así volviera;
i fué a poner por obra el loco intento,
sin ocurrirle que tener pudiera
en el dedo el anillo de Argalía,
como por su desgracia lo tenia.

Aquel anillo májico bendito
el malvado designio desconcierta.
Ella despierta, i de pavor da un grito:
al grito el Argalí tambien despierta:
sale, i al ver que en desigual conflito
lucha la hermana a brazos, i no acierta
a desprenderse de un extraño bulto,
corre airado a vengar tamaño insulto.

De la tienda Argalí salió en camisa,
i agarrando un baston descomunal
(que otra cosa no pudo por la prisa)
clamaba: «hombre soez, torpe animal,
¿te parece quizas cosa de risa
hacer a una princesa escarnio tal?
Debes de ser sin duda un forajido:
a palos te he de dar tu merecido.»

«Tenle, que se escabulle, tenle, hermano,
(dice la dama); este hombre es nigromante,
i a no ser tu sortija, esfuerzo humano
no era a poderle detener bastante.»
Asiéndole Argalía de la mano
llévale, mal su grado, hacia un jigante
que, tendido a la larga, semejaba,
no que dormido, mas difunto estaba.

Mueve i remueve el vasto corpachon,
i como de vivir no da señal,
apresuradamente un cadenon
le arranca de la porra, con el cual,
por mas que el pobre mago en su afliccion,
apela a su menguado arte infernal,
sin gran trabajo, asegurado es,
i aherrojado de manos i de piés.

Ella, como le vió que estaba atado,
con ambas manos le rejistra el seno,
i el libro le quitó descomulgado,
de extraños signos i figuras lleno;
i no hubo en él tres líneas recitado,
cuando el aire se turba, estalla el trueno,
i roncas voces dicen de este modo:
«a tu servicio está el infierno todo.»

La dama respondió: «llevad el preso
al Catai, i decid al padre mio
que desde aquí sus rejias manos beso,
i que esta muestra de mi amor le envío:
que, Maljesi cautivo, en el suceso
de la presente expedicion confío;
i que, o mui mal nos andarán las manos,
o ya está cerca el fin de los cristianos.»

La cornuda lejion tomó el portante
con el cautivo, i al Catai le lleva,
do Galafron encierra al nigromante
bajo la mar, en una oscura cueva.
Como tocado fué cada jigante
con el anillo, cobra vida nueva;
i entre celajes bellos de oro i grana
a poco rato apunta la mañana.

Fácil es figuraros lo que pasa
en la corte de Cárlos aquel dia:
el conde Orlando, que de amor se abrasa,
salir pretende en busca de Argalía.
Dícenle los demas que se propasa
en quererse arrogar la primacía,
pues tienen, siendo el reto a todos hecho,
todos para salir igual derecho.

«Si es sobrino de Cárlos, si es valiente,
otros tan buenos, dicen, hai en rueda.»
Responde Orlando que morir consiente
primero que a ninguno el paso ceda.
«Barones, (dice Cárlos cuerdamente),
el arbitrio a la suerte se conceda;
cada competidor su nombre escriba,
i esta urna las cédulas reciba.»
Escribe cada cual nombre i linaje;
las cedulillas urna de oro encierra;
un pajecico viene que baraje;
saca otro pajecico; otro abre i cierra.
En la primera que ha sacado el paje
dice la letra: *Astolfo de Inglaterra;*
síguese Ferragú; lleva el tercero
lugar Reinaldo; el cuarto es de Olivero.
Luego salió Grandonio el corpulento,
i tras Grandonio, Serpentino, i cuando
a Serpentino le hubo dado el viento,
Ricarte apareció, duque normando;
i, para no cansaros con el cuento,
salieron mas de treinta ántes que Orlando.
¡Maldito azar de cédula! ¡Siquiera
no haber sido la cuarta o la tercera!
El paladin Astolfo, que menciona
la historia en esta parte, fué un mancebo
rico, galan, jentil de su persona,
para las damas un Adónis nuevo.
Fué bravo, i fué locuaz: de la sajona
real estirpe, en Albion, renuevo.
Nada en verdad faltara a su alabanza,
si igualase a sus brios su pujanza.
Sale ya Astolfo en armas, i la jente
se agolpa a los balcones i a las rejas:
iba de ricas galas refuljente,
con rubíes i perlas que parejas
no vió jamas el mundo: especialmente
lleva un diamante en la coraza (orejas
críticas esta vez os quiero sordas)
gordo como una nuez de las mas gordas.

Brilla en el ancho escudo el anglicano
leopardo, insignia de su estirpe, i nada
en roja seda su alazan roano,
de vistosas labores recamada:
hácele dar corbetas por el llano,
i llegando que llega a la estacada,
empuña la trompeta i desafía
con retumbante son al Argalía.

El catayo, que estaba apercibido,
a justar con Astolfo al punto viene:
su hermana de escudero le ha servido;
el freno i el estribo ella le tiene.
De luto el jóven estrenó un vestido,
i el del caballo en el color conviene:
blandia aquella lanza nunca vista
a la cual no hai pujanza que resista.

Despues que el uno al otro ha saludado,
i el pacto de la lid de nuevo jura,
toman campo los dos con reposado
continente i serena catadura;
revuelven luego, i en mitad del prado,
a ensayar van su fuerza o su ventura;
i en el encuentro el duque de Inglaterra
(como era de esperar) fué echado a tierra.

A la fortuna dice mil pesares,
i su desgracia el paladin deplora:
«para que así en mi contra te declares,
¿qué causa he dado yo, suerte traidora?
¿No pudiste otra vez echarme azares,
i no, crüel, precisamente ahora
que me va en ello eterna malandanza?»
Maldice escudo, arnes, caballo i lanza.

Entre estas vanas quejas, un jayan
le lleva de la diestra al pabellon:
los otros luego a desarmarle van,
i queda el duque en calzas i jubon;
mas donde faldas hai, cuerpo galan
no necesita ajena intercesion:
de Anjélica recibe i de Argalía
todo honor, agasajo i cortesía.

Solo i sin guarda junto al agua pura
Astolfo desahoga su despecho;
Anjélica se embosca en la espesura,
i sin dejarse ver le está en acecho;
i luego que la noche cierra oscùra,
le lleva a reposar a un blando lecho,
i le consuela, i sù custodia fia
a los cuatro jigantes i Argalia.

No bien la tierra vió el albor primero,
al aplazado sitio se avecina
vestido Ferragú de limpio acero,
i suena desde léjos la bocina.
Monta a caballo el otro caballero,
i a su nuevo contrario se encamina,
que omitiendo preámbulos avanza,
llevando en ristre la robusta lanza.

Pero del tal caballo es bien que un breve
bosquejo ántes que todo se despache:
era de esbelta forma, airosa i leve;
no hai pinta ni lunar que se le tache:
la frente, cola i piés tiñó de nieve;
en lo demas, purísimo azabache.
Rabican se llamaba; i dicho queda
que en el correr no hai viento que le exceda.

No hubo caballo que a la par corriese,
ni el mismo Brilladoro,[5] ni Bayardo;
pero por mas aprisa que viniese,
a Ferragú le ha parecido tardo.
No duda derribar, mal que le pese,
del primer bote al contendor gallardo;
i ansioso de decir: *la dama es mia*,
cada minuto se le antoja un dia.

Los cumplimientos, pues, dejando a un lado,
como una flecha a su contrario corre.
En el choque terrible que se han dado,
firme estuvo Argalí como una torre:
el otro, ya se sabe, es derribado,
por mas que del estribo se socorre;
i viéndose caído, en tanta ira
el pecho se le enciende, que delira.

Por tres cosas un hombre alza el copete:
verdes años, amor i jenio altivo.
Ferraguto contaba veinte i siete,
i era de un natural soberbio, esquivo,
i está de amor, el pobre, hasta el gollete:
¿no pensais, pues, que tuvo harto motivo
para perder paciencia i juicio i todo,
cuando se ve afrentado de este modo?

I afrentado en presencia de la dama,
i por uno que ser le parecia
caballero novel de poca fama,
que no hilaba mostachos todavía.
Bramando como un toro de Jarama,
saca la espada, embiste al Argalía:
con la amenazadora punta en alto,
pensando hacerle trizas, da un gran salto.

«¡Aparta! aparta! (el otro caballero
le grita). ¿El pacto olvidas? No me abajo
a reñir con quien es mi prisionero.»
El español, echando espumarajo,
«si tú reñir no quieres, yo sí quiero,»
repuso, i le tiró tan recio tajo
que si otro arnes el Argalí llevara,
pudo salirle la venida càra.

Acuden los jigantes presto, presto,
a castigar tan desusado ataque.
Es de los cuatro el mas pequeño, Arjesto;
Lampuzo algo mayor, insigne jaque;
i luego Ulgan, que a todo frunce el jesto,
i no por eso es ménos badulaque:
el mas alto es Turlon, viviente asombro,
a quien ninguno de ellos llega al hombro.

Acércase Lampuzo i vibra un dardo
que si encantado Ferragú no fuera,
hallara en su valor débil resguardo,
i por la opuesta parte le saliera.
No hubo gato jamas, no hubo leopardo,
ni ráfaga en la mar que invierno altera,
ni exhalacion tan presta el aire cruza,
a cuya vista el vulgo se espeluza,

Cual cierra el español con su enemigo,
i como si encontrase blanda pasta,
pásale la ventrera i el ombligo,
i el hierro crudo en el redaño engasta.
Ni de Lampuzo el hórrido castigo
a Ferraguto embravecido basta;
ántes de nueva furia se reviste,
i al fiero Ulgan, que le amenaza, embiste.
Doblando Ulgano el cuerpo cuanto pudo,
pensó cojerle vivo; mas, de punta
esgrimiendo el contrario, el hierro agudo
le clava en el hoyuelo do se junta
el cuello al tronco: el figuron membrudo
con el ansia mortal se descoyunta:
mira azorado, da un traspié, resbala,
se desploma, i jimiendo el alma exhala.
Arjesto al español sobre la nuca
(pues por detras herirle a salvo intenta)
tan recio golpe da que le trabuca
el sentido; por poco no la cuenta.
Mas recobrado el moro le retruca
terrible cuchillada, truculenta,
que entra por la cadera en los riñones,
i hace salir la sangre a borbotones.
Mas lo peor le falta a Ferraguto:
con lento paso i grave se aproxima
Turlon, crüel, desaforado bruto,
i con la porra se le viene encima.
¿De qué le sirve al moro el resoluto
pecho, el robusto brazo i docta esgrima,
si apénas llega al monstruo a la escarcela?
Réstale un medio solo, i a él apela.
Al vientre el español el golpe asesta,
a la cabeza el bárbaro jigante.
Trizó la porra en átomos la cresta,
morrion, visera i cuanto halló delante;
i resurtió de la encantada testa
mas que el acero dura i que el diamante;
pero sin sentimiento el moro queda,
i amortecido por el campo rueda;

Al mismo tiempo que tambien caía
con la enorme barriga barrenada
Turlon, i revolcándose mujia,
como suele una res desjarretada.
Habíase retirado el Argalía
por no emplear en Ferragú la espada:
desmontando, a su hermana le encomienda,
i entre los dos le llevan a la tienda,
Donde, volviendo en sí, protesta i jura
que prisionero ni será ni ha sido:
«¿soi vasallo de Cárlos por ventura
para verme en sus pactos comprendido?
Enamorado estoi de una hermosura
i a ganarla por armas he venido:
o me la entregas, o te doi la muerte:
la lid no ha de acabarse de otra suerte.»
Turbó el ruido al duque Astolfo el sueño,
i al fin le fuerza a que los ojos abra.
Sale, i tomando el oficioso empeño
de mediador, esfuerza la palabra.
Mas en el pecho esquivo i zahareño
del español razon ninguna labra:
ellos predican, i él se está en sus trece,
i con los argumentos se enfurece.
«Insensato, le dice el Argalía,
¿no ves cuán desigual la lidia fuera?
¿Piensas tener el yelmo todavía,
que dejaste hecho añicos allá afuera?
O te me rindes, o por vida mia
te mato; lo que elijes considera;
no me provoques mas, que el verte inermo
pudiera al fin dejar de contenerme.»
«Si con el yelmo, el peto i el escudo
i la loriga me faltase entera,
tú armado como estás i yo desnudo,
(responde Ferragú) nada temiera.
Deja que temerario i testarudo
me esponga yo a la suerte que me espera:
¿qué te va en ello a ti si el riesgo es mio?
Callen las etiquetas i hable el brio.»

Parecióle ya aquello demasiado
al del Catai, que ardiendo en justa ira,
cuando por uno a quien haber quitado
pudo la vida, así insultar se mira,
salta al caballo, i dice demudado:
«el que te piense convencer, delira;
mas de mi espada hacer sabrán los filos
que aprendas ménos bárbaros estilos.

«Cobra, pues, el corcel, cobra el acero,
i ya que quieres combatir, combate.
No pienses que cortes, como primero,
por verte desarmado no te mate:
justo es que al que de honor quebrante el fuero,
cual malandrin i cual follon se trate:
ven a donde te dé la espada mia,
¡salvaje! una leccion de cortesía.»

Rió de esta amenaza el bravo moro,
como de cosa que mui poco estime,
i borrar anhelando su desdoro
monta a caballo i el acero esgrime.
«Dame, le dice, la mujer que adoro,
i de este empeño mi valor te exime:
donde nó, mozalvete vagabundo,
ya estás de viaje para el otro mundo.»

No se entendió qué dijo el Argalía;
la cólera a la lengua le echa un nudo.
Embístense; cual yunque en herrería,
suena a los golpes uno i otro escudo.
Estar mirando el orbe parecia
la pavorosa lid suspenso i mudo.
Mas mi cansada voz pide que sea
en otro canto el fin de esta pelea.

NOTAS EXPLICATIVAS DEL AUTOR

1 Orlando era tan famoso en las leyendas de la edad media por su castidad como por su valor. En esta parte fué el modelo de Amadís de Gaula.

2 Paganía i mahometismo eran sinónimos en la mitolojia caballeresca i en la opinion jeneral de la edad media.

3 En las leyendas caballerescas no se hacia diferencia entre españoles i moros, i así se lee constantemente en Turpin.

4 Clarisa, mujer de Reinaldos, i Galiana, princesa mora española, mujer de Carlomagno.

5 Brilladoro era el caballo de Orlando.

CANTO II.

LAS JUSTAS

De un Aristarco adusto oigo el regaño:
«poner en verso estúpidas consejas
que deleitaban a la plebe antaño,
pero que hasta los niños i las viejas
desprecian hoi, es un capricho extraño:
tenemos delicadas las orejas.
Desatinos narrar de tanto bulto
a nuestra sabia edad es un insulto.
«¿Qué es ver una princesa en medio el prado
con un laurel por colgadura i techo,
la orilla de un arroyo por estrado,
i por dama de honor a par del lecho
un feo jiganton desaforado?
¿Qué es ver un caballero que a despecho
del sentido comun i de Cervántes
despacha a dos por tres cuatro jigantes?»
¿I por eso no mas pasar la esponja
pretende usted a lo que lleve escrito?
Digo que son escrúpulos de monja.
Lo que viene detras es lo bonito;
lo de hasta aquí no vale una toronja.
Si usted depone un rato ese erudito
fastidio, i va adelante con el cuento,
cosas verá que le han de dar contento.

Verá usted jayanazos de una talla,
que con ellos Golías fué un pigmeo:
tierras visitará, que no las halla,
aunque se despestañe, en Ptolomeo:
verá esfinjes i grifos, de que calla
el *systema naturæ* de Linneo;
encantados jardines a docenas;
marabillas, en fin, a manos llenas.
«*Quodcumque ostendis mihi sic...*» ¿I acaso
exijo yo, molondro, que lo creas?
Mentir es privilejio del Parnaso,
i si lo desconoces, no me leas,
ni al Arïosto, ni a Miltón, ni al Tasso,
ni al gran cantor de Aquíles, ni al de Enéas:
estudia espositores del derecho,
o toma tu compas; i buen provecho.
I si te place por veraz la historia,
sepas que cuelli-erguida i cari-seria,
como la ves, su parla es ilusoria,
i las mentiras por verdades feria.
I es lo peor, que siempre da la gloria
al poder, siempre al flaco la miseria,
mas que de pueblos, de tiranos aya:
al ménos mi mentir es de otra laya.
De Ferraguto i del finjido Uberto
volvamos, si os parece, a la batalla.
Son en lo fuerte iguales i en lo esperto;
igual en ambos el furor estalla;
i si de pié a cabeza está cubierto
el Argalía de encantada malla,
tiene encantado el moro todo el bulto,
salvo un pequeño lunarcillo oculto.
El que cruzarse dos exhalaciones
viese, bañando el aire en luz bermeja,
o embestirse dos líbicos leones
con sacudir horrendo de guedeja,
pudiera acaso de los dos barones
el crudo choque imajinar. Semeja,
de los aceros al brillante lampo
i raudo silbo, estremecerse el campo.

Su espada el Argalí derecha i alta
levanta, i luego atras la echó lijero,
hasta que ya a la punta poco falta
para frisar con el arzon trasero;
i en los estribos afirmado, asalta
al moro, i un fendiente tan certero
le asienta en la mollera desarmada,
que creyó la contienda terminada.

Pero como no ya cabeza rota,
ántes tan al contrario le sucede
que no se ve de sangre ni una gota,
dos pasos admirado retrocede.
Ferragú dolorido se alborota;
i dando fuerza al brazo cuanta puede,
«Veamos, dice, si la lid concluyo,
i si este acero corta mas que el tuyo.»

I con un altibajo fulminante
que hallara entrada en un peñasco alpino,
la cabeza i el yelmo relumbrante
se figuró tajar como un pepino;
mas en un yelmo da, que no es bastante
ni a rasguñarlo el filo damasquino.
A su vez Ferraguto se retira:
el asombro hace treguas a la ira.

Suspensa queda la cruel porfía
un rato breve en pausa silenciosa,
cual un instante en borrascoso dia
el viento calla en la floresta hojosa.
El primero que habló fué el Argalía:
«Quiero, señor, que sepas una cosa:
con este arnes de hadadas piezas hecho
tu espada ni otra alguna es de provecho.»

«Desiste, pues, de un insensato duelo
que ha de traerte al fin mengua i bochorno.»
Responde el moro: «Así me salve el cielo,
como este escudo i malla i cuanto en torno
a mi persona ves, llevarlo suelo,
mas que para defensa, por adorno:
ir armado o desnudo no me importa,
porque en mi piel ningun acero corta.»

«Dame, pues, tu amistad, i hágala firme
el parentesco; que delirio estraño
fuera con desventaja resistirme
tanta, i con tan forzosa afrenta i daño.
Yo de aquí sin la dama no he de irme,
si bien supiera estar lidiando un año.
Si por esposa me la das, contigo
a estrecha union i eterna paz me obligo.»

«Para que yo su mano te ofreciera,
(dice Argalía) tu valor te abona;
pero su gusto es condicion primera;
i darte posesion de su persona
sin consultarla, hacer la cuenta fuera,
como dice el refran, sin la patrona.
Veamos si te admite por su dueño;
si no te admite, seguirá el empeño.»

Habiendo el moro en ello consentido,
va el otro a consultarla, como es justo.
Fué un hombre Ferragú descomedido,
i de un mirar desapacible, adusto;
bronco en el habla, inculto en el vestido,
i que en lavarse hallaba poco gusto;
toda la cara de bedijas llena,
el pelo grifo i la color morena.

Ella, que un novio quiere blanco i rubio,
responde que el galan no le acomoda.
Derramando de lágrimas diluvio,
«No me hablen, dice, en semejante boda.
Aunque arda como el Etna o el Vesubio,
i aunque en dote me dé la España toda,
ántes que suya, quiero verme muerta,
o por el mundo andar de puerta en puerta.

«Torna, pues, caro hermano, por tu vida:
renueva con el moro la pelea;
i miéntras de tu anillo socorrida
me pongo en salvo yo, sin que él me vea,
tú en hallando ocasion vuelve la brida,
déjale en la estacada, i espolea.
De las Ardeñas tomaré el sendero,
do juntarme otra vez contigo espero.»

Renuevan los barones la quimera,
despues que el uno al otro ha referido
no haber forma ni modo de que quiera
la niña recibirle por marido.
Ferraguto se obstina, mate o muera,
en que sin ella no ha de haber partido;
i ella sin mas ni mas tomó el portante,
dejando en la estacada al pobre amante.
Búscala con los ojos el pagano,
que siente en verla alivio a la fatiga;
i como a todos lados mira en vano,
no sabe lo que piense o lo que diga.
En esto el otro aguija a Rabicano,
que no hai hombre ni diablo que le siga;
i sin decir *adios, hasta la vuelta*,
por el bosque se va a carrera suelta.
Quieto se estuvo el moro en confianza
de que volviese luego el Argalía.
Perdiendo finalmente la esperanza,
de corazon a entrambos maldecía:
«Nada te librará de mi venganza,
dice: tu necia hermana ha de ser mia
a tu pesar, siquiera la mas honda
sima de los infiernos os esconda.»
Impaciente, iracundo, enfurecido,
hinca las dos espuelas, i lijero
parte en pos del cobarde, mal nacido,
(que tal le juzga) indigno caballero,
i de la que a su amor ha respondido
con desden tan esquivo i altanero.
Recorre el campo, en las cabañas entra,
anda de bosque en bosque, a nadie encuentra.
Astolfo, en tanto, que la lid miraba,
al ver que uno en pos de otro a gran carrera
se alejaba del campo, i que no estaba
tampoco allí la hermosa carcelera,
a la fortuna muchas gracias daba
de hallarse libre cuando no lo espera.
Plazo no quiere dar a su ventura:
vístese a toda prisa la armadura.

Quebrárase la lanza al paladino
en el pasado encuentro, i arrimada
mira por dicha suya a un verde pino
la del finjido Uberto, la encantada,
la invencible, cubierta de oro fino,
i de bellas labores entallada:
tómala sin saber lo que encubria,
pensando a su señor volverla un dia.

Miéntras lleno de júbilo espolea,
cual cautivo a la luz restituido,
quiere la suerte que a Reináldos vea,
i a relatarle va lo sucedido.
Reináldos, que del mismo pié cojea
que Orlando i Ferraguto, ha decidido
ir de los fujitivos en alcance:
quiere, hasta verle el fin, jugar el lance.

Tanto el amor le trae al retortero,
que sin tornar palabra al del Leopardo
vuelve la brida, el estrellado acero
hincando en los hijares a Bayardo.
Parte cual rayo el animal lijero,
i óyese motejar de flojo i tardo.
De los gustos del amo poco sabe,
i de las penas gran porcion le cabe.

Llega en tanto a Paris el rozagante
duque, i aun no ha desabrochado el peto,
cuando en su estancia entró el señor de Anglante,[1]
pidiendo nuevas del amado objeto:
«¿Dónde queda ese moro petulante?
¿Dónde el de Montalban?» pregunta inquieto.
Donosamente Astolfo desembucha:
impaciente, anhelante, Orlando escucha.

I al entender que es ida la doncella,
i que el hermano huyendo se retira,
i Ferragú i Reináldos van tras ella,
al duque con torcidos ojos mira.
Reniega de sí mismo i de su estrella;
abatido despues jime, suspira;
repélase las barbas, rompe en llanto.
¡Que en alma tal, amor pudiese tanto!

En la cama arrojándose, decia:
«¡Tiránica pasion, que a nada cede,
i se ahonda en el alma cada dia,
i no hai solaz, no hai gusto que no acede!
¿Qué disputado prez, qué nombradía,
qué aplauso humano contentarme puede?
Lides, adios! adios, mi noble espada!
La existencia de Orlando es acabada.

«¡Oh, si diese a mis ansias refrijerio
mi adorada beldad! ¡si coronara
mi amorosa pasion! por el imperio
de la tierra mi dicha no trocara.
Pero si para eterno vituperio
del nombre mio, está mi prenda cara
destinada a otro dueño ¡inicua suerte!
nada te pido ya, sino la muerte.

«¿Qué puedo hacer? El corazon desmaya,
desigual a tan bárbaro suplicio:
entre tinieblas vivo, en que no raya
de una esperanza el mas remoto indicio.
I para que tormentos nuevos haya,
i en mis desvelos dé al traves el juicio,
osa el de Montalbano i osa el Moro
(maldicion!) disputarme mi tesoro.

«Tras ella van, como en el bosque umbrío
da caza el tigre a pávida corcilla;
i miéntras el amado dueño mio
corre peligro tanto, yo (¡mancilla
eterna a mi valor!) sin albedrío,
sin alma, con la mano en la mejilla,
como flaca mujer, me quejo al cielo,
i busco en necias lágrimas consuelo.

«Si morir desamado es a la postre
la recompensa que a mis penas cabe,
¿por qué dejar que así este afan me postre,
i que mi fama en ignorancia acabe?
Salga yo, i por mi dama el mundo arrostre,
que mas dulce en la lid la muerte sabe,
i un piadoso mirar de mi señora
felicísima hará mi última hora.»

Así diciendo de la cama salta,
que no hai en ella alivio a su congoja:
tropa de pensamientos mil le asalta;
ora esto, ora aquello se le antoja:
como el enfermo a quien el sueño falta,
no puede sosegar, todo le enoja.
Mas llegada que fué la sombra oscura,
viste escondidamente la armadura.

Rojo sacó el paves, desnudo i liso;
mudó yelmo, cimera, armas i traje;
i en cabalgando a Brillador, no quiso
escudero llevar, doncel ni paje.
Deja a Paris; dejara el paraíso
por el horror de un páramo salvaje;
i se encamina entre dudosas señas,
tras la beldad que adora, a las Ardeñas.

Tres caballeros van a la ventura:
el conde Orlando, senador romano,
Ferraguto, el de torva catadura,
i el ínclito baron de Montalbano.
I en tanto Carlomagno, que apresura
las anunciadas justas, llama a Gano,
a Salomon, Ricarte, Naimo el viejo,
i a todos los demas de su consejo.

Manda que armado a espada i lanza venga
el caballero que justar quisiere,
i miéntras en la silla se sostenga,
a todos los demas bizarro espere;
i que una bella rosa en premio obtenga
el que de nadie derribado fuere:
una rosa de perlas, en memoria
de la feliz, pacífica victoria.

Todos este decreto confirmaron,
como a la antigua usanza conveniente,
i por toda Paris lo promulgaron
cuarenta reyes de armas a la jente.
Caballos i lorigas se aprestaron,
blasones i divisas juntamente;
i Serpentino, el español guerrero,
nombrado fué mantenedor primero.

Jamas sacó la Aurora igual tesoro
de alegre luz al mundo alborozado.
Cárlos entró, con imperial decoro,
en la festiva plaza, desarmado,
sobre un caballo que era un ascua de oro,
en la derecha el cetro, espada al lado,
escoltándole en vez de alabarderos
condes, barones i altos caballeros.

Hé aquí que Serpentin sale a la arena
en ricas galas i en arnes lumbroso:
un melado corcel rije i sofrena,
que en los traseros piés se alza brioso;
los hierros tasca, que de espuma llena,
i cual si le viniese estrecho el coso
i a su pesar sufriese freno i cincha,
vuélvese inquieto i las narices hincha,

I bien le semejaba en el denuedo
el caballero que sobre él venia,
que en activo ademan i rostro acedo
parece que a la tierra desafía.
Señálale la jente con el dedo,
su destreza alabando i gallardía,
i de una en otra boca se derrama
de su linaje i su valor la fama.

Luciente en el escudo reverbera
estrella de oro en campo azul celeste,
conforme en los colores la cimera,
como la recamada sobreveste.
I porque hablar de todas largo fuera,
no hai pieza que gran suma no le cueste:
ricas piedras llevaba a centenares
en las orlas, hebillas i alamares.

Luego que el coso paseado tiene,
calando la visera hace que rompa
la esperada señal el aire, i suene
marcial clarin i retadora trompa.
Gran multitud de justadores viene
con larga comitiva i rica pompa
de jóvenes donceles i de pajes:
bate el viento una selva de plumajes.

Sale al campo Anjelino de Burdeos
trayendo, en indio[2] fondo, blanca luna;
gran maestro de justas i torneos,
que añadir quiere a cien victorias una:
diviértese en hacer caracoleos,
como quien cierto está de su fortuna,
i muestra luego a Serpentin la frente:
embisten ambos denodadamente.

I do el escudo al yelmo está vecino
le dió el cristiano al moro en la cabeza.
Doblóse tanto cuanto Sérpentino,
pero con doble aliento se endereza:
el otro al suelo por las ancas vino,
i fué rodando no pequeña pieza;
i *viva el moro* i *Serpentino viva*,
en alta se oye aclamacion festiva.

¡Oh cómo Balugante se abandona
al gozo, oyendo el popular saludo
a su hijo amado! Con real corona
llegó un anciano, a escaques el escudo:
Salomon era, el rei de la bretona
jente, i un bayo monta cernejudo.
Serpentino acomete como un rayo,
i van por tierra Salomon i el bayo.

Ricarte luego, haciéndose adelante,
magnífico señor de Normandía,
que lleva, en fondo arjen, leon rampante,
i cabalga una hermosa yegua pia,
al hijo arremetió de Balugante,
i en el paves de arábiga ataujía
tal bote recibió, que en raudo vuelo
baja, las plantas levantando al cielo.

Echa Astolfo a su lanza entónces mano
(digo, a la que tomó de junto al pino),
trayendo en escarlata el anglicano
leopardo de oro; mas ¡duro destino!,
hubo de tropezar el buen roano,
i no pudo evitar el paladino
venir a tierra, con tan mal suceso
que al diestro pié se le disloca un hueso.

Sintieron mucho todos este acaso,
i Serpentino mas, segun sospecho,
que con fatiga i con peligro escaso
el derribarle daba ya por hecho.
A mal agüero tuvo Astolfo el caso,
i llevar se hace, renqueando, al lecho,
do el hueso le ajustó con mano lista
i con potente ensalmo un aljebrista.
Urjel danes en tanto la visera
para medirse con el moro cala,
llevando su famosa empresa, que era
en campo gúles arjentada escala:
un basilisco de oro en la cimera
por ojos de diamantes fuego exhala.
El lomo oprime de un frison que al Elba
afeitó el prado i sacudió la selva.
De las trompetas al sonoro canto
enristran uno i otro los lanzones:
temblar la tierra pareció de espanto
al recio choque de los dos barones;
pero a su bote Urjel dió empuje tanto,
que Serpentino, alzando los talones,
precipitado por las ancas baja,
i el yelmo de oro entre la arena encaja.
Así quedaba Urjel del campo dueño;
mas Balugante de furor se enciende,
i su propio peligro en el empeño
de dar venganza al hijo desatiende:
viene a la lisa con airado ceño,
i por la grupa a su pesar desciende:
tras el cual Isolero entra en el coso,
de Ferraguto hermano valeroso.
Llevaba en el paves dorada barca
que en verdes aguas los costados moja:
disparando el bridon, el fuste abarca,
e impetüoso contra Urjel se arroja;
mas el bravo señor de Dinamarca [3]
a Isoler de la silla desaloja,
que de la noble lanza al golpe esquivo
sin sentido cayó i apénas vivo.

Gualter de Mauleon de roja escama
mostraba en campo de oro una serpiente;
i luego que tambien tuvo por cama
la tierra: «¿Lidiarémos locamente
los de una misma lei?» Urjel esclama:
«moros ¿dó estais, que no os haceis al frente?
Con vosotros habérmelas espero,
no con ningun cristiano caballero.»

El valiente Espinela de Almería,
que una palma llevaba por emblema,
con este mote en español *es mia*,
oyendo a Urjel de cólera se quema,
i corre a castigar su altanería;
pero el bravo danes con mucha flema
la furia de Espinel sosiega i calma,
a despecho del mote i de la palma.

Entónces Matalista, gran sujeto,
hermano de la hermosa Flordespina,
vengar pretende el temerario reto,
i al danes, lanza en ristre, se encamina,
diciendo en baja voz a Mahometo
que, si no es un embuste su doctrina,
lo muestre allí, i a sostenerle salga;
pero no hai Mahometo que le valga.

Ni con mas dicha el cordobes Garfaño
justó: llevaba en negro blanca torre,
i cabalgaba un pisador castaño,
que ya sin dueño por el campo corre.
Grandonio llega, feo bulto, extraño:
ahora, Urjel, si el cielo no te acorre,
en gran peligro estás, que el mundo entero
animal no crió mas bravo i fiero.

Sobre un negro paves lleva el jigante
esculpido un Mahoma horrendo de oro;
monta un frison que es casi un elefante,
i esçarba el suelo i muje como un toro.
Múdase, en verle, a todos el semblante;
todo cristiano teme i todo moro:
el conde Gano entre las filas pasa
diciendo que está malo i se va a casa.

Lo mismo hizo Macario de Lausana,
Falcon i Pinabelo i otros ciento:
el de Altarripa dijo, *hasta mañana;*
a unos ofende el sol, a otros el viento:
solo de aquella pérfida i villana
casta quedó Grifon; ora de intento,
ora de empacho; o desacuerdo sea,
o que escurrirse a los demas no vea.

Corriendo en tanto el jiganton disforme
todo el recinto por do pasa atruena,
como un torrente que el invierno forme,
i ya ni tajamar ni dique enfrena:
el gran caballo bajo el peso enorme
se hunde i casi se atasca entre la arena;
quebranta en su carrera los peñascos,
i hace temblar la tierra con los cascos.

Con el danes cerró el jayan crüel,
i en el escudo le metió el lanzon:
menudas piezas lo hace, i de tropel
a tierra van caballo i campeon.
Acorre el duque Naimo al pobre Urjel,
que apénas puede articular razon:
quedó de la caida asaz maltrecho,
i en todo un mes no estuvo de provecho.

Cual corre ufano el toro por la plaza
despues que al lidiador de mas denuedo
herido deja, i nadie le embaraza,
i a todos tiene en talanquera el miedo,
tal el jigante bufa i amenaza.
Sale (i fuera mejor estarse quedo)
Turpin el arzobispo, i viene abajo
como un despatarrado renacuajo.

Sale Grifon, el magances villano,
i avínole en el polvo hundir la cresta.
«¡Flor de la cristiandad! dice el pagano
con mucha sorna: ¿qué cachaza es esta?
¿Quién se presenta ahora? Mui temprano,
a lo que veo, os enfadó la fiesta.»
Embiste Guido el borgoñon, que trae
en verde un avefénix de oro, i cae.

I no mas venturoso es Anjilero,
que lleva en gúles tres palomas blancas:
Avino, Abolio, Oton i Bellenguero
se apea uno tras otro por las ancas:
Beltran, que estatua pareció de acero,
abierto cae de brazos i de zancas;
i Jeraldo, aunque gordo, al suelo vino
haciendo con los piés un remolino.

Sobre un tostado palafren volvia
Astolfo, i, aunque sano de la tumba,
sin armas, no creyendo que este dia
mostrarse en ellas otra vez le incumba,
del cortesano i del galante hacia,
con ciertas damas que le daban zumba;
cuando Grandonio de un terrible bote
descabalgaba al asturiano Argote.

Hizo volar de Hugon yelmo i peluca;
que fué cosa de risa i de deporte.
Al viejo Naimo por un tris desnuca:
moteja a Carlomagno i a la corte.
I Cárlos, como nadie le retruca,
no sabe de qué modo se reporte,
i ya apénas su cólera disfraza,
cuando llega Olivéros a la plaza.

Parece que mas claro luce el dia,
i que la cristiandad su rostro enhiesta.
Rico de galas el marques venía,
con yelmo de oro i blanca sobrevesta.
Salúdanle las jentes a porfía,
i quién al uno i quién al otro apuesta.
Suena la trompa, i blandeando avanza
el jigante soez su gruesa lanza.

Al duro choque van de tal manera
que no hai lengua mortal que lo relate:
cada cual premedita i delibera
o matar al contrario o que él le mate.
Hélos ya en la mitad de la carrera:
toda voz calla, i todo pecho late.
Empínase Olivéros cuanto alcanza,
i al monstruo en el escudo hunde la lanza.

De siete gruesas planchas fué el escudo:
pasólas la lanzada todas siete,
i rota la coraza en el nervudo
pecho del enemigo el hierro mete.
Pero Grandonio en la cabeza un crudo
golpe le da; quebrántale el almete,
i descabalga al campeon de Francia,
haciéndole rodar a gran distancia.

A la vista del yelmo hecho pedazos
pensaron todos que le hubiese muerto:
Cárlos corrió, i al desatar los lazos
de la armadura hallóle casi yerto.
Sacaron al marques del sitio en brazos,
i una semana fué el sanarle incierto,
sintiendo Cárlos mucho el accidente,
que a Olivéros amaba tiernamente.

¡Válame Dios, i lo que echó de fieros,
de pullas el jayan i de bravatas!
«¿No queda ya, decia, otro Olivéros
que quiera por el suelo andar a gatas?
¡Oh danzarines, mas que caballeros!
venid por glorias que os las doi baratas.
¡Oh valiente, oh sin par Tabla Redonda,
cuando no hai nadie aquí que le responda!»

Bufando de vergüenza Carlomano,
«¿Somos o nó franceses?, vocifera:
¿ha de llevarse el prez este pagano,
i entre mis pares hai quien lo tolera?
¿Qué es de ese perillan de Montalbano?
¿Ese babieca de Roldan qué espera?
¿Se premiará con ménos que un dogal
plantarme de este modo, a tiempo tal?»

«Presto verán si soi un rei de palo,
i si mi autoridad echo en olvido.»
Tanto se prolongaba el intervalo,
que Astolfo se creyó comprometido:
«Probemos de Grandonio el varapalo,
i sea lo que Dios fuere servido,»
entre sí dice; i como el caso apura,
vístese incontinenti la armadura.

Aunque con pocas esperanzas iba
de salir mui airoso de este lance,
propio creyó de su lealtad nativa
servir a su señor a todo trance.
Está el concurso en grande espectativa;
i al ver de Astolfo el no esperado avance,
con solapada risa en mas de un corro
se oye decir: «¡Pardiez! bravo socorro!»
El noble duque en ademan sumiso
ante el mohino emperador se agacha:
«Dame, le dice, de justar permiso;
quiero el honor frances dejar sin tacha.»
Cárlos, que en vano disuadirle quiso,
«Ve, dice, ¡por amor de Dios, despacha!»
I añade a media voz mirando en torno:
«No nos faltaba mas que este bochorno.»
Reconocido a tan benigna audiencia
corre Astolfo al jayan, i le reprocha
su avilantez i bárbara insolencia,
i con punzantes dichos le agarrocha.
Pero ya es tiempo, si otorgais licencia,
de dar nuevos colores a la brocha:
cobre alientos la exhausta fantasía,
para reanimar la historia mia.

NOTAS EXPLICATIVAS DEL AUTOR

1 Se dió este título a Orlando por el señorío de la ciudad de Anglante, heredado de su padre Milon.

2 En los libros de caballería, significa azul.

3 Urjel de Dinamarca o Urjel danes es el mismo que se llama en nuestros romances viejos, Marques de Mantua.

CANTO III.

EL BOSQUE DE LAS ARDEÑAS

Es el juzgar con tino cosa rara,
i mas, de lo distante i de lo oculto;
que si en materia a veces simple i clara,
i que delante vemos i de bulto,
ilusiones que nadie sospechara
sacan de quicio a un pensamiento adulto,
¿qué tiene de difícil o de extraño,
de léjos i entre sombras el engaño?

Cumple juzgar con reflexion madura
que a nuestra mente limitada alumbre;
i no, tras una débil conjetura,
dejarnos ir, siguiendo una vislumbre:
cosa que en muchas partes la Escritura
condena como pésima costumbre,
porque hace a la jineta andar los cascos,
i da a los hombres infinitos chascos.

Lo cual proviene (como nadie ignora
que haya leido a Condillac i a Locke)
de que el alma, embestida, a cada hora,
de objetos mil, no los ensaya al toque
de una analísis escudriñadora
que todo lo averigüe, observe, toque,
cale, rejistre, husmee, persiga, atrape,
de manera que nada se le escape.

Inobservado un mínimo accidente,
sucederá que del nivel se aparte
de la razon el hombre que no cuente
con él, o como inútil lo descarte:
a que se agrega este otro inconveniente,
que si a la observacion no ayuda el arte
del raciocinio, todo cuanto apaña
la mente, en vez de aprovechar, le daña.
Al presentarse Astolfo en el palenque,
¿imajinarse puede que resista
aquel garzon pulido, muelle, enclenque,
a un corpulento jiganton? Que embista,
es demasiado ya; que venza, ¿quién que
tenga razon, i sobre todo, vista,
no pensará que en lo imposible toca?
Pues todo el que lo piensa se equivoca.
Fiaos, pues, de autoridad tan vana:
venga contra este ejemplo, i argumente,
i filosofe el sabio hasta mañana.
Hai en la vida una fatal pendiente
en que gravita la razon humana
hacía lo insustancial i lo aparente,
i en la ilusion encuentra su elemento.
Ya basta de sermon; vamos al cuento.
Oye el jayan soberbio al arriscado
paladin, i se abrasa en rabia loca,
como quien cree que el ser desvergonzado
es cosa que tan solo a él le toca.
«Acaba, charlatan,» dice enfadado;
a su contrario cada cual se aboca:
Astolfo, que otra lanza no tenia,
blande, ya lo sabeis, la de Argalía.
«Verás como te ensarto por la punta,
dice el jayan, menguado lechuguino.»
El mismo Astolfo algun desman barrunta,
i confesara, a lo que yo imajino,
si hacérsele pudiese la pregunta,
que el jayan no iba fuera de camino.
Embiste, empero, denodado, i solo
a un tiento de la lanza derribólo.

El que viese a una torre apuntalada
con picos i hachas demoler la base,
i hacer que los puntales que apoyada
la tienen, poco a poco el fuego abrase,
i con súbito estruendo desplomada
el campo henchir de escombros la mirase,
figurarse pudiera el repentino
fragor con que Grandonio a tierra vino.

Sonó como un arcon que de armas lleno
desde algun alto mirador cayera.
Mudo ha quedado, i cual de vida ajeno,
el campo todo, cuan estenso era.
Ven rendido en la tierra al sarraceno,
i hubo quien a sus ojos no creyera.
Carlomagno lo mira i lo remira,
i lo tiene por sueño i por mentira.

Como Grandonio, al ser descabalgado,
cayese por la mano de la rienda,
el ancha grieta que en aquel costado
le abrió el marques, una laguna horrenda
hizo de sangre. Asístele un criado,
i en árabe a Mahoma lo encomienda,
pues tanto era profunda aquella herida
que a poco mas costárale la vida.

Campeaba el ingles en muestra ufana,
cuando se ven llegar con rejia enseña
dos caballeros de nacion pagana.
Feo i de catadura zahareña,
montaba el uno dellos negra alfana,
cuatralba, velocísima, extremeña:
es Felixmarte, rei de los Algarbes,
famoso entre los príncipes alarbes.

El otro infante, a la francesa corte
recien venido, Ormundo se nombraba,
jóven de blanca tez i bello porte,
cuya estirpe real señoreaba
de la Tartaria lo que mira al norte,
i la Albarrosia i cuanto el Volga lava.
Nada vale el denuedo, nada el arte:
muerden el polvo Ormundo i Felixmarte.

Pero, miéntras la lanza prodijiosa
derriba cuanto encuentra por delante,
i llora Carlomagno i le rebosa
de inesperado júbilo el semblante,
i de tan nueva i tan extraña cosa
estupefacto el vulgo circunstante,
ya enmudecido al noble duque otea,
ya estrepitoso aplaude i victorea;

Al conde Gano el caso notifica
un paje, que partió como un venablo
a darle cuenta. Galalon replica:
«Si borracho no estás, lléveme el diablo.»
El paje se le afirma i ratifica,
jurando por San Pedro i por San Pablo
que, con sus propios ojos, de la tela
vió sacar a Grandonio en parihuela;

Tanto que Gano al fin tragó la cosa;
i como se le acuerda que él es Gano,
i materia no cree dificultosa
darle gato por liebre a Carlomano,
resuelve entrar en danza, i a la rosa
o por fas o por néfas echar mano:
cuanto mas, que una justa con Astolfo
no era pedir cotufas en el golfo.

Catorce condes Galalon apresta,
i llévalos a todos de reata:
con gran prosopopeya va a la fiesta,
i de lucir la personilla trata.
Llegado a Carlomagno, le protesta
con voz meliflua i cara mojigata
que haber venido a tales horas siente,
mas que en servicio suyo ha estado ausente.

Dudo que Cárlos le creyese; empero
atencion le prestó benigna i leda.
Gano diputa al duque un mensajero
diciéndole que entre ellos (si no queda
algun otro pagano caballero)
a terminar la justa se proceda;
i que viene tan guapo i tan lucido,
porque hacerle desea honor cumplido.

«Mira, repuso Astolfo (la paciencia
no era su fuerte): le dirás a Gano
que no hallo entre él i un turco diferencia;
que yo siempre le tuve por pagano,
hombre sin lei, sin alma i sin conciencia;
que venga, i llevará una buena mano;
i que con su privanza i su guapura
le estimo en lo que a un saco de basura.»
Oyendo el conde Gano tanto ultraje,
apela a su jenial filosofía:
finje reír de lo que dice el paje.
«Tiene el ingles gracioso humor, decia:
todo blandura el exterior visaje;
toda el alma rencor i felonía.
Verás, dice entre dientes, casquivano,
si es saco de basura el conde Gano.»
Hincando a su bridon el acicate,
dispara contra Astolfo, cual saeta.
«Pagarásmela, dice, botarate.»
Pero el buen Galalon no era profeta.
Tambien Astolfo las espuelas bate,
i los hijares al roano aprieta;
i a Galalon tocando con la lanza,
le hace en el barro hundir la oronda panza.
¿Visteis talvez un figuron de paja,
tirado al cielo, revolver liviano,
i el jesto imperturbable con que baja,
i caído, no mueve pié ni mano?
Pues ninguna o poquísima ventaja
le lleva en el caer el conde Gano.
A levantarle el bando infiel venía,
miéntras Macario al duque arremetia.
Este de Galalon era pariente,
i acompañóle al punto en el desaire.
Pinabel, de la misma infame jente,
alzar tambien las piernas quiso al aire:
satisfízole Astolfo cortesmente,
i echóle a tierra con jentil donaire;
bien que el traidor, despues que estuvo abajo,
no mostró agradecer el agasajo.

Que Astolfo ciertamente el prez alcanza
ya por el campo todo se susurra.
«¿No queda, campeones de Maganza,
dice el ingles, quién a la lid concurra?
Venid, amigos, a probar mi lanza;
venid, que yo os prometo linda zurra.»
Esmeril, provocado de este insulto,
sale, i tambien da en tierra con el bulto.

Pero Falcon, que a todo está presente,
pensó con una treta alzar la baza:
en apartado sitio, conveniente
a poner en efecto lo que traza,
se hizo a la silla atar bonitamente
con gruesas cuerdas, i volvió a la plaza.
Astolfo vino sin sospecha, i trajo
la mejor voluntad de echarle abajo.

I con la lanza del astil dorado
dióle un golpe tal cual en la cabeza.
Entre *caigo i no caigo* el amarrado
campeador se tuerce i se endereza,
tanto que el vulgo malicioso ha dado
en el ardid, i a rebullirse empieza,
i a reír i a gritar: «Dale al perjuro;
dale, que está amarrado, dale duro.»

Echanle a voces i silbidos fuera,
de que mostró quedar nada contento.
«Venga, dice el ingles, venga el que quiera
que le sacuda el polvo, i al momento
le serviré de la mejor manera:
si no basta una cuerda, traiga ciento;
i átese bien, que con menor fatiga
a un bribon de ese modo se castiga.»

Anselmo de Altarripa, confidente,
primo de Galalon, i paniaguado,
con Ganil de Valclosa, otro valiente
de la misma ralea, ha concertado
que a embestir vaya al duque frente a frente,
i él le acometerá del otro lado.
«Por detras, dice, yo, tú por delante,
le hemos de hacer que en otro tono cante.»

En tanto, pues, que el paladin lozano
endereza a Ganil su lanza hermosa,
le viene Anselmo por detras *pian piano;*
i cuando Astolfo, hiriendo al de Valclosa,
ir se dejaba el cuerpo tras la mano,
hácele el de Altarripa la forzosa,
dándole en la cerviz con gracia tanta,
que en el suelo de bruces me le planta.
Piense el que tenga hiel i entendimiento
si los brazos Astolfo pondrá en jarras.
Cual jabalí, cual toro truculento,
cual preso tigre, que saltó las barras,
de un alevoso tiro al sentimiento,
se enfurece, i con dientes, cuernos, garras,
con lo que puede a su ofensor se arroja,
i ni aun verle morir le desenoja;
Tal o mayor la cólera semeja
de Astolfo, acuchillando a la pandilla.
Vió a Grifon (de quien dicho ya se deja
que le sacó Grandonio de la silla),
i dióle de reves en una oreja
tan a sabor, que a grande marabilla
se tuvo no le hubiese el casco hendido;
pero cayó el pobrete sin sentido.
Allí es la gresca, allí la barahunda,
allí el gritar los condes, *mata, mata.*
Parece que la plaza toda se hunda;
de asesinar al pobre ingles se trata.
Métese Carlomagno entre la tunda,
(que por cierto fué accion poco sensata;
el ser emperador le vino a cuento);
i haciendo relumbrar su espada al viento,
«Aparta, Astolfo, grita, aparta, Gano:
¿de ese modo mi corte se respeta?
¿no veis que está delante Carlomano?
¿o me teneis quizá por un trompeta?»
En esto el buen Grifon, que con la mano
la oreja cercenada se sujeta,
se echa a los piés de Cárlos, i aflijido
dice que Astolfo a sinrazon le ha herido.

Pero Astolfo, que un áspid está hecho,
sin que el respeto a Cárlos fuese parte
a contenerle, clama: «Hoi a despecho
del mundo, vil Grifon, he de matarte.
El corazon te he de sacar del pecho;
i aun no es, cual tú mereces, castigarte.»
Grifon le dice: «En poco te estimara,
si léjos de este sitio te encontrara;

«Mas callo, porque el amo está delante;
no por ti, que sabemos bien lo que eres.»
«¡Desvergonzado malandrin!, ¡bergante!
repuso Astolfo, ¡voto a Dios que hoi mueres.»
Carlomagno, inmutado en el semblante,
«¿Donde yo estoi, le dice, tal profieres?
Si urbanidad no sabes ¡vive el cielo!
la aprendas a tu costa, bellacuelo.»

Pero Astolfo no ve, no oye, no siente;
ántes se arroja con violencia extrema
a cuanto magances está presente,
cada vez mas frenético en su tema.
En esto asoma Anselmo, aquel valiente
que fraguó la villana estratajema.
Astolfo, al verle, brinca, cual manchada
onza, i tírale al pecho una estocada.

I le horadara como blanda pulpa,
si a punto el rei del brazo no le asiera.
Todos ahora al duque echan la culpa:
Carlomagno mandó que preso fuera.
Llevado es el mezquino a do le esculpa
un cincel doloroso en la mollera:
que es propio fuero de fortuna aleve
que uno merezca el prez i otro lo lleve.

Aquella rosa de valor divino
que con tanto peligro fué buscada,
por quien tanto baron a tierra vino,
i tanta noble lanza fué quebrada,
no a Ricarte se dió, no a Serpentino,
no a Urjel fué, no a Olivéros otorgada,
ni a tantos otros de gallarda prueba;
i Anselmo de Altarripa se la lleva:

¡Aquel traidor Anselmo de Altarripa,
de magancesa estirpe, atroz, villana!
¡Oh ilusion que tan tarde se disipa,
loor, aplauso, admiracion humana!
¡Cuán necio aquel que por ganaros hipa!
I si os alcanza al fin, ¡cuán poco gana!
Dígalo el noble paladin que ahora
en una torre aprisionado llora.
Mas consolarse pudo bien. pensando
cuánto mas grave pena ha dado el cielo
a Ferraguto, a Montalban i Orlando,
que atormentados de febril anhelo
errantes por el mundo van, tirando
amor a todos tres de un mismo anzuelo.
A las Ardeñas cada cual dirije
su curso; mas diversa senda elije.
Primero el paladin Reináldos llega,
i por el verde yermo se aventura.
Atravesando una escondida vega
por una selva entró de gran frescura,
poblada de altos árboles, que riega,
serpenteando entre guijas, onda pura,
que al fin en un estanque duerme mansa,
i fatigada de correr, descansa.
Era el brocal de cándido i pulido
mármol, labrado de sutil relieve,
do el cincel los amores ha esculpido
de Iseo i de Tristan en punto breve.
I bajo signo tal fué construïdo,
que si un amante de sus aguas bebe,
lo que ama olvida: dije mal, con presta
mudanza lo aborrece i lo detesta.
Merlin se dice haberlo fabricado,
porque Tristan, que de la bella Iseo
andaba locamente enamorado,
bebiendo allí, su abrasador deseo
trocase en aversion. ¡Vano cuidado!
Por mas que en vagaroso devaneo
tanta parte del mundo visitara,
no quiso Amor que por allí pasara.

Reinaldo hacia el estanque el paso mueve,
casi rendido a la calor ingrata;
desmonta; i viendo aquel licor aleve,
puro a la vista como tersa plata,
abrasado de sed, se inclina i bebe,
i la sed i el amor a un tiempo mata:
a la inquietud, al ansia furibunda,
fria calma sucede i paz profunda.

El mirar que en el alma trajo impreso
se le borró: la célica hermosura
que en cien lazadas le ha tenido preso,
mentirosa ilusion se le figura;
i empieza a discurrir con grave seso
en la majadería i la locura
de andar un hombre así de ceca en meca
tras una mujercilla, hecho un babieca.

Aquel bello semblante ya no es bello;
la boca era un coral, ya es otra cosa;
ya no hai oro de Ofir en el cabello,
ni en las mejillas azucena i rosa;
Reináldos finalmente cayó en ello:
encuentra ser la que adoraba diosa
una mujer no mas. ¡Tirana suerte!
A la que idolatraba odia de muerte.

En conclusion, Reináldos resolvia
dar a Paris la vuelta en derechura;
i en esto vió otra fuente que corria
con apacibles ondas, tersa i pura.
Cuantas abril pintadas flores cria,
esmaltan de su márjen la verdura:
un olmo erguido, un arrayan, un boldo
a jazmines i lirios hacen toldo.

Esta fuente Merlin de otra manera
encantó: el que en su linfa el labio pone,
a la persona que ha de ver primera
de opuesto sexo, es fuerza se aficione,
i dulcemente esclavizado, entera
la voluntad le rinda i le abandone.
Reináldos no hace caso de esta fuente,
que ya en otra templó la sed ardiente.

Mas del silencio i del frescor sabroso
de aquella verde selva convidado,
a Bayardo dejando el oloroso
trébol pacer de un solitario prado,
a gozar un momento de reposo
reclínase; i apénas ha cerrado
los ojos, la Fortuna (que se niega
al que la busca, i si la esquivan, ruega),

Lo que Reinaldos ya no le pedia,
ahora por lo mismo le depara:
aquella por quien ántes se moria,
aquella, que tan ciego le arrastrara,
hacia el paraje en que el baron dormia
viene derecha, i junto al agua pára
que amor infunde, i junto al jóven bravo:
al asno muerto la cebada al rabo.

La dama arrienda al olmo su rocino,
i aplícase a los labios una caña,
con que el licor sorbiendo cristalino
que los sentidos dulcemente engaña,
mui otra se sintió de lo que vino,
merced al gran profeta de Bretaña;[1]
i visto el adormido caballero,
harto mas calorosa que primero.

Al verle reposar tan blandamente
sobre la fresca florecida cama,
parécele sentir un clavo ardiente
que el pecho enciende en repentina llama.
Aquel rostro dormido, aquella frente
bella i serena, un nó sé qué derrama
que suspensa la tiene i embebida
con todos los sentidos, alma i vida.

Tal en la selva un can de buena raza,
que en seguimiento va de liebre o ave,
(i es de las cosas que Natura traza
cuya causa no pienso que se sabe),
si de pronto la ve, no le da caza,
mas, cual si allí la vida se le acabe,
queda improvisamente mudo i quieto,
fijos los ojos en aquel objeto.

Con rostro está, de un ansia intensa lleno,
ante el baron la bella peregrina;
luego a cojer por el distrito ameno
flores que echarle, acá i allá se inclina:
ora en puntillas, palpitando el seno,
suspenso el respirar, se le avecina;
ora hacia atras cobarde el paso mueve:
quisiera despertarle, i no se atreve.

Despues que un hora larga ha reposado
el jóven paladin en la floresta,
recuerda: ve la damisela al lado,
i extrañamente el verla le molesta.
Ella le saludó con mucho agrado,
i él no solo al saludo no contesta,
mas, como si un vestiglo allí mirase,
apresuradamente monta i vase.

Como era natural con tanta priesa,
tomó de todos el peor sendero.
Seguíale de léjos la princesa
diciendo: «Pára, pára, caballero;
escúchame un instante.» Mas no cesa
Reináldos de romper con su lijero
Bayardo por el bosque, i así pára,
como si el diablo mismo le llamara;

Miéntras siguiendo esotra al que lejano
casi se pierde en el ramaje umbrío,
clamaba: «¿Por qué huyes, inhumano?
¿Qué causa he dado a tan crüel desvío?
¿Qué significa ese desden tirano?
Amor a ti me arrastra, dueño mio;
i si te sigo ahora, i si te llamo,
porque te adoro es, i porque te amo.

«Te sigo amante, i tú de mí te alejas,
i aun el darme un adios te es cosa dura.
¿Te importuna el acento de las quejas?
¿Te es ofensa una cándida ternura?
Vuelve, i mira a lo ménos lo que dejas;
que no es, nó, tan horrible mi figura;
ni suele ser mi edad menospreciada,
sino con rendimientos halagada.

«¡Ah! no vayas (que el verlo me da espanto),
no vayas por tan áspero sendero,
que si el huir de mí te obliga a tanto,
dar otro paso en pos de ti no quiero.
¡Desgraciada! mis voces i mi llanto
¿a quién derramo así? ¿qué mas espero?
Huyó: se lleva el viento mis querellas;
i van mi vida i mi esperanza en ellas.»
Así sembraba mísero lamento,
que se repite en eco dolorido,
i hasta las fieras mueve a sentimiento,
mas no aquel corazon empedernido.
Confuso mas i mas cada momento
se oye en el bosque el cuádruple sonido,
i cuando al cabo en la distancia espira,
con doble pena Anjélica suspira.
«¿Con que el afecto, esclama, cariñoso
que en Paris me mostraste, era falsía?
¿Pude pensar que en cuerpo tan hermoso
un corazon desamorado habia?
¿Qué pecho hai tan arisco que piadoso
no fuese a una pasion como la mia?
¿O cuál se vió tan intratable fiera
a quien mas el halago embraveciera?
«¿Qué te costaba concederme, ingrato,
una palabra sola, e irte luego?
Que el placer de tu vista, un breve rato
templado hubiera este importuno fuego.
Mas ¡ai! quedó en mi pecho tu retrato,
enemigo mortal de mi sosiego;
cebo de una pasion que nada calma,
porque borrarla es imposible a el alma.»
Diciendo así, los bellos miembros echa
sobre la verde yerba; ayes arroja;
suspira, i suspirar no le aprovecha:
el impío dolor ni un punto afloja.
Ahora calla, ahora se despecha,
i de copioso llanto el suelo moja.
Mas a la grave cuita que padece
se siente al fin rendida, i se adormece.

Descanse en hora buena el anjelito.
¿No será bien os hable de Gradaso,
que acaudillando ejército infinito
las rejiones devasta del Ocaso?
Dejarémosle estar otro poquito,
que ya se nos vendrá mas que de paso.
A Ferraguto es menester se vuelva,
que viene echando chispas por la selva.

Está el moro de cólera, que brama,
i enamorado está, que se derrite:
ira le enciende, i sopla amor la llama;
i por el mundo no dará un ardite,
si no acierta a topar la esquiva dama,
que jugar le parece al escondite,
o no topa a lo ménos al hermano
para enseñarle a ser mas cortesano.

Pues como en la espesura entrar le place,
i por lo mas tupido da una vuelta,
ve que a la sombra un caballero yace:
es Argalía, i duerme a pierna suelta.
Al ver que atado su caballo pace,
desmonta, arrienda el suyo, al otro suelta,
i con un palo dándole en las ancas
lo hace volar por riscos i barrancas.

Ansioso de volver a la pelea,
a despertar al jóven se encamina;
mas parecióle accion grosera i fea;
aguardar que él despierte determina;
mira abajo i arriba, se pasea;
ora se sienta i ora se reclina:
al diablo daba aquel dormir tan largo,
que a su justa venganza pone embargo.

Recordando por fin el caballero,
halla que Rabican tomó el portante,
i andar le es fuerza a pié, como un palmero;
con que se puso de asaz mal talante.
«Aquí estoi yo, le dice el altanero
Ferraguto parándose delante:
hoi uno de nosotros aquí muere:
mi caballo será del que venciere.

«Yo el tuyo, si lo ignoras, he soltado
por impedirte que a la fuga apeles.
Anduviste conmigo malcriado;
mas otra no me harás de las que sueles;
ahora que la tierra te he cerrado,
es menester que por el aire vueles.
¡Animo, pues! resiste al brazo mio;
que está en el pecho, no en la espalda, el brio.»
En voz alta el mancebo i faz serena
responde: «Es por demas que te conteste
si aquella fué crianza mala o buena,
porque no es tiempo de argumentos este.
Solo diré que tú, ni una docena
de Ferragutos, ni una entera hueste,
huir me hiciera, i que si pude hacello,
fué por tener mi hermana gusto en ello.
«I el que con lengua diga zafia i tosca
que temí, mentirá por el gargüero.»
A Ferraguto le picó la mosca:
como pintada sierpe que a un lijero
tiento de incauto pié se desenrosca
i acomete, silbando, al pasajero,
así furioso el español se lanza
al Argalí, sediento de venganza.
Ni el otro en el furor le cede nada.
Trábase pavorosa batahola;
i del estruendo horrísono asustada,
se estremece la selva opaca i sola.
Sabiendo el Argalía que a su espada
es Ferraguto invulnerable, alzóla:
ya que sacarle sangre es vano intento,
privarle imajinó de sentimiento.
Sobre el testuz le esgrime un altibajo;
mas entendióle Ferragú la traza:
súbito se le cuela por debajo,
i entre sus brazos al contrario enlaza.
Tiene Argalí para el marcial trabajo
mas firme el pulso, i con mas fuerza abraza;
pero destreza tuvo el moro mucha,
i un tanto mas esperto fué a la lucha.

No es mucho, pues, que al del Catai postrara;
bien que bregando el vigoroso infante
encima se le monta, i en la cara
golpes le da con el ferrado guante.
Mas otra ofensa Ferragú prepara:
empuñando la daga rutilante,
por un oculto ojal del coselete
hasta los gavilanes se la mete.

Brota de rojo humor copiosa fuente,
i la forma jentil se desmadeja,
como lacia se dobla tristemente
una flor que al pasar tronchó la reja.
Con apagada voz i balbuciente,
como a quien ya mortal angustia aqueja,
«Un solo don, decia, pues que muero,
te pido me concedas, caballero.

«Ruégote por tu mérito excelente
i a fuero de leal caballería,
que a un hondo rio arrojes juntamente
este mi cuerpo i la armadura mia;
no sea que al mirarla alguno afrente
mi nombre i fama, i diga acaso un dia:
ruin caballero es fuerza que haya sido
el que con estas armas fué vencido.»

El yelmo Ferragú le suelta i quita,
tornada en compasion la furia brava,
i ve en los ojos i en la tez marchita
que el aliento de vida se le acaba.
Vanamente la sangre solicita
restañar, que las ricas armas lava:
en sus brazos apoya al infelice,
ya cercano a espirar, i así le dice:

«¡Desventurado jóven i dichoso
en tan temprana i tan honrosa muerte!
la alegre vida en el albor hermoso
de juventud te arrebató la suerte.
Pero renombre dejarás famoso
de cortes caballero, osado i fuerte.
¡Ai! a quien da Fortuna edad mas larga,
suele enojosa hacérsela i amarga.

«I pues ya estás en sosegado abrigo,
i miras la tormenta desde el puerto,
jeneroso perdona, si contigo
loco de amor, he peleado a tuerto.
Al grande Alá poniendo por testigo,
del triste don que pides te hago cierto:
tu yelmo, si te place, solamente
reservaré, para cubrir mi frente.
«Préstame el uso de esta sola pieza,
miéntras que de otra a proveerme llego.»
Inclinóse la pálida cabeza,
como dando a entender que accede al ruego.
Oculto el español en la maleza
se estuvo hasta espirar el mozo, i luego
lo prometido á ejecutar se apronta,
i en su corcel con el cadáver monta.
Habiéndose a la frente acomodado,
separada la espléndida cimera,
aquel yelmo fatal, que destinado
a un porvenir mas venturoso fuera,
lleva con lentos pasos el helado
cuerpo de un ancho rio a la ribera,
i do mas honda i rauda es la corriente,
suelta la infausta carga blandamente.
Un rato el agua se quedó mirando,
i luego por la selva solitaria
pensativo se fué, miéntras Orlando
cruzaba el yermo en direccion contraria.
En busca de la dama jadeando
llegaba el conde, i plugo a la voltaria
fortuna, o fuese el diablo, que la viera,
para hacerle talvez la burla entera.
Profundamente Anjélica dormia,
jugando el viento en el brial de seda:
rosas el campo al rededor abria,
i susurraba amores la arboleda.
Al verla Orlando, ¿qué pensais que haria?
Embebecido, estupefacto queda,
la boca abierta, la mirada fatua;
mas que hombre vivo, inanimada estatua.

Tal el que inspira el hálito que el cielo
por arma, infecta boa, darte quiso,
torpe la vista i turbio el cerebelo,
enajenado queda de improviso.
«¿Qué es esto? dice el conde medio lelo:
¿es la vida mortal? ¿o el paraiso?
¿es de mi caro dueño aérea copia
con que me engaña Amor? ¿o es ella propia?»
Pasándosela en estas i otras flores,
se echa a tierra a mirarla el necio amante.
En batallas mas ducho que en amores,
ignoraba, bisoño cortejante,
ser doctrina comun de los doctores
que el que ve la ocasion i en el instante
no la agarró de la fugaz guedeja,
se tira luego de una i otra oreja.
Ferraguto, que viene cabalgando
por aquella mismísima ladera,
mira, mas no conoce al conde Orlando,
que sin divisa estaba i con visera.
Marabillóse; mayormente cuando
reparó en la dormida compañera:
quién ella sea un breve instante duda;
luego horrorosamente se demuda.
Pensando que a guardarla atenderia
aquel desconocido, en altaneras
i descompuestas voces prorrumpia,
i dícele de buenas a primeras:
«Esa dama no es tuya, sino mia,
i serte ha sano que dejarla quieras;
donde nó, vida i dama todo junto
has de dejar en este mismo punto.»
Hacia el recien venido alzó la testa
Orlando, i le responde algo mohino:
«Tengamos, camarada, en paz la fiesta:
ve, por amor de Dios, ve tu camino.
¿De dónde sabes tú qué dama es esta?
Naturalmente yo a la paz me inclino;
pero, si he de decirte lo que siento,
no me pareces hombre de talento.»

El español, que luego se mosquea,
«¡Hola!, le respondió: ¿con que al acero
quieres que apele? Bien que no se vea
señal en ti de noble caballero,
de igual a igual la competencia sea:
fácilmente, ladron, probarte espero
que es el contradecirme empeño vano.»
I esto dicho, a la espada puso mano.

Salta con vista entónces fulminante
el conde, que un volcan de furias era.
«Yo soi Roldan,» poniéndose delante
dice, i alzando a un tiempo la visera.
Hácele extraños visos el semblante;
catadura jamas se vió tan fiera.
Ferraguto quedó medio aturdido;
pero tomó al instante su partido.

Con acento responde resoluto:
«No piense hombre mortal que me intimida;
si Roldan eres tú, yo Ferraguto:
a espada al punto el pleito se decida.»
Monta Roldan en su alentado bruto,
i se juega en efecto la partida
de igual a igual, pues tienen al acero
ambos a dos impenetrable el cuero.

Al espantoso estrépito despierta
la dama, i viendo, como claro via,
que era por causa suya la reyerta,
i que las costas ella pagaria,
huye despavorida i medio muerta,
por do sus pasos la Fortuna guia.
I no hubo andado bien medio minuto,
notan su fuga Orlando i Ferraguto.

«Distante va, no hai hoja que rebulla,
(el conde dijo, echando atras la espada).
En vano el uno al otro se magulla,
cuando el vencer no ha de valernos nada;
que en dejar que nos plante i se escabulla
perdemos uno i otro la parada.
Si una amorosa súplica te obliga,
permíteme, te ruego, que la siga.»

Con risa amarga i mal disimulado
enojo dice el español adusto:
«Ciertamente que es raro el desenfado
con que de mí dispones a tu gusto.
Hubiérasme a lo ménos convidado
a seguir la batida; pero ¿es justo
que uno deje la res i otro la corra?
Pelea, conde, i súplicas ahorra.

«De paces ni de treguas no se trate,
que si eres duro tú, yo no soi blando.»
«Pardiez que es un solemne disparate
argumentar contigo,» exclama Orlando.
Con doble furia trábase el combate,
i finalizará Dios sabe cuándo.
Mas al canto siguiente se difiera,
que nuevo asunto i grande nos espera.

NOTA EXPLICATIVA DEL AUTOR

1 Merlin el encantador.

CANTO IV.

GRADASO

¿Diremos que es amor hado preciso,
dura necesidad, i que si ataca
de recio a un corazon, humano aviso
de donde se atrinchera no le saca?
¿O mirando las cosas a otro viso,
decidiremos que su ardor aplaca
próvida reflexion, juicio discreto,
i que al arbitrio humano está sujeto?

El que dos toros ve, por la vacada,
darse de cuernos i escarbar la tierra,
o a espuela i pico en un corral trabada
entre dos gallos implacable guerra,
no cree que pueda equipararse nada
a ese instinto de amor que el pecho encierra,
centella etérea, elemental, prendida
en las fibras mas hondas de la vida.

Mas si del amoroso paroxismo
suele calmar la fiebre, ya la opiata
de la seguridad, ya el sinapismo
de una correspondencia infiel o ingrata;
si amor violento se consume él mismo,
tibio, un soplo levísimo le mata;
si a larga ausencia, como Ovidio escribe,
o rara vez o nunca sobrevive;

Si modera sus ímpetus la Etica,
si tirita sin Céres i sin Baco,
si aquella dura disciplina ascética
que hace a el alma robusta, al cuerpo flaco,
le cierra el corazon con tapa hermética:
mui mas que poderoso eres bellaco,
¡oh ciego dios! ni hai hombre que no acierte,
queriéndolo de veras, a vencerte.

Pero segun la idiosincracia varia
quiere esta enfermedad vario el remedio.
¿Tiene el paciente condicion voltaria?
Récipe: un mes o dos de tierra en medio.
A un manso afecto una pasion contraria
hace que un alma altiva cobre tedio.
¿El clarin de la fama la desvela?
Es niño amor, i amedrentado vuela.

Santíguase Harpagon, cuando le guiña
una moza agraciada, pizpireta;
no que le desagrade, nó, la niña;
sino que mas un patacon le peta.
¿Pídenle para un chal o una basquiña?
Se siente vocacion de anacoreta:
«¡fuera!, dice, amoroso garabato:
me atengo a no pecar, que es mas barato.»

Mas hai amor que prende en alma dura,
i entre contrariedades crece i medra;
hai amor que ningun remedio cura,
i ni el peligro ni la muerte arredra.
Contra el roble que andamios de verdura
levanta, i la raíz en honda piedra
de un risco alpino esconde, brega en vano
proceloso aquilon que barre el llano.

Mas ¿a qué repetir lo que ya han dicho
tantos en dulce rima i docta prosa?
Quédate, Amor, en tu sagrado nicho,
i guárdate tu ciencia misteriosa.
Eres, en conclusion, un duende, un bicho,
un enigma, una cierta cosicosa
que se viene i se va cuando le peta,
i trabuca a los hombres la chaveta.

Hé aquí dos que se tiran al codillo,
(dije mal), que se tiran al degüello;
i en la parada no les va un cuartillo,
porque la dama que es la causa dello
huye, i de mas a mas lleva el anillo
puesto en la boca, i sin volver el cuello,
veloz se pierde en la montaña oscura,
que aun invisible, no se cree segura.
Artes i fuerza apura en su adversario
cada cual, ya repare, ya acometa;
tíranse golpes con suceso vario;
i todo sigue en igualdad completa.
Iba a durar la fiesta un octavario;
mas héos aquí que en traje de estafeta,
montada en palafren de blanco pelo,
llega una dama, echado al rostro un velo.
Suspensa de las armas la porfía,
descúbrese la bella viajadora,
que aflijida se muestra en demasía,
i con las tiernas lágrimas que llora
temprana flor parece que rocía
el aljófar primero de la aurora.
Mirando al conde, le saluda, i ruega
que no pase adelante la refriega.
«Aunque, mujer desconocida, creo
que mi demanda estimes necia i ruda,
(díjole así), lo que en tus obras veo,
de que la otorgues no me deja duda.
Vengo, señor, de allende el Pirineo
en estos tristes paños de viuda
buscando a este infelice caballero,
i que le dejes ir deberte espero.»
«Contento soi, (dió el conde por respuesta,
que era la flor de toda cortesía),
i aun mi persona está a serviros presta,
si fuere menester mas compañía.»
«Gracias te doi, le respondió modesta;
honor insigne a la verdad sería;
pero mi primo solo me acompañe,
que a tu valor mas alto empleo atañe.»

I vuelta a Ferraguto, «¿has conocido,
dice, a la sin ventura, Flordespina?
Pasas el tiempo en justas divertido,
¡mísero! i ni aun sospechas la ruina
de que a darte las nuevas he venido.
Arde toda la España en repentina
guerra; tu padre está cautivo, ¡ai triste!
i el enemigo a Barcelona embiste.

«Acaba de llegar un rei Gradaso
que le llaman señor de Sericana;
i avasallada el Asia, hoi el Ocaso
sujetar quiere a su soberbia insana.
De reyes ni de pueblos hace caso;
comun azote de la especie humana,
cristiano i mulsuman, frances i godo,
al bárbaro invasor le es uno todo.

«Consigo arrastra un turbion espeso
de naciones feroces i malvadas:
Marsilio está para perder el seso;
el pobre rei se da de bofetadas.
I viendo a Falseron, tu padre, preso,
únicamente tiene en ti fundadas
sus esperanzas. Ven; postrada invoca
tu brazo España; a ti el salvarla toca.»

Absorto, calla el moro, masticando
la relacion de la aflijida prima,
i unos pocos momentos vacilando
estuvo: al fin su decision intima;
«A Dios te queda, dice, conde Orlando:
otra vez, si te place, se dirima
la interrumpida competencia nuestra:
eres valiente, i dello has dado muestra.»

Para dejar que Ferragú se ausente
el conde intercesion no necesita;
ántes a la fortuna interiormente
las gracias da, que estorbo tal le quita.
Cambia Orlando la guerra antecedente
por la que dentro el pecho amor excita,
i tras la fujitiva mueve el paso,
miéntras va el moro en busca de Gradaso.

Convoca en tanto Cárlos a gran prisa
su rejia corte, i sobre el mal que aflije
al Occidente, en puridad se avisa,
i a este modo discurre: «Lo que exije
de nós la tempestad que se divisa
en la vecina España, se colije
de aquestas dos razones: la primera,
que el rei Marsilio es deudo nuestro, i fuera
«Mancilla, que el honor real no admite,
en tamaño peligro abandonalle;
i la segunda, que si Dios permite
que a España ese rei bárbaro avasalle,
sin aguardar licencia ni convite
sobre la Francia se vendrá, i ahorralle
el viaje es convenible i cumplidero;
ca da dos veces el que da primero.
«I pues la fe i honor os es patente
del ilustre baron de Montalbano,
nombrarle hemos juzgado conveniente
capitan del ejército cristiano.»
Habiendo dicho así, solemnemente
el militar baston le puso en mano.
Arrodillado el paladin lo aceta,
i una oracion pronuncia asaz discreta.
«Seguirán, dice Cárlos, tu estandarte
hombres cincuenta mil, jente de brío;
i para mas cumplidamente honrarte,
i demostrar lo que en tu espada fio,
quiero tambien gobernador nombrarte
del Languedoc i cuanto baña el río
Garona; obedeciéndote Burdeos,
Rosellon i los montes Pirineos.
«Mira, añadió abrazándole, hijo caro,
mira que te encomiendo mi corona.»
Contéstale Reináldos: «El amparo
de los cielos me falte, si ambiciona
premio mi pecho, mas ilustre i claro,
que el consagrar mi espada i mi persona
a tu gloria, i que ceda, miéntras vivo,
en honor tuyo el que de ti recibo.»

Dice, i los piés le besa, i se despide,
i la corte le da la enhorabuena.
El lo cortes con lo valiente mide,
i a todos honra i de favores llena.
Con la celeridad que el caso pide
lo necesario i la partida ordena,
e incontinenti pónese en camino,
de Ivon acompañado i de Anjelino.

Todo el que sabe de armas i de guerra,
luego que esta partida se pregona,
deja por ir tras él su casa i tierra,
como a quien tanto su gran nombre abona.
Pasado han ya lo estrecho de la sierra,
i en poco tiempo llegan a Jerona,
adonde el viejo rei se ha retirado,
dando a Grandonio el cargo del estado;

Que teniendo cercada en crudo asedio
a Barcelona la enemiga hueste,
de salud le parece único medio
en el estado de las cosas este;
mas crece el mal, i no se ve remedio
que en situacion tan apurada preste:
casi se trata de acordar la entrega,
cuando con Ferragú Reináldos llega.

Como en la tempestad al marinero
que ya la tabla náufraga apercibe,
cuando mas brama el piélago altanero,
mudado el viento, el ánimo revive;
cual lámpara que al dar el postrimero
destello, nuevo pábulo recibe,
tal de Marsilio entónces la abatida,
moribunda esperanza torna a vida.

Llegan al mismo tiempo Balugante,
Isolero, Espinela, Matalista,
Serpentino, i el bravo rei Morgante,
a repeler la bárbara conquista.
El califa de España, el almirante
i Falseron, con otra larga lista
de nombres que por no cansar no escribo,
cuál era ya difunto, i cuál cautivo.

Porque Gradaso, aquel desaforado
rei de la populosa Sericana,
habiendo las dos Indias subyugado
i aquella ínsula grande Trapobana,
los persas i los árabes domado,
i de los negros la rejion lejana,
i la mitad del mundo, finalmente
desembarcó en España con su jente.
Multitud de naciones conquistadas
le siguen, belicosas i salvajes,
blancas, rojas, morenas, i tiznadas,
de varios climas, lenguas, armas, trajes.
Príncipes solo i testas coronadas
le sirven de escuderos i de pajes;
valeroso, incapaz de felonía,
pero altivo, arrogante en demasía.
Cubre a la infausta España la avenida
de tanta horda terrífica, sañuda.
Marsilio, que la cree casi perdida,
no sabe a qué lugar primero acuda;
i Barcelona misma es reducida
a tal estremo, que aun Grandonio duda;
pues dia i noche el sitiador la estrecha,
i se halla a punto de batirla en brecha.
Abraza, haciendo estremos de locura,
a Ferraguto el viejo rei Marsilio.
«Aunque imploraba ya la sepultura,
dice, con el vivir me reconcilio;
que tengo la victoria por segura
con tu asistencia i el cristiano auxilio.»
Ferraguto le da respuesta breve:
que hará lo que acostumbra i lo que debe.
Miéntras de la defensa agota el arte
Grandonio, con la cruz la media-luna
forman bizarro ejército, que parte
a probar en el campo la fortuna.
En brigadas la jente se reparte;
señálase caudillo a cada una;
i rije Serpentino la primera,
que combatientes veinte mil numera.

Cincuenta mil conduce a la pelea
Reináldos; no le falta un solo infante;
Matalista a su vez capitanea
quince mil; va a su lado el rei Morgante;
luego otros tantos de hosca raza i fea
gobiernan Isolero i Balugante;
i sigue a todos la aguerrida banda
de treinta mil que Ferraguto manda.

Dirije el rei Marsilio la postrera
de treinta i cinco mil bravos peones.
La fuerza tal, i tal el órden era
de las seis coligadas divisiones.
El sol en los arneses reverbera;
de polvareda espesos nubarrones
álzanse, i en el polvo i los reflejos
los conoció Gradaso desde léjos.

Llamando a cuatro reyes de corona
Brutaroca, Grancoda, Urnaso i Berra,
«¡Hola!, dice, batidme a Barcelona:
cuidado que hoi sin falta venga a tierra;
no hai que dejarme a vida una persona;
solamente a Grandonio en esta guerra
vivo me cojereis; metedle en hierros,
que a lidiar quiero echarle con mis perros.»

Cada cual de estos reyes conducia
de los campos del Indo i los del Gánjes
guerrera innumerable infantería,
de arcos armada, de hondas i de alfanjes;
i cubren, en lugar de artillería,
uno i otro costado a las falanjes
doscientos elefantes nada ménos,
que altos castillos cargan, de indios llenos.

Cual ondas forma con el raudo viento
la grama de una vasta pradería,
comienza a rebullir el campamento,
i con el polvo se oscurece el dia.
El sericano dice: «En el momento
quiero que venga a la presencia mia
ese jigante rei de Trapobana
que monta una jirafa por alfana.»

No se vió rostro de tan fiera guisa
como el de este jayan nombrado Alfrera.
«¡Hola!, dice Gradaso, date prisa:
ve, feo monstruo, hacia la azul bandera
que tiene estrella de oro por divisa:
sabes, si no la traes, lo que te espera.»
I encarado a otro rei que cerca estaba
i Faraldo de Arabia se llamaba,

«Hazme al baron de Montalban cautivo,
dice, i el estandarte galicano,
i en él haz modo de envolverle vivo,
i de traerme su corcel a mano:
no dejes que Bayardo fujitivo
se te escabulla, malandrin villano;
pues sabes que salí de Sericana
por ganar a Bayardo i Durindana.»

Luego a Framarte, rei de Persia, ordena
que a Matalista prenda i a Morgante.
Al rei de Nubia, Orgon, que tiene llena
de verrugas la cara i es jigante,
«Ensartarásme en una gran cadena
con Isolero, dice, a Balugante.»
Al cual Orgon la carne recia i dura
servia de vestido i de armadura.

Al jigante Balerza luego manda
(que tiene el morro tres pulgadas grueso
i monta un elefante) ir en demanda
de Ferraguto, i que le traiga preso.
El pueblo serican sin armas anda,
como en espectativa del suceso;
que solo con su rei al campo sale,
i cuando el riesgo o la ocasion lo vale.

La franca en tanto i la española jente
provoca al enemigo a la batalla,
i marcha, a sus caudillos obediente,
en órden tal, que es un placer miralla.
El campo, de la aurora al occidente,
cuajado está de espesa jentüalla
hasta la mar, i apénas uno sabe
donde la que despues va entrando cabe.

Uno i otro enemigo es sarracino,
ménos el buen señor de Montalbano,
i ya está el uno al otro tan vecino,
que se pueden herir tirando a mano.
Llega con Espinela Serpentino,
i embiste al populacho trapobano:
por ambas partes pavorosa, horrenda
alharaca preludia a la contienda.

El discorde sonar de tamborones,
de trompa, de añafil i chirimía,
hace una confusion de confusiones
que cosa del infierno se diria.
Serpentino, apretando los talones,
al rei de Trapobana acometia;
aquel de quien se ha dicho i se repite
que en lo disforme parangon no admite.

Blandiendo va el jigante gruesa viga
que mástil pudo ser de una fragata:
nada le estorba escudo ni loriga:
de cada golpe a tres o cuatro mata.
Serpentin, que temor jamas abriga
(del coraje español era la nata),
arremetió; mas golpe tal le toca,
que cae vertiendo sangre por la boca.

Pasó de largo la fantasma fea,
con la gran viga abriéndose ancha plaza,
i donde el estandarte azul ondea,
en el pobre Espinela hizo tenaza:
como por diversion le zarandea,
terciada en tanto la robusta maza:
echando luego a la bandera mano,
le envía envuelto en ella al sericano.

Reináldos desde léjos vió la fiesta
de Sepertino i de Espinel gallardo,
i no le pareció ser hora esta
de venir con su jente a paso tardo.
Dejándosela toda en órden puesta,
a sus hermanos manda Ivon i Alardo
sigan con ella, miéntras él avanza:
embistiendo al jayan bajó la lanza.

Aunque no le hizo sangre, que cubierta
lleva de cuero de orca la loriga,
del golpe que le da le desconcierta,
i echa a rodar jayan, jirafa i viga:
desenvainando entónces a Frusberta,
carga sobre la cáfila enemiga:
rompe las filas, acuchilla, mata,
i cuanto encuentra arrolla i desbarata.

Tras él la division cristiana vuela,
i sobre el enemigo da de lleno.
Viendo la suya que a la fuga apela,
está el jigante Alfrera hecho un veneno;
mas le cumplió tambien hincar la espuela,
creyendo que el negocio no iba bueno;
i en pos corrió de la fugaz canalla,
no sé si a detenella o si a imitalla.

Brazos cortando i pechos i cabezas,
no da vagar Reináldos a la espada:
los trapobanos rompe i hace piezas:
hubo a quien rebanó de ijada a ijada.
Corriendo van por riscos i malezas,
como de cabras tímida manada:
caen, como en la siega las espigas,
los mutilados cuerpos i lorigas.

Pero recuerde ahora que es Reinaldo,
que quieren los de Arabia entrar en danza.
El, para mas honrar al rei Faraldo,
de parte a parte le pasó la lanza;
i luego a los demas da el aguinaldo
abriendo a quién el pecho, a quién la panza;
i dellos hubo a quien de un solo tajo
la gran Frusberta hendió de arriba abajo.

Cúbrese de cadáveres el llano,
que hacen a los que lidian parapeto:
el que puede escapar lo hace temprano,
no le pesque Reináldos el coleto.
Va Ivon, Guiscaldo va tras el hermano,
i Alardo, i Anjelino, i Ricardeto;
i Serpentin, con fresco aliento i fuego,
vuelve otra vez al azaroso juego.

Iba en derrota el árabe, i caia
un dromedario aquí, i allá un camello,
cuando en su yegua tártara venia
Framarte, rei de Persia, sin resuello,
que por probar la lanza se moria
del buen Reinaldo, i se salió con ello,
pues en la lanza el paladin le ensarta,
i fuera se la echó mas de una cuarta.

Reináldos, sin hacer de aquello cuenta,
pasa adelante impávido i sañudo:
parece un rayo en noche de tormenta;
mas que mortal le estima el pueblo rudo.
I Orgon en este punto se presenta,
que va, como un bergante, a pié i desnudo;
pero desnudo así i a pié i bergante,
nadie le ve llegar que no se espante.

Tiene de modo tal la piel curtida,
que el hierro apénas le penetra o taja,
i con el tronco de una haya erguida
terriblemente a los contrarios maja.
Vióle Reináldos; pero vió en seguida
la turba que con él al campo baja
de atezados vasallos; con que suena
a replegar, i su brigada ordena.

I miéntras como próvido consulta,
i qué partido tome delibera,
torna a la lid la densa turbamulta
de trapobanos que dirije Alfrera;
i volviendo la cara, ve que oculta
grande espacio de campo otra tercera
hueste, que viene por diversa parte
siguiendo de Balerza el estandarte.

Este unos gritos da descompasados
con que a los mas intrépidos azora:
Alardo i Arjelin medio turbados
estiman que cejar conviene ahora.
Reináldos dice: «Estais equivocados:
aguardad, compañeros, media hora,
media hora, no mas, que media basta
para acabar con esta infame casta.»

Los dientes con terrífico rechino
Reinaldo aprieta i contra Alfrera parte.
Pero nuestro jayan, que era ladino,
como le vió venir, se fué a otra parte;
lo que puso a Reináldos tan mohino
que aguijando a Bayardo, tunde, parte,
desbraza, descabeza a cuantos topa
i hace pedazos la enemiga tropa.

Marsilio ve la gran nubarronada
de huestes que en el campo se congrega,
i envia a Ferraguto una embajada,
que se apresure a entrar en la refriega.
La batalla hasta aquí no ha sido nada;
ahora sí que en porfïada brega
hasta lo sumo el brio se acalora:
lo apurado, lo crítico es ahora.

Porque Reináldos de diversos modos
sarracenos despacha, que es un gusto;
chorréale la sangre por los codos;
i a los mas alentados pone susto.
I al mismo tiempo van llegando todos
los de mas nota; Ferraguto adusto,
Matalista, Isolero, Balugante,
i el fortísimo príncipe Morgante.

No sé decir si fuese ardid o fuerza,
que don Turpin se lo ha dejado *in petto:*
lo que no tiene duda es que Balerza
se metió bajo el brazo a Ricardeto.
Pugna el mancebo mísero i se esfuerza
por desasirse; mas con poco efeto;
va Ivon tras él, i Alardo, i Anjelino:
Balerza por los tres no da un comino.

Por otra parte Alfrera ha levantado
a Isoler de la silla i se lo lleva.
Ferraguto lo vió; mas no le es dado
que un solo paso su corcel se mueva
contra la gran jirafa, que, espantado,
sobre los piés el cuerpo al aire eleva,
i responde a la espuela i a las voces
dando bufidos i tirando coces.

Solo el brutal Orgon a nadie pilla;
despachurrar le gusta únicamente:
en derredor, por mas de media milla,
toda despavorida huye la jente;
que allí no vale lanza, no cuchilla,
ni el ser diestro aprovecha o ser valiente;
él rompe a un tiempo escudos, armas, huesos:
a borbotones saltan sangre i sesos.

Pero ninguno a compasion excita
a par de Ricardeto, que hecho presa
de aquel otro jigante, «hermano, grita,
a Ricardeto acorre, date priesa.»
Oyó Reináldos la doliente cita;
i vuelto, ve lo que de ver le pesa,
o por mejor decir, lo que en tan grave
ira le enciende, que de sí no sabe.

Tanto el hermano al bello mozo ama,
que dar por él la vida estima en poco,
i al verle en brazos, no de alguna dama,
sino de aquel jayan, se vuelve loco.
Mas otro asunto la atencion me llama,
i yo la vuestra juntamente invoco.
A Barcelona voi, que la tenemos
reducida a los últimos extremos.

El que por dicha ignora dónde sea
de los horrores de la guerra el centro,
una ciudad acometida vea,
el enemigo fuera, el hambre dentro.
De cuanta desventura alguna idea
formarse pueda, allí la suma encuentro;
ni la fama otro cerco relaciona
que se compare al tuyo, Barcelona.

Por do sus torres en la mar se miran,
la baten sin cesar mil galeones;
i en derredor por la campaña jiran
de aquellos reyes indios las lejiones,
que con ballestas, arcos, hondas tiran,
o sobre el hondo foso echan pontones,
o con enteros árboles lo ciegan,
i ya a la basa de los muros llegan.

Dónde arriman escalas, dónde avanzan
morrudos elefantes a docenas,
que sus torres altísimas balanzan
de ejercitados guerreadores llenas,
que saetas, venablos, piedras lanzan,
batiendo a caballero las almenas,
miéntras la poderosa catapulta
con recio embate a la muralla insulta.

Coronan los sitiados la muralla;
i peñascos de enormes dimensiones
hacen caer de arriba, i cuanto se halla
a mano; hasta columnas i artesones.
Esotros cuerpo a cuerpo dan batalla;
i en vez de parapetos i bastiones,
sus propios pechos a la lid presentan,
i al enemigo de la brecha ahuyentan.

Descuella sobre todos la figura
de Grandonio, i ya firme está, ya corre;
cuantos hai medios de defensa apura;
a un tiempo manda, riñe, ofende, acorre;
las almenas le dan por la cintura;
semeja desde léjos una torre.
Dijérades al ver su porte i traza
que basta él solo a defender la plaza.

A diestra i a siniestra peñas tira,
i a cada tiro aplasta un elefante.
En tropas la indiada se retira,
invocando a Mahoma i Trivigante.
Infelices de aquellos do la mira
pone el jayan, de estragos anhelante,
que avienta como paja las escalas,
i a los que pilla hace volar sin alas.

«¡Cobardes! ¿el huir qué os aprovecha,
si os esperan aquí nuestras espadas?,
dicen los reyes: asaltad la brecha;»
i empújanlos a coces i a puñadas.
Grandonio encima hirviente pez les echa,
i líquido alquitran a calderadas;
«Así, diciendo, adobo yo, belitres,
el yantar a los canes i a los buitres.»

Hinchen el aire, asordan los oídos
en varias lenguas dísonos acentos,
el triste lamentar de los heridos,
i el son de los marciales instrumentos:
doquiera dolorosos alaridos,
imprecaciones, votos, juramentos:
doquiera espanto i confusion se advierte,
i el furor en mil formas, i la muerte.

Al mismo tiempo el horroroso estrago
del hambre el vulgo en Barcelona siente,
que macilento i por las calles vago,
mendiga el pan con que el vivir sustente.
¡Cuánto el anciano endeble que al amago
de la Parca con pulso intercadente
i lento afan se rinde, cuánto envidia
al que perece en la sangrienta lidia!

Con mustio labio el falleciente hijuelo
los pechos de la madre exprime en vano,
que la lívida cara eleva al cielo,
desamparada de socorro humano.
Crece continuamente el ansia i duelo,
i de hora en hora aguarda el ciudadano
ver de la patria la fortuna extrema,
el saco horrible i la matanza i quema.

Pero, por Dios, dejemos este asunto,
i dejemos tambien, si os acomoda,
a los indianos reyes, que ya a punto
tienen la jente que gobiernan toda;
tanto, que a una señal de aquel trasunto
de Satanas, el pardo rei Grancoda,
cubren dos mil escalas la muralla,
i sube como hormigas la canalla.

Mudemos en efecto de sujeto,
que pensar no me deja en otra cosa,
i a decir la verdad, me tiene inquieto
la tremenda, la crítica, azarosa
aventura del pobre Ricardeto,
que, si jente le sigue valerosa,
se va con él Balerza sin embargo,
i lleva el elefante a un trote largo.

Bien que como Reináldos se aproxime,
tiene que detenerse a su despecho.
Ni por eso creais se desanime,
ántes le dice que placer le ha hecho.
Ferrado tronco en la derecha esgrime,
i lo maneja cual liviano helecho.
Vestido está de acero rutilante,
i ya sabeis que monta un elefante.

Por no exponer su buen corcel, se apea
el paladin; pero ¿de qué su ahinco
le sirve, o su valor, cuan grande sea,
si cuatro palmos mas no crece o cinco?
Fuéle inspirada una excelente idea:
un brinco da, cual suele ser el brinco
del tigre sobre el corso o la potranca:
del elefante empínase en el anca;

I al monstruo en el cogote con suceso
tan cabal embutió la hoja luciente,
que tras el casco le taladra el seso,
i hace salir la punta por la frente,
de modo que Balerza suelta el preso
i el último suspiro juntamente.
La vasta mole ensangrentada bota
el elefante, i por el campo trota.

Mudando de caballo Ferraguto,
persigue en tanto al robador Alfrera,
que por salvar la presa, al tardo bruto
que monta, incita a mas veloz carrera.
Ello es que el moro se afanó sin fruto,
i que cuando al bergante herir espera,
éste, esquivando el golpe, aprieta el paso,
i se mete en el campo de Gradaso.

Tras él se cuela Ferraguto; pero
el resultado no valió la pena.
Echando en tierra al jóven Isolero,
aferra el otro la fornida entena;
i moviéndola en círculo lijero,
da a Ferraguto un golpe que le atruena:
la rejia servidumbre se apersona,
i a los dos españoles aprisiona.

Dice a Gradaso Alfrera: «Desconfío
que salgas de esta lid con lucimiento:
ciertamente Reináldos tiene brio;
yo solo el tuyo igualo a su ardimiento.
Es tu enemigo i enemigo mio,
i el alabarle no me da contento;
mas la verdad se ha de decir por fuerza:
acaba de matar al rei Balerza.
«Atravesó a Faraldo, i ha ensartado
a Framarte como una pajarilla.
Yo soi de todos el mejor librado,
i tengo dislocada una costilla.
Al verle, no hai peon tan alentado
que no eche a huir creyendo que le pilla.
Tú, si de mi verdad te satisfaces,
miéntras es tiempo, mira bien lo que haces.»
Riendo desdeñoso el sericano,
«¿Con que Reináldos, dice, es tan valiente?
¿Con que te ha dado? Bien está; me allano
a renunciar mi pretension presente,
si no le venzo i a Bayardo gano
ántes que el sol descienda al occidente.»
Dijo, i por señas la armadura pide,
i el rejio albergue a lentos pasos mide.
Las armas otro tiempo frabricadas
para Sanson, dos reyes le traian:
obra marabillosa de las hadas,
de azul i oro a cuarteles relucian.
I no bien se las tuvo acomodadas,
era cosa de ver lo que corrian
los que a servirle en torno atienden; tanto
el verle aun a los suyos causa espanto.
Luego de un salto encabalgó la alfana,
que era una yegua de color retinto,
negrísima, tresalba, rabicana,
de gran correr i de marcial instinto.
Saliendo, ve a Reináldos que rebana,
punza, degüella, troncha i deja tinto
de sangre el suelo, entre cabezas rotas,
informes cuerpos, destrozadas cotas.

El rei Gradaso le miraba atento,
como quien tiene en tales cosas voto:
luego se le dispara truculento;
es una tempestad, un terremoto:
al mismo diablo, si le diese un tiento
con la lanza, el testuz le hubiera roto.
Despavorido un repentino salto
Bayardo da de cuatro varas de alto,

De que el pagano asaz se marabilla;
mas no se cura, i sigue siempre avante.
Hileras desbarata i desparpilla:
ya están en tierra Ivon i el rei Morgante.
Ambos a dos Alfrera al punto pilla,
que tras el rei Gradaso va de infante,
i a prender, no sin pena, se da mano
todos los que derriba el sericano.

Guiscardo al suelo va, va Serpentino,
Alardo i otros ciento en larga hilera.
Como si en sucesion a su vecino
el que primero cae, caer hiciera,
llévaselos Gradaso de camino
sin suspender un punto su carrera:
casi duda la vista sorprendida
si primero es el golpe o la caída.

Mas el baron de Montalbano ha vuelto,
que, sin apelacion, probar fortuna
con el gallardo rei tiene resuelto.
Cual entra con enhiesta media-luna
bravo toro en el circo; desenvuelto,
alta la frente, llega. Ambos a una
se encaran i se embisten fieramente:
paróselos a ver toda la jente.

Fué sobre todo humano pensamiento
pavorosa, crüel la arremetida.
El buen Bayardo (a mi pesar lo cuento)
cae por la vez primera de su vida;
pero resurte i pone en salvamento
al mísero Reináldos, que la brida
no rije ya. Gradaso, aunque la bella
alfana cae, se tiene firme en ella.

Creyendo que al negocio ha dado cabo,
dice al jigante Alfrera: «Corre i pilla
ese corcel que de ganar acabo:
jaeces nuevos ponle i nueva silla.»
Mas le dejó por desollar el rabo,
que el tal corcel ya estaba a media milla,
llevando encima al aturdido dueño,
que al fin sacude aquel pesado sueño,

I torna nuevamente a la quimera,
apénas recobrado del letargo.
Iba diciendo el socarron de Alfrera:
«¿A quién se dió jamas tan necio encargo?»
I como si alcanzarle no quisiera,
ya a corto, ya le sigue a paso largo,
jurando, a fe de Alfrera i de jigante,
que en tenerle a la vista hará bastante.

Miéntras a los franceses divertido
está en acuchillar el sericano,
i a cuál la vida, a cuál quita el sentido,
hiriendo a unos de filo, a otros de plano,
Reináldos, que pensaba prevalido
de la ocasion, cascarle a salvamano,
le asaltó de costado, i en la frente
le descargó descomunal fendiente.

Mas no hai granito que se ponga al lado
de aquella; i ved si con razon lo digo.
Como si un coscorron le hubieran dado,
así se queda; i vuelto a su enemigo,
«Suelo dar, dice, el celemin colmado
a los que gustan de feriar conmigo.»
Hácese atras para que libre juego
tenga el robusto brazo, i carga luego.

Caló sobre el brioso paladino
silbador altibajo; i por mi vida,
a no tener el yelmo de Mambrino,
ya estaba al otro mundo de partida.
Sobre el pescuezo a dar de bruces vino
de su corcel, que arranca de estampida;
i aciértalo a mi ver, porque sin eso
queda allí su señor o muerto o preso.

Tornó Reinaldo en sí; mas ¡ai! el pecho
otro mas crudo golpe le traspasa:
muérese de vergüenza i de despecho:
se desespera, en cólera se abrasa.
Decíase: «Tus bríos ¿qué se han hecho?
¿qué es esto, miserable, qué te pasa?
¿eres Reináldos? ¿tienes armas? manos?
¿te han hechizado acaso estos paganos?»
I vuelto a su caballo dice: «¡Ingrato!
dejárasme morir, que de esa suerte
honrado moriria: nunca al trato
de los hombres volvamos: ve a esconderte.
Pero ¿qué estoi diciendo, mentecato?
Volvamos a vengarnos o a la muerte.»
Decir, picar, arremeter violento
al rei de Sericana, fué un momento.
Aunque en sus armas la menor falsía
no halló Frusberta aquella vez tampoco,
estrellas le hizo ver a mediodía.
Parecióle la chanza al rei un poco
pesada, i dijo, haciendo que reia:
«¿Habráse visto semejante loco?
Mas yo tengo de ver si te sosiego.»
Lanzando por los ojos vivo fuego,
Se abalanza al frances de tal manera,
da tal fuerza, tal ímpetu a la espada,
que ninguno lo vió que no dijera:
«Baron de Montalban. tu hora es llegada.»
I sin duda ninguna que lo fuera,
si hubiese andado lerdo el camarada.
El siniestro talon Reináldos hinca;
ájil Bayardo al otro lado brinca.
Dió en vago el golpe el sericano; empero
otro le segundó que puso grima.
Hurta el frances el cuerpo cual primero,
i un recio tajo al mismo tiempo arrima.
Pagábale al contado en buen dinero,
como quien sabe a perfeccion la esgrima;
i Bayardo, tan ducho como el amo,
saltando acá i allá parece un gamo.

Gradaso, viendo que trabaja en vano,
va a ver si en otra parte se fatiga
con mas provecho, i rompe espada en mano
por las lejiones de la adversa liga;
mas no ha dado cien pasos el pagano
cuando Reináldos otra vez le hostiga,
i gozar no le deja aquel sabroso
andar matando a roso i a velloso.

Trabárase la lid con furia nueva
a no verse Reinaldo en grande aprieto,
pues miéntras con el rei su espada prueba,
prisionero hace Orgon a Ricardeto.
De allá el hermano grita: «¡Que me lleva!»
i a él acá le tiran el coleto:
no sabe a dó se vuelva ni qué haga,
ni cómo a entrambos lances satisfaga.

Tanto le da que hacer su antagonista
que apénas de su espada se defiende:
pues ¿qué será cuando al jigante embista,
si al mismo tiempo el serican le ofende?
No ve socorro humano, aunque la vista
por todo el campo a la redonda tiende.
Pero sin fuerzas i sin voz me siento;
suspendo el canto miéntras cobro aliento.

CANTO V.

LA BARQUILLA

Suele dar Dios con dulce miel templado
el acíbar del cáliz de la vida,
i aun teniendo el azote levantado,
su providencia paternal no olvida;
por mas que en este valle malhadado,
que es de los vicios i el error manida,
no cese un punto la malicia nuestra
de provocar su vengadora diestra.

Mas entre cuantos bienes, los enojos
calmando, que el vivir humano aflijen,
grato solaz ofrezcan a los ojos,
o al trabajado pecho regocijen,
como flores que brotan entre abrojos,
o que su tallo en mustio yermo erijen,
¡dulce amistad! si el tuyo en este mundo
no es el lugar primero, es el segundo.

Busca el dichoso a ti por confidente,
con quien, partiendo el gozo, mayor le haga;
que, no comunicado, brevemente
el mas grato placer nos empalaga.
A ti recurre el ánima doliente,
i tú de la afliccion curas la llaga,
i en ella, ¡oh bienhechora hija del cielo!
el bálsamo derramas del consuelo.

Pero cuando un afecto su fineza
apura mas i acendra i aquilata,
es cuando aquel que con la vida empieza
la estimacion lo esmera i lo remata;
i dos almas que unió naturaleza
santa amistad con dobles nudos ata,
yendo con la razon la sangre a una
i la dulce costumbre de la cuna.

Que si a lo mas extraño i forastero
el mérito i virtud nos aficiona,
¿qué será cuando aquello que primero
ciego abrazó el cariño, el juicio abona?
Entónces con tan firme i duradero
lazo un afecto al otro se eslabona,
que no se da poder que los desuna
en el mundo, en el tiempo, en la fortuna.

Desto Reinaldo, insigne ejemplo ofrece,
que a su hermano menor, bello dechado
de virtud que en temprana edad florece,
quiere i estima en el mas alto grado.
Pensad, pues, a qué punto se enardece,
qué furor hierve en él, cuando a su amado
Ricardeto el brutal Orgon cautiva,
segun lo dejo declarado arriba.

Poco estuvo Reináldos vacilante,
que pronta decision requiere el caso.
Acordó, pues, la suya en el instante,
que fué dar las espaldas a Gradaso,
i luego enderezar contra el jigante,
con la celeridad que pudo, el paso,
para volver, sin ese inconveniente,
la competencia a dirimir pendiente.

I llegado que fué, tomó el partido
de desmontar, no fuese que el villano
le lisiase el corcel con el fornido,
formidable baston que lleva en mano.
Orgon, que no pensaba hubiese habido
ninguno, que teniendo el juicio sano
de venir a embestirle osado fuera,
muerto de risa al paladin espera;

En lo que, cierto, no mostró cordura,
como Frusberta conocer le ha hecho
con un raudo reves i una abertura
algo profunda en el cuadril derecho.
Ahulla el malandrin, blasfema, jura
i se muerde los labios de despecho:
embravecido a Ricardeto arroja,
que el duro suelo con su sangre moja.
Quedó tendido el pobre mozo en tierra
sin habla, sin color, sin movimiento.
Orgon la poderosa porra afierra:
Reinaldo alerta está i a todo atento:
cruje los dientes, cual sonora sierra,
Orgon, i con la clava hiende el viento:
Reinaldo, hurtando el cuerpo, atras da un paso:
en esto sobreviene el rei Gradaso.
El lance ciertamente es de dar susto,
i casi duda el héroe de Mongrana. [1]
Mas como tiene un corazon robusto
que con ningun peligro se amilana,
un tajo esgrime, que cojiendo al justo
la cintura al jayan, se la rebana:
cayó sangriento el monstruo en dos pedazos;
uno las piernas, otro el busto i brazos.
Como si hubiese algun melon partido,
sereno así sobre Bayardo salta,
i de nuevos alientos revestido
al rei Gradaso el paladin asalta.
Este, de lo que mira sorprendido,
mostró la diestra desarmada i alta
en señal de pedirle parlamento:
el paladin envaina, i oye atento.
«Fuera, señor, soez descortesía,
el rei le dice, i gran desaguisado,
que, siendo tú de tanta bizarría
i de tanto valor como has mostrado,
fueses vencido por la hueste mia;
que, estando de millares rodeado,
no puedes escapar de muerto o preso,
si eres hombre mortal de carne i hueso.

«No quiera Dios que afrenta tan villana
a un caballero se haga de tal brío.
Yo pienso, si te place, que mañana
(pues tiende ya la noche el velo umbrío),
sin tu Bayardo tú, yo sin mi alfana,
lidiemos cuerpo a cuerpo en desafío,
porque del lauro así i honor primero
no defraude el caballo al caballero.

«Mas con tal pacto hagamos la pelea,
que si me vences tú, todo el que hubiere
de vosotros cautivo, suelto sea;
i si yo te matare o te prendiere,
no pido mas rescate ni presea
que tu corcel: i venza el que venciere,
libre, la vuelta de Asia, irá mi tropa,
i el cetro a Cárlos dejaré de Europa.»

Reináldos, que no encuentra en esta cosa
mucho que masticar, asi contesta:
«Serme no puede ménos que gloriosa
la lid, alto señor, que me es propuesta,
pues tanto tu virtud marabillosa
al universo mundo es manifiesta,
que en recibir de un brazo tal la muerte
dará envidia, no lástima, mi suerte.

«I en lo que toca a la razon primera,
gracias te doi; mas con tu venia añado
que, aunque parezco zozobrar, pudiera
sin ajeno favor salir a vado,
i que si en contra mia el orbe fuera,
i brotara lejiones este prado,
no temblara por eso; i lo que digo,
con este acero a sustentar me obligo.»

Gradaso a esto no replica nada:
con que, volviendo al comenzado asunto,
de la lid determinan acordada
el dónde, cómo i cuándo: el dónde, junto
a la playa del mar; el cómo, a espada,
armados, claro está, de todo punto,
sin comitiva alguna o compañía,
ambos a pié; i el cuándo, al otro dia.

Todo con una flema sin segunda,
lo dejan definido i aplazado,
i por volver a la sabrosa tunda
quisieran fuese el nuevo sol llegado.
No así yo, que de tanta barahunda
estoi, os aseguro, mareado.
Calle un instante la trompeta bélica,
que en el Catai me está aguardando Anjélica,

La cual, aunque la causa que la inquieta
a la espalda dejó, no ha sosegado.
Cual simplecilla cierva, a quien saeta
de aleve cazador llagó el costado,
que huye anhelando, i tanto mas le aprieta
aquel mortal dolor que lleva al lado,
i en vano busca alivio al mal que siente,
en la nativa selva i clara fuente;

O cual traviesa niña, que en la saya
deja, por acercarse sin cautela,
prender el fuego, i corre huyendo al aya,
i mas en el correr la llama vuela;
lleva Anjélica así, doquier que vaya,
la amorosa pasion que le desvela;
ni le vale el huïr, ántes parece
que su mal con la ausencia se encrudece.

No sabe qué es consuelo ni reposo;
no hai pasatiempo que su pena engañe;
el rostro tiene siempre lagrimoso;
suspira a todas horas, jime, plañe;
si acaso duerme, en vez de algun dichoso
sueño que un punto su llorar restañe,
sueña que mira aquel semblante amado
esquivo para ella i enojado.

Con esto torna en sí sobresaltada,
i volviendo los ojos a occidente,
«¡Oh Francia!, dice, ¡oh tierra celebrada!,
dichosa tú, que logras ver presente
el caro bien de que yo estoi privada!
¡Ah! puede ser que ahora cabalmente
otro seno amoroso (¡amarga idea!)
lo que en vano ansio yo, goce i posea.

«Pobre de mí! ¿qué haré contra este loco
delirio, este mortal desasosiego?
¿a qué arte apelo? ¿a qué deidad invoco?
Turbó la tierra, el agua, el aire, el fuego;
mas de hechizos Amor se cura poco;
bien a mi costa a conocerlo llego:
que no calme este ardor ningun encanto
decreto tuyo ha sido, cielo santo.

«¿Qué aguardo mas? ¿Por qué no doi de mano
a la esperanza en que mi amor se ceba?
¿No sabe que le adoro el inhumano,
o de su ingratitud me falta prueba?
Solo desdenes te debí, tirano;
mas pagarélos con fineza nueva:
al mago Maljesí, mi prisionero,
dar libertad, porque es tu primo, quiero.»

Aquesto dicho, al húmedo aposento
do en medio el mar está el cautivo, baja
valida de no sé qué encantamento,
i las puertas de bronce descerraja.
Oyó el mago el ruido, i al momento,
en el majin là idea se le encaja
de ser llegado su postrero dia,
i de que Satanas por él envia.

Cuando aguardaba la infernal visita,
aparecióle el bello ánjel humano.
Luego que le saluda i que le quita
los hierros ella con su propia mano,
dice: «Quien te libró de tanta cuita,
piedad igual de ti no espere en vano:
aleccionado por tu propia pena,
aprende a condolerte de la ajena.

«Que si de amor talvez supiste, i sabes
que de un ingrato enamorada vivo,
juzgarás tus cadenas ménos graves
que en las que tengo el corazon cautivo.
I porque de entender mi ruego acabes,
amo a Reinaldo, i me desprecia altivo;
i de tu libertad en pago quiero
que me sirvas con él de medianero.

«De servidumbre te declaro esento,
i con tu libro cobrarás tu espada,
si me empeñas palabra i juramento
de traérmele a vuelta de jornada.»
Mucho al mago cuadró el ofrecimiento,
i diciendo en sí mismo: «El camarada
no se hará de rogar, yo lo aseguro;»
responde prontamente: «Sí, lo juro.»

Cuanto le pide Anjélica, él le jura;
i ¿quién lo mismo, en su lugar, no haria?
Servir amigo i dama se figura,
i hacer cree dos mandados de una vía.
A cumplir su palabra se apresura,
i con desenfadada gallardía
a un diablo Maljesí las piernas echa,
i por los aires va como una flecha.

Por el camino el diablo le detalla
(perdóname, lector, si eres purista)
la situacion en que la España se halla,
devastada por bárbara conquista,
los lances de la guerra, la batalla
que con Gradaso aparejada i lista
tiene Reináldos, todo finalmente;
i aun algo mas, porque el diablillo miente.

Llegó el frances al campamento cuando
amagaba rayar el alba apénas.
Del diablo se apeó, i atravesando
tiendas de innumerable jente llenas,
ahora sepultada en sueño blando,
dulce, aunque breve, tregua de las penas,
entró en la de Reináldos, que halló sola,
i al paladin durmiendo a la bartola.

Reináldos despertó, no sin trabajo,
i a estrechar va en sus brazos al amigo;
mas éste, rehuyendo el agasajo,
«únicamente para hablar contigo
salí de mi prision, le dice, bajo
palabra de volver, si no consigo
que me libertes (pues en ti consiste)
de un cautiverio ignominioso i triste.

«Ni pienses que el librarme ha de ser cosa
de gran dificultad; que no te espera
ningun jayan, sino una dama hermosa
que te ama con la fe mas verdadera,
un serafin; en conclusion, la diosa
misma de la hermosura; de manera
que en hacer lo que pido i lo que es justo,
me harás a mí un gran bien i a ti un gran gusto.

«Si aun no lo he dicho, Anjélica es la dama.»
«¡Anjélica!,» Reináldos aturdido,
dos o tres pasos dando atras, exclama;
el horror en su rostro se ha esculpido.
Parece que en las venas le derrama
súbito yelo el nombre aborrecido:
el pobre hombre quedó como insensato,
i sin hablar palabra estuvo un rato.

Mas como siempre a una alma jenerosa
repugna el disimulo, de esta suerte
responde: «Mira, Maljesí, no hai cosa
que no la hiciera yo por complacerte;
mándame acometer la mas dudosa
empresa; arrostraré por ti la muerte;
embestiré al infierno, si te agrada;
mas con esa mujer no quiero nada.»

Cosa a sus esperanzas tan opuesta
oyendo Maljesí, confuso estaba:
no supo qué pensar de tal respuesta,
i al primo preguntó si se burlaba.
Ser positiva, el otro le protesta,
la decision que de expresarle acaba.
Se fuerza el nigromante cuanto puede;
insta, conjura, i Montalban no cede.

Despues que le hubo predicado un rato,
que fué como si en yermo predicara,
dice: «No hai mas placer con el ingrato
que echarle los favores a la cara:
tengo el alma por ti en un garabato,
pues porque mi saber te aprovechara,
vendíla al diablo; i tú (¡quién tal creyera!)
quieres que yo miseramente muera.

«De mí te guarda, nada mas te digo.»
Mustio el semblante i gacha la cabeza,
echando pestes contra el falso amigo,
sale del campo i cierto ensalmo reza.
La tierra, por un lóbrego postigo
que la luz filtra al Aqueron, bosteza,
i de su centro una pizmienta nube
de alados diablos rezongando sube.

«A Caudilordo elijo i a Falseta,
el mago dice; a los demas despido.»
Luego con estos dos arma una treta
que no la hubiera Satanas urdido.
Falseta en la figura mas perfeta
de un farante español se ha convertido;
con lunado turbante, alba marlota,
baston en mano, i blasonada cota.

Va en este traje al rei de Sericana,
i dice que Reináldos estaria
junto al mar a las diez de la mañana,
i a la aplazada lid le aguardaria.
La cita el noble rei de buena gana
acepta; i en señal de cortesía,
regala al contrahecho heraldo moro
un rico anillo i una copa de oro.

El cual de allí se parte, i otra nueva
forma tomó de trujaman indiano:
en delgado cendal que el viento eleva
i en muselina envuelve el cuerpo vano;
en las orejas los anillos lleva
que ántes llevaba en la siniestra mano:
dijérades al verle que venia
de Seringapatan su señoría.

En esta forma, pues, i este vestido
al campo de Reináldos se encamina:
dícele que Gradaso ha prevenido
ir a las ocho en punto a la marina,
a efecto de que el duelo consabido
entre los dos a espada se defina.
Reináldos, que no entiende la tramoya,
consiente, i al heraldo da una joya.

Hácele reverente la zalema
el bueno de Falseta, i se retira.
Ya el matutino sol las cumbres quema,
i aquella multitud de jentes mira
que desde el monte hasta la playa extrema
hierve, i como en confusas olas jira,
i recobrada del afan prolijo
solo piensa en placer i en regocijo.

Reináldos se arma; i como el fin no sabe
de la batalla con el rei pagano,
a Ricardeto en un discurso grave
encomendó el ejército cristiano.
«Si lo peor en esta lid me cabe,
dice, lo llevarás a Carlomano,
i a su servicio en mi lugar te ofrece,
como a quien mas que nadie lo merece.

«Sirve a tu buen señor, que si algun dia
hice yo lo contrario, fué mal hecho:
lleváronme a una i otra demasía
juvenil arrogancia, amor, despecho.
Piensa que lealtad i cortesía
obligaciones son de un noble pecho;
combate por tu lei hasta la muerte;
humano sé i piadoso a par que fuerte.»

No sé qué dijo mas; i al caro hermano
despues que abraza i da en la frente un beso,
sale armado el baron de Montalbano,
solo i a pié, como era pacto expreso.
Por una oculta senda cortó el llano;
i a la sombra parando de un espeso
bosque a la mar vecino, vió a la orilla,
que solitaria estaba una barquilla.

Cátalo Caudilordo, que finjida
de Gradaso la forma, aspecto i traje,
lleva una sobrevesta azul, lucida,
i de oro en la cimera alto plumaje,
corona, de diamantes guarnecida,
sobre un yelmo finísimo de encaje,[2]
i escudo, de azul i oro, acuartelado:
era Gradaso, en fin, pintiparado.

No al rei Gradaso el mismo rei Gradaso
tanto como aquel diablo es parecido.
Llega con un estrépito, un fracaso,
que una lejion no hiciera igual ruido.
Reináldos se le acerca paso a paso,
todo en el ancha adarga recojido;
i Caudilordo la funcion empieza,
i a la frente la espada le endereza.

Rebate esotro el golpe, i al costado
del falso rei con no mejor suceso
amaga. Sigue el duelo equilibrado,
lista la mano i el aliento grueso,
hasta que al fin Reináldos indignado
de que esté aun su antagonista ileso,
de repente el escudo arroja a tierra,
i con las dos la gran Frusberta afierra.

Baja, cual rayo que abortó la esfera,
la zumbadora espada, i la garzota
le echó a volar, como si un ave fuera,
i la diadema en mil pedazos rota,
i el rico yelmo, i luego toda entera
de arriba abajo le rasgó la cota,
i el anchuroso escudo, i aun no pára
que se enterró en el suelo media vara.

El diablo, que esto aguarda justamente,
echa a correr; Reináldos le acuchilla,
pisándole las huellas impaciente,
i a cada instante piensa que le pilla.
I como el engañoso espectro intente
acojerse fugaz a la barquilla,
grítale: «¿A dónde vas? torna a la guerra;
torna, no dejes a Bayardo en tierra.

«¿Es posible que dé tan triste prueba
de su valor un rei de Sericana?
Bayardo al ménos a tornar te mueva,
que de tenerte por señor se ufana.
Jaeces nuevos tiene i silla nueva;
mira que le hice herrar esta mañana.
Si por ganarle acá venido eres,
¿cómo sin él volverte al Asia quieres?»

Caudilordo entre tanto se hace el sordo;
entra en el barco i las amarras taja;
pero Reinaldo en pos de Caudilordo
entra tambien, le acosa i le trabaja;
de popa a proa, i de uno al otro bordo,
corre tras él, i brinca, i sube, i baja.
Al fin se le escabulle la maldita
fantasma, i a la mar se precipita.
Calar semeja, como un buzo, al fondo;
i suelta al zabullir un cierto vaho
que de azufre infernal un tufo hediondo
derrama por el aire i por la nao;
sendos fragmentos quedan del redondo
yelmo i de la coraza de oro i blao
en manos de Reinaldo, i, ¡caso fuerte!
todo en sutil vapor se le convierte.
El frances a la orilla vuelve inquieto
los ojos; pero rastro no hai de orilla:
ve cielo i mar, i en ellos otro objeto
no alcanza a ver que el sol i la barquilla;
i segun ella corre, hace conceto
de que la empuja una infernal cuadrilla,
i que va a dar, a legua por segundo,
ántes de anochecer, la vuelta al mundo.
Viendo por fin su error, «¡Cielo sagrado!
dice: la mas perversa criatura
soi que jamas tu ira ha provocado;
pero esta pena es en extremo dura.
Para siempre seré vituperado,
i si llego a contar mi desventura,
¿cómo encontrar podré quien me la crea,
i una mancha lavar tan torpe i fea?
«Cárlos fió a mi brazo i mi consejo
con su salud la de la Francia entera;
¿i ha de pensar que fujitivo dejo
su pueblo a que en poder de infieles muera?
¡Triste! en el pensamiento me bosquejo
la insana rabia del feroz Alfrera;
suena en mi corazon la voz doliente
de la cautiva miserable jente.

«¿Cómo te dejo, Ricardeto mio,
a tanto riesgo en años tan tempranos?
¿Jemireis bajo extraño señorío,
Guiscardo, Alardo, Ivon, caros hermanos?
Gradaso, ¿qué dirá del desafio?
La fábula seré de esos paganos.
Pregonarán que de temor me ausento,
i que mi relijion, mi patria afrento.
«¿Qué pensará la Francia, i de qué suerte
infamia tal verá en mi nombre impresa?
Estirpe de Mongrana, altiva i fuerte,
fuiste; tu gloria es lúgubre pavesa.
A denostarme puedes ya atreverte,
desalmada prosapia magancesa.
Aleve un tiempo te llamé, i traidora:
sin honra estoi; callar me cumple ahora.
«Llévame ¡oh mar! a do la afrenta mia
no haya nadie que entienda o testifique;
llévame a donde, en soledad sombría
solo con fieras i árboles platique,
léjos de toda humana compañía;
o mas bien esta nave echando a pique,
sepúltame en tu abismo mas profundo,
i no vuelva mi nombre a oir el mundo.»
Tres veces a la daga puso mano;
i tres veces fué al bordo de la nave,
como para lanzarse al oceáno,
para que allí su desventura acabe.
«Recuerda, pecador, que eres cristiano,»
dice una voz alentadora i grave.
Reináldos pide al cielo que le acorra,
i el intento fatal del alma borra.
De Alcides entre tanto el noble estrecho
rodea, i deja atras la bella Europa;
luego el gran cabo que natura ha hecho
baluarte del Oriente, mira a popa;
a los dichosos climas va derecho
do su mas rica i mas lucida ropa
la aurora viste, i llega al otro extremo
del mundo, sin timon, vela ni remo.

Aunque de vinos i manjares lleva
la nave cuanto al gusto da contento,
el triste navegante nada prueba,
que su pesar le sirve de alimento.
Mas ya avista una isla, do se eleva
alto palacio en florecido asiento.
Surje la nave, i en la bella estancia
pone los piés el campeon de Francia.

Aquí lo dejaremos paseando,
que no por él es justo que se olvide
al nada ménos infelice Orlando,
que tambien de la Europa se despide;
i por rejiones bárbaras errando,
a cuantos se detiene nuevas pide
de su adorada Anjélica la bella,
sin que acierte a topar quien sepa della.

Del ancho Tana va, sin compañía,
por la ribera el buen señor de Anglante.
Sin ver a nadie anduvo medio dia;
mas al fin vió a distancia un caminante:
viejo era el tal, i a gran correr venia,
volviendo la cabeza a cada instante;
i con doliente voz, «¿Qué malandanza
me roba, dice, mi única esperanza?»

«Dime, así Dios te ayude, peregrino,
¿qué tienes, que a llorar te obliga tanto?»
Así dijo Roldan; i aquel mezquino,
sueltas las riendas otra vez al llanto,
«¡Ai triste! exclama, ¡ai mísero destino!
¿A qué dejarme vivo, cielo santo?»
De nuevo Orlando instó, i el viejo al conde,
jimiendo i sollozando, así responde:

«La causa de mi llanto i mi querella
es un vestiglo pavoroso i feo.
A dos millas o tres de aquí descuella
una roca, i desde este sitio creo,
si tienes buena vista, que has de vella:
yo nó, que con los años poco veo.
Es toda de color de viva llama:
no mueve el viento allí ni flor ni grama.

«Suena una ronca voz sobre la cima;
alma nacida no la oyó mas fiera;
verdinegra laguna, que da grima,
sirve en torno a la roca de barrera:
la tal laguna tiene un puente encima,
i va el puente a un portal que reverbera,
cual si labrado fuese de diamante:
allí de centinela está un jigante.
«Cerca de este lugar que te he descrito,
yo con un hijo mio en hora aciaga
pasaba, cuando se oye un ronco grito,
i el jayan (¡déle Dios la justa paga!)
sale i agarra al pobre jovencito,
i ahora ciertamente se lo traga.
Toma escarmiento tú en mi historia triste,
i vuélvete, señor, por do viniste.»
«Orlando no me llame, si no veo,
repuso el paladin, qué roca es esta.»
«O tienes de morir mucho deseo,
o poco juicio, el viejo le contesta.
¿Crees que se trata aquí de algun torneo,
o de correr sortija en una fiesta?
Te digo que de verle solamente
para morirme estuve de repente.
«Tiemblo en solo acordarme, i a fe mia
tenerle aquí delante me parece.»
Rie Roldan, i dícele que fia
volver en breve, i que, si nó, le rece
un paternóster i una avemaría,
i... mas en este punto se le ofrece
el jayan a la vista, i altanero
«¡Hola!, dice, a la espalda, caballero.
«Para que a nadie transitar permita,
de guarda estoi. El empinado asiento
de la roca una sabia esfinje habita,
a quien humana sangre es alimento:
el que primero por aquí transita
cada mañana, sacia su sediento
ardor; reposa luego; i el camino
se niega, miéntras duerme, al peregrino.

«Todo lo sabe, i todo lo adivina;
ni ya el comunicarlo dificulta;
cuestion no le pondrás que no defina,
por extraña que sea o por oculta;
pero suele cobrar una propina
a todo el que curioso la consulta:
si lo que ella a su vez le propusiere
no lo descifra, entre sus garras muere.»

«¿I qué has hecho del mozo que robaste?»
pregunta el conde. «Téngolo i tendrélo,
dice el zafio jayan, i eso te baste,
que de mis cosas dar razon no suelo.»
Orlando, porque el tiempo no se gaste,
vásele encima, como va al señuelo
halcon jentil: un convincente tajo
de Durindana a la razon le trajo.

Luego que el dulce hijuelo recobrado
en sus brazos estrecha el padre ansioso,
de cierto taleguillo que colgado
lleva a la cinta, un libro primoroso
saca, de plata i oro iluminado,
i lo presenta al conde valeroso,
diciendo: «Eterna vivirá en mi pecho
la memoria, señor, de lo que has hecho.

«I puesto que a merced tan señalada
no hai recompensa que se iguale, aceta,
te ruego, este librito, que guardada
tiene una singular virtud secreta:
la cosa mas difícil e intrincada
que se le consultare, él interpreta;
pero se comunica únicamente
a solas; de otro modo, o calla o miente.»

Con el libro en la mano queda el conde
meditando entre sí de qué manera
escale la escarpada roca, donde
de aquella esfinje está la madriguera;
pues preguntarle en qué lugar se esconde
su Anjélica adorada, delibera;
que mas alta cuestion no le ofrecia
toda la natural filosofía.

Pudo, con solo abrir aquel librejo,
de su curiosidad haber salido;
mas cuando en mano se lo puso el viejo,
estaba ya tomado su partido,
i no se le ocurrió mudar consejo;
o talvez el asalto del erguido
risco le pareció mas digna empresa
de quien caballería, como él, profesa.

Aunque a Roldan el advertido anciano
de lo que intenta disuadir procura,
como firme le ve, le dió la mano,
i a seguir su camino se apresura.
El animoso senador romano,
a quien ningun peligro da pavura,
hacia la roca va gallardamente,
i sin estorbo alguno pasa el puente.

I dueño ya de la contraria orilla
el portal a su salvo descerraja;
pues como Orlando arrastra de malilla,
nuestro jigante se metió en baraja;
luego al corcel desocupó la silla,
i el alto risco en superar trabaja,
hasta pisar la cima, do a la astuta
esfinje vió en el fondo de una gruta.

Cabellos de oro sobre tersa frente,
i rostro de doncella, blanco, hermoso,
garganta i pecho de leon rujiente,
alas de grifo, i miembros tiene de oso:
remata el tronco, a guisa de serpiente,
en cola de tamaño prodijioso,
que al que en sus roscas envolvió sofoca,
i sacudida hace temblar la roca.

Luego que al conde vió la esfinje horrible,
con ambas alas se cobija el cuero:
solo la cara le dejó visible,
i le clava la vista al caballero,
que revestido de ánimo invencible,
le dice entre alentado i placentero:
«Diablo, alimaña, o sabia encantadora,
¿en qué lugar se encuentra mi señora?»

«Tu señora (la esfinje mansamente
le responde) encerrada está en la Albraca,
noble ciudad en tierras del Oriente,
oyendo el son de tártara alharaca.
Mas dime ahora tú, conde valiente,
¿cuál es el animal que empolla i saca
ajenos hijos que feroz devora,
con todos vive i con ninguno mora?»
El paladin los sesos se devana,
sin hallar solucion que valga un pito.
Desenvolvióse entónces la villana,
i se le lanza encima dando un grito.
El bravo conde apela a Durindana
contra aquel fiero aborto del Cocito,
que le embiste de modos diferentes
con las agudas garras i los dientes.
Ya se le pone cerca, ya distante;
ya vuela en alto, ya se arrastra en tierra;
ya le pretende asir con la ondeante
cola, ya con las alas le da guerra.
Salta acá i acullá el señor de Anglante,
i cuantos golpes tira, tantos yerra:
ella lijera sin cesar le hostiga;
él sin hacerle daño se fatiga.
Tuvo hadada la piel desde la cuna;
si nó, quedaba allí descalabrado.
Mas, a ser del imperio alta coluna,
i de la santa iglesia, destinado,
que no haga herida en él arma ninguna
por especial merced fuéle acordado,
siquiera sin loriga i sin escudo
se presente a la lid, i hasta desnudo.
La batalla ha durado una hora entera,
cuando una vez la parda esfinje cala,
i quiso Dios que tan dichoso fuera
el paladin, que le tronchase un ala.
El firme risco sacudió la fiera
con el bramido que al del trueno iguala:
furiosa se revuelca, salta, trota,
i los peñascos con el rabo azota.

Mas el dolor los brios le renueva:
al conde envuelve en duplicada espira,
i a sofocarle entre las roscas prueba,
i mordizcones i uñaradas tira.
No tiene el conde espacio en que se mueva;
mas forcejando un tanto se retira,
i a la pechuga apunta una estocada
que deja la contienda terminada.

Sedienta va a buscar la cruda hoja
del fiero corazon la sangre hirviente,
i la ancha herida con violencia arroja
de colorado humor larga corriente.
La encrespada cerviz, ya muelle i floja,
sobre un hombro le cae lánguidamente:
ronca se queja; atravesados jira
los turbios ojos; i temblando espira.

Orlando del cadáver se desprende,
i por do el risco está mas escarpado
al lago lo arrojó; luego desciende,
monta i va en busca de su dueño amado.
Cierra la noche, i por el campo tiende
pálida luna su esplendor menguado;
a un rústico adüar una vereda
estrecha guia; Orlando en él se hospeda.

Monta otra vez al despuntar del dia;
mas ántes de endilgar hacia la Albraca,
consultar quiso al libro que le habia
dado el anciano, i a la luz lo saca:
de la esfinje algun tanto desconfía,
i quiere averiguar si la bellaca
le ha dicho la verdad de todo en todo;
ábrelo; i halla escrito de este modo:

«De un enemigo ejército cercada
en la Albraca se encuentra tu señora.»
Mas otro punto esclarecer le agrada,
que en espinas le tiene a toda hora:
¿de mas feliz amor preocupada
está la voluntad de la que adora?
¿o le concede a él propicia estrella
adorando i sirviendo merecella?

¡Oh mortal inquietud, de ansia anhelante
i cobarde terror dudosa guerra!
Trasuda, tiembla; incierto, vacilante,
abre el libro una vez i otra lo cierra:
el mas feliz va a ser en un instante,
o el mas desventurado de la tierra.
Tiene en la mano el fallo de su suerte:
¿será de vida, Amor? ¿será de muerte?
«Cese, dice Roldan, tanta agonía.
¿Qué tormento mayor que este tormento?
Si es que jamas he de llamarla mia,
i cuanto peno i sirvo es dado al viento,
para arrancar del alma esta manía,
la desesperacion me dará aliento;
i si no puedo ser lo que quisiera,
a ser retornaré lo que ántes era.
«Pero triste de mí! ¿Quién me asegura
que un loco amor podré sacar del pecho?
¿Se aliviará mi pena por ventura
con saber que el penar no es de provecho?
Dicen que la razon todo lo cura;
mas de decir a hacer hai largo trecho;
i si manda pesares el destino,
es necedad salirles al camino.»
Dice, i resueltamente el libro guarda;
mas vuelve presto el interior combate:
nuevamente se atreve i se acobarda;
un afecto le eleva, otro le abate;
lo que tiembla saber, saber le tarda:
suda otra vez, i el pecho otra vez late.
Airado clama al fin: «Ciencia funesta,
huye de mí, que el alma te detesta.
«Libro fatal, que para daño mio
sin duda Lucifer puso en mi mano,
escóndate en sus ondas este rio,
i nunca vuelvas a poder humano.»
Dice, i lo arroja. Esclavo el albedrío
del conde tiene siempre amor tirano;
mas a lo ménos la importuna brega
que el pecho le ajitaba se sosiega.

De Albraca en tanto a la almenada plaza
corriendo, en busca va de la que adora;
mas la carrera el rio le embaraza,
ni de pasar la rápida i sonora
avenida ve el conde forma o traza,
si no se vuelve un ave voladora,
pues de pendiente roca entre dos vallas
espumajea, que da horror mirallas.

Cabalga Orlando la ribera arriba
por ver si en parte alguna encuentra vado;
i a un gran puente llegó, por el cual iba
a transitar, cuando un jigante armado
le sale al paso, i con mirada altiva
«¡Tente! le dice: ¿A dónde vas, menguado?
Bien puedes maldecir tu inicua suerte
que te ha traído al puente de la Muerte.

«Pára en este lugar todo camino,
i no hai volver atras, si aquí se llega:
pues pensar en el puente, es desatino,
porque esta porra el paso a todos niega.»
Llámase el tal jigante Zambardino,
i mide del pantuflo a la albanega
catorce piés; si no se engaña en esto
Turpin, o si no está viciado el testo.

De cuero de dragon tiene la cota,
que es armadura propia de jigante;
i una palanca esgrime herrada i bota,
que lleva tres cadenas por delante,
i a cada cual prendida una pelota,
no de las de jugar con pala o guante,
sino de plomo, i que, segun el grueso,
pesan sendas arrobas de buen peso.

Mas falta lo peor; que sobre el puente
un jénero de red estaba oculto,
tan sutil, delicada i trasparente,
que hace una telaraña mayor bulto;
i si álguien por feliz o por valiente
logra esquivar el formidable insulto
de la gran porra, no por eso escapa,
porque salta la red, i allí le atrapa.

Que álguien la llegue a ver sin que la huelle,
no puede ser; tan escondida se halla:
ántes se rompe el hierro, que la melle,
no que le taje una delgada malla;
i Zambardin, pisando cierto muelle,
sabe tan diestramente disparalla,
que el lidiador mas avisado i listo
cojido en ella es, i aun no la ha visto.

De Brilladoro el paladin se apea;
la espada empuña, ajústase la adarga;
i como el tiempo aprovechar desea,
nada responde, i animoso carga.
Brava, descomunal fué la pelea;
mas, porque la materia es algo larga,
dejadme descansar, os ruego, un tanto.
El fin sabreis en el siguiente canto.

NOTAS EXPLICATIVAS DEL AUTOR

1 Casa solariega de la familia de Reináldos.

2 Véase la nota de Clemencin en la frase *celado de encaje* en el capitulo 45 de la parte 1.ª del Quijote.

CANTO VI.

EL JARDIN DE DRAGONTINA

Fazañas valerosas que el divino
premio alcanzaron de inmortal memoria,
recuerdan en papel i en pergamino
ya la moderna i ya la antigua historia.
Héroes por este i por aquel camino
innumerables hubo, que la gloria
anteponiendo al ocio i los regalos,
cojieron palmas i llevaron palos.

¿Quién los trabajos no escuchó de Alcídes?
¿Quién de Jason, Belerofonte i Baco
no oyó cantar las memorables lides,
i del que la alta Troya metió a saco?
Pero perdonen cuantos adalides
hubo, i el mismo matador de Caco,
si digo que va errado el que pensare
que alguno al conde Orlando se equipare.

Dirán que juzgo a usanza de poeta,
i que arrimo la brasa a mi sardina;
mas en las dotes de virtud perfeta,
brio que los peligros no examina,
valentía que todo lo sujeta,
constancia heroica, ¿quién se le avecina?
Los hechos hablen, si es que son los hechos
lo que acrisola jenerosos pechos.

Nadie al mundo purgó de monstruo tanto;
no Hércules, no Cadmo, no Teseo:
lustre a su patria, a lo demas dió espanto,
i de paganos empachó al Leteo.
I no hai que dar de si hubo o no hubo encanto
por deslucir algun marcial trofeo,
si, que de la mismísima manera
que Orlando, invulnerable Aquíles era.
I no por eso, o porque el dios Vulcano
las armas le forjase, o porque a Juno,
Pálas i Tétis tuvo siempre a mano,
sufrió su fama detrimento alguno;
ni la del pio capitan troyano
por el favor de Vénus i Neptuno,
o por aquel arnes, no ménos fino,
que del yunque vulcánico le vino.
Mas las comparaciones son odiosas.
Así que, a mi propósito tornando,
digo que de las mas dificultosas
empresas que arrostró en su vida Orlando,
es una la presente, i de dos cosas
que admiro en ella, estoi considerando
cuál le valiese mas, i no lo puedo
dirimir: la fortuna, o el denuedo.
Salta el osado caballero al puente,
i levanta la clava Zambardino;
mas Roldan esquivó lijeramente
el bastonazo que de arriba vino,
i en la muñeca diestra a manteniente
da un golpe a Zambardin con tanto tino,
que de sentido la dejó privada,
i del baston tremendo desarmada.
Pues el follon, que vió la clava en tierra,
de apelar a la red casi trataba;
mas, recobrado, el corvo alfanje aferra,
i arremete al sin par conde de Brava.
I no penseis que este otro golpe yerra,
como el antecedente de la clava:
que sobre el bozo se lo asienta. Dando
traspiés por poco al suelo viene Orlando.

¡Válame Dios! ¿I quién dirá el enojo,
la rabia que del conde se apodera?
Blanca tiene la cara i bizco un ojo:
¡pobre jigante! es menester que muera.
Ondea Durindana cual si flojo
mimbre, o cual si flexible caña fuera;
huye silbando el aire, i al empuje
de la empinada planta el puente cruje.

Mas blandamente que una hoz la espiga,
la espada el tahalí primero taja;
la loriga tras él; tras la loriga
una de asófar tres-doblada faja,
i últimamente encuentra la barriga,
donde unos cuatro dedos se le encaja;
i pasara talvez mas adelante,
a no caer de espaldas el jigante.

O miedo fuese, o súbito accidente,
se le puso la faz como de cera,
la nariz fria, el pulso intercadente;
i se estiró, cual si difunto fuera;
pero el baston cobrando de repente,
al buen Roldan, que lance tal no espera,
un latigazo da, con que le trajo
envuelto en las cadenas boca abajo.

Espada, porra, escudo, echando fuera,
que ya servirles pueden poco o nada,
comienza entre los dos la pelotera
mas extraña que vista fué o pensada.
El conde asió al jayan de la gorguera,
i le rompió la sien de una puñada;
mas abrásale el otro fuertemente,
cárgale i a arrojarle va del puente.

Roldan, que la intencion le ha conocido,
el brazo, cuanto puede mas, levanta;
i dale otra puñada que el sentido
le enturbia i la cabeza le ataranta:
suelta la presa, i cae con tal ruido
que parece que el puente hunde i quebranta;
pero acorrióle el diablo, porque luego
vuelve en sí, i con la clava torna al juego.

Roldan tambien la espada ha recobrado,
i renueva la lid de buena gana:
bien es verdad que semejaba al lado
de aquel jigante una figura enana:
pero creciendo a brincos otro estado,
esgrime tan de cerca a Durindana,
que poco espacio a Zambardino queda
en donde rodear la clavá pueda.

Valerse quiso, pues, de cierta traza:
arranca en aparente fuga, i cuando
piensa tener lugar, vibra la maza
creyendo hallar desprevenido a Orlando.
El caballero, que le daba caza,
i las cadenas vió venir zumbando,
salta (que otro recurso allí no mira)
sobre la maza i un mandoble tira.

En dos la dividió, i a Zambardino
solo un pedazo deja trunco i breve.
Ahora a Trivigante i Apolino
el pobre diablo encomendarse debe:
sin maza i sin alfanje, no hai camino
de que ventaja en esta lidia lleve;
i Durindana, segun ve, no escampa:
no tiene otro recurso que la trampa.

Dale un reves Roldan enfurecido,
que entrando en un cuadril le lleva el anca.
De un hilo el tronco le quedó prendido,
i ya siente que el alma se le arranca.
Viendo, pues, el negocio concluido,
al tiempo de caer, con una zanca
toca el oculto muelle; el muelle escapa;
dispárase la red, i al conde atrapa.

Con tanta furia sobre el conde vino
que a cuatro pasos le aventó la espada;
i en el mismo momento Zambardino
el ánima exhaló descomulgada.
Contra la red bregaba el paladino,
jurando que la chanza era pesada;
i cuanto mas forceja i brega i jura,
se le hace la prision mas recia i dura.

Medroso es el lugar i solitario;
alma no ve que por allí transite;
i así prestar paciencia es necesario,
pues nadie le ha de oir por mas que grite.
Tomara a buen partido que el contrario
viviese, i ruega a Dios le resucite.
Ni el mas leve rumor se percibia
en todo el campo. Orlando pasa el dia;

Pasa la noche en la prision estrecha;
fallece la esperanza, el hambre apura.
Como la vista a todas partes echa,
a un hombre ve, que por la selva oscura,
en túnica de toscas pieles hecha,
con barba que le llega a la cintura,
de tal blancor que al de la nieve excede,
corriendo va cuan presuroso puede.

«¡Favor! favor!, exclama, padre mio:
favorecedme, que gran cuita paso.»
La señal de la cruz el hombre pio
hízose, temeroso de mal caso.
Vió sobre el puente el gran cadáver frio,
i estuvo por volver atras el paso:
llega i ofrece a Orlando cuanto quiera
espiritual socorro ántes que muera.

«Empuñad esa espada, dice el conde,
i dad en estos lazos con denuedo.»
«¡Santa María!, el otro le responde,
¡no lo permita Dios! Matarte puedo:
hace Patillas de las suyas donde
ménos se piensa, i si te mato, quedo
irregular.» El conde al hermitaño
replica que no tema hacerle daño;

Pues ya lo ve que está mui bien armado,
i a mas impenetrable tiene el cuero.
Tanto le ha dicho i tanto le ha rogado,
que al fin, por contentar al caballero,
del suelo a gran fatiga ha levantado
la espada con entrambas manos; pero,
por mas que dió en la red de punta i filo,
no pudo en ella falsear un hilo.

Aburrido de ver que no la corta,
suelta la espada, i con semblante humano
al mísero Roldan consuela, exhorta,
asístele a morir como cristiano.
«Hijo, salvar el alma es lo que importa;
no te fatigues por el cuerpo en vano:
a ser vas por este áspero sendero
de la milicia eterna caballero.»

Tras esto a Dios bendice, que así quiere
hacerle digno de su reino eterno,
i mil casos de santos le refiere,
probando con lo antiguo i lo moderno,
que solo rompe aquel que en gracia muere
las redes de la carne i del infierno.
El senador romano, que no gasta
mucha paciencia, dice: «Padre, basta;

«¡Basta por Dios! maldito el diablo sea
que no me trajo un ganapan fornido
en vez de este vejete que chochea,
i no me da la ayuda que le pido.»
«¡Ai! dice el monje: ¿así tu fe flaquea?
¿así el malo te ciega, empedernido
pecador, que antepones a la palma
celeste el polvo vil, i el cuerpo a el alma?

«Muestras ser caballero de excelencia,
i ¿a tal punto la vida te aficiona?
Sabe que la Divina Providencia
al que confía en ella no abandona;
cual lo ha probado hoi mismo la experiencia
en la que ves aquí flaca persona,
caduca, inútil, achacosa, inerte,
que ni valerse puede ni valerte.

Yo, señor, i dos monjes mas, salimos
de Armenia el mes pasado en romería;
i como nos perdiésemos, hubimos
de aportar, no sé cómo, a Circasía.
Ayer mañana en esta selva dimos,
cuando el mas jóven de los tres, que iria
como unos veinte pasos adelante,
vuelve trémulo, pálido, anhelante.

«I vemos que de un páramo eminente
baja un vestiglo horrible, ajigantado,
con solo un ojo en medio de la frente,
grande, i como una brasa colorado.
¡Misericordia! todos juntamente
clamamos, i a los piés de aquel malvado
caimos medio muertos: él nos lleva
cargándonos en brazos, a una cueva.

«Allí con estos ojos la infelice
muerte... ¡qué muerte, San Anton bendito!
No pienses que le cueza o descuartice;
vivo devora al jóven hermanito;
i vuelto a mí, para esas carnes, dice,
es preciso tener mas apetito.
Llevónos a la boca de un hediondo
báratro; a puntapiés nos echó al fondo.

«No te sabré decir de qué manera
pude llegar de aquella sima al centro;
pero al Señor rogué que me acorriera,
i presto me acorrió; porque allá dentro,
a la pálida luz de una tronera,
una nudosa vid acaso encuentro,
que de lánguidos pámpanos el hondo
comenterio tapiza: allí me escondo.

«I apénas vi ocasion, de nudo en nudo
trepo calladamente; i por el abra
que poco a poco a guisa de un embudo
se ensancha...» No hubo dicho esta palabra,
cuando suspenso queda, absorto i mudo,
i luego echó a correr como una cabra,
«Este, diciendo, este es el monstruo fiero»;
i a la vecina selva huye lijero.

Huye lijero, sin volver la cara,
hasta esconderse en el follaje umbroso.
El jayan sube al puente, i allí pára,
en torno echando el ojo sanguinoso:
alta la jeta i de una forma rara,
con un par de colmillos horroroso;
i de grumos de sangre, seca apénas,
las engrifadas barbas tiene llenas.

Llégase al conde, i de este i de aquel lado
volviéndole, «¡Oh qué gorda palomilla!,
dice, ¡oh qué gazapillo delicado!
Tendrá el riñon cubierto a marabilla:
ha de ser sabrosísimo bocado,
si le relleno i le aso a la parrilla.»
Cargar con él, diciendo así, pretende;
mas la trabada red se lo defiende.

En esto, aquel grande ojo volteando,
a Durindana vió: suelta la maza,
la espada toma, i en las mallas dando,
las rompe poco a poco i despedaza:
todo se cimbra i se contuerce Orlando;
cual malhechor que azotan en la plaza,
i como un toro que agarrochan, muje:
bajo los golpes la armadura cruje.

Mas no brinca un leon que desgarrado
ha dejado la trampa a diente i uña,
como él brincó; i estando sin espada
la maza del jayan resuelto empuña.
Mucho se escandaliza el camarada
de verlo, i entre dientes refunfuña,
teniendo a gran ofensa i desacato
que piense resistirle un mentecato.

Armas diversas cada cual ensaya
de las que a ejercitar hubo aprendido:
la clava el conde, que era un tronco de haya,
manejando brioso i atrevido,
tener procura al enemigo a raya;
i en mano del ciclópe enfurecido
apénas verse Durindana deja,
i en el aire un relámpago semeja.

Por mas porrazos que Roldan redoble,
encuentra siempre la invencible espada;
i siendo el monstruo de estatura doble,
aun con aquel baston desesperada
cosa fuera llegarle a parte noble.
Pero tuvo una gran corazonada:
mira el de Zambardino, el suyo bota,
i de aquel otro arranca una pelota.

De Zambardin la clava, como dije
en otra parte, tres pelotas tuvo:
de estas la que creyó mas gorda, elije
Roldan, i desganchado que la hubo,
al ojo del ciclópe la dirije;
i parece que el tiro haciendo estuvo
un cuarto de hora, pues de aquella herida
le rompió el ojo i le quitó la vida.

Orlando a Díos las gracias retribuye;
i cátate que vuelve el hermitaño.
Aun muerto el monstruo tal pavor le influye,
que torna arredro, recelando engaño;
acércase otra vez, i otra vez huye;
i así se hubiera estado todo el año,
si rïendo Roldan no le llamara,
i le mostrase la difunta cara.

Al conde dice: «¡Insigne caballero,
que favor tanto al cielo mereciste!
suplícote, i si cabe, te requiero
vayas i a los que encierra aquella triste
mazmorra des la libertad. Yo espero
poder guiarte allá, si Dios me asiste;
pero si mas jayanes hai, te digo
que solo vas; no hai que contar conmigo.»

A la caverna fué guïado el conde,
i desde afuera a los cautivos grita.
Con doloridos ayes le responde
la pobre jente que en su centro habita.
Bajo un peñasco el boqueron se esconde,
i el removerlo esfuerzo necesita
mas que mortal; del uno al otro lado
lo tiene una cadena asegurado.

¡Oh conde! ¡oh diestra invicta! no hai terrena
cosa que a tu pujanza no sucumba.
De un tiron hace trizas la cadena;
empuja el gran peñasco i lo derrumba;
vuelve la luz a los que en sombra i pena
guardaba esta de vivos honda tumba.
Todos besan la mano al paladino,
i toma cada uno su camino.

Roldan, a Brilladoro cabalgando
llegó, no sé si con feliz estrella,
a cierta encrucijada, i meditando
por qué rumbo camine, hace alto en ella.
Fortuna caprichosa, enderezando
sus pasos hacia Anjélica la bella,
al verle tanto en elejir confuso,
un mensajero allí traer dispuso.

«¿Adónde bueno?» el conde le demanda.
«De Albraca vengo, i voi a Circasía,
responde el caminante, que me manda
en busca de socorro el ama mia,
contra la cual poderes grandes anda
juntando ahora el kan de Tartaría,
que da en amarla con amor tan fuerte
como ella le odia, que es a par de muerte.

«El padre de la niña, Galafron,
como prudente príncipe i sagaz,
i que no gusta de tener cuestion
con el tal kan, que es hombre contumaz,
querria, o con razon o sin razon,
que se casara i le dejase en paz;
pero entre estas i esotras la liviana
niña se fué de casa una mañana.

«Por último, en la Albraca se ha metido,
plaza famosa, bien fortificada,
que del Catai, su patrio imperio i nido,
poco mas distará de una jornada.
Anjélica es su nombre, conocido
de polo a polo por estar dotada
de hermosura divina, que sin duda
hará venir el mundo a darle ayuda.»

Orlando, que la cuenta al fin por suya,
pues de ser la que busca está seguro,
todo es contento, júbilo, aleluya.
Cabalgando a lo claro i a lo oscuro,
rodeaba un peinado monte, a cuya
falda un raudal se ve sonante i puro,
i una marmórea puente en él, i en ella
con una copa en mano una doncella.

La cual se inclina al senador romano,
i así le dice en acto reverente:
«¡Oh caballero, en quien se dan la mano,
si tu jentil presencia no me miente,
lo valeroso i lo cortes i humano!
fresco licor de cristalina fuente
a gustar te convido en este vaso:
si lo rehusas, te es vedado el paso.

«Hereditaria usanza i pleitesía
solo pasar permite al que lo pruebe.»
Orlando, que lo tiene a cortesía,
le da las gracias, toma el vaso i bebe.
Pero no bien aquel brevaje enfría
el seco labio, el alma se conmueve
toda del paladin; nada concibe
de lo pasado; nueva vida vive.

No se le acuerda si es o no es Orlando,
ni sabe si tal Francia hai en el mundo,
ni dónde está, ni cómo vino o cuándo;
su amor de ayer olvido es hoi profundo.
Iba de diestro a Brillador llevando
la ninfa: al paladin meditabundo,
o estúpido mas bien, el frontispicio
aparece de espléndido edificio.

Tiéndense al derredor ledos verjeles,
que jamas entristece helada bruma;
alternan con las palmas los laureles,
i a la vid su purpúrea carga abruma;
asoman entre rosas i claveles
cárdeno lirio i pálida arizuma;
i en el ambiente embalsamado el alma
bebe serena paz i dulce calma.

Jamas allí pesar, jamas cuidado,
ansia, temor, los corazones lima,
ni del fastidio el enojoso estado
que la felicidad miseria estima:
contento cada cual i bien hallado
goza de aquel jardin la copia opima,
sin que secreto sinsabor le asalte
de que a su dicha cosa alguna falte.

Ni arquitecto jamas greciano o moro
fábrica diseñó tan elegante,
como en la que, oprimiendo a Brilladoro,
entra el fuera de sí señor de Anglante:
bellos follajes i arabescos de oro
ostenta sobre el mármol rutilante
cada columna i arquitrabe i friso;
i escaqueado jaspe forma el piso.

Orlando se apeó de Brilladoro,
que la dama llevaba de la brida;
i viendo a poco trecho un ledo coro
de ninfas, agregóse a la partida:
de canto i danzas el rumor sonoro
a placer i deporte le convida.
Mas de volver es hora, que ya escaso
me viene el tiempo, al noble rei Gradaso.

Con el arnes que de Sanson fué un dia,
altivo el paso i la actitud gallarda,
al sitio marcha en que lidiar debia,
i a su rival tranquilamente aguarda.
Las diez, las once son, ya es mediodia:
mucho el baron de Montalbano tarda.
Podeis pensar si tiempo largo espera
a quien va tantas millas mar afuera.

Viendo que su contrario no ha llegado,
i de luces el cielo se tachona,
de verse así tratar vuelve indignado
al campo, i a la ira se abandona.
¿Pues qué hará Ricardeto desgraciado
que oye el cántico ya que el gallo entona,
i qué sea de Reináldos no adivina?
Tanto tardar le dió mui mala espina.

Mas no tanto le aqueja el sentimiento,
que no haga en tal conflicto lo que debe:
manda a todo el cristiano campamento
que a dar la vuelta se disponga en breve;
i cumplida la órden fué al momento,
i todo, ántes que raye el sol, se mueve,
sin que sospeche el rei Marsilio nada,
cuya hueste a gran trecho está acampada.

Cabalga Ricardeto dolorido,
llevando a Carlomagno la almofalla;
Gradaso, avinagrado, embravecido,
pone su jente en órden de batalla;
i el mísero Marsilio, que ha perdido
la flor de sus guerreros, teme i calla:
creyendo que le plantan sus aliados,
mesábase las barbas a puñados.

Abominando del frances linaje,
viene i se echa a los piés del sericano,
i le pondera el recibido ultraje,
i a los ausentes carga bien la mano;
obediencia le jura i vasallaje,
i en conclusion, el rei zaragozano
i el del Oriente hicieron alïanza,
i en buena se trocó la malandanza.

Su hueste Ricardeto ha conducido,
i hace en Paris la cosa manifiesta.
Levántase en la corte gran ruido,
toda en extrañas confusiones puesta.
Dicen los maganceses al oído:
«Huele a traicion a tiro de ballesta.»
Ni aun los amigos de Reináldos hallan
cómo abonarle, i de corridos callan.

Miéntras a dobles marchas las lejiones
caminan a Paris del rei Gradaso,
Cárlos convoca pares i barones
para tratar de lo que pide el caso.
Previenen torres, fosos, bastiones,
i en derredor se deja el campo raso.
Súbitamente un atalaya avisa
que la enemiga hueste se divisa.

Dan las campanas grandes badajadas;
el pueblo grita, alármase la tierra;
ondean las banderas desplegadas;
suenan los instrumentos de la guerra;
las jentes corren por la calle armadas;
la puerta del alcázar se abre i cierra.
Mándase a Urjel danes que al campo saque
la primer banda, i dé el primer ataque.

Gradaso la jentuza sarracina
en cinco divisiones acomoda:
es india la primera i abisina;
está tiznada como el diablo toda:
a mandarlas dos príncipes destina:
Urnaso el uno, el otro era Grancoda:
el cual Urnaso ciertos dardos lleva,
de cuyas puntas no hai loriga a prueba.

A Berra la segunda escuadra toca,
que, como un jabalí, tiene la cara:
sálenle los colmillos de la boca,
largos como la sesma de una vara;
i le acompaña el negro Brutarroca,
que alabardas gordísimas dispara
con un grande arco que dos brazas mide:
a la Etiopía asiática preside.

Sigue la escuadra del jigante Alfrera;
la cuarta es de Marsilio i española;
i rije el rei Gradaso la postrera,
que de sus sericanos era sola:
jente bizarra, impávida, guerrera,
que azules estandartes enarbola.
Principia la funcion. Hacia el monarca,
Grancoda aguija, Urjel de Dinamarca.

Es de doce mil hombres la brigada
de Urjel danes: lozana tropa i bella,
que del Norte en las nieves enjendrada
cuanto encuentra baraja i atropella.
Dando a su dromedario una pinchada,
el rei Grancoda se arrojó sobre ella;
pero el danes arrepentir le ha hecho,
metiéndole la lanza por el pecho.

Tenerse en los estribos no le vale,
que se enflaquece todo i se marchita:
fuerza es que caiga i que la vida exhale
entre la negra sangre que vomita.
Mas, contra Urjel, Urnaso al medio sale,
i con soberbia i cólera infinita
le tira un dardo: pasa el dardo esquivo
escudo i peto, i llégale a lo vivo.

Arremete el danes con ciego arrojo;
i tirale el follon, que alerta estaba,
segundo dardo, que de sangre rojo
en el hombro siniestro se le clava.
«Pagármela has, bergante, si te cojo,»
Urjel, bramando de dolor, gritaba.
Urnaso, al verle cerca, no se empacha:
bóta los dardos i enarbola el hacha.

I no me causa el hacha tanto miedo
como el caballo, que cabalga Urnaso,
que tiene un asta, a que no falta un dedo
para una vara; i temo andar escaso.
Mas la medida yo del canto excedo,
i talvez a enfadaros me propaso:
cumple ensayar mas alto contrapunto,
para el que sigue serio i grande asunto.

CANTO VII.

LA BATALLA DE PARIS

Mortales, cuyas almas atosiga
el hipo de ser grandes i señores,
¿por qué con tanto afan, tanta fatiga,
a caza andais de mandos i de honores?
Lo que oro se os antoja es baja liga
que, a pesar de mentidos esplendores,
en el crisol de un sano juicio puesta
no vale la mitad de lo que cuesta.

Ese poder, grandeza, imperio, estado,
justo o no justo es menester que sea.
Si lo primero, aquel que en encumbrado
destino se encopeta i contonea,
sepa que es solo un siervo asalariado,
para que al bien de los demas provea,
sin gozar el placer un hora sola
de dormir i dejar correr la bola.

Al pueblo ha de mirar como un rebaño
que a fuer de buen pastor ampare i cele,
no como duro mayoral extraño
que sin cesar le exprima i tunda i pele;
i si algo yerra, no se llame a engaño,
ántes, por mas que afane i se desvele,
sepa que el mundo de la culpa ajena
mas de una vez le hará sufrir la pena.

Si lo segundo, ¿qué voraz gusano,
qué aguda espina, qué veneno oculto
el alma no atormenta de un tirano?
En cada estruendo un popular tumulto
le toca alarma; con puñal en mano
cree ver un asesino en cada bulto;
la conciencia entre holandas le trabaja,
i al pobre envidia su jergon de paja.

Yo comparo uno de estos desgraciados
que por tener del mundo el gobernalle
viven entre zozobras i cuidados,
a un palaciego que anda por la calle
cubierto de galones i bordados,
echando piernas i luciendo el talle,
mucho brinquillo, mucha placa al seno,
i por debajo está de lacras lleno.

Venid, los que pensais que un soberano
de la comun herencia está excluído,
i ved a este infeliz de Carlomano
en el berenjenal que está metido.
Nadie mas justo fué ni mas humano;
fué un santo hombre, fué un príncipe cumplido:
pues ved las tempestades que endereza
fortuna a su corona i su cabeza;

Cual la presente fué, que el rei Gradaso,
por un pueril antojo impertinente,
le suscitó; i en la que el indio Urnaso
sobre la bestia de cornuda frente
iba, como os conté, mas que de paso
contra el danes, a quien furiosamente
arremetió, llevando el hacha alzada.
Pero no le valió la furia nada;

Porque Urjel de un horrífico altibajo
cabeza i tronco hasta el arzon le parte,
si bien le dió el caballo harto trabajo,
que, en el acometer tomando parte,
a Urjel de una cornada al suelo trajo;
i si no fuera el grueso talabarte,
que un tanto al golpe la violencia gasta,
en las entrañas le embutiera el asta.

En tres partes Urjel se hallaba herido:
al hospital en brazos fué llevado.
I en esto Brutarroca fementido
llegó, sobre un camello encaramado.
Representaba un negro dios Cupido,
aunque, a decir verdad, algo barbado.
Medio desnudo el mastinazo estaba;
en la siniestra el arco, al hombro aljaba.

El colmilludo Berra le acompaña;
i a guisa de ambulantes campanarios
van cubriendo de sombras la campaña
elefantes de guerra i dromedarios.
Cárlos a Salomon, rei de Bretaña,
mandó sacar sus diestros sajitarios;
va Ricarte con él, i don Gaiféros,
de Melisendra esposo, i Olivéros.

De San Dionis la puerta abre camino
al ya canoso Naimo de Baviera
con sus hijos Oton, Avolio, Avino
i Bellenguer de roja cabellera.
Con Guido de Borgoña va Anjelino,
i con Hugon, Dudonio sale fuera.
El suelo se estremece a gran distancia
bajo las huestes de la invicta Francia.

Cárlos en tanto al cielo justiciero
aplacar manda en ceremonias pias,
i en grave canto el relijioso clero
misereres entona i letanías;
suena a extramuros el rumor guerrero
de trompas, atabales, chirimías;
responden en Paris quirieleisones,
al son de las campanas i esquilones.

Ya, pues, que satisfizo a lo cristiano,
con lo real cumpliendo i lo valiente
sale sobre Bayardo Carlomano,
i de los suyos se coloca al frente.
Todos a un tiempo embisten al pagano;
relumbran mil espadas juntamente;
cada cual taja, pincha, hiende, parte:
no vió jamas tan bella fiesta Marte.

Por donde cabalgando va Olivéros,
deja Altaclara un sanguinoso lago:
vale ella sola por cincuenta aceros;
primero se ve el golpe que el amago;
caballos caen, trabucan caballeros;
no hubo jamas tan espantoso estrago;
corre el baron, i marca doble hilera
de amontonados troncos su carrera.

Amenazando Berra se le encara,
ni a detenerle un punto es suficiente,
porque con un mandoble de Altaclara,
entre ojo i ojo, i entre diente i diente,
en dos mitades el marques la cara
partida le dejó tan justamente,
como si en la balanza para esto
ántes del golpe las hubiera puesto.

I tan sabrosa le quedó la mano
que por do mas tupidos i mas llenos
los escuadrones ve, rompe lozano,
hasta llegar a donde con no ménos
donaire i lijereza Carlomano
iba despabilando sarracenos,
i el campo henchia, a tajos i reveses,
de sangrientos cadáveres i arneses.

A Cárlos, Brutarroca se presenta,
flechador de alabardas i lanzones.
Cárlos, como un venablo, se le avienta,
hincados a Bayardo los talones;
i de un lanzazo le ajustó la cuenta
pasándole costillas i pulmones.
Revuélcase en la arena Brutarroca,
i vierte negras ondas por la boca.

Pero miéntras Bayardo corre, al paso
le sale aquella bestia del gran cuerno,
que fué caballo del difunto Urnaso,
la cual, sin dueño ahora i sin gobierno,
va haciendo entre las filas el fracaso
que en el bosque una ráfaga de invierno.
Topa a Bayardo i cornearle intenta:
Bayardo no se turba, ni amedrenta.

Con gran serenidad i gran frescura,
vuelta la grupa, dále un par de coces,
que le estampó en los sesos la herradura;
i rompe por do tantas, tan atroces
fases muestra la lid, que por ventura
dijérades que solo allí feroces
guerreros hai, coraje, ira, matanza,
i todo lo demas es burlà i chanza.
Alfrera con el mástil que engarrafa,
a los cristianos da tremenda zurra;
a la jente que toca deja gafa;
la que coje de lleno despachurra.
En mirando venir la gran jirafa,
nadie tiene lugar, que no se escurra:
solo Turpin osó salir delante:
Alfrera con gran sorna le echa el guante;
I a la cintura se lo prende i ata,
a guisa de corneta o de tintero.
Tras esto de camino se arrebata
a Pinabel i a Oton i a Bellenguero,
i de los tres hecho un manojo, cata
que vuelve a los cristianos el trasero.
Al rei Gradaso los llevó en presente,
i torna a la batalla nuevamente.
Torna el jayan de nuevo a la batalla,
i empieza a machucar que se las pela.
Héte aquí de Marsilio la canalla,
con Ferragú, Morgante i Espinela.
¡Oh cuánto escudo i cuánta fina malla
i cuánta lanza en mil fragmentos vuela!
Cuál hiere, cuál retorna, cuál repara:
crece la confusion i la algazara.
El marques Olivéros vió la brega,
i del emperador se puso al lado;
el normando Ricarte se le llega,
i Gano, de sus condes escoltado;
Dudonio, que una gorda maza juega,
Alardo, Guido, en peloton cerrado,
cargan, como avenida repentina,
sobre la nueva chusma sarracina.

Con Ferraguto encuéntrase Olivéros,
i casi desarzónale el pagano:
rotas entrambas lanzas, los guerreros
tornaron a embestirse espada en mano.
Con Espinel se apechugó Gaiféros,
el rei Morgante con el conde Gano,
con el califa el duque de Baviera,
hombre con hombre, hilera con hilera.

Picó Gradaso la guerrera alfana,
i a Dudonio arrojó cabeza abajo;
Ricarte cae tambien de buena gana;
ni le da Salomon mucho trabajo.
Miéntras tunde la hueste sericana
los míseros franceses a destajo,
volando el bravo rei, cual torbellino,
se lleva cuanto encuentra de camino.

No toca con la lanza al conde Gano,
que con solo el amago le esparranca;
al encuentro le sale Carlomano,
i la silla tambien le deja franca.
El a Bayardo entónces echa mano;
pero el bruto jentil le vuelve el anca
con una discrecion que marabilla,
i asiéntale una coz en la espinilla.

I como si a llevar fuese la nueva,
dando bufidos por Paris entraba.
Valió a Gradaso la encantada greba;
si nó, la pierna en Francia se dejaba.
No se puede tener por mas que prueba,
i el dolor cada instante se le agrava:
en brazos a su tienda es conducido,
i allí de cirujanos asistido;

Entre los cuales un anciano habia
que llamaban maese Ferriducho,
perito en herbolaria i cirujía,
a quien por eso el rei preciaba mucho.
Si alguno pierna o brazo se rompia,
sanaba luego aquel doctor machucho
la parte enferma, sin dolor ni gasto,
solo con aplicarle un cierto emplasto.

Este, despues que al rei la herida observa,
no sé qué voces májicas murmura.
De malva haciendo, aloe i contrayerba
i díctamo de Creta una mistura,
aplícasela en forma de conserva;
i dos minutos no tardó la cura.
Gradaso, habiendo un poco reposado,
sobre la alfana se presenta armado.

Mas que nunca soberbio al campo vino.
Hé aquí la tempestad, huya el que pueda.
El marques Olivéros al camino
osó salir, i fué a estampar la greda.
Hugon i Avolio con Beltran i Avino,
i si algun otro de los buenos queda,
todos de aquella lanza derribados
fueron, i todos van aprisionados.

Ya voz de capitanes no es oida;
ya nadie a los infieles hace cara;
arrancan los cristianos de estampida;
llega a Paris la gresca i la algazara,
en donde, siendo la prision sabida
de Cárlos i los otros, cosa es clara
que en nuevos armamentos no se piensa,
pues no se ve manera de defensa.

Pone la voz el vulgo en las estrellas;
i a los sacros altares acojidas
las madres i las tímidas doncellas,
mandan a Dios plegarias doloridas.
Oyó el danes la grita i las querellas;
el danes, que postrado a las heridas
que recibió lidiando con Urnaso,
a duras penas puede dar un paso.

De rabia i de piedad llorando junto,
despues que las heridas unje i venda,
se arma; i porque el caballo no está a punto,
que al campo se le traigan recomienda;
i a donde juzga estar mas en su punto,
no la contienda (que ya no hai contienda),
sino la atroz horrífica matanza,
a pié va, sustentándose en la lanza.

Llega a la puerta; encuéntrala cerrada,
i de la densa turba oye el lamento,
que en vano a entrar se agolpa, i a la espada
de los contrarios muere ciento a ciento.
Teme el alcaide, abriendo, dar entrada
al enemigo, i no sin fundamento:
a todo el mundo, pues, abrir rehusa,
por mas que se le ruega i se le acusa.

«La puerta, dice Urjel, abre al instante:
el defenderla corre a cuenta mia.»
«Del puesto, dice el otro, soi garante;
a mi padre que fuese no abriria.»
«Ya no hai paciencia, clama Urjel, que aguante;
ha de costarte caro tu porfía.»
Huyó el alcaide; Urjel de un hacha afierra:
la puerta a cuatro hachazos echó a tierra.

El puente cala Urjel; i sobre el puente
la desbandada multitud francesa
de tropel se abalanza, cual torrente
que rompe en el invierno la represa.
Sigue a los fujitivos la inclemente
turba pagana; pero asaz le pesa:
a diestro i a siniestro esgrime el hacha
Urjel, i cuatro a cuatro los despacha.

Cupo a Dudon, Grandonio, aquel jigante
que alcaide un tiempo fué de Barcelona.
Las mazas van i vienen cada instante,
i toda se magullan la persona.
El rei Marsilio embiste al imperante;
pero se arrepintió de la intentona:
descabalgado sin remedio fuera,
si a punto Ferragú no le acorriera.

Ferraguto se aparta de Olivero
para asistir al rei zaragozano,
i el marques, como noble caballero,
fué en ayuda tambien de Carlomano:
cada cual de los cuatro es buen guerrero,
de valeroso pecho i presta mano;
mas Cárlos, que a Bayardo cabalgaba,
a sí mismo esta vez sobrepujaba.

Ninguno al compañero pone mientes,
que por su parte a qué atender le sobra;
tregua no dan las hojas inclementes;
cada cual cuanto sabe pone en obra.
Bonanza en tanto gozan nuestras jentes,
i la pagana multitud zozobra;
a tierra va de España la bandera;
se desparpaja la brigada entera.

Marsilio, que intentaba detenella,
hubo de acompañarla en la corrida;
tambien es el califa envuelto en ella,
i síguele Morgante a toda brida;
iba Espinel pisándole la huella,
i Serpentin se agrega a la partida:
unos huyen por fuerza, otros por gusto:
solo hace rostro Ferraguto adusto.

Cual tigre de monteros acosado,
aun en la fuga espanta i amenaza:
ya a los cristianos cede mal su grado,
ya a los que se la daban él da caza;
pero tanto le cargan, que forzado
se vió por fin a abandonar la plaza,
i a no llegar en este punto Alfrera,
muerto sin duda alguna o preso fuera.

A duros golpes del baston tremendo
el jayan las hileras aportilla;
Galalon, como un pájaro va huyendo;
a Guido i Naimo arroja de la silla.
Pero viene, llamada del estruendo,
de valerosa jente una cuadrilla:
Dudon le asalta i Cárlos i Olivéros:
bríllanle en torno a un tiempo veinte aceros.

Quién de lado le amaga, quién de frente;
seria va pareciéndole la cosa;
háselas el jayan con una jente,
ájil a reparar, a herir briosa.
La jirafa se mueve lentamente,
como bestia de suyo perezosa.
Los otros cargan; solo está; no hai caso:
corre aturdido en busca de Gradaso.

El sericano que le vió venir,
i ántes le tuvo en opinion tal cual,
en altas voces le empezó a reñir:
«¿Adónde vas, follon? Tente, animal.
¿Cómo vergüenza no te da de huir
con ese corpachon descomunal?
Ocúltate a mis ojos, i cuidado
no vuelva yo en mi vida a verte armado.»

Dijo; i al ver que ya su campo embisten
las enemigas huestes, vuelve airada
la cara a los monarcas que le asisten;
los cuales, entendiendo la mirada,
la armadura le traen, se la visten,
le calzan las espuelas, i la espada
le ciñen, puestos a sus piés de hinojos,
i no osan de la tierra alzar los ojos.

El tumulto entre tanto i vocería
llegaba hasta la tienda de Gradaso;
i presumiendo que, pues no salia,
estaba ausente el rei, o enfermo acaso,
daba por suyo nuestra jente el dia,
i mas que el sol bajaba ya al ocaso.
Llena de confianza i de contento
comenzaba a pillar el campamento.

Como cuando, amarrado un toro bravo,
el vulgo se le acerca, i por juguete
uno el cuerno le toca, i otro el rabo;
si rotas las prisiones arremete,
se desparpaja de éste i de aquél cabo
sin saber la canalla do se mete;
i creyendo que el toro los atrapa,
este deja la gorra, aquel la capa;

Así, cuando se oyó *Gradaso viene*,
huyendo cada cual se destalona,
i nadie que lo ha oído, se detiene
a ver si es grande o chico de persona;
ni sabe adónde va, ni a qué se atiene;
las armas tira, i todo lo abandona.
Solo Cárlos quedó; quedó Olivéros;
i no sé cuántos otros caballeros.

Cuál es hasta Paris arrebatado
envuelto entre la chusma fujitiva;
cuál de hombres i caballos muere hollado;
i a cuál del puente abajo Urjel derriba;
uno, vivo i entero es derrocado;
otro, cabeza o tronco deja arriba:
hombres, caballos, armas van al foso,
turbio todo a la vista i sanguinoso.

Mas crece por instantes la faena,
que, saltando en el puente Serpentino,
taja de un lado i otro la cadena,
i da franco a los suyos el camino.
Urjel levanta el hacha; i si por buena
fortuna no llevara un yelmo fino,
i encantado tambien, segun sospecho,
quedaba el español pedazos hecho.

Del sericano rei toda la corte,
i del campo pagano llega el grueso.
Cercado está a poniente, a sur i a norte;
mas el danes no echó el pié atras por eso:
órden da de que el puente se le corte,
miéntras él de la lid sustenta el peso;
i salvos los cristianos de esta suerte,
con leda cara va a buscar la muerte.

Con mil combate a un tiempo i con Gradaso,
que, avergonzado, en alta voz ordena
que todo el mundo vuelva atras el paso;
i desarmando a Urjel con poca pena
(como a quien tiene el cuerpo enfermo i laso
vertiendo rojo humor por cada vena)
manda que se le asista i se le lleve
con el honor que a la virtud se debe.

Fuera Paris tomada fácilmente,
sino que ya la noche oscurecia.
Oyese de campanas son doliente
que hace a dolientes voces armonía;
en miedo i llanto la infelice jente
aguarda el venidero infausto dia
en que ha de ser Paris abandonada
a destruccion, a saco, a fuego, a espada.

Estaba por entónces arrestado,
como sabeis, Astolfo en la Bastilla;
por todos i por todas olvidado,
merced a Galalon i a su pandilla.
Era a charlar el duque aficionado:
soltósele esta vez la tarabilla:
«¡Cómo se ve que el serican lo entiende,
dice, que a tal sazon la guerra emprende!

«Hubiera yo salido a la pelea,
i otro gallo al tal rei le cantaria.
Sabe dónde le aprieta la correa;
mas hai sol en las bardas todavía:
pues quiera Dios que en libertad me vea,
hará triunfar su causa, que es la mia.
Verémos a quién debe Carlomano
su corona, si a mí o al conde Gano.»

Gradaso al regocijo se abandona;
no cabe de contento i de ufanía;
presentásele Alfrera i le perdona;
todo es favor, merced, galantería;
tan alegre jamas le vió persona
ni de tan buen humor, como aquel dia,
imajinando que a Bayardo oprime
los lomos ya, i a Durindana esgrime.

Afable al rei de Francia da la mano,
i a par de sí con grande honor le sienta.
«Señor, le dice, un pecho soberano
de honor solo i de gloria se alimenta:
de la diadema i del aplauso humano
reputo indigno al rei que se contenta
del ocio vil, dejando que la pompa
i la molicie a la virtud corrompa.

«Si del Oriente vine, fué por eso,
i no por tu corona i tu riqueza;
que apénas basto a sostener el peso
de la que ha puesto el cielo en mi cabeza.
Pues hoi en mi poder te he visto preso,
ha llegado a su colmo mi grandeza;
i ni trofeo ni alabanza alguna
queda, con que me tiente la fortuna.

«El reino, pues, te restituyo entero;
no pienso en cosa tuya poner mano;
tan solamente que me entregues quiero
el corcel del baron de Montalbano,
que tan noble animal a un caballero
no ha de servir tan ruin i tan villano;
i en un año de plazo a Sericana
harás venir la espada Durindana.»

Cárlos a prometerle no fué tardo
corcel, espada, i mas, si mas desea.
«Está bien, dice el rei; pero Bayardo
quiero que luego aquí traído sea.»
En busca suya va a Paris Alardo,
donde Astolfo, que suelto rejentea,
incontinenti que hubo Alardo espuesto
la comision que trae, le intima arresto.

I luego de su parte va un heraldo
a retar a Gradaso i a su jente;
i que si dice, que mató a Reinaldo,
o le puso en prision o en fuga, miente;
que Cárlos con lo suyo pague el saldo,
pues Bayardo es de dueño diferente;
i ya que de otro modo nada avanza
venga el rei a ganarlo lanza a lanza.

Movido a risa mas que a indignacion
con esta singular mensajería,
pregunta el rei Gradaso qué baron
es el que tan civil recado envía.
«Señor, responde Gano, es un bufon
que a toda nuestra corte entretenia:
de lo que diga no hai que hacer aprecio,
ni dárseto cuidado, que es un necio.»

«Pues necio o nó, repuso el sericano,
él es hombre de espíritu sin duda.
No piense con su labia el conde Gano
que de lo que es razon me tuerce o muda.
Harto a vosotros me he mostrado humano.
Retado, al reto es menester que acuda.
Decid al duque Astolfo que le espero,
i que venga en Bayardo caballero.

«Al cual, si me le gano con la lanza,
ya no seré a cumpliros obligado
los partidos que os hice en confianza
de que el corcel se me iba a dar de grado.»
Mucho con esta súbita mudanza
quedó el emperador amostazado,
pues la corona, imperio, estado sumo
que pensó recobrar, ve vuelto en humo.

Astolfo, apénas la mañana apunta,
sobre Bayardo se presenta armado
con tanta perla i tanta joya junta,
que un cielo semejaban estrellado:
cubierta de oro está desde la punta
la bella espada que le cuelga al lado,
i en su diestra temblando relucia
aquella hadada lanza de Argalía.

El cuerno emboca i a Gradaso reta:
«Ven, fantasmon antojadizo i loco,
que traes por vanidad la tierra inquieta:
ven, espantajo de hombres de tan poco
seso como el rapaz que se desteta,
que le dicen *Gradaso* en vez de *el Coco;*
i venga, si quisieres, a tu lado
el jiganton de Alfrera tu privado.

«Venga Marsilio i venga Balugante,
i toda la española guapería;
Grandonio venga, aquel soez jigante
que ya otra vez probó la lanza mia;
i venga Ferraguto el arrogante,
que en su encantada piel tanto confía;
venga toda tu jente. ¿Por qué tarda?
Un solo caballero es el que aguarda.»

Estuvo un rato el rei Gradaso atento,
oyendo al caballero del Leopardo:
poco le ocupa el duque el pensamiento,
toda le lleva la atencion Bayardo.
Hecho el acostumbrado cumplimiento,
así razona al paladin gallardo:
«Díceme Gano que no tienes juicio,
i eres bufon de corte por oficio.

«Otros, aunque aturdido i calavera,
dicen que en la ocasion eres discreto,
garboso, bravo. Sea lo que Dios quiera
(que yo en vidas ajenas no me meto),
a tu llamado vengo, como hiciera
al del mas alto i principal sujeto;
mas en cayendo, que caerás de fijo,
venga el caballo; nada mas exijo.»
«Suele la cuenta errar el que la ajusta,
responde Astolfo, ausente el hostalero.
Tuyo será, si vences en la justa,
este caballo i cuanto valgo; empero,
venciendo yo, propongo, si te gusta,
que restituyas a su ser primero
a todos los cristianos; i al Oriente
podreis marcharos libres tú i tu jente.»
«Que me place, responde el sericano;
la condicion que has dicho acepto i juro.»
I revolviendo, i en la diestra mano
blandiendo aquel lanzon rollizo i duro,
no ya postrar creyera un cuerpo humano,
mas arrancar de su cimiento un muro.
El duque la encantada lanza blande:
la fuerza es poca; pero el alma es grande.
Gradaso mete piernas a la alfana,
i a encontrarle va Astolfo como un viento.
En el escudo al rei de Sericana
pone la mira, a derribarle atento;
i la fortuna le otorgó liviana
que se saliese con su loco intento:
apénas el escudo toca el duque,
es fuerza (claro está) que el rei trabuque.
Vese el altivo rei tendido en tierra,
i a duras penas cree lo que le pasa.
«¡Oh cuánto el hombre, esclama, oh cuánto yerra!
¡Oh cómo el cielo las venturas tasa!
Vaya que salgo airoso de la guerra;
sin gloria i sin honor me vuelvo a casa;
paciencia i barajar. Ven, oh valiente
caballero cristiano, por tu jente.»

El rei al duque de la mano guia
haciéndole las honras que es debido.
Nada en el campamento se sabía;
pero todo se daba por perdido.
Cárlos al duque Astolfo maldecia,
llamándole de loco i de aturdido.
«¡Ai! dice, llegó el fin de los cristianos:»
dase calabazadas a dos manos.

Astolfo llega, i dice en tono airado
(confirmando Gradaso el finjimiento):
«¿Qué es de ti, Carlomagno desastrado?
Ya toda tu fanfarria es sombra i viento.
Si estuviera Reináldos a tu lado,
i Orlando, i algun otro que no miento,
en tanta afrenta no se hubiera visto,
como hoi la ves, la santa fe de Cristo.

«Por dar oído i gusto a unos malsines,
oprobio de tu juicio i de tus canas,
extrañaste de ti dos paladines
que de tu trono un tiempo eran peanas.
Con los principios dicen bien los fines:
saca la cuenta i mira lo que ganas.
¿Dónde tu favorito se entretiene,
que a libertarte de prision no viene?

«¿De qué sirve que un hombre se desviva
sirviendo a quien servicios no agradece,
i con quien solo el lisonjero priva,
llevando el prez que la virtud merece?
Allá se las avenga el que reciba
leyes de quien le agravia i le escarnece.
Me voi de este país infortunado,
i dejo a quien lo quiera mi ducado.

«Renuncio sangre, lei, naturaleza;
i al buen señor de Sericana sigo,
que me hace su bufon, por la fineza
i los buenos informes de un amigo.
Me empeñaré, señores, con su alteza,
para que os lleve, si quereis, consigo:
Carlomagno será su repostero;
Urjel, escanciador; Turpin, barbero.

«I pues merced le debo, no pequeña,
galopin de cocina será Gano,
si no quiere mas bien cargar la leña
sobre esas espaldazas de villano.
Fortuna me será mas halagüeña
bajo mi nuevo invicto soberano,
que no se paga de servil lisonja,
ni con el fasto i el poder se esponja.»

Si está Cárlos mohino i cabizbajo
oyendo tal, considerar se deja:
es tanta la soltura i desparpajo
de Astolfo, que decir verdad semeja.
Mirándole Turpin de arriba abajo,
«¿Será posible, esclama, que esta oveja
se desbarranque?» «Sí, gran marrullero,
dice el ingles, desbarrancarme quiero.»

Lloraba el viejo Naimo como un niño,
Urjel lloró, lloró toda la jente.
No pudo Astolfo al natural cariño
resistir mas, i en acto reverente
dice al emperador: «Postrado ciño
tus rejios piés: recíbeme induljente;
que, tal cual soi, he sido i seré tuyo:
la libertad a todos restituyo.

«Eres dueño de ti i de tu corona;
te vuelvo sin mancilla tus banderas;
tu sagrada magnánima persona
las adquiridas glorias guarde enteras.
Pero por lo que toca a mí perdona
si ántes quiero vivir entre las fieras,
que mantener aquí perpetua lidia,
blanco de la calumnia i de la envidia.

«La libertad, señor, es mucho cuento;
sin ella para mí no hai cosa buena;
i si decir me vedan lo que siento,
ni el yantar me es sabroso, ni la cena.
Que Gano haga i deshaga, i el acento
seductor te haga oir de la sirena:
yo de la adulacion no sé el idioma,
i ántes que a Gano serviré a Mahoma.

«En busca de mis primos, el de Anglante
i el ínclito señor de Montalbano,
quiero por esos mundos ir errante;
i rogándole al cielo soberano
que conserve tu vida i que levante
mas i mas tu poder, beso tu mano,
emperador de Roma esclarecido,
i la licencia de partir te pido.»

Todos, creyendo chanza o burla aquello,
míranse unos a otros i a Gradaso;
i hubieron finalmente de creerlo
cuando el vencido rei refirió el caso.
Galalon con grandísimo desuello
montaba ya su jaca; pero al paso
le sale Astolfo i dice: «Tente, amigo;
la libertad que doi no habla contigo.

«Ten entendido, pillastron villano,
que prisionero quedas en la guerra.»
«¿Prisionero de quién?» pregunta Gano.
«Prisionero de Astolfo de Inglaterra»,
contesta el duque, i luego de la mano
le toma, i dice, la rodilla en tierra:
«Señor, en honra vuestra le concedo
la libertad que retenerle puedo.

«Pero no la tendrá, si no jurare
del modo mas solemne i mas expreso,
que siempre i cuando yo se lo mandare,
por tres o cuatro dias ha de ir preso;
i si él alguna vez lo rehusare,
(pues notorio es a todos cuanto en eso
de juramento es desmemoriado),
vos me le entregareis, señor, atado.»

Jura Gano i rejura la promesa,
diciendo en sus adentros: «¿Qué me importa?»
Sucedió en tanto al miedo la sorpresa,
i ya a todos el júbilo trasporta:
cuál da al ingles los brazos, cuál le besa:
toda alabanza les parece corta.
«El ha salvado, el pueblo a voces canta,
la patria, la nacion, la iglesia santa.»

Por mas que Carlomagno le festeja
(que aun la corona le ofreció de Irlanda)
constante en su designio a Francia deja,
i en busca ya de sus amigos anda;
pero ántes que los halle, me semeja
que se arrepentirá de la demanda:
el tiempo lo dirá, si, Dios mediante,
la empezada labor llevo adelante.

Toma gozosamente su camino
la muchedumbre bárbara pagana;
el serican se fué por do se vino,
i en Paris Carlomagno se arrellana,
al cual, segun barrunto, no imajino
he de volver en toda la semana;
que Reináldos me llama, i me está Orlando
a mas variado asunto convidando.

¡Hijo ilustre de Aimon! pisar te miro
esa ignorada playa, errante, incierto,
do tras tan largo, arrebatado jiro
tu milagrosa barca tomó puerto.
Mas yo tambien por encontrar suspiro
(barquero humilde, tímido, inexperto)
seguro abrigo a mi bajel cascado
para volver al piélago salado.

CANTO VIII.

ROCA TRISTE

La guerra, es punto averiguado i fijo
que la dirije Dios, no la fortuna;
i Dios de los ejércitos se dijo
por esta causa, i no por otra alguna.
Dando palabra de no ser prolijo,
quiero, pues la ocasion es oportuna,
hacer sobre este asunto una homilía
para edificacion ajena i mia.

¿Visteis jamas tan grande pelotera?
¿tanto jigante? ¿tanto monstruo bravo?
Momentos hubo en que no sé si diera
por el cetro de Cárlos un ochavo.
Vióse él, i vió su corte prisionera;
paró su gloria en un desnudo cabo;
i cuando de salud no hai esperanza,
Astolfo llega, i la victoria alcanza.

Goliat, de una honda acerbo estrago,
Holofórnes, que muere hecho una sopa,
i aquel a quien Tomíris con el trago
escarneció de la sangrienta copa,
de la prosperidad al blando halago
navegaron un tiempo viento en popa;
mas dejó su soberbia al fin postrada
un niño, una mujer, una nonada.

Vino el gran corzo, escándalo del mundo,
a quien un reino dió cada batalla,
i donde hallar pensó terror profundo,
firme virtud i heroicos pechos halla.
Al noble ejemplo, el brio moribundo
de Europa en repentino incendio estalla,
i el fallo que a un peñasco te deporta,
¡Napoleon! la tierra escucha absorta.
El vulgo estos portentos atribuye
a caprichos i juegos de fortuna,
la cual se dice que a su antojo influye
en cuanto abraza el cerco de la luna.
Mas cuando a impulso débil se destruye
titánico poder, sin duda alguna
es porque el cielo al oprimido ampara,
i contra la injusticia se declara.
I aunque es verdad que suelen algun dia,
para probar la fe, vencer los malos,
ello la presuntuosa altanería
es humillada al fin i acaba a palos.
Mas (ya lo veo) os cansa la homilía,
i suspirando estais por los regalos
de la apacible, deleitosa estancia
adonde aporta el campeon de Francia.
El cual, no bien está la barca surta,
por la lozana orilla el paso mueve;
i atravesando perfumada murta,
estremecida al susurrar de un leve
soplo, que a el alma los cuidados hurta
i la fatiga al cuerpo, a rato breve
una fábrica mira grande i bella
que entre copados árboles descuella.
A un lado i otro, por diversas rutas,
florestas hai de pájaros pobladas,
pensiles, parques, lagos, templos, grutas,
por acá fuentes, por allá cascadas.
Deciros de las flores i las frutas
en jardines, verjeles i enramadas,
fuera juntaros cuanta copia opima
a cada suelo cupo i cada clima.

Conducen a la fábrica eminente
doce marmóreas gradas de colores,
i en columnas de pórfido esplendente
estriban tapizados corredores,
de donde, al manso embalsamado ambiente,
un divino concierto de cantores
i de instrumentos varios esparcia
torrentes de gratísima armonía.
Las flores i la música i la calma
que allí de los sentidos se apodera;
aquel süave olor que llega a el alma
i ya solo al placer la deja entera;
i lo que en mi sentir lleva la palma
a lo demas, una gallarda hilera
de bellas ninfas, que a encontrarle viene,
todo al baron embelesado tiene.
Despues de un jentilísimo saludo
una de ellas le dice: «Caballero,
dichosa la ocasion llamarse pudo
que te trajo a este albergue placentero,
do, si no está tu corazon desnudo
de humanas afecciones, como espero,
i lo anuncia tu garbo i apostura,
será, la que te aguarda, alta ventura.»
Así diciendo, al caballero indica
el marmóreo portal del gran palacio;
luego una sala le recibe, rica,
marabillosa, de ovalado espacio:
festones la techumbre multiplica
de crisólito, de ópalo i topacio;
de alabastro el mas cándido es el muro;
perfiles i cenefas de oro puro.
Entrando el caballero, en medio se halla
de bulliciosa juvenil cuadrilla
de hermosas ninfas, que al mirarle calla,
i le conduce a la mas alta silla.
Una, terciada al hombro alba toalla,
hincada humildemente la rodilla,
una bacía de oro le presenta,
que los primores del cincel ostenta.

Otra, que deja en leve ropa gualda
brujulear las formas a la vista,
i prendida a la cinta lleva el halda,
i en el broche una cárdena amatista,
toma el aguamanil (de una esmeralda
labrado, la mas grande que fué vista),
i derrama al señor de Montalbano
líquido aroma en una i otra mano.

Otra dama tras esto, que, ceñida
la frente de arrayan, tiene por gala
única su beldad (que, por mi vida,
la de la mas encopetada iguala),
«A punto está, le dice, la comida;»
i la gallarda tropa, puesta en ala,
al buen señor de Montalban se inclina,
i a do el banquete aguarda le encamina.

Junto allí se demuestra cuanto puede
excitar al mas lánguido apetito,
i no sé si la copia al arte excede,
o si lo vario es mas que lo esquisito;
pues reunido pareciera adrede
para que en este número infinito
de viandas con que al gusto se festeja,
vague la vista, en elejir perpleja.

De la mesa, que entolda entre follaje
verde una red de flores olorosas,
va el caballero al superior paraje
con cuatro damas de las mas donosas.
Otras, arregazado el blanco traje,
coronada la sien de blancas rosas,
ministran; i una de ellas, que el divino
néctar servir pudiera, escancia el vino.

Cuando, acabada la soberbia cena,
descubierta quedó la mesa de oro,
a una gran cuadra van de antorchas llena,
do miéntras danza alborozado coro
al compas de amorosa cantilena,
de suave cuerda i de metal sonoro,
una discreta dama al distraido
baron se llega, i dícele al oido:

«¿Ves la ventura que te ofrece el cielo?
Predestinóla a ti la reina mia,
que de tu amor aguarda su consuelo,
i si quisieras mas, mas te daria.»
Estaba el buen Reináldos como lelo,
i a veces receloso se decia:
«¿A que el traidor de Maljesí me engaña,
i cuanto miro es todo una patraña?»
En esto el nombre oyó, por accidente,
de Anjélica. Irritado basilisco
se vuelve, i con ceñudo continente
caricias, ruego, amor rehuye arisco.
No hai placer ni hermosura que le tiente;
se despeñara del mas alto risco,
i en el mas hondo abismo se echaria,
por no ver lo que tanto aborrecia.
Por la primer salida, que halla abierta,
de esta, a su juicio, odiosa cárcel, huye.
«De nada aquí te servirá Frusberta,
(teniéndole, una dama así le arguye:)
lo postrero es del mundo esta desierta
ínsula, que ignorado mar circuye:
en prisiones estás, i no te queda
mas arbitrio que hacértelas de seda.»
Las cejas el frances airado enarca,
que solo entónces fué descomedido;
i a la playa en demanda de la barca
corre, con el intento decidido
de abandonarse a ella, aunque la Parca
le dé por tumba el ponto embravecido.
Por la tropa de ninfas atropella,
llega al mar, ve la barca, salta en ella.
Mas héos aquí segunda marabilla:
por mas que corta el agua con la espada,
así aparta la nave de la orilla
como si allí estuviese emparedada,
o a las ásperas rocas por la quilla
con cincuenta cadenas amarrada:
moverla no le es dado, mas que al viento
sacar un farallon de su cimiento.

Estaba ya Reináldos impaciente,
pensando si a las ondas se arrojase;
i al intentarlo, inesperadamente
de la costa el barquillo se desase,
i tomando la vuelta del poniente
sin que el baron la causa adivinase,
así va, que saeta no le iguala
en lo veloz, ni disparada bala.

El manto de la noche el mundo vela,
i en tanto el barquichuelo desalado
no corre por el agua, sino vuela;
i lo mejor (si aun no le he declarado)
es que no se usa en él jarcia ni vela,
ni remo, ni timon, i tripulado
parece estar de duendes, i que sea
el mismo Satanas quien pilotea.

Da fondo en fin al despuntar la aurora,
que en nubes se embozó de infausto agüero.
Reináldos desembarca, i una hora
anduvo sin destino i sin sendero,
cuando a un anciano ve, que jime i llora,
i le dice: «¡Ah señor! un bandolero
me acaba de quitar una hija amada;
de su inocencia i mi dolor te apiada.»

Tiénela el tal en una selva espesa,
i a pié el de Montalban i solo se halla;
mas no por esto rehusó la empresa;
ántes presenta al robador batalla.
Conturbado el ladron soltó la presa;
i luego, dando un silbo, atiende i calla:
apénas fué la seña oída, el puente
calan, de un gran castillo, que está en frente,

De donde un jayanazo de morena
faz, erizado pelo i mirar torvo,
sale, i un dardo trae i una cadena
que el un extremo tiene agudo i corvo.
I sin decir razon mala ni buena
el dardo arroja, que, no hallando estorbo,
en el escudo, el fino arnes horada
del paladin, i encarna una pulgada.

Riyó Reináldos desdeñosamente,
que no quedó del tiro mui contento.
A castigar la injuria fué impaciente;
pero el bribon le adivinó el intento:
la espalda le volvió i hacia otro puente
que de uno i otro lado tiene asiento
sobre berruecos de áspera barranca,
corrió como en huida, a toda zanca.

Hai en medio del puente una argolluela;
de ella el jigante la cadena traba
metiendo el gancho, i cuando ve que vuela
el paladin tras él con furia brava,
i al puente se abalanza sin cautela,
el traidor, que otra cosa no aguardaba,
tira de la cadena, i al instante
húndense paladin, puente i jigante.

Jamas se vió invencion tan rara i nueva.
Aturdido Reináldos del porrazo,
rodando fué hasta el centro de una cueva,
en donde pié con pié, brazo con brazo,
le ata el jayan, que al hombro se le lleva,
diciendo: «No nos dieras embarazo,
i te estuvieras a pié quedo en casa,
i no te pasaria lo que pasa.»

El lance, por mi vida, es apurado.
«¡Cómo fortuna en su rigor se extrema!
dice el baron; ¿Quién pudo haber pensado
tan nueva i nunca vista estratajema?
Pero que pinte lo que quiera el dado:
perdí el honor! ¿Qué azares hai que tema?
Lo que siento es morir como un baldío,
atado piés i manos, i hecho un lio.

«¡La voluntad de Dios cumplida sea!»
Llegan en esto al puente del castillo,
do de osamenta descarnada i fea
ocupado se ve cada portillo;
aquí una triste víctima boquea;
allá cuelga un cadáver amarillo;
de sangre están teñidos muro i suelo;
todo señales da de espanto i duelo.

Mas no el color por esto se le muda,
ni al miedo da cabida el caballero.
Envuelta en largas ropas de viuda
una vieja recibe al prisionero,
de avellanada tez, flaca, barbuda,
i de un mirar desapacible, austero.
«Menguada fué la hora en que viniste,
dice, a jurisdiccion de Rocatriste.

«Pero hallándose el número cumplido
de víctimas que mueren cada dia,
segun el rito ahora establecido
en esta malhadada estancia mia,
ten, si en algo lo estimas, entendido
que tu fin no es llegado todavía;
mas de la luz despídete, que es esta,
mezquino, la postrera que te resta.»

Al solitario albergue de un oscuro
sótano el caballero es conducido,
en que un lecho le aguarda angosto i duro
i un pedazo de pan enmohecido.
Juzga llegado el término inmaturo
de su vida, i lo toma a buen partido,
que sin honor la vista le es amarga
del mundo, i el vivir pesada carga.

Postrado a la fatiga i la tristeza,
del ánima mortal doble beleño,
reclinó como pudo la cabeza,
i abandonóse, sin sentir, al sueño.
Mas no ha dormido el infeliz gran pieza,
cuando tocar se siente, i al pequeño
resplandor de una lámpara expirante,
el bulto de la vieja vió delante.

La cual así le habla: «Caballero,
tu presencia jentil tanto me obliga,
que una proposicion hacerte quiero
con que evitar tu muerte se consiga.
Mas por que entiendas mi designio, el fuero
que aquí se guarda es menester te diga,
i que con harta pena haga memoria
de una sangrienta i lamentable historia.

«Un caballero fué, de gran riqueza,
señor de este castillo i tierra un dia;
a todos hospedaba con franqueza;
en pompa grande i esplendor vivia;
a jentes de valor i de nobleza
sobre manera honraba i distinguia;
i tuvo una señora por esposa,
tanto como leal i casta, hermosa.

«Ella, que de hermosura fué un lucero,
era llamada, no sin causa, Estela:
llamábase Damon el caballero,
i el castillo que miras, Orcanela,
que en Rocatriste conmutó el primero
nombre por lo que oirás en la secuela.
Damon, por una selva, que cercana
está a la mar, cazaba una mañana.

«I como a un caballero acaso viera
correr el monte en forma de batida,
segun costumbre suya a todos era,
a su castillo i mesa le convida.
Mi marido era el tal (¡nunca lo fuera!);
Marquino, duque entónces de Fonfrida;
i como los demas, es hospedado
en Orcanela, i grandemente honrado.

«Pues, como lo ordenó fatal estrella,
puso el huésped los ojos en la dama,
i al punto enamorado quedó della,
que siempre amigo fué de ajena cama:
mírala tan honesta como bella,
i tanto mas su loco ardor se inflama:
ya no entiende ni piensa en otra cosa
que en robar a Damon la cara esposa.

«De Orcanela se va; mas a la grupa
algun jenio infernal pienso que lleve,
que para el robo en que la mente ocupa
le sujiera el ardid mas ruin i aleve.
Arma escondidamente una chalupa,
de noche se hace al mar, i aporta en breve
a un oculto lugar de esta ensenada,
i pone a poco trecho una celada.

«Como sonando el cuerno iba Marquino
la siguiente mañana, el sin sospecha
Damon, gozoso a saludarle vino,
i al cuello aquel traidor los brazos le echa.
Cabalgan juntos por aquel camino,
i mi marido, haciendo la deshecha,
frecuentemente vuelve atras la cara,
como si alguna cosa se dejara.

«Revolver, dice el otro, justo fuera,
si algo os dejais que os tenga con cuidado.
Es un lebrel que estimo en gran manera,
dice Marquin, mas daros temo enfado.
No hareis tal. I esto dicho, a la lijera
vuelve Damon las riendas, i el malvado
le lleva a do emboscada está su jente:
muerto fué el infeliz traidoramente.

«Con su propia bandera es el castillo
tomado: en él no dejan alma viva:
uno muere a dogal, otro a cuchillo;
i de sentido a Estela el susto priva,
en quien el mas que bárbaro caudillo,
como la ve que alienta apénas, iba
a poner su nefario intento en obra,
cuando ella del desmayo se recobra.

«Fuerzas le da el honor, i a brazos lucha
con este hombre crüel cuanto lascivo,
que jemidos i súplicas no escucha,
ántes le sirve el llanto de incentivo.
Bien se defiende Estela; pero es mucha
la desventaja; i ya el denuedo altivo
siente que mengua, i sin aliento se halla
para tan fiera i desigual batalla.

«Mas aunque el cuerpo es débil, no así el alma,
ni el puro corazon, leal i honesto:
por otro estilo quiere ver si calma
de su enemigo el desalmado arresto.
Señor, le dice, es tuya al fin la palma;
mas ¿qué placer en medio del funesto
teatro que tenemos a la vista,
pudiera hacerte dulce la conquista?

«¿Puede dar gusto una mujer sin vida,
víctima del dolor i del espanto?
Si dejar que olvidada i escondida
vaya a un claustro a llorar, te cuesta tanto,
permíteme a lo ménos que te pida
un plazo breve a la amargura i llanto
que a un amor fino, aunque infelice, debo,
ántes de dar oídos a otro nuevo.

«Concédeme que llore un solo dia
i a mi caro Damon dé sepultura:
despues tu voluntad será la mia,
i me resignaré a mi desventura.
Si por piedad, honor, caballería
esta breve merced se me asegura,
no digo yo que te amaré, sí digo
que a sempiterna gratitud me obligo.

«Esto propone por si algun vecino
socorro llega, aunque en tan corto plazo;
pensando, si no ve mejor camino,
a veneno morir, a espada o lazo,
ántes que consentir del asesino
de su marido el detestable abrazo;
ni pareció, llegada al trance estrecho,
ser su resolucion de instable pecho.

«Despues de haberlo el duque masticado,
últimamente admite la propuesta.
Viene en el entretanto un fiel criado,
i el caso por menor me manifiesta.
Dice tambien que el duque le ha mandado
qué una droga mortal le tenga presta;
que conmigo a comer vendrá Marquino,
i él mismo ha de mezclármela en el vino.

«¿Por qué una vida sola se escondia,
traidor Marquino, en ese infame pecho,
i no da a mis venganzas cada dia
pasto tu corazon pedazos hecho?
Si un infierno, señor, el alma mia
se vuelve ahora recordando el hecho,
qué debí de sentir, fresca la ofensa,
i reciente la herida, tú lo piensa.

«En el castigo lo verás patente
que yo tomé de mi ofensor villano.
Dos niños tuve de su vil simiente.
Maté al mayor con esta propia mano.
Estaba el pequeñuelo allí presente,
i mirándome herir al pobre hermano,
madre, decia, madre, no tan duro:
asiéndole de un pié le estrello al muro.
«Luego apartando enteras las cabezas,
los tiernos cuerpezuelos descuartizo,
i los divido en mil menudas piezas.
Aun hoi de referirlo me horrorizo,
despues que asombros tantos i cruezas
han vuelto en mí lo humano un ser postizo.
Paréceme tener aquí delante
la carne de mis hijos palpitante,
«Mas me vengué; del hecho no me pesa.
Vuelve, pues, mi marido, i con traidora
cara se llega a mí, me abraza i besa.
En varios platos se le sirve ahora
la carne de mis hijos a la mesa:
él mismo que los hizo los devora.
¡Oh sol! tú que lo viste, ¿cómo el paso
no apresuraste a hundirte en el ocaso?
«Valida yo, no sé de cual pretesto,
dejé la mesa, i con aquel criado
salgo oculta de casa, i voime presto
a la frontera del vecino estado,
cuyo señor, que se llamaba Ernesto,
era primo de Estela, i ya avisado,
para salvar, si era posible, a Estela,
marchaba con los suyos a Orcanela.
«Pues Marquino, que de esto nada sabe,
mi ausencia nota, i manda en busca mia.
Cerrado estaba mi aposento a llave;
la llave falta; llaman; nadie abria.
Cuidadoso Marquino, i algun grave
suceso recelando, a tierra envía
de un puntapié las cerraduras; entra,
i lo que ménos imajina encuentra.

«Retrajo el paso, dando un recio grito.
Las dos cabezas vió en una bandeja;
i este letrero, de mi mano escrito,
nada en el caso que dudar le deja:
tus hijos son: matólos tu delito;
mi venganza en sus carnes te festeja;
sepulta lo que dellos te ha quedado;
lo demas ya en tu vientre has sepultado.

«Mas, recobrado del horror primero,
de indicios varios, que juntar procura,
colijiendo mi fuga i paradero,
venganza contra mí i Ernesto jura;
las armas pide i un bridon lijero,
i pártese a Orcanela en derechura,
no sea que, si tarda, Ernesto equipe
su jente, i a esperarle se anticipe.

«La media noche o poco ménos era,
cuando aquí pareció con su mesnada.
Protesta que la víctima primera
que ha de ser a sus iras inmolada
es el honor de Estela prisionera,
i que ya de sus brazos no habrá nada
que la defienda, i que su gusto estorbe,
si bien se armase en contra suya el orbe.

«A Estela hace llamar. Llega la dama
con pálido semblante i lagrimoso;
i conociendo el fin con que la llama
i que es el resistirle infructüoso,
atenta ya a cumplir lo que a su fama,
tiene jurado i al difunto esposo,
sígueme, respondió; i a una vecina
cuadra con lento paso se encamina.

«I pisado el umbral, osada i presta
un puñal en el pecho se sepulta.
Hállase, en medio de la cuadra, puesta
el arca triste que a Damon oculta.
Bañada en sangre encima se recuesta,
i al hombre aborrecido que la insulta,
en vez de la beldad que estaba cierto
de profanar, dejó un cadáver yerto.

«Fuese despecho vengativo, o fuese
que el nefando banquete de aquel dia
turbados los sentidos le tuviese,
dicen que aun no era parte todavía
este caso funesto, a que cediese
del intento brutal con que venia:
horrorizado, al fin, de allí se aleja,
i a recibir a Ernesto se apareja.

«Ernesto i yo llegamos con la aurora.
Brevemente la roca fué tomada,
i a mi vista exhaló su alma traidora
de mil modos Marquin martirizada.
A la demas caterva malhechora
pasamos por el filo de la espada,
i a la dama se dió sepulcro honroso
a par del caro malogrado esposo.

«Ernesto se volvió; yo en este ajeno
castillo pensé hallar mansion segura.
Era casi pasado el mes noveno,
cuando a deshoras, una noche oscura,
se oyó una voz que, como ronco trueno,
brama en la embovedada sepultura,
lecho postrero de Damon i Estela:
voz que de susto i pasmo a todos hiela.

«Tres jigantes dejó conmigo Ernesto
para atender a la defensa mia.
El que de ellos mostró mayor arresto
fué a ver lo que en la tumba sucedia;
i viólo, el pobre, demasiado presto,
porque no bien el suelo removia,
cuando al bramar de la honda voz parece
que el orbe, no el castillo, se estremece.

«I un monstruo que abortar quiere la tierra,
solevantando la funérea losa,
alza una garra, que al jigante aferra,
i a sí lo trae con fuerza poderosa.
Luego que entero i vivo lo sotierra,
un tanto la tremenda voz reposa;
mas al siguiente dia otra vez muje,
i el castillo, otra vez temblando, cruje.

«Hombre no se encontró de tan seguro
corazon, que bajar allá quisiera.
Yo en torno mandé alzar un grueso muro,
i que con una máquina se abriera
la cripta sepulcral, de do un impuro
contrahecho vestiglo salió fuera,
de temeroso aspecto i forma rara,
cual verás, si quisieres, cara a cara.

«Es tal su condicion, que no hai manera
de que otra carne en vez de humana pruebe;
i si no es que amenudo a la barrera
en que encerrado brama se le lleve
algun mezquino que a sus manos muera
i su voraz, horrenda gula cebe,
el fuerte muro a garra i cuerno prueba,
i en todos el espanto se renueva.

«Así que, como ves, dura, forzosa
necesidad es nuestra usanza i fuero.
No te parezca practicable cosa
trasladarme a otro sitio, aunque quisiera:
hácenme mis delitos tan famosa,
i tanto me odia el mundo i vitupera,
que no me resta en parte alguna asilo
do esperar pueda un porvenir tranquilo.

«Oye, pues, lo que voi a proponerte:
sé mi esposo, i señor de este castillo;
que si bien es un don de baja suerte
el que te ofrezco, i de pequeño brillo,
quizá, si lo comparas con la muerte,
encontráras razon de preferillo:
de otro modo ya sabes que te espera
temprano fin en garras de la fiera.»

Luego que el buen Reináldos hubo oido
este prolijo lastimoso cuento,
i casi a carcajadas ha reído
oyendo de la vieja el pensamiento,
así le dice: «Madre, yo te pido
que me permitas ir a ese sangriento
bruto, fantasma, o lo que fuere, armado
como me ves, i con mi espada al lado.»

Ceñuda ella responde: «Haz lo que quieras.
Sábete que eso mismo ha de valerte
el ir armado, que si no lo fueras;
que al fin a lo que vas es a la muerte.
¿Qué espada, ni qué arnes, ni qué quimeras?
Sus uñas rasgan de la propia suerte
el hierro que la seda, i no hai tan fino
acero, que en su piel se abra camino.
«Pues que te desagrada mi propuesta,
condescender a tu demanda quiero.»
Llegada la mañana, a la funesta
arena es descolgado el caballero.
Hé aquí el bravo animal; hé aquí que a presta
carrera el mas valiente huye primero,
i de sus uñas, aun con ser el muro
tan alto i grueso, no se cree seguro.
A paso va Reináldos, aunque tardo,
firme, desenvainada su Frusberta.
Mas ¿para cuándo a retratar aguardo
esta alimaña en bruto i diablo injerta?
Que diese el ser a este animal bastardo
el diablo i lo amasase con la yerta
carne i la sangre de Marquino helada,
dice el autor que es cosa averiguada.
De Damon fué erijido el monumento
en subterránea bóveda espaciosa
que sostiene un bruñido pavimento,
do dice en letras de oro negra losa:
«Bajo esta piedra el fúnebre aposento
se oculta de Damon i de su esposa:
dechado él de caballero; ella
de fe constante i de hermosura estrella.»
Tirado, pues, a un lóbrego escondrijo,
no léjos del marmóreo mausoleo,
de infernal padre abandonado hijo
que de ninguna madre fué recreo,
poco a poco el diabólico amasijo
desarrollóse horriblemente feo,
hasta que, en vez del infantil vajido,
aquel baladro aterrador fué oido.

No era menor que un buei en el tamaño,
con dos agudas astas en la frente;
los ojos de un color de fuego, extraño,
i de un jeme de largo cada diente;
gruesa la piel, de amoratado paño
i verdinegras pintas, cual serpiente;
prolija barba de sanguazas llena;
cerdosa i desgreñada la melena.

Rollizos miembros tiene como un oso,
i en corvos garfios cada cual termina.
Tiene el aspecto falso i alevoso,
i la mirada de intencion dañina.
Cuando, como acostumbra, está furioso,
los dientes con tremendo son rechina:
brama, cual nube que preñada estalla;
con uñas, cuernos, dientes, da batalla.

Tales las señas son del endiablado
bruto, segun le pinta don Turpino.
Habiéndose a Reináldos encarado,
fuésele aproximando *pian pianino.*
Creyendo ya entre dientes el bocado,
sobre los piés traseros hace un pino,
i se abalanza, la bocaza abierta;
tremendo tajo descargó Frusberta;

Mas, aunque en el testuz se lo hace bueno,
no le ocasiona un átomo de daño.
Brinca al frances la fiera, hecha un veneno,
i con la diestra esgrímele un araño.
Aquella vez no le acertó de lleno;
pero un pedazo llévale tamaño
del ancho escudo con el corvo artejo,
i rásgale la cota i el pellejo.

Reináldos otro golpe le segunda,
i otro tras éste, i otro sin tardanza.
Brama la fiera al recibir la tunda,
i por los ojos llamaradas lanza;
mas no le es dado que pavor infunda
a Montalban, que lleno de esperanza,
ora esgrime de lado, ora de frente,
de tajo i de reves, i a manteniente.

Aunque del caso lo peor le toca,
con renovado ardor cada vez carga.
Anda la bestia, que se vuelve loca,
ya por asir la espada, ya la adarga;
con los cuernos embiste, con la boca;
ora el un brazo i ora el otro alarga;
bate la cola, eriza la guedeja,
i al enemigo respirar no deja.

Reinaldo en cuatro partes está herido.
¿Quién vió jamas igual atrevimiento?
Se ve maltrecho, i no se cree perdido;
mengua la sangre i crécele el aliento;
i tomó ciertamente aquel partido
que era propio de un hombre de talento:
que, si no vence, a manos de la fiera
o las del hambre, es menester que muera.

Empezaba a ponerse el cielo oscuro,
i la reñida lucha no cesaba.
El paladin la espalda arrima al muro,
i con su sangre la armadura lava;
mas ántes de morir quiere dar duro.
Frusberta cada vez está mas brava:
si el cuero no penetra, firme i tieso,
a lo ménos magulla carne i hueso.

Reinaldo envía el resto a una jugada:
¡oh cuál zumba la espada tajadora!
Mas ¡ai! el animal de una uñarada
se la quitó. ¿Qué harás, Reinaldo, ahora?
La vida i la batalla es acabada:
seguramente el monstruo te devora.
Siento a los ojos asomar el llanto:
¡ah! permitidme suspender el canto.

CANTO IX.

FLORDELIS

Raza humana infeliz, que en cuanto tienes
al rededor de ti desde la cuna
no ves mas que mudanzas i vaivenes,
i permanente condicion ninguna,
¿por qué apegarte a los falaces bienes
que da i quita a su antojo la fortuna,
si al voltear primero de su rueda
huyen, i apénas rastro de ellos queda?

Todo lo muda esta deidad liviana;
solo en su instable jenio nada innova;
a la belleza, flor caduca i vana,
cualquiera cierzo los matices roba;
pace la errante grei yerba lozana
do reyes albergó dorada alcoba;
de aquella torre que era al viento asombro,
solo acá i acullá se ve un escombro.

¿Qué resta de Babel? Ni una vislumbre.
Remolinos de polvo humilde loma
cubren, que sustentó la pesadumbre
de sus murallas i pensiles. Roma,
de la soberbia humana última cumbre,
cebóse en ti del tiempo la carcoma,
i la grandeza que hubo dicho *nunca*
pereceré, roída yace i trunca.

Esa momia que en báratro profundo
sumida está i en decadencia extrema,
de antiguo imperio que dió espanto al mundo,
es ya reliquia i juntamente emblema.
Cayó del sacro altar al cieno inmundo
el ídolo, i el himno es ya anatema.
Un trozo de estructura arquitectónica
es de alguna ciudad toda la crónica.

¡Cuánta grandeza es un gastado escrito
que no pudo salvar la piedra misma,
i en que con vano estudio el erudito
para deletrearlo se descrisma!
¡Cuánto padron de bronce i de granito
el tiempo en sempiterna noche abisma!
¡Cuánta dominacion, poder i gloria
apénas un renglon legó a la historia!

Mas, ¿a qué fin el pensamiento busca
lecciones en lo antiguo i lo distante
de la fatalidad que hunde i ofusca
lo mas noble i espléndido i jigante?
¿A qué la fama asiria ni la etrusca
interrogar? ¿A qué poner delante
el gran cadáver, que al desierto agobia,
de la ciudad ilustre de Cenobia?

Ved lo que ayer no mas Reináldos era,
a gozar un imperio convidado,
i el lecho de una dama placentera,
de músicas i danzas rodeado;
i miradle hoi en garras de una fiera
tan de humano favor necesitado,
que hasta su espada fiel le desampara,
i está viendo a la muerte cara a cara.

Pero dejo al baron de Montalbano,
que una beldad me aguarda, a quien tan fuerte
afan aqueja ahora i tan tirano
como a Reináldos, aunque de otra suerte:
lucha aquel con la muerte mano a mano,
i esotra llama a voces a la muerte,
a la muerte, que sorda a su querella,
no se digna venir a socorrella.

Si os acordais de aquella niña hermosa
que en demanda envïó del caro ausente
a Maljesí, no extrañareis que ansiosa
de su llegada, los minutos cuente.
El que anhelando estaba alguna cosa
i la aguardó gran tiempo (mayormente
si era cosa de amor), la pena arguya
de Anjélica infelice por la suya.
Reside ahora Anjélica en la Albraca;
i desde el alto alcázar donde habita,
escucha el sordo embate i la resaca
de la vecina mar, que el austro ajita.
La grande hueste tártara no ataca
las murallas aun; solo la grita
se oye de alguna banda que destruye
las cercanías; tala, quema, i huye.
Vuelto el hermoso rostro a la marina,
si alcanza a ver algun bajel lejano,
«Allí sin duda, exclama la mezquina,
allí viene el baron de Montalbano.»
Que cercano cabalga se imajina,
si cuádruple herradura pulsa el llano.
No hai carro, no hai carroza, no hai carreta
en que verle llegar no se prometa.
Volvió en fin Maljesí; mas ¡ai! volvia
(¿quién tal pensara?) con mui mal recado:
de hombros el pobre mago se encojia,
mohino, taciturno, amostazado.
«¿Qué es de tu primo?» dice inquieta. Huia
de sus mejillas el matiz rosado;
temblaba; i lo peor juzgando cierto,
llorosa exclama: «¡Ai desgraciada! Es muerto.»
«No es muerto aun (así responde el mago);
pero no pienso que gran cosa falte,
ni que difiera el postrimero trago,
si no se vuelve halcon o jerifalte.
Tiene, señora, al amoroso halago
forrado el pecho en diamantino esmalte;
i de su propia vida no se cura
mas que de mi amistad o tu ternura.»

Tras esto le contó punto por punto
cómo le trajo a la fatal ribera
de Rocatriste, i que le tiene a punto
de ser despedazado por la fiera.
La vista fija i el color difunto,
escucha aquella historia lastímera
la amante niña, i tal dolor le asalta
que en tierra cae, de sentimiento falta.

I recobrada dice: «¡Mal nacido!
yo haré que de tan negra accion te pese.
¿Su muerte por ventura te he pedido?
El modo de arrancarme el alma es ese.
¿No juraste traerle, fementido?
¿Hacerle no ofreciste que viniese
a consolar mi pecho enamorado?
¿I dónde está el consuelo que me ha dado?

«¿Pudo ser que designio tan injusto
contra tan noble vida en ti cupiera?
Ni te valga decir que por mi gusto
le sacrificas; porque, dime, ¿no era
mal ménos grave i término mas justo,
si uno hubo de morir, que yo muriera?
¿Ignorabas, traidor, que en nada estimo
el trono ni la vida sin tu primo?

«¡Triste! cuando esperaba con mi mano
mis paternos dominios ofrecerte,
i a despecho del tártaro Agricano,
esposo mio i rei del Asia hacerte,
yo misma te conduzco a fin temprano;
yo te doi, yó, la mas horrible muerte;
mas con mi vida i con la de este impío
juro darte venganza, ídolo mio.»

El májico le dice: «Darle ayuda,
si quieres, es posible todavía;
mas importa que presto se le acuda,
o la resolucion será tardía.
A ti el hacerlo toca; i si no muda
este nuevo favor su rebeldía,
de bronce es menester que tenga el pecho,
i no de sensitivas fibras hecho.»

Dice; i le da una lima i una cuerda,
que a manera de red teje i compone,
i una pasta de pez, que al que la muerda,
las dos quijadas pegue i aprisione.
Luego que con la dama el caso acuerda,
i Anjélica a la empresa se dispone,
un diablo llega, a quien montada encima,
vuela, llevando red, i pasta, i lima.

En tanto por momentos se le gasta
a Reináldos la fuerza, aliento i vida;
que si con su Frusberta apénas basta
contra enemigo tal, ¿qué hará, perdida?
¿Cómo esquivar el diente, i garra, i asta
de la bruta alimaña embravecida,
que a un lado i otro tarascadas echa,
i le fatiga sin cesar i estrecha?

Una gran viga a siete varas de alto
empotrada está a dicha en la muralla.
Reináldos que la mira, i que ya falto
de todo otro recurso humano se halla,
juntando cuantas fuerzas pudo, un salto
desesperado da por alcanzalla.
Dos brazas se levanta de la tierra,
i con la diestra mano el leño afierra,

Luego sobre los brazos se alza en peso,
i a horcajadas en él quedó sentado.
Marabilloso fué, raro suceso;
pero es poco en verdad lo que ha ganado;
pues entre insuperables vallas preso,
en medio a cielo i tierra colocado,
fuerza es se rinda al hambre, a la molestia,
a la intemperie, o lidie con la bestia.

Ya la noche tendió su capa bruna,
i él, que no ve otro abrigo ni otra cama,
sobre la viga, al fresco de la luna,
se acomodó, como cuclillo en rama.
A sus piés está oyendo a la importuna
fiera, que sin cesar rezonga i brama,
i en esto por el aire un bulto mira
que ya se acerca i ya se le retira.

Echó luego de ver que era una dama,
i tardó poco en conocer quién era;
i tanto en ira el pecho se le inflama,
que duda si se arroje o nó a la fiera.
Ella de léjos tiernamente llama,
i le habla en dulce voz de esta manera:
«Mucho, señor, me pesa verte puesto
por causa mia en trance tan funesto.

«No ha sido mi intencion que de mal grado
el placer me otorgaras de tu vista,
sino con voluntad i con agrado;
que a fuerza un corazon no se conquista.
Imajínate, pues, lo que el estado
en que te llego a ver, duele i contrista
a quien el alma i vida, prenda cara,
por ti sin vacilar sacrificara.

«Cese la ingratitud, cese el desvío,
i no a ofensa me imputes el quererte.
Ven a mis brazos, ven, que yo confío
en salvamento i libertad ponerte.
¿Cuál humano favor, si no es el mio,
puede salvar tu vida de la muerte?
¿O a tanto llega tu desden tirano,
que aun la vida no quieres de mi mano?»

«¡Mujer! (le respondió ciego de enojo)
¿a qué venís aquí? No os he llamado:
ruégoos que me dejeis en paz; escojo
ántes morir que veros a mi lado.
Al punto mismo, si no os vais, me arrojo
a ser por esa bestia devorado.»
Ella, que tanto al inhumano adora,
que aun su desden la encanta i la enamora,

Dícele: «Voi, señor, a obedecerte,
que otra cosa, aun queriendo, no podria;
i si gusto llevaras en mi muerte,
la muerte con mis manos me daria.»
Terminado el coloquio de esta suerte,
desciende en la infernal caballería
la dama, i de los lomos de su diablo
salta a la arena del murado establo.

Tira al monstruo la pez; la red coloca.
Creyendo ser alguna golosina,
abre el animalon tamaña boca
para engullir la pasta peregrina,
que pega de tal modo cuanto toca,
i así lo traba, así lo conglutina,
que arte ni fuerza a separarlo basta:
tal era la virtud de aquella pasta.

Como se siente presas las quijadas,
el monstruo mas que nunca se enfurece,
i lánzase, tirando manotadas,
hacia donde la dama estar parece;
pero de bruces da en la red, i atadas
manos i piés, inmóvil permanece.
La dama, que a Reináldos cree seguro,
parte volando por el aire oscuro.

Pasa la noche; el nuevo sol despierta;
presa la fiera ve el de Montalbano;
i creyendo que Dios le abre la puerta
de salvacion, lijero salta al llano,
i a repetidos golpes de Frusberta
matarla intenta; pero suda en vano;
que a tajarle la piel no era bastante
el filo mas agudo i penetrante.

Ya que por este medio nada espera,
de otro modo pensó salir con ello:
montándose a horcajadas en la fiera,
los brazos le echa en firme nudo al cuello,
i apretóle las piernas de manera
que casi la ha privado del resuello:
como dos brasas se le ponen rojos,
i salen de las cuencas ambos ojos.

A la fiera el aliento se le apoca,
i tanto mas el caballero afana.
Apretando los dientes i la boca
colorado se puso como grana,
hasta que enteramente la sofoca,
i exhalar le hace el ánima villana,
que con ahullido horrísono se queja,
i en paz, por fin, a Rocatriste deja.

Reináldos, terminada la batalla,
busca por do salir al campo raso;
i cercado se ve de alta muralla,
ménos donde una reja impide el paso:
de gruesos hierros intrincada malla,
que ofrece aun a la luz camino escaso.
Reináldos pugna por echarla abajo;
pero pierde su tiempo i su trabajo.

A treparla arremete, mas de espesas
agudas puas erizada estaba.
La asalta con la espada; ni por esas.
En suma, el paladin se la tragaba
que el término era aquel de sus empresas,
si por algun milagro no escapaba.
Perplejo está ademas: el caso estima
desesperado. En esto ve la lima.

La lima que dejado adrede hábia
en aquel sitio Anjélica la bella.
Pensando que algun santo se la envía,
las densas barras va a probar con ella.
Lima que lima estuvo medio dia,
i poco a poco el duro hierro mella,
hasta que logra abrir capaz portillo,
por donde sale al patio del castillo.

La cosa por desgracia vió un jigante,
i echó a correr como un espiritado.
«¡Favor! favor!» gritaba aquel tunante.
El bando infame se presenta armado:
cuál una pica trae, cuál un montante,
cuál cimitarra i cuál baston ferrado.
Mas de unos treinta de esta buena jente
sobre Reináldos dan súbitamente.

Pero miles que fueran, buen despacho
de todos ellos el frances haria.
Jurando hacer añicos al gabacho,
viene un jayan, i añaden que tenia
como de un palmo o mas cada mostacho:
era el que a Montalban pescado habia.
Reináldos de un reves le abre la panza,
i a los demas sin detenerse avanza.

Envía por la posta al otro mundo
tres, cuatro, cinco, seis, una docena:
a cuantos llega el hierro furibundo,
taja, rebana, pincha, abre, barrena.
Los otros no aguardaron un segundo,
que escarmentaron en cabeza ajena.
Déjalos ir, i embiste a una estacada
que le defiende a lo interior la entrada.

No estima su victoria por completa,
si de aquella mansion de sangre i crímen
no escudriña la parte mas secreta,
donde imajina que cautivos jimen
seres humanos, que librar competa
de los follones que al país oprimen.
A demoler se pone la estacada
con el filo i el puño de la espada.

Pues el otro jayan que presumia
ver el toro a su salvo en talanquera,
i ve casi postrada a la porfía
de los tremendos golpes la barrera,
qué partido tomase, discurria.
De armarse al fin le dió la ventolera,
i no curó de lo que mas a cuento
le estaba, que era hacer su testamento.

Se le conoce en la fruncida ceja
que el importuno paladin le enoja.
Reinaldo a poco andar en paz le deja,
enderezando al corazon la hoja.
Oído el caso, la maldita vieja
desde el mas alto mirador se arroja;
pero no llega al baldosado suelo,
que Satanas le echó la garra al vuelo.

A ejecucion los malhechores saca
uno que de verdugo hace el oficio.
A los demas, humilde turba i flaca,
el caballero se mostró propicio;
i luego que la sed i el hambre aplaca
i las heridas unje, desperdicio
no quiere hacer del tiempo; sale al raso;
mas no toma la vuelta del ocaso,

Bien que de allá con poderoso encanto
le tire el siempre dulce patrio nido,
pero ¡cuán vivo en él su oprobio, i cuánto
mas penetrante sonará a su oído!
Piensa que Francia del comun quebranto
le pide cuenta i del honor perdido:
ve que en el templo i en la rejia sala
el dedo de la infamia le señala.

En la marina aguárdale la barca
que le condujo a tan aciago puerto;
pero esta vez Reináldos no se embarca,
ántes a pié, con paso i rumbo incierto,
cruza de Rocatriste la comarca,
desnudo i melancólico desierto.
Cabalga en tanto Astolfo, i en pesquisa
dél i Roldan distante suelo pisa.

De Paris, como os dije, despedido,
la milagrosa lanza lleva en cuja,
empedrado de joyas el vestido,
obra maestra de curiosa aguja.
En lo galan, lo airoso i lo pulido
ni moro ni frances le sobrepuja.
Las riendas rije del jentil Bayardo
el caballero insigne del leopardo.

I de una en otra vino a dar un dia
en no sé cuál provincia sarracena,
do Sacripante, rei de Circasía,
una revista jeneral ordena,
i al tártaro Agricano desafía
con muchedumbre innumerable, ajena
i propia; no en verdad estimulado
por la codicia o la razon de estado.

Solo el amor de Anjélica le incita;
i marcha a refrenar la torticera
soberbia de Agrican, que solicita
hacerla su mujer, quiera o no quiera;
i esta demanda a la princesa irrita
de modo tal, que a toda el Asia altera;
i en armas puesta, a su defensa llama
a cuantos capitanes hai de fama.

A Sacripante sobre todos ruega,
que la ama a par del alma i de la vida,
i tanta valerosa jente allega
que ni Agrican ni el mundo le intimida.
A la sazon el duque Astolfo llega;
i en viéndole el circaso le convida,
pagado asaz de su brïosa traza,
a que en servicio suyo siente plaza.
«Caballero, le dice, la soldada
que pidas te daré por tu persona.»
«Dame, responde Astolfo, si te agrada
que yo te sirva, el cetro i la corona;
porque quiero que sepas que con nada
ménos mi brazo i fe se galardona;
que estoi desde la cuna acostumbrado
a ser obedecido, no mandado.
«I para demostrarte claramente
que no soi, como piensas, ningun porro,
si, atado un abrazo, a ti i toda tu jente
no venzo luego i desbarato i corro,
estas armas que miras, reï potente,
quiero trocar por un mandil i un gorro;
i si hai entre vosotros quien se atreva
a dudar de mi dicho, haga la prueba.»
Volviéndose a los suyos el circaso,
luego que del ingles oyó el lenguaje,
«¿No es, dice, caballeros, fuerte caso
que un hombre, al parecer, de alto linaje,
tan rematado esté? ¿No hubiera acaso
para volverle el seso algun brevaje?»
«El es loco de atar, dicen, i poco
sacarás de meterte con un loco.»
Viendo que nadie le replica nada,
a gran galope Astolfo se retira.
Mucho su jentileza es ponderada.
Mucho al caballo el rei mira i remira,
i cuanto mas le observa mas le agrada,
i con mas fuerza la aficion le tira;
tanto que va tras él, lijero empeño
imajinando el desmontar al dueño.

Corriendo en tanto el duque a la ventura
con otro jóven caballero topa
de marcial continente i apostura.
Llevando al anca una mujer, galopa,
a quien, no siendo Anjélica, hermosura
no tiene igual ni el Asia ni la Europa.
Es Brandimarte el nombre que la fama
da al caballero, i Flordelis la dama.

O porque amor el pecho le heriria,
o por otra razon que no adivino,
en viéndole el ingles le desafía
parándosele en medio del camino:
«Alto ahí, caballero, le decia:
probarte con la lanza determino,
que es para otro que tú tan rica perla.
Prepárate a dejarla o defenderla.»

«Primero dejaré, dice el pagano,
no que una vida sola, una docena.
Pero si venzo yo, ¿qué es lo que gano?
que dama no la traes mala ni buena.
Hagamos la partida de antemano,
como es razon: si la fortuna ordena
que en esta lid mi lanza te trabuque,
es mio ese caballo.» Otorgó el duque.

La dama, del combate espectadora
i premio, con alegre confianza
desmonta, i como ha visto vencedora
en justas mil de su amador la lanza,
ni por asomos se le ocurre ahora
que a Brandimarte avenga malandanza;
i aun pienso que de ver la nueva presa
que el amor le ha rendido, no le pesa.

Tomaron, pues, del campo los barones
todo lo que juzgaron suficiente;
i a un mismo tiempo hincando los talones,
corrieron a encontrarse bravamente.
Chocan los dos fortísimos bridones
en medio del correr, frente con frente:
Bayardo por fortuna quedó sano;
pero cayó sin vida el del pagano.

El cual, como ordenó su adverso sino,
fué a rodar por la arena largo trecho,
i lamenta su mísero destino,
porque la lanza que perder le ha hecho
lo que adoró con el amor mas fino,
no le pasó de parte a parte el pecho,
quitándole la carga aborrecida
de una afrentosa i solitaria vida.
«Mas, ¿quién te impide, ¡oh triste! el postrimero
remedio?» despechado se pregunta.
Astolfo al ver que del luciente acero
aplica al pecho la desnuda punta,
en alta voz le dice: «Caballero,
deten la espada. A los que enlaza i junta
amor con mutua fe tan verdadera,
si desuniese yo, villano fuera.
«Vive por largos años, i a esa rara
belleza goza en paz: yo te la cedo.
Venciendo al que me da muestra tan clara
de ánimo jeneroso, pensar puedo,
sin que una prenda pierdas tú tan cara,
que honrado asaz i ganancioso quedo;
por amor fué i por fama el desafío;
tuya la dama sea, el lauro mio.»
Oyendo al duque hablar de esta manera
el que ya se contaba por difunto,
tales extremos hace, cual si hubiera
perdido la razon de todo punto.
Bien espresar su gratitud quisiera;
¿mas qué podrá decir en el asunto?
«Ya es doble, exclama, la vergüenza mia:
como en valor, venciste en cortesía.
«Ni deuda tanta sé cómo pagarte;
pues ofrecer mi espada es escusado,
aunque igualara a la del mismo Marte,
a quien de sí tan alta muestra ha dado.
Suplícote tan solo que dignarte
quieras de recibirme por criado,
i que a tus piés en homenaje lleve
la vida el que dos veces te la debe.»

Esto pasaba entre el caído andante
i el caballero del leopardo rojo,
cuando cata que llega Sacripante,
i al ver la dama se le alegra el ojo.
Entre ella i el caballo vacilante,
«¿Cuál de estas dos empresas, dice, escojo?
¿La dama o el corcel? Corcel i dama.
Pero primeramente amor me llama.

«Cualquiera que de vos, dice altanero,
esa bella mujer trajo consigo,
déjela ya, que para mí la quiero:
sepa, si nó, que se las há conmigo.»
«Es un felon, no un noble caballero,
i una horca merece por castigo,
responde Brandimarte, el que a caballo,
reta a quien se halla a pié, como yo me hallo.»

I vuelto al duque, «Préstame te ruego
por un momento tu corcel.»—«¡Malaño!
Aunque manso le ves como un borrego,
no sufre este animal jinete estraño,
responde Astolfo; cree que si lo niego
es porque solo yo con él me amaño.
Cuanto mas que el presente desafío,
si en ello caes, a par que tuyo, es mio.

«Déjame, por tu vida, en dos paletas
con este guapo enderezar la cosa.
El duelo, señor mio, a que nos retas,
será con una condicion forzosa:
que si vencido fueres, no te metas
en mas cuestion por esta dama hermosa,
i cedas tu caballo al camarada,
que no ha de aventurar todo por nada.

«I si yo salgo mal de la querella,
a dar las armas i el corcel me obligo,
pero la dama nó, que en cuanto a ella,
te debes entender con el amigo.»
«¡Gracias!, murmura el rei, benigna estrella,
la que andas hoi tan liberal conmigo.
¡A un mismo tiempo dama, arnes, caballo!
Lance mejor no pude imajinallo.»

Esto entre sí; i al duque por respuesta
riendo dice: «Está cerrado el trato.»
Dijérades, al verle, que iba a fiesta,
o en baile o zambra a divertirse un rato;
i si de algo le pesa es que le cuesta
la esperada ganancia tan barato;
que a vueltas del arnes, caballo i dama,
holgara de adquirir loor i fama.

Toman, pues, campo, enristran, espolean,
embisten, chocan con mortal fracaso:
entrambos caballeros bambolean;
pero algo mas le avino al rei circaso:
las piernas i rodillas le flaquean;
trabuca, rueda; i vuelve paso a paso,
harto mortificado i descontento,
sin su propio corcel al campamento.

«El pobre diablo, dice Astolfo, vino
a buscar lana, i vuelve trasquilado.»
El duque resolvió mudar destino
por ir de Brandimarte acompañado;
i un par de millas por aquel camino
escasamente hubieron cabalgado,
cuando la dama dice: «A lo que veo,
hemos llegado al puente del Leteo.

«Aquella agua que veis es encantada,
i al que la bebe la memoria quita.
En el puente una ninfa está apostada,
que ofrece de ella a todo el que transita;
i aquel de cuyos labios es probada,
desmemoriado prisionero, habita
en la verde ribera allende el rio,
rendido a un torpe amor el albedrío.

«I si alguno hace jestos a la copa,
i sin gustarla va a pasar el puente,
saliendo a una señal toda la tropa
allí cautiva (entre la cual hai jente
de lo mejor del Asia i de la Europa)
al pasajero asaltan juntamente,
i desigual a tan terrible prueba,
le hacen que a su pesar se rinda i beba.

«Encaminemos, pues, por otra via,
ya que el seguir por esta es devaneo.»
Pero cuanto la dama les decia,
era poner espuelas al deseo.
Astolfo protestaba que tenia
de ver aquel encanto del Leteo;
i el pagano baron no le va en zaga.
Llegan al puente, i cátate la maga.

Con blanda voz i cara zalamera,
haciendo al duque humilde acatamiento,
rogóle que templar la sed quisiera
en el fresco licor sin cumplimiento.
«¡Bruja!, responde Astolfo, ¡embelequera!
Ya sabemos acá cómo anda el cuento.
A los cautivos abrirás la puerta
en este mismo instante, o eres muerta.»

La ninfa, que esto escucha, prestamente
dejó caer la enhechizada taza,
i todo al punto vióse arder el puente,
i hundirse estremeciéndose amenaza.
Astolfo casi casi se arrepiente;
que de pasar el rio no ve traza.
Dos segundos estuvo o tres perplejo;
al fin tomó de su valor consejo.

I como el compañero por su parte
tambien porfía en que el jardin se invada,
i la dama no sabe con cuál arte
de tan loco designio los disuada
(la dama, es a saber, de Brandimarte,
que tanto como bella era avisada),
«Otro sendero, dice, oculto i breve
mostraros puedo, que al jardin os lleve.»

Siguen ellos los pasos de la guia,
i atravesando el río del Olvido
por cierto puentecillo que tenia
Flordelis bien probado i bien sabido,
llegaron a una puerta que se abria
a la fatal estancia, do escondido
vive tanto galan aventurero
olvidado de sí i del mundo entero.

La puerta derribando, ven el huerto
do en gustosa prision está el de Anglante,
i el caballero del leon, Uberto,
i con Grifon el jóven Aquilante;
Clarion, que en el líbico desierto
venció animoso a un gran dragon volante;
Adrian de Creta, i Antifor moldavo,
i el rei Balan, entre los bravos bravo.

Pues al entrar los tres, tal chamusquina
se arma, tal confusion, tanta algazara
de caja, de tambor, trompa i bocina,
cual con dificultad se imajinara.
Señora de estos campos Dragontina,
ordena a sus cautivos que hagan cara,
i a los intrusos caballeros traten
de aprisionar, o, en todo caso, maten.

En la mañana de este propio dia,
gustado aquel licor que el juicio altera,
el conde don Roldan llegado habia,
rendido amante ya de la hechicera.
Con la loriga a cuestas todavía,
paciendo Brilladoro en la pradera,
andaba el buen señor entretenido,
cuando oyó el fiero estruendo i apellido.

I la hada a sus piés llorosa mira,
que humilde dice: «Tu favor imploro.»
Súbitamente el conde, que suspira
de amor por ella, i ve tan tierno lloro,
desnuda a Durindana, ardiendo en ira,
i monta de un gran salto a Brilladoro:
vivas centellas por los ojos vierte,
anunciadoras de venganza i muerte.

Amaba el conde Orlando a Dragontina;
¿quién vió jamas tan raro desvarío?
Encierra la bebida peregrina
de la májica taza un poderío
que con mojar el labio, no ya inclina,
sino fuerza i arrastra a el albedrio,
aun al que en otro amor cautivo se halla,
i a sola Dragontina lo avasalla.

Embravecido el conde Orlando parte
hacia el lugar en que el tumulto suena,
i en que, miéntras arroja Brandimarte
a Uberto del leon sobre la arena,
al rei Balan enseña Astolfo el arte
de bajar por las ancas, i se llena
de grande marabilla a la llegada
de Orlando, a quien conoce por la espada.

«¡Orlando amado!, el duque le decia,
¡corona i flor de todo esfuerzo humano!
¿quién así te turbó la fantasía?
Paréceme que estás calamocano.
Astolfo, Astolfo soi, por vida mia:
¿qué no conoces a tu primo hermano?»
De parentescos no se cura el conde,
i a puras cuchilladas le responde.

Gracias a la ocurrencia de Bayardo,
que era en lances de guerra tan esperto;
si nó, no estrena el duque otro leopardo;
que al primer tajo allí quedaba muerto.
Disparando el corcel como un petardo
el muro salva del hadado huerto,
como quien sabe bien que no se gana
gran cosa en argüir con Durindana.

Bien pudo el duque allí emplear la lanza;
pero lo que ella vale él mismo ignora;
i aunque cayese Orlando, su pujanza
le quedaba i su espada cortadora:
luego, no sé por qué la confianza
que Astolfo tuvo en sí le mengua ahora;
i luego, el contendor su primo era,
i de verle caido se doliera.

Orlando por el puente sale al raso,
pensando al duque Astolfo dar un tiento;
mas aunque Brillador fuera el Pegaso,
quedara este pensar en pensamiento,
porque Bayardo corre, i lleva un paso...
Pero por Dios que ya me falta aliento
para mas cabalgar: tiro la rienda,
i suspendo un instante la leyenda.

CANTO X.

AGRICAN

Pensando en la virtud marabillosa
de esta agua del olvido he estadó un rato,
i acá me la comparo a cierta cosa
que llamar suele el vulgo iliterato
gracia, donaire, estrella venturosa,
metafóricamente garabato,
a que no hai prenda que en el mundo iguale,
pues que por todas juntas ésta vale.

No hai honra ni favor que no consiga
el que con esta prenda solicite,
miéntras sin ella la virtud mendiga,
i no se estima el mérito un ardite.
De perlas es lo que un petate diga,
como con este almíbar le confite;
i ¿qué es sin ella el sabio? un estafermo,
nacido para el claustro o para el yermo.

Esta gracia es la copa que contiene
el brevaje que a todos enamora.
¡Oh bienaventurado el que la tiene!
Bien puede hacerse cuenta que atesora
lo que mas acá abajo le conviene,
pues como universal reina i señora
domina voluntades i opiniones
a pesar de Epictetos i Catones.

El no dejar que pase por el puente
quien el licor no bebe de la taza,
quiere decir la tema de la jente,
que al que sin artificio ni añagaza
medrar presume, no se lo consiente
en ninguna manera; que en la plaza
del mundo es disparate i desatino
la razon, i la alquimia es oro fino.

I aquel total olvido significa
la veleidad, que humanas leyes quiebra,
i en lo vedado solamente pica,
i lo que ve flamante, eso celebra.
Lo demas, lector mio, ello se esplica.
Cumple ahora anudar la rota hebra
de mi discurso; i vuelvo al punto donde
en pos de Astolfo iba corriendo el conde.

Mas cánsase sin fruto, que Bayardo
echando treinta millas va por hora.
Corria i mas corria el del leopardo,
llevando siempre el rostro hacia la aurora.
Figúrase el mal rato que el gallardo
Brandimarte estará pasando ahora,
i dejar en aquel tan inminente
riesgo al amigo, en gran manera siente.

Pero no gusta de tener camorra
con aquella terrible Durindana,
que zumbándole está, por mas que corra,
en los oídos, aunque asaz lejana.
Tampoco Orlando el aguijar ahorra;
mas con Astolfo su fatiga es vana.
Dándole a Satanas, la grupa vuelve
i al májico jardin tornar resuelve;

Donde no cesa aun la zurribanda,
pues Brandimarte arroja de la silla
a Aquilante i Grifon; i al suelo manda
a Clarion, hundida una costilla.
Pero asaltado de una i otra banda,
resistir largo tiempo a la cuadrilla
difícil es, por mas que sude i bregue;
pues ¿qué será cuando el de Anglante llegue?

Flordelis, la discreta dama i bella
que con el jóven Brandimarte vino,
el insistir en la demanda aquella
tiene por un solemne desatino.
Por entre los corceles atropella;
i levantando el brazo alabastrino,
con lagrimosa súplica intercede
para que la cuestion suspensa quede.

Ruega a su amante que la taza admita
i el perder la memoria no le pese,
que ella a sacarle de tamaña cuita
sin duda tornará, si bien supiese
a manos perecer de la maldita
encantadora. Aquesto dicho, fuese;
i atravesando un matorral sombrío,
pasa otra vez el hechizado rio.

La desigual batalla fenecida,
a Brandimarte de la mano lleva
la cautelosa maga, i le convida
con el licor; el caballero prueba,
i cuanto supo en el momento olvida:
nuevo ser, nueva vida, llama nueva
abriga, i se disipa por el viento
del dulce amor primero el pensamiento.

¡Estupendo licor, que encalabrina
la mente de tal modo i la trasporta!
Aquel amor tan acendrado i fino,
aquella Flordelis, nada le importa:
no valen a sus ojos un comino
la gloria i el honor; el alma absorta
en Dragontina, la beldad amada,
es todo para él, i el resto, nada.

Llega en esto anhelante i presuroso
Orlando, i a los piés de Dragontina
arrodillado en acto vergonzoso,
hasta la tierra la cabeza inclina,
rogando le perdone si dichoso
no fué bastante para darle dina
satisfaccion del bárbaro enemigo
que con la fuga redimió el castigo.

El cual, aun no cobrado del asombro,
(pues se figura que le sigue Orlando),
sin tino, sobre cerca i sobre escombro
salta, i a su corcel espoleando
corre, la barba siempre sobre el hombro;
i dejara el correr Dios sabe cuándo,
si no llegase adonde un anchuroso
campo ejército alberga numeroso.

La ocasion preguntó de lo que via,
i un heraldo le dice: «La bandera
del potente Agrican de Tartaría
es aquella negrísima primera,
que en perlas i oro i varia pedrería
por una i otra parte reverbera,
i tiene por divisa la figura
de un lozano bridon de plata pura.

«Aquella azul del cándido elefante,
es del rei de Mongolia, Sartinero,
i la del oso negro en el flotante
hielo es la bien conocida del guerrero
Radamanto, ridículo jigante,
i no ménos que estúpido, altanero,
que habitador de la hiperbórea zona
la nacion mosca rije i la lapona.

«El estandarte verde a lunas de oro
es del señor de Hircania, Poliferno,
que potente en estados i en tesoro,
tiene de rudas tribus el gobierno,
a quien sigue el valiente Lurcanoro,
que en desnuda rejion de hielo eterno
rije a una raza audaz que el mar frecuenta
i en leve esquife arrostra la tormenta.

«Mas allá Santaría, rei de Suecia,
i como media milla mas distante
acampa el corpulento, que se precia
de mentidas proezas, ruso Argante.
La jentuza cosaca, que desprecia
cerrados muros por vivir errante
en movedizas tiendas, luego aloja,
enarbolando aquella enseña roja,

«I tiene por divisa un arco i flecha,
i por su jefe al bárbaro Brontino,
a quien, tomando un poco a la derecha,
el godo Pendragon está vecino.
Estas naciones, de las cuales hecha
te dejo relacion, van en camino
con el kan de Tartaria, que da leyes
a todas, i se llama rei de reyes.
«El cual a Galafron hace la guerra,
que es del Catai emperador anciano;
i jura exterminarle de la tierra
si no le da de Anjélica la mano,
su hija; i si la voz comun no yerra,
hermosa sin igual; mas el liviano
capricho suyo i loca lijereza
dicen que aun sobrepuja a su belleza.
«Al tártaro detesta i aborrece,
que es capaz, por su amor, de dar la vida,
i señora del Asia hacerla ofrece;
miéntras por un pelon anda perdida
que descalzar a esotro no merece,
i de su amor ni su beldad se cuida:
con ella los consejos del anciano,
las lágrimas, los ruegos, todo es vano.
«Galafron, de quien hoi ha recibido
una embajada el kan de Tartaria,
le protesta que parte no ha tenido
en la desatentada rebeldía
de la jóven princesa, que se ha ido
del hogar patrio, i doblemente impía
contra su padre i rei, desde la Albraca
los pueblos le revuelve i le sonsaca.
«Así que, reputando insuficiente
el desdeñado rei todo otro medio,
mete a saco la tierra, i con injente
fuerza a la Albraca va a poner asedio.
Ello es que la princesa inobediente
ha de aceptar el novio sin remedio;
i lo que hará mañana, aunque no quiera,
querer hacerlo ahora, cuerdo fuera.»

El duque Astolfo, que el motivo sabe
de la inminente lucha estrepitosa,
i ve en conflicto tan dudoso i grave
a una mujer que un rei soberbio acosa,
ayudarle resuelve en cuanto cabe,
i hasta entrar en la Albraca no reposa,
do llegado, con grande regocijo
abrazándole Anjélica le dijo:

«Tan bien venido seas, caro amigo,
como eras deseado ansiosamente.
¡Así mirara yo llegar contigo
al paladin Reináldos, tu pariente;
i siquiera trajese el enemigo
cuatro veces mas armas i mas jente!
que de sus amenazas, a fe mia,
poquísimo cuidado me daria.»

«Que sea, dice Astolfo, un extremado
caballero mi primo, te concedo;
mas tú tambien confesarás de grado
que en eso del valor yo no le cedo.
Ya nos habemos él i yo probado,
i sin jactancia asegurarte puedo
que, si no le tocó peor destino,
al yelmo se lo debe de Mambrino.

«Ni que el valor de Orlando exceda al mio
estimes tú, por cuanto el mundo diga;
pues con el cuerpo hadado, di, ¿qué brio,
qué gracia es que triunfos mil consiga?
Encántame la piel, i yo te fio
que por el diablo no daré una higa;
mas aun así, princesa soberana,
harto le hice sudar la otra mañana.»

Ella, que ya conoce aquel cerbelo,
charlar le deja a su sabor un rato,
si bien le pesa oír que bajo el cielo
se iguale nadie a su adorado ingrato,
i el ponerse con él en paralelo
Astolfo, le parece desacato;
que en la corte de Cárlos bien sabida
tuvo de todos ellos la medida.

Aloja en lo mas alto de la Roca
con grande honor el duque i gran contento.
Otro dia un tambor al arma toca,
i de marcial clamor se llena el viento.
La palabra echa apénas de la boca
segun lo que jadea polvoriento,
un corredor que aproximarse avisa
el tártaro Agricano a toda prisa.

Toda la guarnicion las armas pide,
que es de tres mil o poco mas guerreros;
i júntanse a consejo, que preside
el animoso ingles, los caballeros,
donde concordemente se decide
los puños apretar i los aceros,
i en ninguna manera dar oídos
a capitulaciones ni a partidos;

Que estando, como estaba, proveída
la Roca de forraje i vitüalla,
i de tres mil guerreros guarnecida,
fuérales mal contado abandonalla.
«Yo no he de estarme aquí toda la vida;
dejadme, Astolfo dice, ir a batalla.
Daréle a ese Agrican en la cabeza,
si Dios me ayuda, un golpe que le escueza.»

Astolfo sale en aire de amenaza,
cosas diciendo horribles i estupendas;
la lanza enristra i el escudo embraza,
i al brïoso corcel soltó las riendas.
Estaban los contornos de la plaza
de jentes enjambrados i de tiendas:
no en la selva mas hojas aura leve,
que allí pendones i penachos, mueve.

Miles manda Agrican diez veces ciento
(escríbelo, Turpin; no es paparrucha),
i Astolfo rie de todo este armamento,
i hace reír a todo el que le escucha.
Mas el que mucho parla, mucho viento
(dice el proverbio), i poco pan embucha;
i otro antiguo refran, si bien me acuerdo,
dice que el loco por la pena es cuerdo.

Descabalgado Astolfo fué aquel dia,
i aprendió discrecion para adelante.
A toda charla el duque se venia:
«Salga ese Poliferno i ese Argante
(diciendo) i Lurcanoro i Santaría
i Radamanto, ese feroz jigante;
pero salga Agrican primeramente,
i, si tiene valor, hágase al frente.»
Viendo venir un solo caballero,
creen que para rendirle otro es bastante.
Con desdeñoso jesto i altanero
toma esta empresa a cargo suyo Argante;
que, estólido ademas, feroz, grosero,
tiene casi estatura de jigante,
la nariz chata, ensangrentado el ojo,
vedijuda la cara, el pelo rojo.
Con el ingles cerró soberbiamente,
i es derribado por la lanza de oro.
Atónita quedó toda la jente.
Cayó tambien el bravo Lurcanoro;
cayó Brontino. Entónces insolente
estalla el populacho, i se alza un coro
diabólico gritando: «¡Rayo! fuego!
¡muera el perro cristiano! muera luego!»
De la otra parte intrépido i seguro,
a toda aquella chusma Astolfo espera;
no mas incontrastable en tierra un muro,
en la mar un escollo pareciera.
Roba al cielo la luz el polvo oscuro
que con los piés la turba vocinglera,
arremetiendo al paladin, levanta.
Radamanto a los otros se adelanta,
I le pisa las huellas Sartinero,
con Agricano i Pendragon, rei godo.
Fué Radamanto, al embestir, primero,
i embistió del mejor posible modo;
ni el ser jigante le valió un dinero,
que fué rodando con caballo i todo.
Pero miéntras que Astolfo en él se ocupa,
le viene Sartinero por la grupa.

Sin el menor escrúpulo el villano
le da un golpe terrible tras la oreja,
i al mismo tiempo el tártaro Agricano
otro golpe le da sobre una ceja.
En esto viene Pendragon tirano,
i la cuestion finalizada deja
otro tercero dándole en el pecho,
que del caballo le arrojó gran trecho.

Bañado en sangre el paladin desciende,
dando de aliento i vida muestra escasa;
i miéntras ni el cuitado se defiende,
ni se mueve, ni sabe qué le pasa,
desmonta Pendragon, le agarra i prende,
i prisionero se le lleva a casa.
Mas con mejor aviso obró Agricano:
dejando al duque, echó al corcel la mano.

No sé decir si porque su primero
dueño le falta, o porque hallarse entienda
en extraña rejion, solo i señero,
sufre Bayardo que Agrican le prenda:
lo cierto es que, cual tímido cordero,
consiente que le lleven de la rienda,
quedando el rei en gran manera ufano
al verse dueño del bridon lozano.

Sin armadura Astolfo i sin sentido
es al real de Pendragon llevado,
donde manda Agrican que socorrido
al punto sea, i cual merece, honrado.
En extremo le pesa que haya sido
fea i villanamente derribado,
i que, bastando con su lanza, hubiera
otra que en esta lid se entrometiera.

Mas estorbarlo el noble rei no pudo:
tan grande el torbellino bullanguero
del populacho fué salvaje i rudo
que en torno se agolpó del caballero.
Sangriento el duque i lívido i desnudo,
i difunto mas bien que prisionero,
sin arnes i corcel i espada i lanza,
ni aun a sentir su desventura alcanza.

Pues preso Astolfo, i el corcel perdido,
i el rico arnes i bella lanza hadada,
guerrero no quedó tan atrevido
que saliese de Albraca en algarada.
La vista tienden sobre el ancho ejido,
la puente levadiza levantada:
todo está en órden tal, que a las almenas
pudiera un ave remontarse apénas.
En tanto el circasiano Sacripante
su poderosa hueste al campo saca.
de la princesa del Catai amante,
vuela animoso a defender la Albraca;
asaltar piensa al tártaro arrogante
entre el silencio de la noche opaca,
i con los siete reyes que acaudilla
está ya de la plaza a media milla.
Es el primero un príncipe cristiano
(bien que la fe su pura luz esconda),
de la Alta Armenia el jóven rei Varano,
que manda diestra jente a espada i honda;
Brunaldo se le sigue, que entrecano
tiene el cabello, i reina en Trapisonda;
i Torindo, detras, la de Turquía,
i la de Media Savaronio guía.
Tras éste marcha Unano, rei bitino,
de gran cabeza, aunque de cuerpo chico,
i Burdacon, jigante damasquino,
de averrugada cara i luengo hocico,
i el rei de Babilonia, Trufaldino,
patiestevado, feo como un mico,
de torcido mirar, falso, bellaco,
cobarde insigne, i mas ladron que Caco.
De cinco o seis centenas de millares
era todo el poder de Circasía;
i a la hora en que llaman los cantares
del gallo velador al nuevo dia,
avistaba los altos valladares
de la empinada Albraca, i se venia
con ordenada marcha i sordo paso
sobre el tártaro ejército el circaso.

Sus jentes en silencio trae Varano.
Suya la acometida fué primera.
Orden les da que sienten bien la mano;
a nadie cojan, todo el mundo muera.
Cayeron sobre el campo de Agricano,
como de lobos tropa carnicera
sobre indefensa grei: espesa nube
de polvo vuela: el grito al cielo sube.

Los ayes de la jente, que del blando
sueño pasa en un punto a muerte horrenda,
i el espantoso estrépito, volando
de fila en fila van, de tienda en tienda.
Uno las armas arrebata, cuando
otro a los piés turbado se encomienda;
cuál va acá, cuál va allá, cuál se está quedo;
vénse a un tiempo ira, horror, coraje, miedo.

¡Quién de la arremetida carnicera,
quién de tantas heridas, golpes, tiros,
una décima parte aquí supiera,
o solo una milésima deciros!
¡Quién de las varias muertes la manera
entre la parda sombra, referiros,
tanto cadáver trunco, i tanta cota
acribillada, i tanta lanza rota!

De armenios está henchido el campamento;
i bajo el filo de enemiga espada
los tártaros perecen ciento a ciento,
sin que el pedir cuartel sirva de nada.
Con dolorido dísono lamento
huye la pobre jente desbandada;
i en esto llega el rei de Trapisonda
esparciendo terror a la redonda.

Si ántes era tan grande la matanza,
llegando estotro ahora ¿cuál sería?
Alfanje, hacha, segur, espada, lanza,
hacen a cuál mayor carnicería;
ni de salud la fuga da esperanza:
todo cerrado está; que al mediodía
carga el turco Torindo hecho un demonio,
al este Unano, al norte Savaronio.

Con los otros dos reyes el circaso,
aunque la sangre de furor le hierva,
para atender a lo que pida el caso,
queda formando un cuerpo de reserva.
Agrican, que atajarles quiere el paso,
acá i allá, do mas reñida observa
i revuelta la lid, i en mas aprieto
los suyos juzga estar, va i viene inquieto.
Bien era de Agrican casi doblada
la jente; mas el no pensado asalto
(que el número en la guerra es poco o nada
si de consejo i disciplina falto)
atónita la tiene i azorada;
nadie obedece; todos hablan alto:
es una Babilonia el campamento:
por un golpe que dan reciben ciento.
En voz alta Agrican i amenazante
a cada jefe por su nombre llama:
«¡Poliferno! gritó, ¡Brontino! Argante!
¿así volveis, traidores, por mi fama?
¿Qué aguarda Radamanto, ese jigante?
Apuesto a que el bribon se está en la cama.
De usar es tiempo ahora el brazo fuerte.
Barones ¡a la lid! venganza o muerte!»
Miéntras ellos le siguen, él, blandiendo
su lanzon, en Bayardo se adelanta;
las huestes va con el caballo abriendo;
los unos postra, a los demas espanta;
a Varano da un bote tan tremendo,
que el escudo i el peto le quebranta;
hiende, cercena, despedaza, hunde,
i a los suyos su ejemplo aliento infunde.
Brunaldo del caballo es derribado
por Poliferno; el corpulento Argante
a Savaronio le pinchó un costado;
i Radamanto, viendo a Unan delante,
de sangre al suelo lo arrojó bañado.
Ello es que teme casi Sacripante
desbaratada ver toda su jente,
si no la acorre él mismo prontamente.

Por donde mas trabado vió el combate,
metió el corcel i enderezó la lanza.
A Poliferno, rei de Hircania, abate,
i al godo Pendragon punzó la panza.
Hincando a su caballo el acicate
Argante, receloso de igual chanza,
bonitamente a otro lugar se muda.
La espada Sacripante alzó desnuda;
I cual suele a la grama en la pradera
bramando en rauda ráfaga el solano,
tal Sacripante hilera sobre hilera
postra, i cubierto dellas deja el llano.
Entónces sí que fué el huir de veras
delante del sañudo circasiano:
despavoridos van por monte i valle
los tártaros, abriéndole ancha calle.
Agrican, que a este tiempo, entretenido
en paraje se hallaba algo remoto,
vió (pues ya el sol rayaba en el ejido)
su pueblo acá i allá disperso i roto;
torva la vista, el rostro escandecido,
corre adonde es mayor el alboroto;
amigos i enemigos atropella;
cuanto topa derriba, allana, huella.
Cual se ve en la estacion de hibierno ingrata
bajar de un alto monte hinchado un rio,
que árboles, setos, chozas arrebata,
lo culto asemejando a lo baldío,
tal Agrican las huestes desbarata...
Pero una bella hazaña al canto mio
se ofrece, i renovar las cuerdas debo
de mi laud para el asunto nuevo.

CANTO XI.

SACRIPANTE

Sus dones la Fortuna, númen ciego,
aquí rehusa avara, allá acumula,
i lo mismo que da nos quita luego,
i en la inconstancia su placer vincula:
bellos son a la vista, no lo niego;
mas, bajo la corteza que simula
regalado sabor, dorada i roja,
encierran amargura, afan, congoja.
¿Tiene alguno riquezas i dinero?
Veréisle andar de puerta en puerta un dia.
¿Aquél es fuerte, es ájil i lijero?
Un accidente al hospital le envía.
¿Esotro es un valiente caballero?
Viene una bala; adios la valentía.
¿Hoi la corte a un privado reverencia?
Mañana va a la cárcel su excelencia.
I si a la cárcel nó, por gran ventura
irá de embajador a los Batuecos;
o, si la corte i la privanza dura,
¿darán insustanciales embelecos
un solo instante de placer i holgura,
o del aplauso adormirán los ecos,
al que sobre su cuello ve colgada
de un hilo débil cortadora espada?

¡Menguada dicha, que a las almas roba
la dulce paz, i nunca está segura!
Pero lo que la turba necia i boba
admira mas i envidia, es la hermosura.
Ved cuál se extásia un hombre i cuál se arroba
ante una dama: ruega, insta, conjura,
compónela sonetos, la regala,
se pinta, se perfuma, se acicala.

Mas un competidor le viene ahora,
i dos, i tres, i cuatro. ¡Pobre dama!
Cada cual le protesta que la adora,
i que ha de ser amado porque la ama.
No puede hacerse piezas la señora:
uno es favorecido; otro la llama
falsa; otro ingrata; esotro se amohina,
i busca a toda costa su ruina.

Hétela triste, mísera, llorosa,
acusando al destino, que en aquella
rara beldad la mas funesta cosa
que dar pudo a mujer, le ha dado a ella.
La loca de Agrican tema amorosa,
llora así la sin par princesa bella;
de Agrican, que ha jurado, si no es suya,
que a ella, al padre i al Catai destruya.

Por esa tema inunda en sangre i llanto
al Asia, i trae la tierra alborotada,
pagando el pobre pueblo todo cuanto
delira una cabeza coronada.
Así lo manda Dios, i es justo i santo;
pero toco una tecla delicada.
El bravo kan, como tendreis presente,
iba en acorro a su vencida jente.

Semeja en su venida repentina
vendaval que las anclas desafierra,
las naves barre i hunde i descamina,
i descarga despues sobre la tierra,
i de vasta terrífica ruina
cubre los hondos valles i la sierra:
huyen los temerosos labradores
por el campo, i ganados, i pastores.

De amigos i enemigos igual caso
hace, como ántes dije, el rei protervo:
¡desgraciado de aquel que encuentra al paso!
«Yo a Sacripante solo me reservo,»
corriendo a toda prisa hacia el circaso
clama; i a vista del estrago acerbo
que derrotada sufre la infelice
tártara plebe, en alta voz les dice:
«De mi vista os quitad, canalla infame,
que servis de afrentarme solamente;
ninguno de vosotros rei me llame,
que rei no soi de tan cobarde jente;
no por mí tan vil sangre se derrame;
yo solo a los contrarios haré frente,
que de este modo alcanzaré victoria
con ménos afan mio i con mas gloria.»
Luego al circaso dice, hirviendo en ira:
«Toma ya campo tú, que eres tan fiero.»
Sacripante, volviéndose, le mira
con alegre semblante i altanero;
i a la beldad por quien de amor suspira
envía prestamente un mensajero
rogándole que salga a la muralla,
i así le doble el brio en la batalla.
Sale la damisela sobre el muro
i al amante una fina espada envía
con que mas bravo lidie i mas seguro:
¡qué entrañas esto al otro pobre haria!
Sonríe empero i dice: «No me curo,
que al fin la tal espada será mia,
i su dueño, i la Roca, i esa ingrata,
que con desden tan áspero me trata.»
Dijo; i la espada prontamente vuelta,
toma campo bastante, i enristrado
el lanzon poderoso, da la vuelta,
miéntras que Sacripante por su lado
toma campo a la par, i a rienda suelta,
enristrando tambien, revuelve airado.
Todos en esta lid clavan la vista;
nada se mueve en torno; nadie chista.

Aunque las lanzas en el choque horrendo
se oyeron estallar, i las rodillas
hincaron los corceles, oprimiendo
quedan los combatientes ambas sillas.
El ancho valle repitió el estruendo,
i vuelan hasta el cielo las astillas.
Sacan entónces las templadas hojas,
ambas de sangre hasta los pomos rojas.

Todo sobre un fendiente se abandona
Sacripante, de cólera abrasado,
i al tártaro hace trizas la corona;
el yelmo nó, que el yelmo era encantado.
Mas Agrican le llega a la persona
abriéndole una grieta en el costado,
i de cálida grana hebra flamante
corre por la coraza rutilante.

No tan denso el pedrisco menudea,
ni baja tan espesa la nevada,
como era en esta horrífica pelea
el martillar de la una i la otra espada.
No hai pieza en el arnes que sana sea;
no hai carne que no duela magullada;
salta la malla en leves piezas rota,
i rojo humor de cuando en cuando brota.

Bien es que lo peor lleva el circaso,
a quien del pecho mucha sangre mana;
pero el vigor restaura al cuerpo laso
mirando aquella efijie soberana
de jentileza i de beldad; i acaso
es mas de lo que pierde lo que gana:
lidiar, morir por ella, hado felice
estima; i de este modo entre sí dice:

«Por la beldad que en lo alto de aquel muro
me está mirando, venturoso muero.
¡Pudiera al ménos expirar seguro
de que dijese, al ver mi fin postrero:
mezquino pago he dado, inicuo i duro,
a fe tan fina, a amor tan verdadero!
Si esto decir te oyese, vida mia,
dulcísima la muerte me sería.»

I sobre esto la ira se le avoca,
el jeneroso espíritu, el coraje;
haber no cree, si el nombre amado invoca,
pujanza que a la suya se aventaje;
a su rival siniestramente toca,
i al fin le fuerza a que la cresta baje;
mas el brazo flaquea, i el acero
no esgrime ya con el vigor primero.

Los barones que parias le tributan
i atónitos contemplan la refriega,
abandonarle deslealtad reputan
cuando le ven que al paso extremo llega.
Torindo, sobre cuantos lo disputan,
alza la voz i estarse ocioso niega:
cuanto el peligro crece, ménos duda
salir a darle prontamente ayuda.

«Señores, dice, mal contado os fuera
dejar que un noble arrojo así le lleve
a perecer, pudiendo, si quisiera,
contrastar vuestro esfuerzo al hado aleve;
i tú ¿consientes que a tu vista muera
tu rei, tu salvador, villana plebe?
Dispersábaste ya despavorida,
i él te restituyó la honra i la vida.»

Así diciendo, a la enemiga jente
arremetió Torindo valeroso,
i echó por tierra cuanto halló presente
con el lanzon robusto i poderoso;
sacó luego el acero reluciente,
i matando lo vuelve sanguinoso:
de sangre se ha bañado hasta la gola:
nueva comienza, horrenda batahola.

Pues cada cual, sea siro, sea circaso,
o sea de Trapisonda o de Turquía,
o de los otros que en silencio paso,
que a todos mencionar largo sería,
el campo deja de enemigos raso;
miéntras el falso Trufaldin, que guía
a los de Babilonia i de la Meca,
su jente opone a la mongola i sueca.

Aunque no un Alejandro Macedonio,
segun se ha declarado i se declara,
manda una gruesa hueste el babilonio,
i doquiera que aporta, una algazara,
una gresca levanta aquel demonio,
que aun al mismo Agrican suspende i pára.
«Tu jente, dice el campeon contrario,
ha cometido un yerro temerario.

«Pero por ella toda a ti condeno,
i me la pagarás temprano o tarde.»
Hablando así partió de furia lleno,
sin decir al circaso *Dios te guarde.*
Malo está el uno, el otro no está bueno,
i entrambos de valor hacen alarde:
cada cual, por su parte, rompe, mata,
i lejiones enteras desbarata.

Ya de la jente babilona i sira
las filas Agrican postreras tala,
i a Trufaldin, que cauto se retira,
sigue con intencion dañada i mala.
Trufaldin, recordando que la ira
es pecado mortal, i que la gala
del nadador es no mojar la ropa,
pica el rocin i a la ciudad galopa.

Corre Agrican tambien hacia la Albraca,
i cuando ya le alcanza i le acuchilla,
una el belitre le jugó bellaca,
que boca abajo se le echó en la silla.
«Yo, dice, como ves, cabalgo un haca,
i tú un corcel que es una marabilla:
echa el pié a tierra tú, como yo lo echo,
i verás si soi hombre de provecho.»

El tártaro la cólera contiene.
«Que me place,» respóndele, i se apea.
Dando el caballo a un paje, le previene
que se lo tenga allí miéntras pelea.
Trufaldin, que esto ve, no se detiene:
vuelve al punto la grupa i espolea.
El burlado Agrican de enojo bufa,
i riendo el bribon se las afufa.

De nuevo se trastorna la batalla.
A exhortaciones, súplicas i ultrajes
sorda la circasiana jentüalla,
huye dejando alforjas i bagajes.
A tierra van corazas, yelmos, malla:
tiraban con los arcos los carcajes:
armenio i turco i trapisondo i medo
apelan a los piés, llenos de miedo.
Huyendo dan con la profunda cava
que a la ciudad estaba en torno abierta,
i la esperanza allí se les acaba
que no hai pasar por puente ni por puerta.
Anjélica infeliz se desgreñaba
viendo su jente así acosada i muerta.
La puerta manda abrir, calar el puente,
que salvarse ella sola no consiente.
De adentro puerta i puente han allanado,
i a entrar la turba en gran tropel se aboca.
Envuelto en ella el rei circaso ha entrado,
i síguele Agrican con rabia loca;
mas calan el rastrillo, i encerrado
queda entre las murallas i la roca,
i trescientos con él de espada i lanza,
que hacen en los sitiados gran matanza.
Con Sacripante el jiganton Burdaco,
que era emir de Damasco, entrado habia.
Hecho una cuba acércase el bellaco,
i al tártaro Agricano desafía.
De lado embiste, i dice, echando un taco:
«Desventurado rei, llegó tu dia.»
Oyéndole Agrican al punto pára,
da media vuelta, i al jayan se encara.
Manejaba una porra el damasquino
con cierto regaton de plomo al cabo
que pesaba un quintal, como un comino;
i esgrímela a dos manos contra el bravo
tártaro, que la encuentra en el camino
con la espada, i la parte, como un nabo,
por la mitad. «Veamos, le decia,
si llegó el tuyo o si llegó mi dia.»

I dicho así, le tira un gran fendiente
que medio a medio el morrion le taja,
i medio a medio le partió la frente,
i hasta la barba, i hasta el pecho baja.
Del vasto cuerpo el ánima doliente
con mal formada voz se desencaja;
i de sesos i vino i sangre inmunda,
mas de una tonelada el campo inunda.

Ciego Agrican i falto de sentido,
se enfrasca mas i mas en la reyerta.
¡Oh, si al majin le hubiese allí venido
dar dos pasos atras i abrir la puerta!
Quedaba aquel negocio concluido,
i tu hija, Galafron, cautiva o muerta;
mas la venganza que sediento busca
le desatienta i la razon le ofusca.

Ni extramuros la lidia en tanto afloja;
diré mas bien la rabia i la matanza:
la tierra está de sangre en torno roja,
en cuanto a descubrir la vista alcanza:
cuál hai que al foso a perecer se arroja,
i cuál, por no morir a espada o lanza,
de sed i de fatiga i bajo el peso
de hombres, caballos i armas, muere opreso.

Empero la ciudad mayor tumulto,
mas horror, mas espanto manifiesta.
Va de Agrican el pavoroso bulto
cual de la Parca la vision funesta:
lanzando muerte, a nadie otorga indulto,
i báñase de sangre hasta la cresta.
Bayardo a gran fatiga sobre la alta
pila de destrozada jente salta.

Estaba en tanto el rei de Circasía
tendido largo a largo sobre un lecho,
i por la mucha sangre que vertia,
como ántes dije, del herido pecho,
combatir no tan solo no podia,
mas ni aun tenerse el infeliz derecho:
inerme está i desnudo el circasiano,
i cátale la herida un cirujano.

I como de Agrican la gresca oyese,
que no hace un terremoto igual fracaso,
pregunta inquieto: «¿Qué alboroto es ese?»
Llorando un paje le refiere el caso;
i oído, salta, i sin que osado fuese
nadie a tenerle, arrebatando al paso
la espada i el escudo, sale aprisa,
llevando solo a cuestas la camisa.

Al ver el triste resto de su jente
envuelto en pavorosa fuga todo,
«¡Cobardes! grita dolorosamente,
que un hombre solo espanta de ese modo,
¿cómo osais a la luz mostrar la frente?
Corred a soterraros en el lodo.
Ya que sin el honor la vida os tienta,
¿por qué buscais la muerte con la afrenta?

«Huid, miéntras que yo la lid sustento,
mal herido, sin armas i desnudo.»
Suspenso el vulgo le escuchó un momento,
de marabilla i de vergüenza mudo;
i luego vuelve atras con fresco aliento,
i nueva lucha empeña. ¡Tanto pudo
un jeneroso ejemplo, i tanto cunde!
Al que medroso huyó, coraje infunde.

Agrican, que en la Albraca muerto habia
número de contrarios infinito,
con los que ahora Sacripante guia
traba otro nuevo, aunque no igual conflito;
que si bien ejecuta todavía
estrago en ellos bárbaro, inaudito,
mas que Agrican les pone susto i miedo,
el mirar a su rei les da denuedo.

Sus cuerpos a los tártaros presentan
cubriendo la persona del circaso,
i por víl jente i sin honor se cuentan
si pierden combatiendo un solo paso;
de flechas ni venablos se contentan;
densa es la turba i el terreno escaso;
dan los paveses sin cesar batidos
un retintin que asorda los oídos.

Mas Sacripante a todos se adelanta,
i haciendo pruebas estupendas viene.
Desnudo cual está i herido, espanta
el ver cuán alentado se mantiene;
esfuerzo muestra i lijereza tanta
que nada le embaraza o le entretiene;
golpes da i quita a un mismo tiempo varios,
i ocupa él solo a mas de diez contrarios.
Ya la cortante espada en torno jira,
ya a dos o tres ensarta con la lanza;
ora un gran dardo, ora un peñasco tira,
ora recula, ora terrible avanza.
Agrican poco a poco se retira,
i con toda su furia i su pujanza
ve que el tomar la plaza es vano intento,
pues de los suyos no le quedan ciento.
Ni a reparar el rei se daba manos
de tantos golpes la tormenta espesa,
pues de circasos era i albracanos
la acometida cada vez mas gruesa.
Haciendo siempre esfuerzos sobrehumanos
se baña de sudor, vacila, asesa:
acribillada tiene la loriga,
i tropa nueva sin cesar le hostiga.
Como de cazadores apremiado
deja el leon su patrio bosque i cueva,
i de mostrarles miedo avergonzado,
alta la frente i erizada lleva,
ruje, i a cada voz revuelve airado,
bate la cola i el lidiar renueva;
tal aquel rei soberbio al enemigo
pone, aun cediendo, espanto, i da castigo.
A cada veinte pasos se detiene,
i a los que le persiguen hace cara;
pero la turba que a ofenderle viene
i que continuamente se repara,
crece de modo i tal caudillo tiene,
que en proseguir la empresa delirara;
i sin embargo, lo peor le resta,
que otra nueva avenida le molesta.

Pero de Albraca es fuerza que me aleje
i busque otros objetos a la vista,
aunque la bella Anjélica se queje
de que en tan duro trance no la asista;
porque, segun los hechos que entreteje
el reverendo arzobispal cronista,
cumple a Reinàldos ir, que en el asiento
de una fresca pradera toma aliento.

En cándida hacanea ve una dama
que, segun llora, de dolor se muere.
El buen señor de Montalban la llama,
i cortes la saluda, i la requiere
que por aquella cosa que mas ama,
i por el santo a quien devota fuere,
i por todos los ánjeles del cielo,
le diga la ocasion de tanto duelo.

Llora ella i la hace el llanto mas hermosa
que el de la aurora al entreabierto lirio,
o que labor de perlas primorosa
a roja tela de artificio tirio.
«Ando perdida en busca de una cosa,
i hallarla, respondió, tengo a delirio:
un caballero que con una hueste
de caballeros a lidiar se apreste.»

«Aunque igualar, el noble paladino
así responde, a un par tan solo dellos,
cuantimas a una hueste, no imajino,
ese tan tierno lloro, i de esos bellos
luceros el encanto peregrino
me inducen de tal modo a acometellos,
que de morir o de acabar la empresa,
si la fias de mí, te hago promesa.»

Contesta la doncella suspirando:
«Te doi las gracias por la oferta, amigo.
En busca de potente acorro ando;
i aunque sin fruto, en la demanda sigo.
Sábete que uno de ellos es Orlando,
i si oiste su fama, harto te digo.
Ni es jente la demas poco gallarda.
No al brazo tuyo empresa tal se guarda.»

«Con doble causa este favor te pido:
primo de Orlando soi: partamos luego:»
Reinăldos de este modo ha respondido,
i fervorosa instancia añade al ruego.
Ella le pinta el rio del Olvido,
i de la falsa Dragontina el ciegò
laberinto en que tanta ilustre jente
del mundo vive i de sí misma ausente.

Flordelis esta dama se llamaba;
la que salió, segun fué arriba expreso,
del hadado verjel en que dejaba
a su querido Brandimarte preso.
Como tanto Reináldos la rogaba
que fiase a sus armas el suceso,
ella, que el garbo advierte, la apostura
i la marcial briosa catadura

Del caballero que en la edad florida
tan jeneroso espíritu demuestra,
su ofrecimiento acepta agradecida,
i sonriendo le alargó la diestra.
Mas del presente canto la medida
aquí se cumple, i con licencia vuestra,
miéntras la débil voz alienta un poco,
vuestra atĕncion para el siguiente invoco.

CANTO XII.

MELIDOR I FLORIDANA

Que la guerra es la mas tremenda plaga
que el cielo justiciero al mundo envía,
i que en la guerra el pueblo es el que paga,
vémoslo por desgracia cada dia.
Por cientos i por miles se lo traga
esta voraz, esta insaciable harpía;
i miéntras todo el daño al pueblo alcanza,
toda es de potentados la pitanza.

Como para los hombres no hai ventura
igual a la que un rei les proporciona,
Su Majestad, que el bien comun procura
cual carga impuesta a su real persona,
un pueblo i otro i otro mas por pura
benevolencia allega a su corona:
dejadle ir adelante en su carrera,
i hará feliz la humanidad entera.

Mas otro pio, augusto personaje
al mismo objeto por su parte aspira,
cobrando a las naciones vasallaje:
éste de un cabo, aquél del otro tira;
i el que, ya al mundo culto, ya al salvaje,
desgarra la mas grande i bella jira,
es el mas digno del aplauso humano
i el mas grande i perfecto soberano.

Mas hablando de veras, ¿no contrista
ver de tal suerte el orbe todo hecho
vasto teatro de inmortal conquista,
do la fuerza es el único derecho?
¿Cuándo será que la razon resista
a ese brillo de gloria contrahecho,
i los goces aprecie que atesora,
aun en sí misma, el alma bienhechora?
Pero si es en un rei grosero engaño,
i a par que gran maldad, gran desatino,
con tanto propio afan i ajeno daño
comprar un bien tan falso i tan mezquino,
¿qué se dirá del que en servicio extraño
el salario recibe de asesino,
i carga de asesino la librea,
i con ella se esponja i pavonea?
¿Para que duque o mariscal te llame
el que hoi te nombra a secas don fulano,
i que el pecho una estrella o cruz te infame,
que esclavo te denuncie de un tirano,
bárbaro, es menester que se derrame
a torrentes la sangre por tu mano;
i a trueque de esa vana, esa supuesta
gloria, el dolor comun te es burla i fiesta?
Lauro eterno al intrépido soldado
si por su patria i por su fe pelea;
si nó, tu nombre, oh guerra, abominado
i por siempre jamas maldito sea!
Pláceme que a tus furias tregua he dado,
que aun en sueños me asustas i en idea:
ebria de sangre se me antoja verte
esgrimir la guadaña de la muerte.
Noble Reináldos, Flordelisa bella,
obligado a vosotros me confieso,
que habeis venido a interrumpir de aquella
desmocha impía el trájico proceso.
Vuelvo a donde os conté que a la doncella
hace el baron ofrecimiento expreso
de su espada i su brazo, i que, indecisa,
se rinde al fin i acepta Flordelisa.

Que cabalgue, la dama le suplica,
pues el corcel le falta, la hacanea.
Reináldos cortesmente le replica
no le proponga accion tan baja i fea;
mas ella las instancias multiplica
tanto, que el paladin no titubea,
i bien que a su pesar, la silla ocupa,
haciendo a Flordelis tomar la grupa.

Sube la damisela temerosa,
que no del todo al paladin se fia;
pero temor mas grande una espantosa
voz le infundió que a corto trecho oia:
a Flordelis la bella tez de rosa
en pálido jazmin se convertía.
Reináldos con intrépido semblante
salta de la hacanea, i ve un jigante.

Estaba el tal en medio de una senda
junto a la boca de una parda gruta:
la cara tiene abotagada, horrenda,
negro el pellejo i la mirada bruta.
Inevitable juzga una contienda
el baron, i no solo no se inmuta
mirando aquel vestiglo tan cercano,
mas a encontrarle corre, espada en mano.

Una gran porra empuña el tal, i lleva
de triple malla todo el cuerpo armado,
i se ve a la abertura de la cueva
en cadenas un grifo a cada lado;
pero una cosa mas extraña i nueva
que todas estas, era que guardado
estaba allí el caballo de Argalía:
su guarda a cargo aquel jayan tenia.

El cual caballo en esta cueva oscura
por arte se enjendró de encantamento.
Nacida fué su madre de una pura
etérea llama, i fecundóla el viento:
tal fué de Rabican la jenitura,
que de uno i otro rápido elemento
heredó lo veloz de la carrera,
la bella estampa i la índole guerrera.

No probó nunca paja ni cebada,
que de aire solamente se nutria.
Valido de una májica entruchada,
robóle Galafron para Argalía,
i éste le trajo en la fatal jornada
con que a turbar la cristiandad venia,
i en que a sus verdes años cortó el hilo
de daga mora el acerado filo.

Despues que, como os dije, Ferraguto
a palos le ahuyentó de la presencia
de su señor, el jeneroso bruto
volvió del patrio albergue a la querencia,
que, llena ahora de pavor i luto,
custodia este jayan, con asistencia
de los dos grifos, que arjentada pluma
tienen, i fuerza i lijereza suma.

Reinaldo al enemigo se presenta
con no ménos denuedo que recato,
alta la espada, i con la vista atenta
a reparar de treta i de rebato.
El jayan, que le ve, ya se hace cuenta
que ha de tener que trabajar un rato:
habiendo dado a mas de mil la muerte,
distingue cuál es flojo i cuál es fuerte.

Con la osamenta de la pobre jente
blanquear todo el campo se divisa:
ni por eso temor Reinάldos siente:
morir hará al jayan, i no de risa.
Cerraron ambos presurosamente,
i un tanto la ventaja fué indecisa:
con ojo i pulso igual tiran, reparan,
i golpes dan que riscos destrozaran.

Reinάldos al jayan hirió primero,
i con la punta le alcanzó a la testa;
pero la cubre tan templado acero
que mui poco la herida le molesta.
Soberbio un gran porrazo al caballero
retruca, i concluir pensó la fiesta:
Reinάldos hurta el cuerpo a marabilla,
i asiéntale otra punta a la tetilla.

De hierro un palmo le metió en el pecho,
que la malla de hirviente sangre inunda;
pero aun no de esta herida satisfecho,
otra con mas violencia le asegunda.
No fueron al jigante de provecho
sus armas; que Frusberta furibunda
en la barriga le abre una tronera,
i parte del redaño le echa fuera.

Mucho sintió su fuerza enflaquecida
el malandrin, i de color se inmuta:
tanto el dolor le aqueja de la herida
que cercano a la muerte se reputa.
Unico medio de salvar la vida
le pareció correr hacia la gruta
i soltar a los grifos la pihuela;
mas no bien libre el uno dellos vuela,

Agarra al pobre diablo de una zanca,
i agarrado a las nubes se le lleva;
miéntras el otro hacia Reinaldo arranca
queriendo hacer en él la misma prueba:
grazna horrorosamente, i con la blanca
pluma erizada (fiera lidia i nueva)
embiste al paladin, que atiende inmoble,
i al verle cerca esgrímele un mandoble,

Tan a sabor, que por un tris entera
toda la pierna izquierda le rebana.
Graznando i renqueando huyó la fiera,
el cándido plumaje tinto en grana.
Mas lo peor del caso nos espera;
que el otro grifo, habiendo, cual liviana
presa, alzado al jayan, sobre los picos
de una roca le suelta, i le hace añicos.

I con el espantoso pico abierto
i las dos alas estendidas, cala,
dice Turpin, i téngolo por cierto,
que como doce piés mide cada ala.
Se oye un zumbido en todo aquel desierto,
que en pampa austral el raudo sur no iguala:
con tanta furia el aire i tanto estruendo
aquella ave infernal viene batiendo.

Déjase con el ímpetu del rayo
caer sobre el valiente caballero,
que, habiendo para aqueste nuevo ensayo
los brios requerido i el acero,
un súbito reves tira al soslayo,
que al grifo coje i le desgarra el cuero:
aleteando un tanto se retrae,
i sobre el paladin otra vez cae.

Vuélale en torno al príncipe cristiano
buscando cómo pueda echarle el guante:
ya baja de las nubes, cual milano,
ya por detras, ya asalta por delante;
mas halla al buen señor de Montalbano
apercibido siempre i vijilante;
i por do quier que amenazando viene,
con la punta Frusberta le detiene.

Al cielo enfurecido se levanta,
i piérdese de vista; mas desciende
a poco rato con violencia tanta,
que al baron esta vez casi sorprende.
A la cabeza embiste, i le quebranta
de una uñarada el cerco que defiende
al rededor el yelmo de Mambrino;
pero al yelmo no daña, que era fino.

Por mas que se afanaba, no podia
darle golpe Reináldos que valiera,
pues tan veloz el grifo iba i venía;
que a la vista ir tras él difícil era.
Miéntras que Flordelis votos hacía,
corto el aliento, i con la faz de cera,
fatiga el uno al otro, urje, trabaja,
i un átomo no lleva de ventaja.

Viendo el baron con cuanto afan la guerra
aun a la luz equilibrar consiga,
i que la noche a toda prisa cierra,
que teme algun desman no sé si diga.
Por último recurso se echa en tierra,
finjiendo que desmaya de fatiga.
El grifo, que le cree de vida falto,
hambriento embiste: el príncipe da un salto,

I a la fiera esta vez coje de lleno,
clavándole la espada en el gollete;
i luego cuatro veces en el seno
hasta los gavilanes se la mete.
Ya que espirando enrojeció el terreno
por bocas el tal grifo seis o siete,
el palafren, la dama, de la brida
trajo al baron, instando a la partida.

Mas vino al paladin el pensamiento
de examinar el fondo de la cueva,
i se dirije al boqueron pizmiento,
i a Flordelisa de la mano lleva.
De mármol vió labrado el pavimento;
i de alabastro i pórfido se eleva
a poco trecho espléndida fachada
de lámparas de plata iluminada.

Era de bronce sólido la puerta,
yambas, dintel, columnas i arquitrabe;
i en un oculto nicho descubierta
por la discreta Flordelis la llave,
con ella es la interior estancia abierta,
que era una luenga embovedada nave:
en cien hacheros blanca cera ardia
que claridad perpetua mantenia.

Bajo un dosel de plata, que doblado
repite el resplandor de tanta llama,
aparece alto lecho de brocado,
i en él una jentil difunta dama.
En caractéres de oro está grabado
sobre un negro padron junto a la cama
un letrero que dice: «Aquel que fuere
llegado a este lugar sepa que muere,

«Si a pasar adelante se aventura,
no haciendo ántes solemne juramento
de vengar a esta exánime hermosura
dando a su matador digno escarmiento;
i en don se le concede, si lo jura,
un corcel que en la estampa i el aliento
(salvo uno solo) a cuantos hai excede,
i a dos pasos de aquí montarle puede.

«Caballo de cristiano ni de moro
en el presto correr no le es igual,
pues deja atras al mismo Brilladoro
i al famoso Bayardo, otro que tal.
Atado está en sutiles lazos de oro,
i cubierto de diáfano cendal:
de paramentos, riendas, freno i silla
i lo demas, provisto a marabilla.»

A sí mismo se da la enhorabuena
de este hallazgo el señor de Montalbano.
Luego colgado ve de una cadena
un libro, en roja tinta escrito a mano,
do la historia leyó, con harta pena,
de un tierno amor i de un ardid villano,
i de la dama la infelice suerte,
i por qué causa, i quién le dió la muerte.

Del rei de Babilonia Trufaldino
(arriba varias veces mencionado),
segun contaba el libro, era vecino
un conde, de linaje señalado
i gran virtud, por donde ser le avino
de aquel perverso mortalmente odiado:
llamábase este conde Floridelo,
i castellano fué de Montebelo.

Con él vivia una menor hermana
hermosa, i en el mismo grado honesta.
El libro, que la llama Floridana,
dice que en lo discreta i lo modesta,
lo bella, lo graciosa i lo galana,
no hubo mujer cabal, o éralo ésta,
i que con fino amor, puro i constante
de un caballero amada fué i amante.

El sol no vió, que todo el mundo jira,
como éste, un par de amantes en la tierra.
Si la beldad de Floridana admira,
valor igual en Melidor se encierra,
que entre la jente babilonia i sira
famoso fué en la paz como en la guerra;
cortes, bizarro, liberal sin tasa,
i solamente de ventura escasa;

Que, como a un claro mérito inhumana
madrastra la fortuna siempre ha sido,
no pudo de su cara Floridana
Melidoro llegar a ser marido.
El conde Floridelo, que su hermana
a un poderoso duque ha prometido,
al sin ventura Melidor la niega,
i la empeñada fe i palabra alega.

El libro añade que de foso i muro
se hallaba Montebelo circundado,
sobre la cumbre de un enhiesto i duro
cerro tan sabiamente edificado,
que por cualquiera parte está seguro
por cualesquiera fuerzas amagado;
i solamente vil superchería
defensas tantas allanar podía.

El babilonio muchas veces quiso
por arte o fuerza conquistar la plaza;
i hallando a Floridelo sobre aviso
miéntras como enemigo le amenaza;
su intento posponer creyó preciso,
i con traidoras muestras lo disfraza;
i para al fin salirse con su tema,
valerse resolvió de estratajema.

Averiguada el malandrin tenia
de aquellos dos amantes la maraña;
i sabiendo en qué parte andar solia
a caza Melidor, se da tal maña
que con él se hace encontradizo un dia,
traba conversacion i le acompaña:
júrale que de tiempo atras ha estado
a su valor i fama aficionado.

I cuando cree que franco está el camino
del jóven Melidor al pecho hidalgo,
de un punto en otro a sus amores vino:
«Si os merezco servir, le dice, en algo,
entendido tened que os patrocino,
i disponed de cuanto puedo i valgo.
Sé de vuestro rival la intriga toda,
i de la dama la forzada boda.»

Como artificio en Melidor no cabe,
i le ciega el amor de Floridana,
que algo se oculte imajinar no sabe
bajo tan noble oferta i cortesana.
Cual náufrago que hundirse ve la nave,
batida de furiosa tramontana,
i en este afan se abraza a la mas leve
tabla, pensando que a salud le lleve;

Así amor que esperanza desampara,
de lo mas flaco i débil echa mano.
¿Quién, sino Melidor, imajinara
poner la suya en este rei tirano?
¿O quién le diera fe, cuando mirara
otra vislumbre de socorro humano?
Vese perdido, i ve una senda abierta
de salvacion (que tal juzgó la oferta);

I sin ver mas la acepta, i ya la hora
de poseer al caro bien le tarda;
que hallando asilo en Babilonia ahora,
ni Floridel ni el mundo le acobarda.
Manda, pues, por mensaje a su señora
que si la fe que le juró le guarda,
venga con él a verse, i a estranjera
tierra le siga; i que en tal parte espera.

Ella, que tanto amaba al caballero
como era dél con tierno amor querida,
le escribe por el mismo mensajero:
«Pronta estoi; apresura la partida:
llega mañana el duque; mas primero
que unirme a él me quitaré la vida,
que vivir no me es dado sin quererte:
soi tuya, esposo mio, hasta la muerte.»

Sale, pues, i a la hora i al minuto
concertados se juntan, i con presta
fuga a un palacio van donde el astuto
Trufaldin los recibe a mesa puesta;
i del largo penar gozan el fruto
pasando el dia en regocijo i fiesta,
¡ah! sin pensar que el último sería
de su vida i amores aquel dia.

Entregado está apénas al reposo
el caballero en brazos de su amada,
cuando con gran silencio el alevoso
entra en el aposento a mano armada.
Del lado del mancebo valeroso
quitó primeramente arnes i espada;
encima se les echa con su jente,
i préndelos a entrambos juntamente.

Temblando por la suerte de su esposa
mudo contempla Melidor el hecho,
miéntras la dama atónita i medrosa
pide misericordia sin provecho.
El rei, amenazando que les cosa
a puñaladas con la daga el pecho,
si no se cumple su intencion tirana,
una pluma presenta a Floridana;

I ordénale que escriba a Floridelo
que el jóven Melidoro la ha robado,
i en un bosque cercano a Montebelo
con tres pajes la tiene a buen recado;
que sin rumor, para no dar recelo,
venga, i de poca jente acompañado;
que así podrá, frustrando el torpe intento
del robador, ponerla en salvamento.

Entónces de la negra alevosía
de Trufaldin se desvolvió el ovillo:
prender a Floridelo pretendia,
i apoderarse luego del castillo.
Pero nada alcanzó por esta via:
Floridana protesta que al cuchillo
ántes el cuello entregará, que sea
el instrumento de traicion tan fea.

Con esto enbravecido el inhumano
manda que se le traiga un hierro ardiente.
A la una se lo aplica i la otra mano;
luego en el seno lo estampó i la frente.
Mas fué la instancia del dolor en vano,
que se mantuvo hasta espirar valiente.
A Melidoro, que romper amaga
los duros lazos, traspasó una daga.

Todo esto en aquel libro se refiere,
pero en mas largo cuento i mas süave;
pues pone las palabras que profiere
ésta i aquél; i añade que no sabe
cuál de los dos mas angustiado muere
i con dolor mas enojoso i grave:
si Floridana, que abrasada expira,
o el sin ventura esposo que la mira.

I dice mas, que una hada ha restaurado
la injuriada beldad a la heroína;
que allí cerca el amante fué enterrado,
i que a par dél va a serlo la mezquina,
luego que la venganza haya alcanzado
que el decreto del cielo le destina,
cual ha de darla en tiempo no distante
un bautizado caballero andante.

Toda leyó Reináldos la escritura,
que a marabilla i compasion le mueve,
i con mas veras nuevamente jura
que el rei traidor su merecido lleve.
Restauróse tras esto de la dura
fatiga de la lid en sueño breve;
i al rayo débil del albor temprano,
deja la cueva i monta en Rabicano.

I cabalgando el palafren la dama,
siguen los dos en busca del jardin,
donde con otro de alta estirpe i fama
cautivo está Roldan el paladin.
Andando van por entre rama i rama
de un denso bosque, i llegan casi al fin,
cuando a un feo centauro ven cercano,
que a un gran leon rujiente arrastra a mano.

Tenia de caballo la figura
hasta los lomos; i de allí adelante
humano pecho i cuello i catadura,
i brazos poderosos de jigante.
Habitaba la parte mas oscura
de la floresta; i siempre en ella errante,
lleva un broquel, tres dardos i una maza,
i del pillaje vive i de la caza.

Tiembla de susto i miedo la montaña
toda en contorno por do va la fiera:
no hai cerca que no salve, ni alimaña
que compita con él en la carrera.
Un adulto leon de fuerza extraña
acaba de atrapar, i cual si fuera
pequeño recental recien parido,
de la melena le llevaba asido.

Pues el centauro, que la presa mira
nueva, que la fortuna le depara,
suelta al leon que huyendo se retira,
i al animoso paladin se encara.
Un dardo con violencia tal le tira
que a cojerle de lleno le pasara.
Reinaldo esquiva el golpe, i solo púdo
rozarle el hierro el borde del escudo.

Vuelve las ancas él, como azorado,
i luego torna, i otro dardo asesta;
mas en el yelmo de Mambrino ha dado
i hácele solo retemblar la cresta.
El tercero tambien ha malogrado,
con que el garrote a manejar se apresta.
Sobre el de Montalban se viene al trote,
creyendo que esta vez le descogote.

I cierto ha menester el caballero
toda su ajilidad; tal le trabaja
aquel grueso bastón que tan lijero
a diestra i a siniestra sube i baja;
ni ménos diestramente el compañero
ora a Frusberta esquiva i ora ataja,
pues, amen del coraje que le anima,
i de la fuerza, entiende bien la esgrima.

Ya de este embiste, ya de aquel costado,
ya por la espalda el monstruo, i ya de frente;
tanto, que el paladin atolondrado
cabeza i pulso flaquear se siente,
i le parece en jiro arrebatado
moverse cielo i tierra, i finalmente,
temiendo vacilar, contra la falda
de un gran peñon tajado se respalda.

I respaldado, esgrime así la espada
que sin provecho el tal centauro suda;
mas ¡ai! echando en torno una mirada,
a Flordelisa ve, que en susto i duda,
sin color, sin aliento, a la trabada
lid está atenta; de desĩgnio muda;
de un salto enfrente a Flordelis se planta,
i de la silla en brazos la levanta.

I a gran galope por la selva espesa
intérnase, cargando con la dama.
Reináldos va en pos dél a toda priesa,
i al verse así burlar, de enojo brama.
Llega el centauro a un rio i le atraviesa.
«¡Favor! ¡Favor!» la prisionera clama,
pero la historia aquí suspendo, en tanto
que templo mi laud para otro canto.

CANTO XIII.

LA TORRE DE POLIFERNO

Talvez alguno habrá, que habiendo oido
el caso de la bella Flordelisa,
diga que se lo tiene merecido
hembra que tales vericuetos pisa,
i que si recatada hubiera sido,
saliendo solo con la dueña a misa,
i en vez de andar así de ceca en meca
cuidara de la aguja i de la rueca,

No en tamaño peligro se mirara,
presa de aquel vestiglo semihumano;
ni cuerdo fué, si en ello se repara,
irse de bosque en bosque mano a mano
con el de Montalban, que, aunque pasara
la cosa en el mas limpio i el mas llano
i honesto modo que posible sea,
no sé si encontrará quién se lo crea.

Dice Turpin (i a su opinion me allego)
que la materia es algo delicada,
i que las manos no pondrá en el fuego
por Flordelis ni por la mas pintada.
Yo, por mí, ni lo afirmo, ni lo niego:
de mi aldehuela vengo; no sé nada.
Bellacuelo, es verdad, Reináldos era,
i jóven, i jentil... Mas que lo fuera!

¿No ha de haber sino *quiéreme* i *te quiero*,
cuando una dama está sola con sólo?
No siempre lo probable es verdadero,
ni todo en este mundo es trampa i dolo.
Pero a lo arriba dicho me refiero.
Siempre en tu escuela, Amor, he sido un bolo,
i llevé (tú lo sabes, ¡ai!), bien raras
veces votivos dones a tus aras.

Digo, reasumiendo el cuento mio,
que Flordelis se desgañita i llora,
i que el de Montalban se arroja al rio,
donde segunda lid se traba ahora;
i con tal maña, i tal coraje, i brio,
juega el baron la espada cortadora,
que ya no ve el centauro como alcance
a salvar vida i presa en este lance.

Primero con la dama se abroquela
i la presenta a la enemiga espada;
mas viendo que tampoco esta cautela
ha de valerle con Reináldos nada,
que siempre asesta el golpe a do le duela,
ya de tajo le embista o de estocada,
a Flordelisa arroja airadamente
donde mas honda i rauda es la corriente.

Dicha fué no pequeña que supiera
Flordelisa nadar como una trucha,
pues darle en este trance no pudiera
ayuda el paladin poca ni mucha.
Nadando la mezquina saca fuera
la húmeda faz, i con las ondas lucha.
Arrebatada del raudal violento
desparece a la vista en un momento.

De loca rabia en tanto poseído
el biforme animal la clava esgrime:
zumba el cercano bosque estremecido,
i el aire en torno abriendo espacio jime.
En tres o cuatro partes está herido,
i parece, al mirarle, que le anime
a cada nuevo golpe vida nueva,
i al universo a contrastar se atreva.

Aunque enrojece con su sangre el rio,
aflojar no semeja en el empeño:
ántes juntando ahora todo el brio
i toda la pujanza de que es dueño,
recula para dar mas poderío
al golpe que medita; alza el gran leño,
en los traseros piés el cuerpo libra,
carga a la vez, i un altibajo vibra.

Capaz de destrozar era el porrazo
un monte, cuanto mas un caballero;
pero, al bajar, el furibundo brazo
encuentra de Reináldos el acero.
Como desnudo está, sin embarazo
la aguda punta le taladra el cuero,
i el rollizo lagarto le barrena,
de sangre abriendo caudalosa vena.

Suelta la clava la doliente mano,
i brinca el monstruo a la contraria orilla.
Síguele como un rayo Rabicano,
i sin cesar Reináldos le acuchilla:
los cascos alza i coces tira en vano;
en vano, que del lomo a la tetilla
atravesado, casi a un mismo punto
cayó bramando i se estiró difunto.

No sabiendo el baron qué rumbo elija,
ni cuál sea de la dama el paradero,
hacia el septentrion acaso aguija,
i a la fortuna fia el derrotero,
que al jardin del Olvido le dirija,
do vive el conde Orlando prisionero,
o el jurado castigo a dar le lleve
a la maldad del babilonio aleve.

Mas miéntras él camina a la ventura,
al cerco retornemos de la roca,
do todavía la batalla dura,
i la brigada nueva que se aboca
al tártaro Agricano, así le apura,
así le da molestia i le sofoca,
que de salir con honra i vida entera
casi estoi por decir que desespera.

Circunda la ciudad un ancho rio,
que de una i otra parte abarrancado,
aun en lo mas ardiente del estío
ni el curso enfrena ni permite vado.
De Albraca el populoso caserío
sobre un pendiente risco está fundado,
i almenada muralla le da en torno,
a par que fuerza i que defensa, adorno.

Coronada de blancos torreones,
está la ciudadela en lo mas alto,
que de cien poderosos escuadrones
no tiene miedo al combinado asalto.
De bastante presidio de barones
el muro en derredor no estaba falto,
ni de la ciudadela el arduo asiento,
de la bella princesa alojamiento.

I por la sola parte que no lava
aquel gran rio el empinado muro,
completa las defensas honda cava
con puente levadizo bien seguro.
Este, como ántes dije, alzado estaba;
i Agrican, entre tanto, en el apuro
de abrirse retirada, suda i jime,
i cada vez mas multitud le oprime.

Por cada calle un escuadron avanza,
que acortar le hace el paso a su despecho.
Lluvia de piedras i de dardos lanza
cada torre a su vez, i cada techo.
Casi ya sin aliento ni esperanza
el tártaro a la turba opone el pecho,
cuando ofrecerle la fortuna quiso
salvamento i victoria de improviso.

Fué el caso que la tropa, o la ralea
mejor diré, que guarda muro i puente,
viendo cuán densa turba al rei rodea,
desguarnece sus puestos de repente,
i al paraje en que el tártaro pelea,
toda se dirijió concordemente
a tomar parte en el provecho i gloria
de la que ya juzgó fácil victoria.

Afuera en tanto una brigada escala
el ya desierto muro; i con violenta
irrupcion penetrando, el puente cala,
i franco el paso a los demas presenta.
No hai avenida que los campos tala,
no hai rápido torrente que revienta
forzando el dique, i se derrama hinchado
llevándose rediles i ganado;

Como la hueste tártara furiosa,
que a la turba circasa i albracana
de tropel arremete, estrecha, acosa,
postra, destruye, i cuanto encuentra allana.
Caballeros, peones, nadie osa
resistír. Sacripante se amilana,
i a salvar la amagada ciudadela
con las reliquias de su jente apela.

Viendo su pobre pueblo así deshecho,
tírase del cabello la princesa,
i se tuerce las manos de despecho,
i en hondos ayes su dolor expresa.
La gran ciudad el enemigo ha hecho
en pocas horas mísera pavesa:
ponen doquier los lúgubres despojos
espanto a los oídos i a los ojos.

Aquí fuego, allí sangre, allá ruina,
grita acullá i estrépito i tumulto.
Uno roba, otro viola, otro se inclina
a matar solamente, i mata a bulto.
No la inocencia al párvulo apadrina;
no valen las plegarias al adulto;
no a la vejez las canas; no la bella
pálida faz ni el llanto a la doncella.

Ni el sacro templo reverencia inspira
a la crueldad, de sangre i presa avara.
Entre la refujiada plebe expira
el sacerdote ensangrentando el ara.
Ya donde fué la Albraca no se mira
muro o pared enhiesta, sino rara;
i cubre el suelo yermo la insepulta
jente, a que el vencedor, aun muerta, insulta.

La ciudadela sola se mantiene
de tanto estrago i destruccion exenta.
Trufaldino a esconderse en ella viene;
luego el turco Torindo se presenta,
i Sacripante, que consigo tiene
caballeros de pro como cincuenta,
herido en partes nueve o diez, cubierto
de polvo i sangre, i mas que vivo, muerto.

Esto es de tantos miles lo que resta,
i en lo que su salud la reina fia,
pues, aunque tanto el resistir le cuesta,
resiste, sin embargo, todavía,
jurando derramar su sangre en esta
desatentada desigual porfía,
ántes que de Agrican llamarse esposa.
Mas lo peor de todo es otra cosa.

O traicion sea, o neglijencia acaso
(que Turpin, si lo supo, se lo calla),
está el castillo sumamente escaso
de la mas necesaria vitüalla.
Manda, pues, el doliente rei circaso
que, miéntras pueda él mismo ir a batalla,
los víveres se tasen a la jente,
i que de los caballos se alimente.

Anjélica les dice: «Yo pretendo
ir a traeros prontamente ayuda,
i deudos i vasallos requiriendo,
la fortuna otra vez poner en duda.
Entre tanto a Mahoma os encomiendo,
que a vuestro acorro, como debe, acuda;
i si no os vuelvo a ver, amigos mios,
dentro de un mes (no pido mas), rendíos.

«No me culpeis de temeraria o loca
que emprenda tal; que si me pongo al dedo
este encantado anillo o en la boca,
cosa, no sé, que deba darme miedo.
Algo, amigos, por vos hacer me toca;
pues ¿cuánto mas lo que segura puedo?»
Tras esto un tierno adios dice al amante,
casi ya moribundo, Sacripante.

I despues que al esfuerzo i la prudencia
de Trufaldino i de Torindo encarga
que la roca defiendan en su ausencia,
la cual espera en Dios no será larga,
cabalgando con presta dilijencia
su cándida hacanea, el paso alarga,
i a la luz de la luna bajó al llano
que la hueste ocupaba de Agricano.

Postrado a todo el mundo tiene el sueño
despues de los afanes de aquel dia,
i trabajo costara no pequeño
al muerto distinguir del que dormia.
Vaga un caballo acá i allá sin dueño;
ningun hogar, ninguna luz ardia;
la luna sola frios rayos vierte
sobre esta escena de pavor i muerte.

Como que lleva para no ser vista
el anillo en la boca la princesa,
sin que nadie le estorbe o le resista,
segura el campo tártaro atraviesa;
i cuando dél bastante trecho dista,
i ya el peligro, a lo que juzga, cesa,
pasó el anillo de la boca al dedo,
i el verde llano recorrió sin miedo.

Al rojo alborear de la mañana
cerca de un ancho rio vió acostado
un vejancon de luenga barba i cana,
que así le dijo: «Sea Dios loado,
que a este lugar en hora tan temprana
os ha, señora mia, encaminado,
porque, segun las señas que en vos noto,
de un tierno padre el cielo ha oído el voto.

«Un hijo tengo en la última agonía;
i si mediante alguna yerba o droga,
o algun secreto que sepais, la impía
fiebre que le consume se desfoga,
mui mayor bien que el de esta vida mia,
vida caduca i mise... (aquí le ahoga
un tropel de sollozos lastimeros)
caduca i miserable, he de deberos.»

Ella, naturalmente cariñosa,
«No llores, le responde, buen anciano,
que sé de yerbas i de cuanta cosa
el cuerpo adoleciente torna sano.»
Así dijo; i de nada temerosa,
desmonta luego, i con la rienda en mano
va paso a paso a do el traidor la guia,
el cual era la misma hipocresía.

De una torre llegaron a la puerta,
que, al dar el conductor una aldabada,
al punto fué del otro lado abierta,
i entrados ellos, otra vez cerrada.
Entónces la añagaza es manifiesta:
de mujeres la torre está poblada,
que prende i guarda en ella aquel vejete,
bribon de siete suelas i alcahuete.

De Poliferno el tal era vasallo
(el rei de Hircania, mencionado arriba),
que proveedor le ha hecho de un serrallo
en que del Asia está la flor cautiva.
Cuando el rei le mandaba renovallo,
por el país cazando damas iba;
i no hai mujer que vista se le escape,
i que por fuerza o por ardid no atrape.

Estando ya la torre bien surtida,
llevarlas piensa al rei en caravana.
Tiene de rubias una gran partida,
i de morenas multitud mediana:
cuál, zahareña, i cuál es relamida,
cuál, grande, i cuál, rechoncha, i cuál, enana:
todas de fresca edad i todas bellas;
i nuestra Flordelisa es una dellas;

Porque, como arrojada por el fiero
centauro iba nadando rio abajo,
dió con aquel grandísimo embustero,
que la pescó i a la prision la trajo.
Para hacer el encierro llevadero,
cuéntanse unas a otras su trabajo:
una llora, otra al verse de esta guisa
se desespera, i otra lo echa a risa.

Narraba al auditorio compasivo
su historia Flordelisa sollozando,
i del jardin les habla en que cautivo
está con Brandimarte el conde Orlando;
i el gran centauro píntales al vivo
con quien quedó Reináldos peleando;
i cuanto sabe, en fin, les despepita;
que así consuela una mujer su cuita.

Con jemidos i lágrimas la fina
i tierna fe les dice de su amante,
que forzado galan de Dragontina
de la encantada huerta es habitante.
Llega en esto otra jóven peregrina
que acaba de apresar aquel tunante,
i se abre de la torre la barrera
a recibir la triste prisionera.

Todo lo oye i lo ve con gran cautela
Anjélica, i de todo se socorre;
i, como para entrar la damisela
recien cautiva en la malvada torre,
se entreabriese el portal, por él se cuela
anillo en boca, i por el campo corre.
Do está Roldan, ha oido a Flordelisa,
i marcha en busca suya a toda prisa.

De tal virtud, si bien incomprensible,
es la sortija aquella, que, en la boca,
no solo al que la tiene hace invisible,
sino a cuanto cabalga i lleva i toca.
I sepa el criticastro incorrejible
que murmura i en duda lo revoca,
que un arzobispo es quien lo escribe, i sea
o no mentira, es justo se le crea.

Así que, della Anjélica provista,
iba, sin que la viesen, por doquiera;
i bien poco ganara en no ser vista
dado que verse el palafren pudiera.
Ni en lo improbable algun lector insista
de que en la torre a mano le tuviera:
hallarse a punto i con el freno i silla,
recien llegado aun, no es marabilla.

Anjélica, espolea que espolea,
fatiga al sobredicho palafren,
(o si se quiere, llámese hacanea,
que no me importa el nombre que le den),
i dónde el rio del Olvido sea
i de la maga el deleitoso eden,
pregunta ansiosa, i llega últimamente
al rio, i sin estorbo pasa el puente.
Cupo la guarda, en este propio dia,
de la májica huerta a don Roldan.
La silla a cuestas, Brillador pacia.
Pende el rojo paves de un arrayan:
El, tendido a la larga, parecia
estar embelesado en ver cuál van
de guija en guija con murmullo blando
las linfas de una fuente serpeando.
De caballeros por el parque jira
gallarda tropa; calza aquél la espuela;
éste bohorda; esotro al blanco tira,
o azor mudado o jerifalte vuela;
miéntras que Clarion pulsa la lira,
puntea Brandimarte la vihuela:
cantaba con Grifon el rei Balano;
aquél hace el tenor i éste el soprano.
«El velo que te ciega se descorra,»
dice la dama; i el anillo apénas
a Orlando aplica, en él la imájen borra
que le tiene en suavísimas cadenas.
Como el que vuelve en sí de una modorra
en que el ardor de las turbadas venas
la mente le embargó, los ojos jira,
i no sabe si vela o si delira;
Así perplejo Orlando i vacilante
duda si es realidad o fantasía
lo que le pasa; i mas al ver delante
la beldad que buscado en vano habia.
Revive en él, i crece, instante a instante,
el muerto amor: aquel amor que un dia
le hizo afanar con incesante anhelo
por la que allí bajada cree del cielo.

Anjélica le da noticia entera
de su prision i del jardin hadado,
i de cómo le tiene la hechicera
de razon i memoria enajenado;
i cuéntale de Albraca la postrera
fortuna, el rostro en lágrimas bañado,
i que ha venido a demandarle ayuda,
i que obtenerla de su amor no duda.

Luego a Balan i a Brandimarte frota
la piel, i a los demas, con el anillo.
Mas Dragontina lo que pasa nota,
i a todo su poder quiere impedillo:
al arma suena; el campo se alborota:
consejo vano, que jardin, castillo,
i cuanto aquel florido espacio adorna,
en humo i viento i soledad se torna.

Esta metamorfósis repentina
contempla cada cual absorto i mudo,
hasta que Orlando en un padron se empina,
i les hace, en el tono un poco rudo
que el uso de las armas adoctrina,
la mas discreta alocucion que pudo,
probando que piedad, justicia i fama
a la defensa obligan de la dama.

I la furia describe de Agricano,
i de la Albraca la fatal trajedia,
i el riesgo de que toda caiga en mano
de la bárbara chusma que la asedia,
i ha de meterla a fuego i sacomano,
si Dios por su piedad no lo remedia,
i con presto favor no se le acude,
para que el fiero kan de intento mude.

Todos conformemente han aceptado,
i juran ir de Orlando en compañía.
Mas aquel Trufaldino, que amasado
era de falsedad i felonía,
i desde tamañito fué malvado,
i lo era mas i mas de dia en dia,
una de las que sabe urdir pretende:
a Sacripante i a Torindo prende.

Heridos, como están, difícil cosa
no ha sido este atentado a la pandilla
de jente desleal, facinerosa
que para tales hechos acaudilla.
En la cueva mas honda i tenebrosa
con los demas que descuidados pilla,
turcos unidamente i circasianos,
atados encerró de piés i manos.

I luego al kan envia una embajada
diciendo que Torindo i Sacripante
a su mandado están, i que entregada
la ciudadela le será al instante.
Mas no bien fué la cosa declarada,
hinchados los carrillos, centelleante
la airada catadura, a la propuesta
del mensajero el rei así contesta:

«Por vida de quien soi, que con mi mano,
si no te escondes a la vista mia,
te descuartice, malandrin villano.
Huye, i di de mi parte al que te envía,
que jamas con traidores Agricano
usó tratar, i que se acerca el dia
en que a los dos, para escarmiento i pena,
colgaros hé de la mas alta almena.»

El triste mensajero que el semblante
ve de Agrican en cólera inflamado,
i hubiera, por estar de allí distante,
de Trufaldin las dos orejas dado,
no se hizo de rogar, tomó el portante,
por no exponerse a algun desaguisado,
i un poco mas veloz de lo que vino
tornó con el mensaje a Trufaldino.

Iba en este comedio el conde Orlando
por aquellos desiertos noche i dia,
con la princesa del Catai trotando
i con su valerosa compañía;
i de una cumbre altísima bajando,
los campos vió de Albraca, que cubria
a todos vientos infinita jente,
en armas i colores diferente.

Tanto estandarte ven, tanta bandera
i tanto pabellon i tropa tanta,
que desistir Anjélica quisiera,
segun la inmensa multitud la espanta;
pero no es hombre Orlando que lo hiciera;
ántes con mas denuedo se adelanta.
«Por entre todo ese soez jentío
salva, le dice, irás, tesoro mio.»

Guerreros nueve el animoso bando
cuenta, que en órden triple se reparte.
Cabalga a la vanguardia el conde Orlando,
i a su lado el brioso Brandimarte;
el centro Adrian i Uberto iban formando,
con Aquilante i Cláros, nuevo Marte;
la retaguardia es de Antifor, Balano,
i el buen Grifonio, de Aquilante hermano.

Los cuales eran hijos de Olivéros,
no inferiores al padre en bizarría,
aunque a la bella cara los primeros
mostachos no hacen sombra todavía.
En medio de estos nueve caballeros,
toda medrosa Anjélica venía,
i de pensar temblaba en la contienda
que les aguarda, desigual i horrenda.

Como, al pasar en tropa un ancho rio,
diz que acostumbra el próvido elefante,
que a los de ménos fuerza i ménos brio,
el de mas vasta mole va delante,
i desbravando él solo el poderío
de la rauda avenida resonante,
a los demas con el ejemplo incita,
i el peligroso vado facilita;

No de otra suerte el bravo Orlando avanza,
i sonando el gran cuerno miéntras tanto,
(aquel que a millas veinte a oírse alcanza,
i a cuantos le oyen pone horror i espanto),
con voz que se duplica en lontananza
reta al rei de Tartaria, a Radamanto,
Savaron, Poliferno, Santaría,
i a cuantos otros en el campo habia.

Súbita alarma i súbito alarido
discurre por las bárbaras hileras:
todo el mundo a las armas ha corrido;
descójense estandartes i banderas.
Cual vasto mar, que reposó dormido,
si las calladas ondas placenteras
airado vendaval silbando azota,
hierve improvisamente i se alborota;

Así se alza el clamor i se dilata
por lo que Albraca fué, ya vasta arena.
Agricano las armas arrebata,
i que Bayardo se le traiga ordena;
i aquelado paves de negro i plata
embraza, i negro morrion estrena,
que por cimera en vez de airon galano
lleva una muerte con guadaña en mano.

Discurre el noble kan de Tartaría
que el viejo Galafron es quien le ataca,
del cual tuvo noticia que venía
en acorro de Anjélica a la Albraca.
¿Ni cómo imajinar que provenia
toda esta confusion, esta alharaca,
de nueve caballeros solamente,
contra tan grande número de jente?

I por eso al corcel poniendo espuela,
seguido del jigante Radamanto,
corre el valiente rei, que se las pela,
su campo a defender; mas entre tanto
que él corre, o por mejor decir, que vuela,
yo interrumpiendo un rato breve el canto,
tomo para mi lira plectro nuevo,
como para tan alto asunto debo.

CANTO XIV.

ORLANDO EN ALBRACA

El poeta filósofo del Lacio
dice que la mujer (yo no interpreto
literalmente, porque el propio Horacio
se lo prohibe a un traductor discreto;
i si bien ocupando igual espacio
puede expresarse en castellano neto
la misma cosa, hacerlo así sería
al bello sexo gran descortesía);
Dice que la mujer, ya ántes de Elena,
guerras al mundo ocasionó fatales,
cuando el hombre, erizada la melena,
luenga la barba, en grutas i jarales
vida vivió de sobresaltos llena,
i sus rudos instintos animales
con gritos i baladros exprimia,
sin rei, ni lei, ni juez, ni policía.
No hubo aceros allí, paves, ni cota,
i los inciertos amorosos goces
se disputaban como la bellota,
a puñadas talvez, talvez a coces:
andaban nuestros padres en pelota;
pero todo cambió; cunden precoces
artes de destruccion; la ciencia avanza;
se inventan arco i honda, espada i lanza.

El derecho de jentes, aunque justo,
como el de ahora, usaba otro lenguaje:
tirano entre los flacos el robusto
hablaba a lo soez i a lo salvaje.
Decia: «A mí me toca hacer mi gusto,
porque tengo mas fuerza i mas coraje;
i todo aquel que osado se me oponga,
sepa que este puñal le desmondonga.»

Así habló la razon, así el derecho:
hoi (a no ser en uno que otro caso)
no va un rei de ese modo a vias de hecho;
i si saca su hueste a campo raso,
el probar que su fuerza i su provecho
son la justicia, es necesario paso;
i bien porro será quien no lo pruebe
en nuestro sabio siglo diez i nueve.

Ni fué el tipo de Aspasias i Lucrecias
el mismo que despues: ancho el cogote,
i fornida la espalda, i carnes recias,
i encallecido el pié de andar al trote,
i un ribete de zafias i de necias,
eran donaire i hermosura i dote;
i el rapazuelo a la materna ubre
mamaba lo rollizo i lo salubre.

Por este de beldad primer instinto,
temprana Troya, ardió la choza un dia,
i el arroyo corrió de sangre tinto,
i el adüar cambió de dinastía.
Tipo despues acá i allá distinto
prevaleció: la griega fantasía
encarnó el suyo en palpitantes bronces;
¿mas fué mejor que el de ántes el de entónces?

Creo que una joroba no hermosea,
que un hombre sin nariz no es un Apolo,
i que la calva es una cosa fea
en el austral i en el opuesto polo;
sigo tambien la popular idea
de preferir dos ojos a uno solo;
en esto mis creencias recopilo
sobre lo bello; en lo demas vacilo.

Pero cualquier dechado de hermosura
que una edad reconozca i autorice,
cualquiera que el lenguaje i la armadura
sean con que le ensalce i patronice,
siempre de amor la loca travesura
(i de ello Salomon que así lo dice,
dejó en sí mismo insigne documento)
de la razon se burla i del talento.

Testigo este Agrican, que delirando
de amor conmueve el Asia, i luto i duelo
a tantas jentes da; testigo Orlando,
de varonil virtud cabal modelo
en otro tiempo, ahora oprobio infando
de la cristiana fe, del patrio suelo,
embelesado en tontos amoríos,
indignos de su fama i de sus bríos;

Testigo Sacripante, que destruye
todo su pobre pueblo circasiano
por un mentido bien, que se le huye,
cuando ya piensa en él poner la mano.
I a tanto adorador ¿qué retribuye
por el largo penar i el cuotidiano
peligro de la lanza i de la espada
esta mujer falaz, desamorada?

Desamorada para todos, ménos
el que odia i vilipendia su hermosura:
por éste solo anubla los serenos
ojos, a los demas o falsa o dura.
¡Cuántos por ella extensos campos llenos
están de informes troncos, inmatura
mies de la Parca! I ya su altar infausto
viene en sangre a bañar nuevo holocausto.

Forman los dichos caballeros nueve,
aunque pequeña, irresistible escuadra;
la cual, por donde quiera que se mueve,
enteras huestes rinde, abre, taladra.
Como a una causa al parecer tan leve
tanto tumulto en su opinion no cuadra,
ignorando Agrican qué cosa sea,
dudoso un breve instante titubea.

Mas luego Orlando le quitó la duda,
que se le fué, con Durindana, encima.
No recibió Agrican jamas tan cruda
carga, i el mismo rei así lo estima.
En vano se enfurece, en vano suda,
en vano apela al arte de la esgrima,
en vano el tiempo i el esfuerzo gasta:
escasamente a defenderse basta.

Metióse por fortuna de repente
entre los dos gran golpe de canalla,
i a pesar de uno i otro combatiente
partida fué la horrífica batalla.
Orlando se reune con su jente,
i empujan juntos la cerrada valla
de tanta espada, lanza, pica, porra:
no hai sino su valor que los socorra.

Como silbante plomo un balüarte
de débiles adobes aportilla,
las filas de este modo rompe i parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
Descabezados troncos de una parte
i otra cayendo van que es marabilla.
Al ver delante tanta sangre i tanto
destrozo, tiembla Anjélica de espanto.

Pues Agrican, que al fin se desembarga
del gran tropel en que arrastrado jira,
i ve los caballeros a no larga
distancia, i la beldad por quien suspira,
pensad con qué furor vuelve a la carga,
i con cuánta violencia Amor le tira,
cuando a la mano el cielo le coloca
la prenda ántes guardada en la ardua roca.

Contando que la echaba ya la uña,
aguija hacia los nueve; i como era
el buen Roldan la punta de la cuña
que hace en las filas tártaras tronera,
embístele; i si bien no le rasguña
las encantadas carnes, de manera
le muele i le magulla i le fatiga,
que a recojerse en el paves le obliga.

En esto Radamanto, el jayanote
que al duque derribó, da en la tetilla
a Balan con el hasta: al recio bote
va al suelo el rei, hundida una costilla;
pero esgrimiendo el corvo chafarote
lava con harta sangre esta mancilla:
terrible cosa de mirar fué aquella:
de un tajo solo, a dos o tres degüella.

A su corcel por todas partes busca;
que pueda recobrarlo dificulto,
pues tan espesa polvareda ofusca
los ojos, i tan grande es el tumulto,
el confuso tropel i la chamusca,
que a cuatro piés no se distingue un bulto:
triste de aquel que pierde en ella el tino,
pues de salud no encontrará camino.

Visto que le hubo en tan dudoso estrecho,
fué a socorrer Grifon al rei Balan;
i como en otro encuentro se le ha hecho
pedazos el lanzon, i aquel jayan
el suyo enristra i se lo apunta al pecho,
temeroso Grifon de algun desman,
tirale un tajo que le corta el hasta
en dos pedazos, como blanda pasta.

Radamanto, arrojando el cabo al suelo,
recibe con la espada al adversario.
Trábase igual entre los dos el duelo,
i danse golpes con suceso vario.
No se llevaba el uno al otro un pelo
de ventaja; i durara el sanguinario
trance sin duda alguna todo el dia,
si no se entrometiera Santaría:

Santaría de Suecia, que ha querido,
por sus pecados o su mala estrella,
lidiar con Antifor; i le ha cabido
tan desmedida zurra, que atropella
atolondrado i casi sin sentido
por cuanto encuentra al paso, i va i se estrella
con Radamanto i con Grifon, haciendo
tanto alboroto i confusion i estruendo,

Que el corcel del jigante se dispara
i por las filas rompe como flecha.
Crece la turbacion i la algazara;
todos corren a izquierda i a derecha;
corren, i nadie vuelve atras la cara,
i cada cual a su vecino estrecha:
éste empuja, aquél vuelca, esotro casca:
parece el campo súbita borrasca,

Cuando a lo léjos por la mar serena
levanta el viento crespa espuma, i cunde
de un lado i otro el temporal, i suena
mas i mas, segun raudo se difunde,
hasta que el horizonte en torno llena,
i vasta playa estrepitoso tunde:
corriendo el campo va del mismo modo
la horrenda gresca, i lo alborota todo.

Miraba el ruso Argante en otra parte
la reñida refriega, i a su vista
hubo de presentarse Brandimarte,
a quien nada parece que resista.
Un rato aquel bribon se estuvo aparte,
atisbando el momento en que le embista;
i cuando la ocasion vió favorable,
cierra con él, llevando en alto el sable.

Brandimarte, si bien la desventaja
tuvo al principio, se repuso luego;
sube el acero prestamente i baja,
i sigue entre los dos igual el juego.
I de los nueve cada cual trabaja
no ménos; i al herir no dan sosiego
Adriano, el conde Cláros, ni Aquilante,
ni el rei Balan, que haciendo va de infante,

Ni Antifor, ni Grifon, ni el conde Uberto,
ni Roldan, sobre todos animoso;
los cuales juntamente i de concierto,
acuchillando a roso i a velloso,
dejan rastro larguísimo cubierto
de un cúmulo de muertos espantoso;
pero por mas que ayudan a Balano,
fué menester dejarle en el pantano.

Tremendo fué el destrozo, extravagante;
i sin embargo, vese siempre el mismo
descomunal ejército delante,
que no cabe en el campo, ni en guarismo:
en medio de la trápala incesante,
parece que regüelda el hondo abismo,
i que de tanta multitud se ahita,
i nuevamente al mundo la vomita.

Un poco ménos fácil el camino
a la pequeña hueste se ofrecia,
pues se lo cierran Agrican, Brontino,
Lurcon, i Poliferno, i Santaría.
Este, llevando a Uldano de padrino,
a Antifor nuevamente desafía;
i sostiene a los dos aquel bergante
de Radamanto, i a los tres Argante.

Peleaba Antifor heroicamente
con todos cuatro; pero a tanto exceso
no pudo contrastar, por mas valiente
que fuese; en suma, le llevaron preso.
I vueltos al lugar do el remanente
de la cuadrilla aguanta el grave peso
de la enemiga hueste, con mas brava
furia la sanguinosa lid se traba.

Hace la escolta de la bella dama
prodijios de valor en su defensa;
pero Agrican, que cada vez se inflama
en pasion mas ardiente i mas intensa,
«a ellos», furibundo, «a ellos», clama,
i arremete de modo que no piensa
nadie sino en salvar la propia vida,
de cien opuestas puntas combatida.

La dama, al verse en tan estrecho paso,
apelar al anillo determina;
mas metióle en el seno por acaso
al salir del jardin de Dragontina;
i buscándolo ahora (¡fuerte caso!),
no pudo hallarlo; i casi desatina
creyéndolo perdido, i que en perdello
a su mala ventura ha puesto el sello.

Del cabello se tira, i se maltrata,
i al conde voces da que la liberte.
El conde se enfurece, se arrebata,
i llamaradas por los ojos vierte:
tíñesele la cara de escarlata,
i aprieta las rodillas de tal suerte
que no tuvo vergüenza Brilladoro
de echarse a tierra, i brama como un toro.
Mas álzase lijero, que el sañudo
conde le hace saltar de un espolazo.
Ni es ya a sus iras suficiente el crudo
herir de punta i filo i cintarazo:
échase a las espaldas el escudo,
como si le sirviera de embarazo,
i con ambas las manos empuñada
brilla como un relámpago la espada.
Muévese Durindana, que no fuera
cosa facil decir si sube o baja;
i abriendo a su señor ancha carrera,
batallones enteros desparpaja:
asombro da mirar de qué manera
punza, troncha, cercena, hiende, taja:
horroriza el silbar de la iracunda
espada, que de sangre el suelo inunda.
A un peon que se mete en la jarana
degüella; i fué la cosa divertida:
tiene tan fino el corte Durindana,
i cuando el buen Roldan le infunde vida,
con tal blandura i suavidad rebana,
que el pobrecillo no sintió la herida,
i dando tajos, con el ojo abierto,
andaba acá i allá, i estaba muerto.
Ocasion de su propia desventura
fué al pobre Radamanto su grandeza.
Vióle tan alto Orlando, i se la jura.
Tírale un gran fendiente a la cabeza,
i de la coronilla a la cintura
le parte en dos, i ni aun allí tropieza,
que hasta los dos arzones ha tajado:
cayó medio jayan de cada lado.

Hállase Saritron algo adelante,
haciendo de peones gran cosecha;
i vista la trajedia del jigante,
de escabullirse la ocasion acecha.
Rebanóle la espada fulminante
el tronco de la izquierda a la derecha:
cayó el sangriento busto al pié de Orlando,
i siguen las dos piernas cabalgando.

Hácele igual honor al rei Brontino,
pues de un reves le corta la cabeza,
que con el yelmo i la cimera vino
rodando por el campo una gran pieza.
Pendragon, rei de Gocia, en el camino
estaba por descuido i por simpleza:
tírale Orlando al cuello una estocada,
i le salió por la cerviz la espada.

La cual, no hallando obstáculo bastante,
hasta la guarnicion no es mucho que entre,
ni que como esconderse piense Argante
detras de Pendragon, saliendo encuentre
la punta de la hoja penetrante
al pobre diablo, i le barrene el vientre:
cae muerto Pendragon, i al mismo punto
Argante echó a correr medio difunto.

Corria el infeliz cuanto podia,
sobre el arzon llevando la asadura,
miéntras que Orlando en pos tambien corria,
que la cuestion finalizar procura;
i de paso una gran carnicería
hace de cuanto encuentra en la llanura.
¿A qué pedir perdon, merced ni gracia?
que su furia, aun matando, no se sacia.

No hai terremoto, no hai tormenta oscura,
ni rápida avenida, que le iguale;
no le resiste espada ni armadura;
huir o pelear lo mismo vale;
pone espanto de léjos su figura,
que entre un monton de muertos sobresale;
parece que en el yelmo el rostro le arda;
todos al verle gritan: «¡guarda! ¡guarda!»

Con Agrican batalla pavorosa
trababa en tanto el jóven Aquilante,
cerca de donde Anjélica llorosa
llamaba a voces al señor de Anglante.
Era ya de Aquilante peligrosa
la situacion; mas llega en ese instante
el conde, quebrantando armas, bridones,
banderas, caballeros i peones.

Como era aquel mancebo su pariente,
sobrino de Alda bella, i le traia
a mal traer el tártaro inclemente,
i las plegarias de su dama oia,
quiso librar el pleito a un gran fendiente
sobre el testuz del rei de Tartaría:
tigre sobre la res no da igual salto
que el conde sobre el rei, la espada en alto.

En la cabeza el mas desapiadado
golpe que dado fué jamas, le asienta.
Merced al morrion, que era encantado,
Agrican, si no es eso, no la cuenta.
Quedó el rei de sentido enajenado,
i apénas a caballo se sustenta;
mas el jentil bridon, huyendo a escape,
impide que a su dueño el conde atrape.

Bayardo era el bridon, i el conocello
marabillado al conde Orlando deja:
ántes no pudo reparar en ello;
tanto le desfigura i desemeja
la malla que le cubre frente i cuello
i el cuerpo hasta la cola i la cerneja.
Orlando aguija con el doble empeño
de apoderarse del bridon i el dueño.

Síguelo por el campo a rienda suelta
creyendo que la dama no tenia
ya que temer; mas en la gran revuelta
que en rededor por todo el campo habia,
ejecutaron una accion resuelta
Poliferno, Lurcon i Santaría:
Santaría a la dama echando el guante
llévasela abrazada por delante;

I defiende la presa Poliferno
i el rei Lurcon, i se le junta Uldano,
sin duda alguna el mas malvado terno
que tuvo en sus brigadas Agricano.
Los seis barones entre aquel infierno
de bruta jente casi dan de mano,
contra tan grueso ejército, a la empresa
de salvar a la mísera princesa.

Lástima grande causa oir el duelo
de la cautiva, que, a los vientos dando
la rubia cabellera, sin consuelo
gritaba: «¡Orlando mio! ¡Amado Orlando!»
Traen a Clarion al redopelo,
i a Brandimarte va el vigor menguando;
ni ya es Uberto a resistir bastante,
ni Grifon, ni Adriano, ni Aquilante.

Agrican, que entre tanto se recobra,
vuelve anhelante a vindicar su afrenta;
i vuelve en pos Orlando, que la obra
creyó acabada por error de cuenta.
Con gran sorpresa advierte que zozobra
el bando amigo en mui mayor tormenta,
i oye la voz doliente de la dama
que sin cesar «¡Orlando! Orlando!» clama.

Lánzase como un tigre a la pandilla
que le lleva su dueño soberano,
i a Lurcon en la misma coronilla
un golpe da como de aquella mano:
hácele la cabeza una tortilla,
que, en vez de dar de filo, dió de plano:
el yelmo a tierra va, si ántes redondo
i empenachado, informe ahora i mondo.

¡Extraña cosa, inusitada i fiera,
que superar parece a fuerza humana!
No se ve de Lurcon la calavera
en parte alguna próxima o lejana;
dentro del yelmo no se halló ni fuera;
volvióla toda polvos Durindana.
Medroso Santaría, solo pudo
en la bella cautiva hacerse escudo.

Otro recurso o fuerza o poderío
que en aquel trance le defienda, ignora.
Sujeta el brazo i tiene a raya el brio
el conde, por no herir a su señora.
Mas ella grita: «Orlando, Orlando mio,
si me tienes amor, muéstralo ahora;
mátame con tus manos; ántes muera
que verme de estos canes prisionera.»
Confuso el conde i por demas perplejo
no sabe qué resuelva; al fin, la espada
envaina, i toma por mejor consejo
matar aquel ladron de una puñada.
Temblaba el malandrin por su pellejo;
i al ver la invicta diestra desarmada,
creyó trocado el lance, i determina
valerse de ocasion tan peregrina.
De la dama que lleva delantera
sobre el siniestro brazo echó la carga,
porque mejor de adarga le sirviera,
dado que menester hubiese adarga;
i al conde una estocada en la ventrera,
mucho mas pronto que lo digo, alarga,
que, echado a las espaldas el escudo,
de todo amparo le creyó desnudo.
Mas el escudo al conde tanto importa,
como si fuera un bulto de diamante.
El conde quiso hacer la cuenta corta
pagando con usuras al instante:
a dos dedos del tronco de la aorta
le imprime el puño i el ferrado guante;
quítale así la vida; así rescata
la bella presa, i de salvarla trata.
En brazos la tomó, i el acicate
hincando a Brilladoro, hacia la Roca
corre veloz, i cuanto encuentra abate.
Agrican, que le ve, se abrasa en loca
furia; seguirle quiere; mas combate
con seis a un tiempo, i lo peor le toca:
los seis la lid con nuevo aliento emprenden,
i ya en lugar de defenderse, ofenden.

Llega en tanto a la puerta del castillo
el conde amante, i que le admitan ruega;
mas Trufaldin, el consumado pillo,
asomado a una torre, se lo niega;
i no solo rehusa recibillo,
sino le insulta, i a intimarle llega
que guerra les harán él i su jente,
si de allí no se apartan prontamente.

Insta la dama i llora; mas en vano.
Grita i brama Roldan; pero sin fruto.
Acércase Agrican; se acerca Uldano;
i nada mueve el alma de aquel bruto.
Hierven de jentüalla risco i llano,
i estará toda en ménos de un minuto
al pié del alta roca; i el malvado
mas terco cada vez, mas obstinado.

Las piedras i los dardos menudea
mezclando con las obras el denuesto.
Pues ¿quién podrá formarse alguna idea
de la pasion, del frenesí funesto
que al corazon de Orlando señorea,
en tal peligro i tal afrenta puesto?
Brama de enojo i de pavura treme;
mas no por sí, por ella solo teme.

Teme por la beldad que adora fino:
en cuanto a sí ningun temor abriga.
Le arroja de los muros Trufaldino,
i ya la chusma bárbara enemiga
envuelta en polvoroso remolino
osada embiste, i mas i mas le hostiga
con dardos, i venablos, i saetas,
al son de los clarines i trompetas.

Clarion, i Aquilante, i Adriano
lidian con Agrican a todo trance;
el noble Uberto es un leon insano;
donde él está no hai bárbaro que avance;
proezas de ardimiento sobrehumano
hace Grifon en repetido lance;
i Brandimarte, si decirse puede,
en fuerza i brio a los demas excede.

La dama en tanto al pié del muro jime,
i ruega humilde el conde a Trufaldino
que por Dios se conduela i se lastime
de una infeliz que a tan cruel destino
reducida se ve: nada hai que lime
el corazon perverso, diamantino,
de aquel traidor, para quien es materia
de pasatiempo el llanto i la miseria.

No hai ruego, no hai promesa que le ablande,
i en el alma de Orlando el reprimido
furor fermenta; i cada vez mas grande,
revienta al fin con hórrido estallido.
Por mas que el conde a sus afectos mande,
por mas que en el hablar, desconocido
le fué el baldon, denuestos cuando tocan
en lo mas vivo, a denostar provocan.

«Recibirásme, infame, a tu despecho,
le dice; haz cuanto puedes, cuanto sabes:
será este muro en átomos deshecho
para que al fin, como debiste, acabes;
arrancaré de tu alevoso pecho
el corazon; lo comerán las aves;
nada, aunque fuese el mundo de tu parte,
de la horca, follon, podrá salvarte.»

Diciendo así, descarga con el lomo
de la espada tal golpe en la muralla,
que hace saltar dos piedras de gran tomo.
Trufaldin, que de Orlando en la batalla
supo los hechos, i ve ahora cómo
terror infunde i susto a la canalla,
i se figura que a la roca misma
con la tremenda espada hunde i abisma,

I observa el fuego que en sus ojos arde,
i oye de aquel acento la braveza;
como de suyo es la traicion cobarde,
pónese a tiritar de pié a cabeza;
i si ántes hizo de insolencia alarde,
de abatimiento ahora i de bajeza.
«Pon mientes, conde, a lo que digo; apelo
de mi verdad en testimonio al cielo.

«Negar no puedo, ni negar podria,
que contra mi señora he delinquido;
pero la culpa principal no es mia,
que en Dios i en mi conciencia no he tenido
la menor intencion de felonía,
i probarélo, siendo Dios servido.
Contra mí cometieron mil excesos
mis camaradas, i los puse presos.
«Esta es mi culpa, i es lo que me abona
si todo falso juicio se destierra;
porque jamas fué blanco una persona
de tan injusta i tan malvada guerra.
Mas como el ofensor nunca perdona,
sé que, en viéndose libres, cielo i tierra
moverán contra mí, i han de quererte
inducir a mi afrenta i a mi muerte.
«Así que, mi señor, si entrar pretendes,
será con pacto i juramento expreso
de que a pié i a caballo me defiendes,
i me mantienes salvo, sano, ileso,
i si alguno me ataca, al punto emprendes
batalla, i me le entregas muerto i preso.
Si esta precisa condicion te agrada,
entras; si no la aceptas, no hai entrada.
«I lo que a ti te digo, a todos digo:
a nadie admitiré, sin que primero,
poniendo a el alto cielo por testigo,
me dé palabra i fe de caballero,
que en todos lances estará conmigo,
i ha de ampararme a fuero i contra fuero,
miéntras se tenga en pié, miéntras respire;
i el que no jure así, que se retire.»
Orlando inexorable se lo niega,
ántes con mas enojo le amenaza;
mas la dama intercede i se lo ruega,
i el cuello al conde estrechamente abraza.
Aquella alma soberbia se doblega,
i a Trufaldin le sale bien la traza.
El desabrido trago apura el conde;
jura por sí i de los demas responde.

Aquilante, Agricano, Brandimarte,
Grifon i Clarion i el conde Uberto,
lidiando están con Agricano aparte,
que, si bien de fatiga medio muerto,
fiera descarga entre los seis reparte;
i aunque en la Roca al fin tomaron puerto,
si Orlando en su defensa no viniera,
desocupado ya, no sé qué fuera.

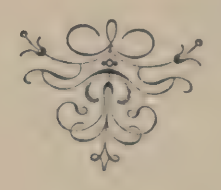
Pues, como digo, entraron en la Roca,
asilo dentro i fuera mal seguro,
donde por toda municion de boca
un caballo salado, seco i duro,
se les sirve a la mesa, i no fué poca
dicha, que, estando bloqueado el muro
de tanta muchedumbre, alguna jente
tuvo en esta ocasion que estar a diente.

Cupo a Roldan de aquel caballo un cuarto,
i se comieron los demas el resto.
Aunque la carne está como un esparto,
no hubo ninguno que le hiciera jesto.
Diz que Roldan apénas quedó harto.
Ello es que consumido ya el repuesto,
o han de buscar, lidiando, vitüalla,
o será con el hambre la batalla.

Determinaron que al siguiente dia
Roldan con este fin bajase al llano,
i que le hiciese Uberto compañía,
Clarion i Brandimarte i Adriano.
I porque justamente desconfía
de Trufaldin el senador romano,
a Grifon i Aquilante en el interno
ámbito del castillo da el gobierno.

Orlaba el manto de la noche umbría
una cinta en oriente rosa i alba,
i el coro alado en dulce melodía
cantaba ya la bienvenida a el alba.
Sale Roldan con el naciente dia;
i sonando su cuerno, hace la salva
al ejército tártaro: aquel cuerno
que remeda el bramido del infierno.

No alegre entónces i festivo suena
como de quien cazando se deporta,
sino como la nube cuando truena,
i sierpes de purpúrea lumbre aborta.
De sobresalto i de pavor se llena
la hueste de Agricano, i queda absorta:
no hai uno solo que a Roldan resista;
todos corren, huyendo de su vista.
Solo a los fujitivos el sañudo
Agricano delante se presenta.
El acero mostrándoles desnudo,
en balde contener la fuga intenta;
que si atajarla en una parte pudo,
por otras mil la turbacion se aumenta,
i al ronco son que amenazando brama,
veloz por todo el campo se derrama.
Vuelve altivo los ojos Agricano,
i al ver que en derredor de monte a monte
hierve el cobarde vulgo, i en el llano
la amedrentada turba hace horizonte,
la espada envaina: la derecha mano
(cual ánjel infernal que al cielo afronte)
alza, apretando el puño fieramente,
i de mirar no se dignó a su jente.
Della no haciendo ya maldito caso,
monta el corcel, escudo toma i lanza,
por la revuelta chusma se abre paso,
i a la contienda embravecido avanza.
Combatir quiere él solo a campo raso;
i lleno de valor i confianza,
suena tambien su cuerno horriblemente.
El resto oireis en el cantar siguiente.



EL PROSCRITO

FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA



EL PROSCRITO

FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA

CANTO I.

LA FAMILIA

«Keep thy smooth words and juggling homilies
for those that know thee not.»
(Lord Byron.)

Ante la reja está de un locutorio
de monjas, a la hora de completas,
(no digo la ciudad ni el territorio
por evitar hablillas indiscretas),
la mujer del anciano don Gregorio
de Azagra, caballero de pesetas
pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre,
a quien ni aun la pobreza empaña el lustre.

Que dió espanto a las huestes agarenas
un don Gómez de Azagra con la espada,
i añicos hizo él solo tres docenas
de moros en la Vega de Granada;
i que su sangre corre por las venas
de don Gregorio, en cuya dilatada
prosapia no encontró jamas indicio
judaico que tiznar el Santo Oficio;

Ni cayó de traicion la mancha fea,
ni hubo sectario alguno de Mahoma,
ni abuelo con raíces en Guinea,
ni, en fin, mas fe que la de Cristo i Roma,
claramente verá todo el que lea
(donde se lo permita la carcoma)
la iluminada ejecutoria antigua
que contra malas lenguas lo atestigua.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
dos minas broceadas; vasta hacienda
de campo, que le rinde renta magra;
i vieja casa de capaz vivienda,
do la vida le endulza i le avinagra
alternativamente la leyenda,
el mate, la tertulia un corto rato,
los acreedores, la mujer i el flato.

Era tambien de esclarecida cuna
su mujer doña Elvira de Hinojosa;
i aunque en el matrimonio la fortuna
de su marido no medró gran cosa,
fué una santa mujer sin duda alguna;
i como tan austera, escrupulosa
i timorata que es, ciertas cosillas
que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

A la tertulía sin cesar combate,
porque se viene tardes i mañanas
a beberle la aloja i chocolate,
gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
i algunas veces le llamó Juan Lanas:
quiere que todo, en fin, se le someta,
i trata a don Gregorio a la baqueta:

Cosa mui natural seguramente
en tan alta virtud; ni pudo ménos
la que abrasada en santo celo, siente,
aun mas que sus pecados, los ajenos.
I lo peor de todo es que el pariente,
cuando estalla en relámpagos i truenos
su bendita mujer, vira de bordo,
toma la capa, o calla i si hace el sordo.

De esta feliz matrimonial coyunda
tuvo Azagra hijos dos: perdió el primero;
i le vive Isabel, prole segunda,
que ya su corazon ocupa entero.
No ha vuelto la señora a ser fecunda;
i como la Isabel de enero a enero
en aquel monasterio se lo pasa,
no hai mas que Elvira i don Gregorio en casa.

De lo que dejo dicho se colije
que la tal Isabel es la heroína
de mi leyenda, i de rigor se exije
que la retrate. Cabellera fina,
rizada sin que el arte la ensortije,
negra; rosada cútis; coralina
boca con marfilada dentadura;
espalda, cuello i brazos, nieve pura.

De beldad envidiados caractéres,
Isabel, en tu patria ménos raros,
madre de donosísimas mujeres,
de hombres valientes i de injenios claros;
pero en el talle esbelto única eres,
i en esos ojos, de su fuego avaros:
fuego amoroso i juntamente esquivo,
en tus tímidos párpados cautivo.

Edúcase la niña en el convento,
sin ver ni la ciudad, ni la paterna
casa jamas. El crítico momento
de pronunciar su despedida eterna
del mundo va a llegar; i el pensamiento
(en que arrullada fué desde la tierna
infancia) de celeste desposorio,
a toda la familia es ya notorio.

Quiere su madre, i quiere frai Facundo,
su confesor, que tome luego el velo;
i ella, a quien el recinto del profundo
retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
el universo todo, ella, que el mundo
recuerda como un sueño vago, al celo
del confesor i a la materna instancia,
cede sin aparente repugnancia;

Bien que a las veces este sueño vago
le muestra un no sé qué dorado, hermoso,
que hace en el alma excitador halago,
mui diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el rio, el lago,
la montaña elevada, el mar undoso,
i en libertad triscar por la pradera,
con alguna querida compañera:

Objetos que no ha visto i se figura
aun mas bellos acaso que la propia
naturaleza; pues la infiel pintura
de la imajinacion, partes acopia,
que unidas no se ven; i es toda pura,
es toda bella i diáfana la utopia
de jóven alma, que su forma aeria
i su albor virjinal da a la materia.

«¿I este claustro ha de ser depositario
de mi existencia toda?» Isabel mira
el silencioso, umbrío, solitario
recinto; i sin saber por qué, suspira.
«¿Viviré, como vive mi canario,
que sin cesar de un lado al otro jira
de su prision, i sin cesar se roza
contra las rejas?» Isabel solloza.

Pero este triste pensamiento pasa,
como en el cielo fujitiva nube,
como el aura sutil que un lago rasa;
i a su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que frai Facundo se propasa
a declarar que no es razon se incube
con tan superfluo empeño en esa idea,
pues la niña consiente i lo desea:

Que de su inclinacion sale garante,
en cuanto serlo puede el juicio humano;
pero que el corazon es inconstante,
el juvenil espíritu liviano;
i perder no se debe un solo instante
en cumplir un designio tan cristiano,
poniendo un muro indestructible, eterno,
entre el alma inocente i el infierno.

«Esto (concluye) es lo que pide el caso:
no aburrir con sermones a la niña.»—
«Eso es lo que repito a cada paso,»
Elvira dice, i maliciosa guiña.—
«Estoi (responde Azagra) un poco escaso;
pero con la primera plata-piña...»
Mirando a su mujer medroso calla:
la doña Elvira por un tris estalla.

Solo el respeto al padre la modera.
«¿Qué plata-piña? dice. ¿Cuánta han dado
tus minas, perdurable sangradera
de dinero, en este año, ni el pasado,
ni en seis años atras? Si la primera
plata-piña es el fondo destinado
para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿por qué no dices claro: *no la doto?*»—

«Si no han dado, darán.» Aquí el enojo
de doña Elvira iba a soltar el dique,
i Azagra echaba a su sombrero el ojo,
pues no sabe qué alegue, o qué replique,
cuando el padre, advirtiendo por el rojo
color de doña Elvira, que está a pique
de reventar la concentrada bílis,
«Mi don Gregorio, en eso está el busílis

(Dice con una flema, una cachaza
admirable): en que den. Pero yo pienso
que podemos hallar alguna traza...
algun arbitrio... verbigracia, un censo
sobre la hacienda.» Doña Elvira abraza
la indicacion con un placer inmenso:
«Ya se ve: ¿por qué no?»—«Si acaso el fundo
no está gravado (agrega frai Facundo;

I una mirada exploratoria lanza,
como que algun obstáculo presuma);
i si lo está, con una buena fianza
podemos a interes buscar la suma.
Mi compadre don Alvaro Carranza»...—
«Al que en sus garras pilla lo despluma,
(responde Azagra). No se piense en eso;
un dos por ciento, padre, es un exceso.»—

«Su tertulio de usted don Agapito,»...
repone el fraile. Elvira refunfuña:
«No le puedo tragar: es un bendito,
que come, bebe, pita, el mate empuña,
i sorbe, i charla; i no le importa un pito
que la señora de la casa gruña.
Solo el mirarle (Dios me lo perdone;
pero no está en mi mano), me indispone.»—
«Caridad!»—«I su tema favorito
es toma el fraile i daca la beata.»
«Hereje (dice el padre); un sambenito
le viniera de perlas. ¡Democráta!
¡francmason! Pero al fin don Agapito
es hombre servicial i tiene plata.
Ocurramos a él: sé que le sobra:
hará a lo ménos esa buena obra.»
Ello por mas que don Gregorio tienta
medios para salir de un compromiso
que a su cariño paternal violenta,
(pues en su corazon está indeciso,
i si accede al monjío, lo aparenta,
por amor a la paz); quiso o no quiso,
acuerdan apelar al contertulio,
i hacer la fiesta en el cercano julio.
La precedente discusion pasaba
en la mañana misma de aquel dia
en que, como ántes dije, Elvira hablaba
por entre la enrejada celosía
a las amigas monjas: se trataba
de la pobre Isabel... Mas todavía
no le llega su turno al locutorio,
que tiene la palabra don Gregorio.
Acabo de decir que consentia
por el bien de la paz en el monjío.
Aun cuando el primojénito vivia
(que pereció cautivo al filo impío
de cuchilla araucana), lo tenia
por un desacordado desvarío,
bien que pacato, tímido, indolente,
nunca lo contradijo abiertamente.

De lo que procedió que, poco a poco
i sin sentirlo, a indisoluble empeño
se viese encadenado. «¿Estaba loco,
decia, o de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
que a todos los caprichos me sujeta
de ajena voluntad! Soi un trompeta...
«¿Qué digo?... un padre bárbaro, inhumano,
que ve inmolar esa inocente niña
a un celo iluso, que a interes mundano
sirve talvez, o a infame socaliña,
i no osa alzar la voz, meter la mano,
porque su ama i señora no le riña,
i no regañe el necio conciliábulo
que la da en su delirio apoyo i pábulo.
«Nó, ¡por Dios!, no he de ser yo quien permita
se sacrifique así, se eche una losa
sepulcral a mi pobre Isabelita:
no será que me arranquen mi amorosa,
mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa...
Que truene! El corro ladrará... Que ladre!
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.
«Pero si ella ama el claustro, si la encanta
el claustro, como afirma el fraile seria
i gravemente, (i nadie tiene tanta
proporcion de juzgar en la materia),
¿debo yo de esa senda pura i santa
extraviarla, hundirla en la miseria
i corrupcion del mundo?—No lo creo,
porque una cosa dicen i otra veo.
«Ella es verdad que salta i juega i rie;
¿mas quién no juega i salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fie,
que de tener se precie un ojo lince.
El que la observe, el que en su rostro espíe
ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
verá que en sus adentros Isabela
contra ese pensamiento se rebela.

«De cierto tiempo acá se me figura
que pensativa i lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesion futura,
escápasele a hurto algun suspiro.
I si su madre la elocuencia apura
pintando las delicias del retiro,
vuelve a un lado los ojos, o impaciente
suele tocar asunto diferente.

«¡Cuántas veces en mí clava la vista,
i luego meláncolica la baja!
No se queja, es verdad; no habla; no chista;
mete ella misma el cuello en la mortaja;
en vez de que la esquive o la resista,
a las que se la ponen agasaja:
así va el corderillo al matadero,
i le lame la mano al carnicero.

«¿I yo he de consentirlo? Si viviera
mi malogrado Enrique, ese consuelo,
ese apoyo, ese báculo tuviera
en mi vejez... ¡mas cómo, santo cielo!
cómo dejar me quiten mi postrera,
mi única prenda? A ti, mi Dios, apelo:
tú con las fuerzas los deberes mides,
i sacrificio tanto no me pides.»

El buen señor los sesos se devana,
i no ve cómo salga del apuro.
A una mujer tan terca i casquivana
hacer la guerra cara a cara es duro.
Su inconquistable jenio le amilana:
a la sordina es mucho mas seguro.
Un instrumento fácil i espedito
se le presenta; i es don Agapito:

Don Agapito Heredia, el tertuliano
de cuyo filantrópico bolsillo
iba a salir la dote: buen cristiano,
si los hai, aunque amigo del tresillo,
mas que del ejercicio cuotidiano,
i nada afecto a jente de cerquillo:
injusta prevencion, que no me admira
le tenga en mal olor con doña Elvira;

Pero a lo que maquina don Gregorio
circunstancia en extremo favorable;
pues el proyecto Heredia hará ilusorio,
o al ménos, por lo pronto, impracticable,
con un *nó* terminante i perentorio,
cuando con él la pretension se entable;
para lo cual hablarle piensa al punto
con la reserva propia del asunto.
En el suceso don Gregorio fia
haciendo entre los dos aquel enjuague;
i si mas adelante otra crujía
sobreviniere que a Isabel amague,
«Con esta industria no hai temor, decia;
porque miéntras la dote no se pague,
(que no se pagará *volente Deo*),
pensar en el monjío es devaneo.»
Miéntras que así discurre el caballero,
i el vaporoso espíritu refresca
dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
suena la piedra hérida, arde la yesca;
i ya ondeante nube de lijero
humo el cigarro esparce, que la gresca
de pensamientos ajitados calma,
i en deliciosa paz aduerme el alma.
Si no estuviera yo de prisa ahora,
(que a la mujer de nuestro don Gregorio,
por lo ménos habrá su media hora,
a la reja dejé del locutorio),
gustoso templaria la sonora
lira para cantar a mi auditorio,
tabaco amado, compañero mio,
tu blando, inesplicable poderío.
Ya el cigarro te exhale, o ya circules
en largos tubos o enroscadas pipas,
o en polvo las narices estimules,
tú los cuidados, tú el pesar disipas.
A príncipes, magnates o gandules,
¿una incomodidad ralla las tripas?
¿abruma la fatiga? ¿enfada el ocio?
Tú eres del alma cordial socrocio.

Despejas tú la embarazada cholla
del sabio, i le solazas las vijilias;
mas vívidos sus cuadros desarrolla
el pensamiento, cuando tú le auxilias;
i si el poeta alguna vez se atolla,
le acorres tú; la rima le concilias
que a sus esfuerzos se resiste ingrata,
i en fácil verso el númen se desata.

Mas ahora es forzoso que se trate
de don Gregorio, que discurre i pita,
pita i discurre; i luego pide un mate:
«¡Un mate!»—El buen señor se desgañita,
i el mate no parece. «¡Cunefate!
Serafina! Tomasa! Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

Viene por fin el mate.—«¿I doña Elvira?»—
«Salió»—Gregorio pone el jesto grave,
sorbe, i a la pared atento mira.—
«¿I Margarita donde está?»—«¡Quién sabe!»—
«Toma; i no mas.»—El mozo se retira.—
«Cierra esa puerta, ¡bestia!»—«¿Le echo llave?»—
«¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala solo, i márchate, camueso.»

Tras esto don Gregorio se reclina,
i echa ántes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
viene a decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
porotos, charqui, un pavo, tal cual fiesta,
es, con su buen por qué de ají i de grasa,
lo que da la despensa de la casa.

Un rato Azagra está meditabundo;
i ya que el buche con un trago enfría
de lagrimilla, «Es mucho frai Facundo
(dice como entre veras e ironía);
¡qué talento de fraile! i ¡qué rotundo,
qué colorado está! Por vida mia,
¡que tiene harta razon su reverencia,
para decir que engorda la abstinencia!»

Dudando si lo que oye es befa o loa,
dice la dama con mirar perplejo:
«Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
es hombre de virtud i de consejo.»—
«I do el siervo de Dios pone la proa,
responde en tono socarron el viejo,
no hai cosa que al esfuerzo no sucumba
de su elocuencia.» Impertinente zumba,
I de que el buen señor se arrepintiera
en otras circunstancias. Ni al presente
osara tanto Azagra, si no fuera
que al recordar su treta, el pecho siente
bullir de gozo. Elvira no se altera:
«Resuella por la herida mi pariente,»
dice a su sayo i calla.—«Fué un bonito
recurso el de la bolsa de Agapito,
Prosigue Azagra. Es franco caballero;
tengo de su amistad mas de una prueba;
i prestará gustoso su dinero,
cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero.»—
«Nuestra Señora sus entrañas mueva,
i nuestro pensamiento ponga en planta;»
contesta doña Elvira, i se levanta.
Don Gregorio tomó sombrero i capa;
doña Elvira la saya i la mantilla.
Ella se va a las monjas; él se escapa
al tajamar, en donde la pandilla
de tertulianos al pasar le atrapa.
Se habla de independencia i de malilla;
i de Marcó del Pont i de la España,
i de cera, polvillo i telaraña.
Eran aquellos dias de funesta
memoria, en que la Patria moribunda
cambió en lutos la túnica de fiesta,
i la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
al astro de la gloria, ya en profunda
sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
i no divisa un término a su duelo.

Noche improvisa oscureció la aurora
de libertad. Venciste, ¡tiranía!
Mártires i cautivos atesora
allá el presidio, acá la tumba fria;
i de los hijos que la Patria llora
se ve crecer la suma cada dia.
Doquiera oculto el espionaje acecha,
i va la proscripcion tras la sospecha.
Noche fué de dolor; no de letargo;
que si el pecho una vez respira aliento
de dulce libertad, no sueñe largo
desmayo, ni durable rendimiento
el opresor: vendrá desquite amargo;
de la retribucion vendrá el momento:
miéntras él altanero se entroniza,
arde divino fuego en la ceniza.
Tal el estado de la Patria era:
reina Marcó del Pont; i aquella inculta,
baja, soez canalla talavera
roba, asesina, i mas que todo, insulta.
El *diez i seis* principia su carrera,
i a la arboleda i a la mies adulta
las frutas pinta i las espigas dora,
ardiendo el campo en sed abrasadora.
I a par del turbio rio iba i venía
nuestra tertulia en platicar discreto,
que temeroso de escondido espía
tras cada tronco i cada parapeto,
en tímido susurro se confía
con aire de misterio i de secreto
cada vez que dan sueltas a la crítica
sobre cualquier asunto de política.
De varias trazas eran, jenios, modos;
i aunque de armas tomar ninguno fuera
(porque de los cincuenta pasan todos),
son por una mismísima tijera
cortados en tratándose de godos;
i si de Elvira el nombre no sirviera
de proteccion, tuvieran hoi la cancha
en parte no tan fresca ni tan ancha.

Este de O'Higgins el valor celebra,
o de Carrera o Freire las hazañas;
quién la exaccion deplora, que a una quiebra
le reduce i le saca las entrañas;
maldiciones aquél (¡qué horror!) enhebra
contra el augusto rei de las Españas;
i en profética trípode se encumbra
alguno ya, i a San Martin columbra.

Sentada en tanto Elvira ante las rejas
del locutorio, como arriba indico,
alijeraba un poco las bandejas
de las devotas madres. Con el pico
que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
moviendo sobre el seno el abanico,
i dando todo el grato condimento
en que consiste la sazon de un cuento;

No el de la destruccion que hiere i mata,
mas de la caridad que muerde i pica,
con aquella prudencia timorata
i aquel celo cristiano que edifica.
De esta manera justamente trata
a don Gregorio su mujer: critica
su dejadez; su indevocion censura;
mas, propiamente hablando, no murmura.

Sobre el programa, en fin, del ya cercano
monjío el jeneral discurso rueda.
Tembló Isabela oyendo aquel tirano
decreto que en un claustro la empareda;
cáesele el abanico de la mano;
pierde el color; atónita se queda;
mas al imperio maternal se inmola,
i no pronuncia una palabra sola.

Nadie averigua si en el alma siente
inclinacion al relijioso estado.
¿Puede no amar la jóven inocente
el santo asilo donde se ha criado?
Aquel *sí* irreflexivo, indiferente,
pedido no diré, sino dictado
a la niñez que su sentido ignora,
indisoluble vínculo es ahora.

¡Indisoluble!... así lo juzga. El pecho
que resignado i dócil i sumiso
natura i arte a competencia han hecho;
a quien la abnegacion deber preciso,
i ajeno mando es natural derecho;
que solo quiso, en fin, lo que otro quiso;
¿la suerte que una madre le destina
rechazar osará? Ni aun lo imajina.
«¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
¿No he sido siempre destinada al velo?
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
el cielo mismo; ¿i contradigo al cielo?
Un mundo vil, que tanto vicio infama,
¿he de poner con Dios en paralelo?»
Diciendo así, conformidad serena
rayó en el alma, i mitigó la pena.
Esto en el sobredicho locutorio;
miéntras desde el paseo le decia
a su cara consorte don Gregorio:
«Bravo chasco te pegas, prenda mia.»
Jamas le vió el andante consistorio
de tan jovial humor como aquel dia;
¡mísero! i truena ya la nube parda
de la tormenta horrible que le aguarda.
Luego que la oracion da el campanario
de la vecina iglesia, a la morada
de don Gregorio van, donde el rosario
rezaban doña Elvira i su mesnada.
No hubo esta noche nada estraordinario
en la tertulia: naipes, variada
conversacion, el consabido mate,
cigarros, dulce, aloja i chocolate.
Al sonar el reloj las nueve i media,
«Señores, con la música a otra parte,»
a sus contertulianos dice Heredia;
i cuando ya, como los otros, parte,
el don Gregorio la ocasion promedia,
i a hurto en baja voz, «Quisiera hablarte,
le dice, es un favor de poca monta;
i...»—«Ya sabes que está mi bolsa pronta

Para servirte,» respondió Agapito.
Negocio concluido; no hables de eso.»—
«No es lo que tú imajinas; es...»—«Repito
que es cosa hecha, peso sobre peso.»—
«¿Qué cosa?»—«Los dos mil.»—«No necesito.
En otra mui distinta me intereso.
No quiero que prometas, ni que entregues,
ni que fies: se trata de que niegues.»—
«¿Que niegue? Es imposible, amigo: es tarde.»—
«¡Misericordia!»—«Frai Facundo vino
(eran como las cuatro de la tarde)
con un recado mui atento i fino
de tu querida esposa, que Dios guarde...»—
«No pases adelante; lo adivino»—
«Como me aseguraba tu anüencia,
expresada, me dijo, en su presencia...»—
«Sí, la expresé, con una soga al cuello.»—
«I como entiendo que la niña anhela
meterse monja, i empeñada en ello
parece estar tu santa parentela...»—
«Basta, no digas mas. Echado el sello
a mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al reves, Heredia, me sucede.
Parece que el demonio lo hace adrede.»—
«No tal: esos petardos te granjea
el hacer, como haces, a dos caras.
Si no quieres que ciña la correa
tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?
I si la pobre chica titubea,
o lo repugna, i tú la desamparas
que protejerla debes, cruel, impía,
abominable esa omision sería.
«I mas diré. Si yo su padre fuera,
i en esa tierna edad la viera ansiosa
de vestir el sayal, lo resistiera
con todo mi poder; que no, no es cosa
en que se deba estar a la lijera
decision de alma incauta, veleidosa,
dócil a toda voz, a todo imperio,
el consignar la vida a un monasterio.

«La que renuncia al mundo en esa verde
edad primera, ¿podrá ser que estime
lo que la aguarda, o sepa lo que pierde?
I cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
cadena eterna, i despechada muerde
el duro hierro, ¿a quién acusa, dime?
Al que su juicio leve, antojadizo,
debió haber alumbrado, i no lo hizo.
«En dar consejos donde no hai deseo
de recibirlos, siempre hallé reparo.
Mi jenio lo repugna. Mas te veo
en afliccion, i debo hablarte claro.
Tu flojedad es un delito feo.
La autoridad paterna es el amparo
natural de Isabel. Defiende, guarda
su inocente candor. ¿Qué te acobarda?»—
«¿I entregado el dinero fué?»—«Lo mismo,
porque lo tengo prometido i pronto.»—
«¿A quién se puso, Heredia, un sinapismo
como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
sufrió jamas tan fiero despotismo?
Pero verán, si en cólera me monto,
de lo que soi capaz. Volverá al techo
paterno mi hija... volverá a mi pecho...
«Volverás, volverás, yo te lo fio...
Harto tiempo tratada como ajena
fuiste ya, mi Isabel, regalo mio,
víctima de...» Diciendo así, refrena
la voz un repentino escalofrío:
en el hinchado esófago le suena
tumultuoso vapor; eructa; brama;
en suma, le da el flato, i va a la cama.

CANTO II.

LA ENFERMEDAD

«BRABANTIO

...... My particular grief
is of so flood-gate and o'erbearing nature
that it engluts and swallous other sorrows,
and it is still itself.

DUKE

Why, what's the matter?

BRABANTIO

My daughter! Oh, my daughter!

SENATOR

Dead?

BRABANTIO

Ay, to me.»

(SHAKESPEARE.)

Miéntras afuera el sol de enero brilla,
en la cerrada alcoba el caballero
duerme; i de congojosa pesadilla
atormentado jime. El candelero
lanza una llama trémula, amarilla,
agonizante, i lanza ya el postrero
rayo en la faz que interna angustia altera,
i en la desordenada cabellera.

Se le figura que su cara hija,
ya en el griñon cautivos los cabellos,
una tierna mirada le dirija,
hinchados de llorar los ojos bellos.
Los brazos le echa en torno; i ella, fija
su vista en la del padre, afirma en ellos
la lánguida cerviz. A la inocente
víctima va a besar la blanca frente...

¡Fiera trasformacion! la rubicunda
color de sus mejillas hondas huye;
arde en los ojos una luz profunda;
las cuencas tinte cárdeno circuye.
No llora ya. Los brazos furibunda
le opone; el beso paternal rehuye;
i a los labios poniéndose un nudoso
dedo, le dice en baja voz: «¡Mi esposo!...
«¿Qué hai en este dictado que te asombre?
El de mi corazon tiene las llaves...
llaves que poseer no es dado al hombre.
Mi esposo, sí, mi esposo eterno... ¿Sabes
a quién me desposaste? Oye su nombre:
¡desesperacion! Mira los graves
grillos i la cadena que me agobia:
estos son los arreos de la novia.»
Huye el espectro lívido, lanzando
mezcladas con jemidos maldiciones,
i alzado el rostro al cielo, exclama, dando
un grito de dolor: «¡No le perdones!»
Vuelve a otro lado el infeliz, temblando,
i al son de plañideros esquilones
lenta, enlutada procesion advierte,
i oye entonar el himno de la muerte.
«¡Qué!... ¡ya difunta!... ¡mi Isabel!... ¡mi hermosa!
Iré a besar su tumba.» Frai Facundo
sale a su encuentro en forma pavorosa:
«Los pasos vuelve atras. Profano, inmundo
aun el paterno llanto es a la losa
de la velada vírjen. Para el mundo
años há falleció. Muerta ni viva
sueltan estas paredes su cautiva.»
Negra capa de coro al franciscano
los anchos lomos cubre; i se ajiganta
de manera su cuerpo, que al humano
es dos veces igual, i aun le adelanta.
Descomunal hisopo tiene en mano,
i airado sobre Azagra lo levanta,
como si no tan solo agua bendita
quisiera darle. Don Gregorio grita.

Sueña que el hisopazo del robusto
reverendo el testuz le descalabra;
i como sacudido con el susto
de la vision tamaños ojos abra,
de Cunefate ve el cercano busto,
el cual, sin proferir una palabra,
con rostro imperturbable le propina
la acostumbrada taza matutina.

«¡Qué noche! ¡qué mortal desasosiego!
¡qué sueño horrible!», don Gregorio exclama.
Incorporóse, no sin pena; i luego
arrójase otra vez sobre la cama
desfallecido. En sus entrañas, fuego
febril rápidamente se derrama,
que sus fuerzas consume. Cunefate
se llevó silencioso el chocolate.

Aquel dia, el siguiente i el tercero,
leve se juzga el mal que le incomoda,
i se recurre al réjimen casero,
i a la usüal farmacopea toda.
La cachanlagua se aplicó primero;
luego el culen; la doradilla; soda;
clísteres de jabon i malvavisco;
i un cordon bendecido en San Francisco.

Ni por esas: la fiebre no minora;
de la jaqueca el bárbaro martirio
crece; i a la disputa veladora
sigue inquieto letargo con delirio.
Por lo cual determina la señora
se llame a don Canuto Litarjirio,
médico castellano celebérrimo,
i del mercurio partidario acérrimo.

Nuestro doctor a don Gregorio pulsa:
da cien golpes la arteria por minuto;
seca la piel; la lengua está convulsa;
sanguinolento i víscuido el esputo.
«Un chavalongo!» dice Elvira. «¡Insulsa
nomenclatura!» exclama don Canuto.
¿I cuántos dias van, señora mia,
de enfermedad?»—«Hoi es el cuarto dia.

«Pero se le acudió mui tempranito
con la soda, el culen, friegas calientes
de unto con sal...»—«Sí; sí; con el maldito
ripio de aplicaciones impotentes
que dejan vivo el fómes. ¡Qué prurito
de meterse a curar! ¡Pobres pacientes!
No se nos llama hasta que el caso apura:
se mueren; i el doctor erró la cura.»

La próvida consorte que barrunta
algo triste al oír razones tales,
«¿Encuentra usted peligro?», le pregunta.—
«Aun no aparecen síntomas mortales,
dice el doctor. El caso pide junta:
que vengan Mata, Valdemor, Grajáles;
i porque en tanto el morbo a mas no pase,
dadme pluma i papel.» Receta i vase.

Elvira, sin dejar (como es preciso)
de suspirar i hacer algun puchero,
a frai Facundo da oportuno aviso
de la ocurrencia: el alma lo primero.
El padre comisiona a frai Narciso
para que al viejo asista: él fuera; pero
por un capricho, Azagra, inexplicable,
no quiere que le vea, ni le hable.

I como abriga aquel ardiente celo
por el ajeno bien, no solo encarga
a frai Narciso le encamine al cielo;
mas a la Elvira en carta escribe larga
que, por si el accidente pone lelo
a su querido esposo o le aletarga,
haga que otorgue luego en buena forma
su testamento; i le incluyó la norma.

Que no llore, ni plaña, ni se aflija,
mas se resigne, i todo, como debe,
a la salud eterna lo dirija
de su consorte; i pues que viste en breve
el sagrado sayal su cara hija,
haga de modo tal, que limpia lleve
el alma a mejor vida don Gregorio,
i se le abrevie al pobre el purgatorio.

Ella, que a media voz al padre entiende
(que si ladino es él, no es ella lerda),
con eficacia a consumar atiende
el concertado plan, i el modo acuerda.
Era ya noche: en el salon se enciende
duplicado blandon: activa i cuerda
asiste a las señoras Margarita,
que una tras otra llegan de visita.
Llénase de parientas el estrado
i de beatas; que la triste nueva
no bien a sus oídos ha llegado,
a dar consuelo, a dar la usada prueba
de su cariño van. El fresco helado,
el bizcochuelo su apetito ceba;
el chocolate, el alfajor circula.
Danse la mano caridad i gula.
Miéntras que en el estrado, casi estrecho
a tanta jente, el cuchicheo bulle,
pasa las horas cabe el triste lecho
la doña Elvira: la almohada mulle;
la colcha extiende: está en continuo acecho;
i si de cuando en cuando se escabulle,
solo es para decir desde la puerta:
«¡Qué no entre nadie! Serafina, alerta!»
Discurre acá i allá la servidumbre:
cuál carga a paso lento el azafate;
otro para el cigarro lleva lumbre;
otro la pasta caraqueña bate.
I la tertulia, que, segun costumbre,
se viene al husmo de la aloja i mate,
hace sobre el suceso comentarios,
o ensarta en baja voz discursos varios.
Don Agapito Heredia, que no supo
cómo en la alcoba entrar, despues que lucha
con la apostada centinela, al grupo
de los doctores silencioso escucha.
La exposicion a Litarjirio cupo
del caso que los llama; desembucha
raudo torrente de palabras griegas,
i explora la opinion de sus colegas.

Grajáles dice: «Es un absceso hepático.»
Mata descubre conjestion nefrítica.
Litarjirio asegura en tono enfático
que es una vieja lúe sifilítica.
«I debe, añade, dársele el vïático,
porque la cosa me parece crítica.
Aquel hipo, a mi ver, no es mui católico.»
Su pronóstico, en suma, es melancólico.
Si sobre el mal, segun aquí relato,
tanto difieren, ¿cómo nó en la cura?
Mas Valdemor, despues de un breve rato
de profundo silencio i de madura
meditacion, «Señores, yo no trato
(dice con reposada catadura)
de combatir ajenas opiniones
fundadas en tan sólidas razones.
«En mi sentir, el caso es ménos grave;
ni tiene en las entrañas el asiento,
sino en el alma sola. ¿Quién no sabe
lo que puede un ahogado sentimiento,
una pasion intensa que no cabe,
que sacude el angosto alojamiento
de un sistema vital, que debilita
la vejez, i el mas leve soplo ajita?
«No es delirio, señores, lo que noto
en el paciente: el vago devaneo
de una mansa locura, el alboroto
de ardiente frenesí, no es lo que veo.
Es imbécil terror que pone coto
a la efusion de un íntimo deseo:
es profunda pasion que opresa jime,
i a veces lanza el peso que la oprime.
«*Mi hija! mi hija!* repite: el balbuciente
labio su nombre a cada instante exhala.
La sacrifico, es la expresion doliente
que entre ayes i jemidos intercala.
Mas doña Elvira acude prontamente,
i con dedo imperioso le señala
el santo crucifijo. *Dios lo ordena,*
i ella lo quiere, dice: *ya es ajena.*

«Yo traspaso talvez mi ministerio,
i mi asercion tendreis por temeraria;
pero hai sin duda en esto algun misterio
cuya averiguacion es necesaria.
Ella ejercita un absoluto imperio
que no ablandan lamento ni plegaria;
se amilana al oirla, se estremece
el estenuado enfermo, i enmudece.»

Don Agapito Heredia, que apartado
en un ángulo estaba, se apersona
ante el docto hipocrático senado,
i obtenida su venia, así razona:
«Un íntimo dolor reconcentrado,
porque el miedo en su pecho lo aprisiona,
es lo que aqueja a mi infelice amigo:
con la mas firme conviccion lo digo.

«Yo a curarle me empeño, i de contado
voi a poner los medios.» Con gran calma
contesta Litarjirio: «Lo apurado
es el cuerpo, señores, no es el alma;
i con permiso de la junta, añado
que en lugar de estas borlas, una enjalma
al médico se debe que se mete
en lo que solo al confesor compete.

«Si hai en el alma intrínseca batalla,
el pulso ni lo afirma ni lo niega,
e interrogado el orinal lo calla.
¿Qué mas incumbe a una persona lega?»
Contesta Valdemor: «De acuerdo se halla
conmigo mi doctísimo colega.
Fíese del espíritu la parte
a la amistad, i la del cuerpo al arte.»

Diciendo así, concluye que a su juicio
el método espectante es el mas propio.
Don Canuto, que observa claro indicio,
o evidencia mas bien, de antiguo acopio
de vírus, quiere correjir el vicio
con el mercurio, el tártaro i el opio;
Grajáles, calomel; Mata decreta
sanguijuelas, cantáridas, lanceta.

Miéntras en esta parte de la casa
sigue el debate medical, escena
harto diversa en otro sitio pasa,
donde su testamento Azagra ordena.
La triste alcoba alumbra luz escasa,
tanto que la escritura lee con pena
Panurgo Fraguadolo, el escribano,
que la trajo extendida de su mano.

Dispone don Gregorio lo siguiente:
instituye en sus bienes heredera
a su alma sola, que perpetuamente
los deberá gozar, en la manera
que encarga a su estimado confidente
i comisario, don Julian Herrera
de Ulloa i Carvajal, primo segundo
del reverendo padre frai Facundo.

La herencia pasará de don Gregorio
como los mayorazgos de Castilla,
pero con el servicio obligatorio
de una misa anüal en la capilla,
iglesia, monasterio u oratorio
donde quiera el patron mandar decilla;
la cual misa se diga (que es el punto
cardinal) por el alma del difunto.

I porque siempre el tal servicio dure,
quede bajo estrechísimo reato
de la conciencia, i piérdase *ipso jure*,
en caso de omision, el patronato.
Empero a doña Elvira se asegure
(amen del espadin i del retrato,
plata labrada i árbol jentilicio)
el goce de los bienes vitalicio.

I muerta doña Elvira de Hinojosa,
pase toda la herencia al comisario
i a su posteridad, con la forzosa
carga del antedicho aniversario.
I a la de Cristo prometida esposa,
doña Isabel su hija, el necesario
asenso el otorgante ruega i pide,
para que el patronato se valide.

Leído el testamento, el escribano
lo da a firmar: el testador firmólo
con triste cara i temblorosa mano,
i luego don Panurgo Fraguadolo
i los testigos. El doliente anciano
en la sombría estancia queda solo
con su mujer; la primanoche pasa;
toda es silencio i soledad la casa.

Huye la negra sombra; el alba rie;
la sonrosada luz primera asoma
sobre la cordillera; i se deslíe
en el ambiente un delicioso aroma.
Ya apénas queda torre que no envíe
su nota usada; ya no queda loma
que con el sol no brille; ya no queda
pájaro que no cante en la arboleda.

Hora en que el toque repetido llama
de la temprana misa a la devota;
hora en que el jugador se va a la cama
maldiciendo del as i de la sota;
miéntras en blando sueño jóven dama
bailar cree la cuadrilla o la gabota,
i ufana de hermosura i galas, tiende
la red traidora en que las almas prende.

No así la Isabelita, que un tesoro
de gracias acumula i no lo sabe;
i ve del alba los celajes de oro,
i oye el saludo que le canta el ave;
i luego que las madres van al coro,
sale a gozar el hálito süave
de la temprana flor, que al aire frio
se orea, salpicada de rocío.

Es para ella el claustro i la frondosa
huerta, ciudad i plaza i alameda.
Una recien venida mariposa
que en alas ve volar de gasa i seda,
un vivo chupaflor, que nunca posa,
i de repente equilibrado queda
en el aire, o del pico apénas preso
al azahar que liba, es un suceso.

Así corren las horas placenteras
de su vida apacible: limpia fuente
que entre peñascos nace; i plantas fieras,
el cristal no le enturbian trasparente;
pero esas ondas luego entre riberas
lozanas van, i en su fugaz corriente
¡cuánta agostada flor i mustia hoja
de que a la selva el ábrego despoja!

Tú no lo sabes, niña: ¡al cielo plega
que no lo sepas nunca!... Ella discurre
a un lado i otro: sus claveles riega,
ceba su pajarito... Al fin se aburre.
Sobre sí misma el alma se repliega;
en odio al claustro, en odio al huerto incurre;
i la importuna reflexion la asalta
de que a su dicha alguna cosa falta.

Echa su casa ménos; ménos echa...
no sabe qué. Tan rara vez alcanza
una noticia a la morada estrecha
que con su vida encierra su esperanza,
que aun de su padre nada sabe... Acecha
por una reja: un grito en lontananza
se oye; el eco del claustro lo duplica:
solo así con el mundo comunica.

Mas un rüido inusitado, extraño,
que en aquel monasterio no sonaba
mas que una vez o dos en todo el año,
se oye en la calle: una calesa acaba
de parar a la puerta; no es engaño
de la imajinacion, que ya la aldaba
da un recio golpe, i el sonoro estruendo
se va de claustro en claustro repitiendo.

I la campana al punto mismo avisa,
i corre desalada la tornera;
luego a la superiora vuelve aprisa,
i un recado le da. La cosa era,
segun las apariencias, improvisa
i de importancia; porque sale fuera
de su celda la madre, oído el caso,
i al locutorio va, mas que de paso.

Retorna a poco rato sor Camila
(que tal el nombre fué de la abadesa),
i llama a su presencia a la pupila,
que, inclinándose, el hábito le besa.
«Dios, Isabel, que sobre ti vijila,
guie tus pasos, dice; una calesa
te está aguardando: conducirte debe
a tu familia: volverás en breve.

«Viene por ti tu tia, mi señora
doña Leticia.» Como aquel que emprende
un largo viaje, i de la mar traidora
por la primera vez las olas hiende,
así se siente Isabelita ahora,
i toda se confunde i se sorprende,
i parece que a un tiempo su alma oprima
pavor que halaga i gozo que lastima;

Si bien la idea del albergue amado
en que los suyos viven, la alboroza;
i no sabiendo el peligroso estado
de don Gregorio, antícipadas goza
las caricias de un padre idolatrado,
i el placer en su pecho le reboza
al pisar otra vez la cara estancia
que vió el primer pinino de su infancia.

De este modo Isabela se divide
entre un afecto i otro i otro vario.
De las devotas madres se despide;
besa a Camila el santo escapulario,
i que por ella ruegue a Dios le pide
i a la sagrada Vírjen del Rosário.
De la calesa a recibirla pronta
se abre la puerta. «¡Adios!» repite, i monta.

CANTO III.

LA CHACRA

«Mais l'amour sur ma vie est encore loin d'éclore;
c'est un astre de feu dont cette heure est l'aurore.»
(LAMARTINE.)

¡Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
la luz solar intensa, ardiente, roja,
no quiero ver, ni del balcon la reja,
donde una flor cautiva se deshoja,
e inclinándose lánguida semeja
suspirar por la alegre compañía
de sus hermanas en la selva umbría.

¡Al campo! digo yo como Tancredo;
mas no en verdad al campo de batalla,
donde el tronar del bronce infunde miedo
i el zumbar de la bala i la metralla;
ni al campo donde el bárbaro denuedo
de un falso honor, teutónica antigualla,
dos pechos pone a dos contrarias puntas
por ofensas reales o presuntas;

Sino al campo que alegra fuente pura
con el rumor de su cristal parlero;
i de la selva a la hospital verdura,
de paz i holganza asilo verdadero;
do el aura entre los árboles murmura,
i la diuca revuela i el jilguero;
i de trémulos íris coronada
salta del monte al valle la cascada;

I a la colina que, al rayar la aurora,
la ciudad nebulosa me descubre,
miéntras el suelo en derredor colora
de azules lirios jenial octubre;
do fresco baño el rio, i mujidora
vaca me ofrece su tendida ubre,
o salgo envuelto en poncho campesino
a respirar el soplo matutino;
A la animada trilla, i al rodeo,
de fuerza i de valor muestra bizarra;
del pensamiento al vago devaneo
bajo el toldo frondoso de la parra;
al bullicioso rancho, al vapuleo,
al canto alegre, a la locuaz guitarra,
cuando chocan caballos pecho a pecho,
i en los horcones se estremece el techo.
Pláceme ver en la llanura al guazo,
que, al hombro el poncho, rápido galopa;
o con certero pulso arroja el lazo
sobre la res que elije de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo,
que una niebla sutil talvez arropa,
la grei lanuda, i por los valles huecos
de su ronco balido oír los ecos.
Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
i dando suelta al pensamiento mio,
fijar la vista en la corriente undosa
con que apacible se desliza el rio,
a cuyo murmurar vision hermosa
evoca el alma en dulce desvarío:
vision de alegres dias que corrieron
sobre mi vida, i para siempre huyeron;
I se desvanecieron, cual la cinta
de aéreo íris que en la azul esfera
deshace el viento, o cual la varia tinta
que, cuando el sol termina su carrera,
blanco vellon de vagas nubes pinta,
o cumbres de nevada cordillera,
i el soplo de la noche las destiñe,
i parda franja al horizonte ciñe.

Véolos otra vez aquellos dias,
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías
a que dió culto mi inocente infancia;
selvas que el sol no agosta, a que las frias
escarchas nunca embotan la fragancia;
cielo... ¿mas claro acaso?... Nó, sombrío,
nebuloso talvez... Mas era el mio.

Naturaleza da una madre sola,
i da una sola patria... En vano, en vano
se adopta nueva tierra; no se enrola
el corazon mas que una vez; la mano
ajenos estandartes enarbola;
te llama extraña jente ciudadano...
¿Qué importa?—¡No prescriben los derechos
del patrio nido en los humanos pechos!

¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
planta que, floreciendo en el destierro,
suspira por su valle o su colina,
simpatiza conmigo: el rio, el cerro
me engaña un breve instante i me alucina;
i no me avisa ingrata voz que yerro,
ni disipando el lisonjero hechizo
oigo decir a nadie: *¡advenedizo!*

Pero volviendo al cuento comenzado,
digo que don Gregorio en tiempo breve
tanto convaleció, que trasladado
es a vecina chacra donde eleve
el tono de sus nervios relajado
la salubre impresion de un aire leve,
puro, que el grande pueblo a donde mora
se hallaba entónces sucio, como ahora.

I haciendo a cada cual justicia neta,
digo tambien que, no al doctor Grajáles
la salud le debió, ni a la lanceta,
ni a doctas confecciones mercuriales;
sino a la terapéutica discreta
de Valdemor, que solo cordiales
i anodinos a el alma enferma aplica,
que no se hallan en frascos de botica.

Es en sustancia el réjimen süave
que llama antiflojístico la ciencia.
A doña Elvira alejan (ya se sabe
que era toda flojisto por esencia),
i empeño fué dificultoso i grave,
pues le parece cargo de conciencia
que, si muere, no lleve don Gregorio
su recomendacion al purgatorio.

I mas interesada que la suya,
ni que tanto la carga le alijere
cuando de su prision el alma huya,
no puede haber. Repugna, pues, no quiere,
por mas que se le diga i se le arguya,
de su lado apartarse. Que se muere
su caro esposo, exclama sollozando,
i en trance tal, si no le asiste, ¿cuándo?

Del tono moderado por instantes
al de la ira i la soberbia pasa.
«¡Qué par de consejeros importantes!...
Señor don Agapito, en esta casa
mando yo... Vomitivos i purgantes,
mi buen doctor, prescriba usted sin tasa:
en cuanto a lo demas no le consulto,
i su proposicion es un insulto.»

Pero al oír que deja el monasterio,
i que su hija prontamente llega,
toma un semblante la contienda serio:
ya no es ira la suya, es rabia ciega.
Propásase al baldon, al improperio;
grita, patea, jura. Al que la ruega,
al que la insta, ordénale que calle,
i le muestra la puerta de la calle.

Don Agapito, que, si bien modesto
i circunspecto, nada emprende en balde,
tiene ya prevenida para esto
la intervencion del cura i del alcalde.
En el rostro de Elvira descompuesto,
al carmin desaloja el albayalde;
el furor la enajena, la sofoca;
de la casa se va como una loca.

No volvió mas: sucede a la señora
la señorita: el suspirado abrazo,
al padre alienta, sana, corrobora;
sola Isabel le cuida; el tierno brazo
le tiene la cabeza i le incorpora;
talvez la calva frente en su regazo
posa; talvez, solícita enfermera,
a su lado pasó la noche entera.

Talvez, abriendo anjélica sonrisa
frescos labios, do el viento aromas bebe,
el revuelto cabello asiendo, alisa
con la mano jentil de pura nieve.
De báculo le sirve si va a misa,
si por el corredor los pasos mueve;
diviértele el fastidio; le consuela;
la que le ceba el mate es Isabela.

¡I él tambien, cuánto la ama! ¡Pobre anciano!
¡Cuántas veces en tanto que dormita,
velándole ella en el sillon cercano,
decir le oye: «¡Isabel! ¡Isabelita!»;
i puestas la una mano en la otra mano,
¡cuántas veces a ti, Vírjen bendita,
los ojos vuelve, i presintiendo azares
en su orfandad, te ruega que la ampares!

Por la ciudad en tanto la noticia
de la nueva beldad al punto vuela.
¡Visitas mil! No es ella la que oficia
en el salon, sino una tia abuela;
la que por ella fué; doña Leticia
de Azagra Valdovínos i Varela,
la mas discreta i mas cabal matrona
que llenó estrado, o que oprimió poltrona.

Do quiera que la niña ver se deja,
tras sí arrastra las almas con la vista.
Lleva desaliñada la guedeja;
no le cortó el vestido la modista;
mas en gracia, en beldad, no hai su pareja:
viejo ni mozo no hai que la resista.
Dicen al ver su cara i cuerpo i traza
los hombres, ¡ánjel! las mujeres, ¡guaza!

No canta... Importa poco. A el alma cuela
de aquella voz la innata melodía,
mejor que la mas dulce cantinela
de la hechicera Malibran García.
No baila... Pero tiene la Isabela
un talante, un andar, que sentaria,
si no de Chipre a la deidad liviana,
a la casta hermosura de Diana.

Pero la historia es menester que siga.
Recibe la carreta el cargamento;
el carretero unce i empertiga;
los perezosos bueyes al violento
primer arranque la picana obliga;
i rueda estremeciendo el pavimento
la vacilante mole, i con chirridos
horrorosos taladra los oídos.

Iban en la carreta Margarita,
Tomasa, el consabido negro paje,
con la balumba bárbara, infinita
de que consta un doméstico menaje,
i que llevar consigo necesita
todo el que alguna vez al campo viaje,
si vivir al estilo, no le agrada,
de nuestros padres en la edad dorada.

Cabalgan en union i compañia
de tal cual obsequioso tertuliano,
el don Gregorio, la Isabel, la tia,
i Cunefate. Un espacioso llano
(que allá i acá interrumpe una alquería,
hermosa con los dones del verano),
i de una acequia el mal seguro puente,
huella la cabalgata lentamente.

I luego entre la salva vocinglera
de una turba de perros ladradores,
recibe de naranjos larga hilera
a nuestros polvorientos viajadores,
que, apénas desmontados, la escalera
suben; i ya en los altos corredores,
vasto paisaje admiran de sembrados,
potreros, rancherías i arbolados.

Don Agapito, de la chacra dueño,
cariñoso a los huéspedes atiende;
a la doña Leticia rinde el sueño;
i el don Gregorio su cigarro enciende;
miéntras Isabelita el halagüeño
panorama, que ante ella el campo extiende,
goza con emocion, que no le cabe
dentro del pecho, i descifrar no sabe.
Allá eleva la torre de la aldea
su pardo fuste; acá la choza exhala
blanca espiral; la viña verdeguea;
la higuera ostenta su frondosa gala;
susurrando un cipres se bambolea;
el toro muje; el corderillo bala;
pelado risco arroja en la llanura,
dominador jayan, su sombra oscura.
No hai verde seto de tupida zarza
do a su amador la tórtola no arrulle,
ni umbrío bosquecillo que no esparza
perfume grato, si ajitado bulle;
navega ufano el ánade; la garza
cándida en el estero se zabulle:
todo semeja que a gozar incita,
i que de amor i de placer palpita.
¿Qué sientes, Isabel, en el otero
cuando cuelga la noche su cortina
lúgubre, i paso a paso el valle entero
ocupa, i su fanal en la colina
occidental enciende ya el lucero,
que al pálido crepúsculo domina,
como lámpara triste que destella
sobre un sepulcro, triste pero bella?
I cuando persiguiendo la pintada
mariposa, te internas en la espesa
arboleda, i te paras ajitada
de secreto pesar ¿qué te embelesa?
En el recinto oscuro tu mirada
¿qué fija así? ¿Qué suspension es esa?
¿A qué májico canto, a qué rüido
misterioso dirijes el oído?

I cuando ves el baile de la choza,
i la sonora voz de la vihuela
los descuidados pechos alboroza
de la rústica turba ¿qué revela
al tuyo aquel mirar que tanto goza
en lo que mira, aquel mirar que anhela,
i el que responde cariñoso i grato,
i el que tímido amor hurtó al recato?
Pero el alegre canto bien publica
lo que habla de los ojos el idioma,
i lo que en bajo acento se platica;
i qué dice la mano que se toma,
o se esquiva, o se da; qué significa
aquel rubor que a la mejilla asoma,
cuál es de los suspiros el sentido,
i del adios mil veces repetido.
¿Mas qué te turba ahora i te amilana,
pobre Isabel? Pausada, grave, austera,
como el consejo de una madre anciana,
el viento trae, tu pecho reverbera,
la conocida voz de la campana
del monasterio: voz que se apodera
del alma toda, i cada son que emite
ven, niña, ven, parece que repite.
Como de caballeros jóven tropa,
en cierto drama, de alborozo llenos,
se ven banquetear, henchir la copa,
brindar, reír; i cuando piensan ménos,
en grave marcha, en luenga i parda ropa,
entra una procesion cantando trenos
de penitencia, i pára la alegría
en afliccion, i en funeral la orjía;
Así al oír aquella voz sonora,
a la vision de mundanal contento,
a la dulce emocion encantadora,
(jérmen de un imperioso sentimiento,
destello de un incendio que devora)
temor sucede i mustio abatimiento.
A el alma inquieta aquella voz reclama:
es voz del otro mundo, que la llama.

¿Tan jóven, i tan tímida, i tan pura,
i un roedor remordimiento abriga?
¿A los goces de un ánjel de dulzura
se mezcla ya de un sinsabor la liga?
¿Es que la copa de mortal ventura
siempre esconde un fermento que atosiga?
¿O nuestros propios míseros errores
ponen talvez la espina entre las flores?

Yo no lo sé. Mas hai un pensamiento
que a todas horas en el alma nace
de Isabel; que acíbara su contento,
i no deja que libre se solace:
las eternas paredes del convento...
¡tumba de vivos en que el alma yace!...
¡desierta melancólica morada,
a los placeres... al amor cerrada!

¿Al amor? sí: no hai duda: ya Isabela
pronunció la palabra misteriosa:
la májica palabra que revela
una existencia nueva, deliciosa,
excelsa: los mil ecos que encarcela
el corazon, bandada bulliciosa,
despiertan, i mas pura i encendida
la llama centellea de la vida.

Yo no daré (que fastidioso haria
el cuento a mis lectores) el diario
del padre, de la hija i de la tia
en este hermoso albergue solitario.
Un dia pasa, i otro, i otro dia
sin que nada notable, nada vario
suceda allí: la noche al fin primera
de marzo vino, en esta historia éra.

Isabela dormia (era la una
o poco mas); i despertando acaso,
en el contiguo corredor alguna
persona cree sentir, que a lento paso
va i viene. Lanza la creciente luna,
trasmontando los cerros del ocaso,
un rayo, que se rompe en una reja
i en el opuesto muro la bosqueja.

I en el espacio que la luna traza
a la luz en aquel opuesto muro,
nota Isabel que un hombre a veces pasa,
quiero decir de un hombre el trazo oscuro,
con manta i guarapon. Es de la casa,
segun se ve, por el andar seguro,
i por no haber un perro que le ladre:
«¿Un criado talvez? talvez mi padre?»
Isabela concluye que no puede
ser sino algun criado; i ya no tarda
en dormirse otra vez, cuando sucede
lo que tanto la turba i acobarda,
que respirar apénas le concede
i encomendarse al ánjel de su guarda:
llegóse el hombre a la cerrada puerta,
que hallarse suele rara vez abierta;
Porque esta alcoba solo comunica
con el cuarto vecino, do acostada
doña Lèticia duerme. El hombre aplica
con la mayor frescura a la vedada
puerta una llave... «¡Dios!... ¿Qué significa?...
¡Sin duda algun ladron!... ¡Desventurada!»
El hombre entró... Despues, con jesto grave,
cerró otra vez la puerta i la echó llave.
I luego con la misma flema arroja
sobre la tierra el guarapon; se quita
la grosera chamanta azul i roja,
i... «¡Socorro! socorro! Isabel grita.
¡Un hombre!... ¡un hombre!»—«¡Cielos!... ¿Quién aloja
ahora en este cuarto?... ¡Señorita!
dice el mancebo (que lo era), ha sido
un desgraciado error... ¡No mas rüido!
«Silencio ¡por la Vírjen! Si usted llama,
me pierde para siempre. Yo venía,
como suelo, a dormir en esa cama,
por supuesto creyéndola vacía...
¡Silencio!... Sois mujer, sois una dama;
ser causa de mi muerte os pesaria:
sabed que soi... mi suerte deposito
en vuestra compasion... soi un proscrito.»—

«Salga usted luego, pues; salga usted luego»...
dice ella i tiembla.—«Salgo en el instante;
pero ¡por Dios! ni una palabra, os ruego,
ni una palabra a nadie... El mas distante
rastro, el menor indicio de que llego
a este sitio, a perderme era bastante,
¡i ojalá que a mí solo!... Hai una vida
cara, preciosa en mí comprometida.
«¡Adios!»—«El cielo de peligro os guarde»,
dice Isabel, del jóven apiadada.
Iba a salir; mas por desgracia es tarde:
de Gregorio a la voz, viene alarmada
la jente de la casa, haciendo alarde
de garrote, puñal, pistola, espada.
«Hija, dice el anciano, ¿qué sentiste,
qué te asustó, que tales voces diste?»—
«Nada, caro papá... fué un susto vano.»
Aunque las voces de Isabel ha oído
Gregorio solo, que si bien lejano
tiene su cuarto i lecho, no ha podido
esta noche dormir el pobre anciano,
juraban los demas, no haber sentido,
sino visto tambien extraña jente,
que pinta cada cual diversamente.
Dos guazos, asegura Cunefate;
el negro, tres; hombre hubo que vió cinco:
el dicho ajeno cada cual rebate,
i se aferra en el suyo con ahinco.—
«No puede ser.»—«Sí tal.»—«Es disparate»...
I en esto allí se apareció de un brinco
un perro extraño, que en la voz, los jestos,
da de inquietud indicios manifiestos.
Huele i escarba en el umbral vecino,
i gritos da como que avisa o llama.
Afortunadamente un inquilino
llega, que como suyo lo reclama.
«Señor, dice el patan, que era ladino,
yo no he visto moverse ni una rama.
¿Hombre en la chacra extraño?... ¡Tontería!
¡Tanto perro!... i la luna como el dia.»

Azagra al fin se vuelve satisfecho,
pero dejando guardia suficiente
para que estén alerta i en acecho
por si en la casa algun rumor se siente.
Vese Isabel en un terrible estrecho:
salir el mozo es imposible; hai jente
al rededor que vela; ¿pero dónde
le dará asilo? en qué lugar le esconde?
¡En su alcoba un mancebo! ¿I a qué hora?
Solamente el pensarlo la estremece
i hasta su frente de rubor colora.
Fuerza es se vaya luego, ántes que empiece
el matutino albor; que si la aurora
le encuentra en este sitio, el riesgo crece;
o mas bien es preciso ¡horrible idea!
que todo el mundo i su papá le vea.
Es menester que al punto le desvíe
de este lugar, concluye Isabelita,
o que su vida a mi papá confíe
i al favor celestial de la bendita
madre de la Merced. ¡Ella le guie,
que a los cautivos las cadenas quita!
Esto entre sí; i en tímido, confuso,
piadoso acento, al jóven lo propuso.
Que alcance su secreto alma nacida
resiste él, i de nuevo recomienda
a Isabela guardarlo: «Que la vida,
dice, va en él, la estimacion, la hacienda
de... Pero libre el paso a la salida
parece... El cielo os guarde.»—«El os defienda.»
Paró un instante, a ver si álguien cuidase
del largo corredor; i visto, vase.
El corredor estaba despejado,
i atravesarle sin peligro pudo;
pero dos o tres gradas no ha bajado
de la escalera, cuando un grito agudo
de alarma a la familia aquel menguado
negrito dió, que así medio desnudo
como está, de la tierra se levanta,
i le sigue, i le agarra de la manta.

«Suelta, dice el mancebo, o te traspaso
con esta daga el corazon.» Su presa
soltó el negrito, i hacia atras dió un paso;
el otro corre; una arboleda espesa
le oculta; monta en su caballo; al raso
sale despues; e impávido atraviesa
cercas, potreros, huertas, viñas, soto,
dejando a la familia en alboroto.

Uno coje puñal, otro machete;
otro un descomunal baston agarra.
Este en el denso matorral se mete;
aquél rejistra el huerto, aquél la parra;
i Cunefate, alzado a matasiete,
le jura escarmentar si le echa garra:
todo es correr por campos i por cerros,
gritar de guazos i ladrar de perros.

I miéntras de este modo se alborota
la chacra, i la feliz doña Leticia,
que vence en el dormir a la marmota,
ni un instante de sueño desperdicia,
la asustada Isabel reza devota,
con el oído puesto a la noticia
que a su regreso cada cual relata,
i que el patron recibe en gorro i bata.

I cuando ha oído que el ladron supuesto
escapa, i no se sabe a dó camina,
gracias por un favor tan manifiesto
rinde a Dios; i corriendo la cortina,
(pues el calor de estiva noche el puesto
cede ya a la frescura matutina)
hunde otra vez la frente en la almohada,
i queda en dulce sueño sepultada.

CANTO IV.

EL PROSCRITO

«I woke.—Where was I?—Do I see
a human face look down on me?
And doth a roof above me close?
Do these limbs on a couch repose?
Is this a chamber where I lie?
And is it mortal yon bright eye,
that watches me with gentle glance?
I closed my own again once more,
as doubtful that the former trance
could not as yet be o'er.
A slender girl, long-hair'd, and tall,
sate watching by the cottage wall:
the sparkle of her eye I caught,
even with my first return of thought;
for ever and anon she threw
a prying, pitying glance on me
with her black eyes so wild and free:
I gazed, and gazed, until I knew
no vision it could be.—
but that I lived, and was released
from adding to the vulture's feast.»
(BYRON.)

El dia en los tejados centellea,
i ya la Isabelita al campo baja;
el aura que los árboles orea
húmedos de rocío la agasaja;
i el velo de sutil cendal ondea;
que del sombrero rústico de paja
cuelga: débil defensa al aire crudo,
al sol, al polvo, al punzador zancudo.

Un vestido de blanca muselina
lleva, con franjas negras en la falda,
un cinto negro i negra mantellina,
que le cobija la nevada espalda;
i en la diestra, una bolsa de extrafina
sarga, do al catecismo de Ripalda
acompaña el salterio en castellano,
i un pañuelo bordado de su mano.

Lleva tambien allí plata menuda,
que suele repartir de choza en choza;
donde el huérfano vive o la vïuda,
o el infeliz que de la luz no goza,
o la indijente madre, a quien, desnuda,
tierna familia en derredor retoza,
o el que, finjiendo mano o pierna gafa,
a la sencilla caridad estafa.
Iba por los senderos caminando
de la chacra, a sus ojos un imperio
de que ella es reina ahora; suspirando
recuerda alguna vez el cautiverio
que la amenaza; lee de cuando en cuando
una pájina o dos en el salterio;
pero hai un pensamiento, hai una idea
que a las demas apaga i señorea.
«¡Aquel proscrito!... ¿Quién será? Pariente
sin duda del señor don Agapito.
¿Quién otro pudo entrar tan libremente?
¿Quién alojarse aquí? Mas ¿qué delito
el suyo puede ser, que de la jente
se oculta así? ¡Tan jóven! ¿I proscrito?
¿I si le viera alguno o le prendiera,
i yo ocasion a su desgracia diera?
«Una madre, una esposa lloraria
por mi causa... ¡Gran Dios! ¡Qué triste idea!
Pero ha escapado. Le amanece el dia
léjos, mui léjos. I que en una aldea
favor le falte, ayuda i simpatía
no seré yo tan simple que lo crea.
¿Quién le tuvo el caballo tan a mano? -
Forzoso es que haya en esto algun arcano.»
Silojizando así la niña hermosa
anda, sin sospechar que silojiza,
(como monsieur Jourdain hablaba prosa),
cuando de un rancho o seto que tapiza
florida enredadera, entre frondosa
estancia de frutales i hortaliza,
apresurado sale un inquilino,
que viene a detenerla en el camino.

Everaldo se llama: justamente
aquel que al perro extraño, como dije,
echó mano la noche precedente;
i estas dolientes voces le dirije
con aire misterioso: «Un accidente
fatal, una desgracia que me aflije
sobre manera...»—«¡Acaba! ¿qué hai de nuevo?»—
«¡Ah, señorita! casi no me atrevo

A referirlo a su merced... ¡Qué nueva
para el pobre patron!»—«¿Qué ha sucedido?»—
«¡Cómo lo va a sentir! Es una prueba
terrible... Desangrado, mal herido...»—
«¿Quién?»—«I no me permite que me mueva
a dar noticia a nadie... I sin sentido
está ya.»—«Pero ¿quién?»—«El señorito,
sobrino del señor don Agapito.»

Como estatua quedó de inmóvil yelo
Isabel con el susto, i solo exclama:
«Vírjen sagrada, a tu socorro apelo»;
mas recobrada luego: «Corre, llama...
Pero no llames... Voi a verle... El cielo
me dé valor.» Entrando, va a la cama,
i en ella ve un objeto que la llena
de inexplicable turbacion i pena.

El mancebo yacia sobre un lecho
de pellones. Dormido se diria,
si aquel semblante pálido, deshecho,
i los lánguidos párpados que abria,
como para buscar la luz, i el pecho
que alza i baja en difícil agonía,
i una cárdena sien que sangre vierte
no anunciara el desmayo de la muerte.

¡I qué inmatura! Errar no pienso un año
si dos o tres le añado a la veintena.
Cuerpo jentil, de regular tamaño;
cándido el pecho, si la faz morena;
cabello crespo i de color castaño;
facciones lindas, expresion serena
en el dolor; como el cincel exprime
alado jenio que en la tumba jime.

Herido está de dos o tres sablazos
(a mas de aquella herida de la frente)
en el desnudo pecho i en los brazos;
i de la sangre obstruye la corriente
la banda i la camisa hechas pedazos:
vendajes puestos ruda i toscamente
por Everaldo, en que se estanca apénas
el rojo humor de las abiertas venas.
Sírvele de almohada una armadura
de silla de montar que le lastima,
aunque se la hace un poco ménos dura
el lanudo vellon que tiene encima.
Cerca la daga está: la empuñadura
ensangrentada toda, que da grima.
Lleva sobre el calzon bota de campo,
i echado está a los piés su fiel Melampo.
Lo que pasa en el alma de Isabela
no sé decir: enajenada, absorta
parece en el semblante, i como lela.
Pero esta suspension ha sido corta.
Al pañizuelo de la bolsa apela;
saca las tijerillas i lo corta
en pedazos, i en parte lo deshila,
para atajar la sangre que destila.
Descubre cada herida con su fino
i delicado tiento; en ellas fija
una porcion del deshilado lino;
luego con los pedazos las cobija
del pañizuelo; luego el purpurino
rastro de sangre con la mas prolija
atencion limpia, láva; i a Everaldo
preparar manda prontamente un caldo.
Un *caldo* es mal sonante en poesía;
pero la exactitud es lo primero.
Suena mejor sin duda la ambrosía;
mas no se encuentra con ningun dinero.
Ria la sombra de Hermosilla, ria;
llámeme chavacano i chapucero;
veraz historia escribo: soi heraldo
de la verdad. Volvamos, pues, al caldo.

El caldo estaba pronto. Una escudilla
en que servirlo se echa solo ménos:
cosa que se hallará por marabilla
en ranchos perüanos o chilenos,
mas a falta de ajuar i de vajilla
fraternalmente acude a los ajenos
el que los necesita; caso extraño
que no ocurre dos veces en el año.
A buscar, pues, un plato i una taza
i una cuchara sale el inquilino,
i al mismo tiempo es fuerza se dé traza
de que no sepa amigo ni vecino
para qué son. A su salida enlaza
la puerta, que es el modo campesino
de echarla llave; i miéntras tanto vela
al herido la jóven Isabela.
No estaba el rancho enteramente oscuro:
la luz del sol por cien troneras brilla
del techo humilde i del informe muro,
de secas ramas fábrica sencilla.
No hai mas asiento allí que el suelo puro.
Isabel, fatigada, se arrodilla
junto a la pobre cama, i de hito en hito
mira el pálido rostro del proscrito.
Inocente i piadosa, no le ocurre
que la modestia femenil condene
su tierna compasion; ántes discurre
que ella la culpa en cierto modo tiene
de la desgracia, i que en pecado incurre,
i a la naturaleza contraviene,
no socorriendo a un pobre moribundo,
que no tiene otro amparo en este mundo.
Sabe ya que es un hombre a quien persigue
inexorable la venganza humana;
que no hai hogar paterno a que se abrigue;
ni que a la misma caridad cristiana
puede invocar, temiendo la castigue
como delito una opresion tirana;
¿i en trance tal desapiadada, impía
a un infeliz desamparar podria?

Miéntras esto pensaba, atenta mira
aquella helada cara, helada i bella;
i cada vez que el mísero suspira,
compasiva tambien suspira ella.
Ni es solo compasion lo que le inspira:
un afecto mas tierno con aquella
piedad se mezcla ya: por él implora
con ruego ardiente al cielo: Isabel llora.
I semeja a la súplica devota
el cielo dar oído: el ánjel santo
de la piedad enjuga aquella gota
de compasivo i amoroso llanto.
Ya en el mancebo una expresion se nota
de alivio i calma; no suspira tanto;
cesa el sudor de aquella yerta frente;
parece adormecerse dulcemente.
Estaba en una incómoda postura:
el vellon que le sirve de almohada
ha rodado; i lastima la montura
aquella hermosa frente desmayada.
Isabel vaciló: mas ¿qué aventura
con uno que no ve ni siente nada?
«Es fuerza, dice, ¡tarda tanto el guazo!»
I reclinada sobre el lecho, un brazo
Cuán suavemente puede pone bajo
la cerviz del mancebo; la cabeza
le solevanta con algun trabajo,
i la dura almohada le adereza;
mas, o la conmocion o el agasajo,
o ya del velo de Isabel, que empieza
por el pecho a pasarle i por la cara,
la extraña sensacion, le despertara;
Abrió los ojos él, i sorprendido,
en mirar aquel ánjel se embelesa;
ella se tiñe de un color subido
cuando ve su embeleso i su sorpresa;
i mas cuando a encontrarse en medio han ido
la mirada del jóven que le expresa
la admiracion, la gratitud mas viva,
i su tierna mirada compasiva.

Pero reclina al jóven blandamente
i aparta dél los ojos: la acobarda
un movimiento que en el alma siente,
i le manda el pudor ponerse en guarda.
Confusa, temerosa i ya impaciente,
«Válgame Dios, lo que Everaldo tarda,»
dice en sí misma. Pareció el mancebo
desfallecer, i se adurmió de nuevo.

Ya es un profundo i apacible sueño
al que rendido yace; lo que libra
a Isabelita de terrible empeño;
porque su corazon, en cada fibra,
en tanto que él de sus sentidos dueño
la está mirando, extremecido vibra.
Pero la ajitacion ya se sosiega,
i mas ahora que Everaldo llega.

Llegó Everaldo; i ella como advierte
que al parecer mejor está el herido
(que si se ha visto próximo a la muerte
ha sido por la sangre que ha perdido),
encarga se le dé, cuando despierte,
sustento; se le ponga en mas mullido
lecho; i que el inquilino cuanto pase
la haga saber; i aquesto dicho, vase.

Miró al soslayo al jóven Isabela,
i huyó cobarde; i si huye así cobarde,
ella sabe por qué; i aun la cautela
me parece que llega un poco tarde.
Mas el lector saber la historia anhela
de tal proscrito, i no es razon que aguarde.
Suene la lira en alto contrapunto,
que lo merece bien el nuevo asunto.

CANTO V.

LA DERROTA DE RANCAGUA

«ESPAÑOLES

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

. . . .

PIZARRO

¡A ellos, españoles!

ESPAÑOLES

¡A ellos!

PIZARRO

Mueran ántes que se amparen
de las breñas.»

(CALDERON.)

Ya la segunda noche se aproxima
de aquel aciago octubre catorceno,
cuya memoria sola pone grima
i sobresalto al corazon chileno.
Obstáculo no queda que reprima,
del Cachapoal en el distrito ameno,
al español, que enardecido vaga,
i de pillaje i muerte se embrïaga.

La plaza de Rancagua es el postrero
asilo en que la hueste patrïota
sostiene aun la lucha; no hai sendero
que ofrezca un medio de escapar; se agota
la municion; en torno el crudo ibero
con alharaca horrísona alborota;
i cuanto mas resiste, mas ofende
el enemigo, i mas la lid se enciende.

Es mayor cada instante la matanza
que hace en sus filas el silbante plomo,
i mas se estrecha el cerco: i de esperanza
no se divisa ni un lejano asomo.
¿Qué puede allí la espada, ni la lanza,
ni qué el fusil?—Cruzó el celeste domo
por vez segunda el sol; la noche oscura
vuelve otra vez i el fiero asalto dura.
Es para el enemigo cada techo
un fuerte desde donde a salvo tira,
miéntras desnudo nuestra jente el pecho
presenta, i no descansa, i no respira
sino con pena en el recinto estrecho
a que mas concentrada se retira,
bajo el llover de bala, i piedra, i teja
que ya donde moverse no le deja.
Una ventana espesa bocanada
de fuego i humo sin cesar vomita;
en otra la familia desolada
favor! favor! a sus amigos grita;
i cada bocacalle está enjambrada
de soldadesca vándala maldita
que cierra las salidas de la plaza
i a los nuestros de léjos amenaza.[1]
Como lá artillería su baluarte
de débiles adobes aportilla,
las filas enemigas rompe i parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
Víctimas de sus iras a una parte
i otra dejando va, que es marabilla:
pincha, taja, derriba i atropella;
marcan sangre i cadáveres su huella.
Iba entre los infantes (que una bala
pudo descabalgarle en la refriega),
el jóven capitan Emilio Ayala,
que a varonil edad apénas llega,
i por su talle i apostura i gala,
i por el ardimiento con que juega
la espada, i por el aire altivo i franco,
de la enemiga furia se hizo el blanco.

Sobrino fué de aquel don Agapito
tantas veces mentado en mi leyenda;
i sobrino mimado i favorito,
i presunto heredero de la hacienda.
Bravo, arrestado. Aun era tiernecito
cuando lanzar un potro a toda rienda
i enlazar un novillo en el rodeo
era su pasatiempo i su recreo.

Patriota, no se diga. Ni pudiera
no serlo el que educado por su tio
fué, desde la infeliz temprana éra
de guerra incauta i de inexperto brio,
soldado de la patria. Su primera
milicia vieron Maule i Biobío;
i si su nombre a Chile enorgullece
i España lo maldice, lo merece.

Iba, pues, como digo, en la valiente
tropa; en el centro alguna vez oculto,
cuando le carga demasiada jente
del enemigo, por pescarle el bulto;
ora lidiando valerosamente
donde es mayor la gresca i el tumulto;
i ora asaltando súbito al que observa
mas desapercibido en la caterva.

Estaba tan mezclada la española
con la chilena jente, que no puede
usar el enemigo la pistola
ni la escopeta; i el terreno cede
mal de su grado si se empeña sola
el arma blanca, en que el patriota excede,
i con ventaja lidia indisputable,
ora puñal esgrima, espada o sable.

Pero es forzoso ahora hincar la espuela
ántes que la restante fuerza hispana
al sitio acuda: Ossorio mismo vuela
al frente de la tropa veterana
a que en los casos de importancia apela;
pero su dilijencia ha sido vana:
distantes van los nuestros, i lejano
se oye el casco veloz pulsar el llano.

Emilio se quedó corto, ya sea
que le embarace el enemigo el paso,
o que alejarse a los demas no vea
(pues ya oscuro el crepúsculo, un escaso
destello arroja), o que en parcial pelea
enardecido en medio del fracaso
i confusion, su propio riesgo olvide,
i (lo que nunca suele), se descuide.
Le encuentran solo; i a correr aprieta;
i le siguen tres vándalos a una.
Llevaba el de adelante una escopeta
(el habérsele roto fué fortuna
en anterior accion la bayoneta);
i a la distancia alzándola oportuna,
de descargar un fiero golpe tráta
al mozo en el testuz con la culata.
«De ésta, le dice, a Satanas te mando,
miserable insurjente.» Esquiva el viento
la culata terrífica silbando;
mas su baladronada fué un acento
de aviso i salvacion. El jóven, dando
media vuelta con ájil movimiento,
huye el bulto, i al godo que le hostiga
mete un palmo de acero en la barriga.
Maldiciones vomita el fusilero;
i puestas ambas palmas en la herida,
dice con quebrantada voz: «Me muero...
A manos de un traidor, pierdo la vida...
Camaradas, venganza!...»—Al compañero
como los otros dos de la partida
vieran caer, a darle van auxilio;
así logró ponerse en cobro Emilio.
Toda Rancagua en tanto era despojo
del español, que tala, rompe i quema
solo por contentar su ciego enojo
en el dolor i en la miseria estrema.
Lo mismo insulta en su brutal arrojo
al rico, al pobre, a la deidad suprema;
quiere dejar de su venganza ejemplo
en la calle, en el rancho, hasta en el templo.

Mirad los que dudais si el hombre es fiera,
una ciudad que hostil espada doma;
no importa qué uniforme o qué bandera
o qué divisa el enemigo toma.
Guardia imperial, soldado talavera,
sectario de Moises o de Mahoma,
iniciado en la fe por el bautismo
o la circuncision, todo es lo mismo.
Con los lamentos de la triste jente
miradle cuál se exalta i se alboroza,
i cuál por la delicia solamente
de herir i destrozar, hiere i destroza;
i cómo, salpicado hasta la frente
de sangre, en verla derramar se goza,
i con qué risa endemoniada espía
los visajes de la última agonía.
Devoto campeon de un rei devoto,
vedle del templo hacer taberna obscena,
do la blasfemia, el desalmado voto,
i su habitual interjeccion resuena,
do roba i pilla, i todo freno roto,
con los sagrados vasos bebe i cena,
i ni a la madre de su Dios perdona
arrancando a sus sienes la corona.
Lámpara fiel que ante los santos bultos
ardes perenne! cuenta lo que viste:
las abominaciones, los insultos,
los sacrilejios de esta noche triste;
los arrastrados párvulos i adultos,
i la ultrajada vírjen que resiste
asida del altar, i opone en vano
lloroso ruego al forzador villano,
Mas con sus hechos harta ya es la fama.
Fatiga este «destello peregrino
de antorcha celestial,» como él se llama:
esta de lo infernal i lo divino,
segun yo pienso, equívoca amalgama,
en quien la rienda, el arte, el culto i fino
vivir social, palía sí, no enfrena
el instinto del tigre i de la hiena.

Volvamos, pues, al capitan, que sigue
corriendo a gran correr por la llanura;
i aunque español ninguno le persigue,
i ya la noche va cerrando oscura,
teme topar con álguien que le obligue
a hacer alto; i por donde la espesura
de las cercas su fuga patrocina,
dilijente i solícito camina.

Oye en tanto a distancia el gran lamento
de los vencidos i la horrible gresca
de que en torpes orjías hinche el viento
la mal disciplinada soldadesca.
De *Viva el rei* al repetido acento,
volviendo el rostro Emilio, una grotesca
i lastimosa escena ve a la triste
lumbre de que Rancagua se reviste.

Partidas de soldados i oficiales,
desmandadas mujeres, niños, viejos,
vagan por los confusos arrabales
entre humo i sombra i cárdenos reflejos.
Negra vision de estancias infernales
a la vista parece desde léjos,
en que tropa de diablos turbulenta
a las míseras almas atormenta.

Pero ¿qué nuevo incendio se levanta?
¿qué coro doloroso de alaridos
hace al mancebo suspender la planta
i dirijir atento los oídos?
Altas llamas devoran (Virjen santa,
qué horror!) el hospital de los heridos.—
Claman piedad! piedad!—I les contesta
algazara feroz de burla i fiesta.

Vió la siguiente luz de la mañana
las manos, por el fuego ennegrecidas,
a las rejas, aun, de la ventana,
como en la lucha de la muerte, asidas;
i de cuajada sangre americana
pavimentos, paredes, vió teñidas,
i de perros i buitres los insultos
a destrozados cuerpos insepultos.

Jura venganza Ayala, i su carrera
dirije a cierto rancho conocido,
do habilitarse de un caballo espera
i mudar de sombrero i de vestido.
Tras un torcido tronco de alta higuera
acecha la ocasion, cuando oye el ruido
de trotadores cascos, que veloces
pulsan el llano, i de mezcladas voces.

«Este, dice una voz, es el camino
que se le vió tomar»... «Paren ustedes,
dice otra voz, en tanto que examino
si le ocultan acaso estas paredes.»
Toca a la puerta. Un viejo campesino
sale. «¿Qué necesitan sus mercedes?»
pregunta temeroso.—«Escucha, infame!
Si no quieres que toda se derrame

«Esa vil sangre al filo de mi acero,
entrégame al malvado que se esconde
por estos andurriales.»—«Caballero,
protesto i juro, el viejo le responde,
que a nadie he visto.»—«Mientes, marrullero;
le tienes escondido!»—«Pero ¿dónde?
Si no merezco yo que se me crea,
pase adelante su merced, i vea.»

Era el que hablaba un cabo veterano
que muestra por el habla i continente
haber cargado un poco mas la mano,
que lo que fuera justo, al aguardiente.
Nada dice que el ajo castellano
con fuerza peculiar no condimente;
zafio ademas, amigo de bureo,
patiestevado, i como un mico feo.

Desmonta, pues, i al viejo el insolente
aparta de un tiron, i entra a la choza,
do con el viejo habitan solamente
una anciana mujer i una hija moza,
la cual, entrando el cabo de repente,
con una tosca manta se reboza;
pero no es hombre el cabo que se empacha,
porque se le reboce una muchacha.

El cabo, que la ve, se le aficiona,
que era la chica, a la verdad, no mala,
i como con los humos de la mona
de un pensamiento en otro se resbala,
su primero propósito abandona
de perseguir al capitan Ayala,
que atisba lo que pasa no sin miedo,
i en su escondrijo se mantiene quedo.

El cabo, que al placer de la conquista
nueva se entrega todo, a rato breve
sale dando traspiés, torva la vista,
i en mal formada voz, que a risa mueve:
«Una o dos leguas mas seguid la pista
de ese traidor, que Lucifer se lleve,
(dice); la seña Tarragona; el santo,
San Ildefonso; aquí os aguardo en tanto.»

Los otros corren: él se queda, i junta
la débil puertecilla del tugurio;
i nuestro Ayala, que un desman barrunta
(pues no le pareció de buen augurio
quedara el cabo), andando va en la punta
de los piés hacia el rancho; i al murmurio
de la conversacion, que atento escucha,
oye un rumor surjir como de lucha.

Voces, lloros i gritos oyó luego,
i reputando ya por cosa cierta
lo que temia, arrebatado i ciego
a tierra echó de un puntapié la puerta.
Un salto da, i al mísero gallego,
que estupefacto i con la boca abierta
quedó del susto, asiendo de la gola,
«A Chile, dice, este puñal te inmola.

«Pídele a Dios misericordia, i muere!»—
«¡Perdon, mi capitan! exclama el triste
cabo, atajando el brazo que le hiere.
¡Perdon a un infeliz que no resiste!
¡Piedad!»—«Piedad de mí ninguna espere
un español, un monstruo. ¿La tuviste
de la mujer que deshonrabas?»—«¡Toma!
¿No vió usted, capitan, que era una broma?»

—«¿Te burlas, miserable?»—«Nada de eso;
pero vamos al caso. Usted me mata.
Mui bien... Los otros vuelven... Llevan preso
a este infeliz, i usted, usted que trata
de protejerle, es quien, por un exceso
de proteccion, le aprieta la corbata...
Nó, no se enfade usted... Por mí, me allano
a perecer... pero este pobre anciano...
«A mas, usted la causa americana
defiende, i la de Chile... Santo i bueno.
Lo mismo hiciera, i de mui buena gana,
el hijo de mi madre, a ser chileno.
Pero ¿qué quiere usted? Nací en Triana;
soi, como acá se dice, sarraceno;
i no hago mas que usted, si se examina,
en arrimar la brasa a mi sardina.
«Déjeme usted, i a respetar me obligo...»—
«Silencio, charlatan; i si es que en algo
aprecias el pellejo, ven conmigo.»—
«Pero ¿a dónde, por Dios, señor hidalgo?»—
«Monta!»—«¿Con que me voi?»—«Que montes digo;
la grupa tomaré.»—«Solo, cabalgo
mucho mejor.»—«O monta, o muere.»—«Monto.»
—«Hacia la cordillera, i pronto, pronto!»
Iban los dos corriendo a toda brida.
El cabo a veces charla, a veces reza,
a veces canta, a veces voz perdida
exhala; i ya dormita, ya bosteza:
el viento, el aire, la veloz corrida
le fueron despejando la cabeza.
Rayó la aurora, i no distante un ancho
rio aparece; allende el rio, un rancho.
Atraviesan; descansan; se despoja
de su uniforme Ayala; i un sombrero
de paja i una manta azul i roja
toma para seguir su derrotero.
Decir qué rumbo lleva i dónde aloja
con el involuntario compañero,
prolijo cuento i fastidioso fuera;
pero pasan, por fin, la cordillera:

La cordillera yerma, no cual ántes,
do silenciosa paz vasto distrito,
que solo el pié de raros caminantes,
o del cóndor rapaz turbaba el grito,
o el de las tempestades resonantes
que hacen vibrar sus lomos de granito;
sino cruzada entre bullicio hirviente
por luengas filas de apiñada jente.

Por cada cima, i cada valle, i cuesta
la multitud apresurada huia,
cual suele verse en una insigne fiesta
la calle principal que al templo guia;
mas lo que en la expresion se manifiesta
de los semblantes ¡ai! no es alegría,
sino afliccion, i las que esparce al viento
son voces de plegaria i de lamento.

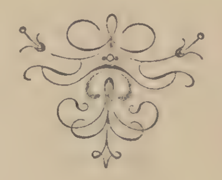
Corren hombres, mujeres, chicos, grandes,
unos tras otros en continuas olas,
i los páramos cubren de los Andes,
huyendo de las iras españolas;
pues de que tu rigor, España, ablandes
no hai esperanza, i donde tú tremolas
tus odiados castillos i leones
hiela servil terror los corazones.

Ah! ¡cuánto pié lastiman delicado
la roca dura, i de la intensa nieve
el valladar ántes de tiempo hollado!
I al patrio suelo que en paisaje breve
se les presenta ahora ataviado
de lustrosa verdura i de la leve
túnica de la niebla, ¡cuánta muda
despedida de lágrimas saluda!

La paz de los sepulcros i el letargo
¿aceptarán de la opresion de España?
Primero mendigar el pan amargo
del emigrado, el pan de jente extraña,
i el agrio cáliz de esperanza largo,
que con befa cruel Fortuna engaña,
tornando en triste i espantosa vela
cada soñar que al infeliz consuela.

Pero no a ti prolijo duelo aguarda,
destronada Sion, que a Iberia quita
de su tutela infiel la dura guarda
tremenda lei en bronce eterno escrita.
Sueña ella que su espada la retarda.
¡Vano error! en el vidrio que limita
la duracion que el cielo da a tus penas
se ciernen ya las últimas arenas.

1 Faltan tres octavas, que no han podido encontrarse.



ÍNDICE





